

COLECCIÓN UNIVERSAL

————— N.º 604 a 606 —————

M. J. QUINTANA

Vidas de los españoles célebres

TOMO III

Francisco Pizarro



Precio, 1,50 pesetas

1,80

MADRID, 1922

M. J. Quintana

VIDAS DE LOS ESPAÑOLES
CÉLEBRES

TOMO III

MCMXXII

Tit: 70576
C. 1088781

V

M. J. QUINTANA

Vidas de los españoles célebres

TOMO III

Francisco Pizarro



MADRID, 1922



Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

VIDAS DE LOS ESPAÑOLES CELEBRES

FRANCISCO PIZARRO

AUTORES CONSULTADOS.—*Impresos*: Francisco de Jerez, Agustín de Zárate, Garcilaso Inca, Francisco López de Gomara, Antonio de Herrera, Pedro Cieza de León.—*Inéditos*: *Memorias históricas y Anales del Perú*, de D. Fernando Montesinos. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general de Indias*, parte III. *Las relaciones de Miguel de Estete*, del P. Fr. Pedro Ruiz Naharro, mercenario; y otra anónima del tiempo de la conquista. Diferentes documentos de la misma época, y otros apuntes respectivos a ella comunicados al autor.

Ninguno de los capitanes del Darién podía llenar el vacío que dejaba en las cosas de América la muerte de Balboa. El hacha fatal que segó la garganta de aquel célebre descubridor parecía haber cortado también las magníficas esperanzas concebidas en sus designios. Habíase trasladado la colonia española al otro lado del istmo, al sitio en que se fundó Panamá; mas ni esta posición, mucho más oportuna para los descubrimientos de Oriente y Mediodía, ni las frecuentes noticias que se recibían de las ricas posesiones a que después se dió el nombre de Perú, eran bastantes a incitar a aquellos hombres, aunque tan auda-

ces y activos, a emprender su reconocimiento y conquista. Ninguno tenía aliento para hacer frente a los gastos y arrostrar las dificultades que aquel grande objeto llevaba necesariamente consigo. El hombre extraordinario que había de superarlas todas aun no conocía su fuerza, y lo que raras veces acontece en caracteres de su temple, ya Pizarro tocaba en los umbrales de la vejez sin haberse señalado por cosa alguna que en él anunciase el destructor de un grande imperio y el émulo de Hernán Cortés.

No porque en esfuerzo, en sufrimiento y en diligencia le aventajase alguno o le igualasen muchos de los que entonces militaban en Tierra Firme. Mas contenido en los límites asignados a la condición de subalterno, su carácter estaba al parecer exento de ambición y de osadía; y bien hallado con merecer la confianza de los gobernadores, o no podía o no quería competir con ellos ni en honores ni en fortuna.

Pudiérase atribuir esta circunstancia a la timidez que debía causarle la bajeza de sus principios, si fuera cierto todo lo que entonces se contaba de ellos y después se ha repetido por casi todos los que han tratado de sus cosas. Hijo natural de aquel Gonzalo Pizarro que se distinguió tanto en las guerras de Italia en tiempo del Gran Capitán y murió después en Navarra de coronel de infantería; habido en una mujer cuyo nombre y circunstancias por de pronto se ignoraron; arrojado al nacer a la puerta de una iglesia de Trujillo; sustentado en los primeros instantes de su vida con la leche de una puerca, por no hallarse quien le diese de mamar, fué al fin recono-

cido por su padre; pero con tan poca ventaja suya, que no le dió educación ni le enseñó a leer, ni hizo por él otra cosa que ocuparle en guardar unas pjaras de cerdos que tenía. Quiso su buena suerte que un día los cerdos, o por acaso o por descuido, se le desbandasen y perdiesen; él, de miedo, no quiso volver a casa y con unos caminantes se fué a Sevilla, desde donde se embarcó después para Santo Domingo a probar si la suerte, ya para él tan dura en su patria, le era menos adversa en las Indias. Semejantes aventuras tienen más aire de novela que de historia. Gomara las cuenta, Herrera las calla, Garcilaso las contradice. Algunas están en oposición con los documentos del tiempo, que le dan sirviendo en las guerras de Italia en su juventud primera (1); otras están verosimilmente exageradas. El era, sin duda alguna, hijo natural del capitán Pizarro; su madre fué una mujer de Trujillo, que se decía Francisca González, de padres conocidos (2) y de Trujillo también. Su educación fué en realidad muy descuidada; se cree por los más que nunca supo leer ni escribir; pero si, como otros quieren, alguna vez aprendió a leer, fué ya muy tarde, cuando su dignidad y obligaciones le precisaron a ello; escribir, ni aun firmar, es cierto que nunca

(1) En un discurso o papel en derecho presentado al rey por los descendientes del conquistador para hacer efectiva en ellos la gracia que se le concedió del título de marqués con veinte mil vasallos, se dice así:

«Francisco Pizarro, señor, caballero de la Orden de Santiago, después de haber servido en las guerras de Italia y Navarra con el coronel Gonzalo Pizarro, su padre, y Hernando Pizarro, su hermano, pasó a las islas de Barlovento en el último viaje que hizo Colón, donde se halló en todas las ocasiones que se ofrecieron», etc.

(2) Llamábanse Juan Mateos y María Alonso.

supo (1). Lo demás es preciso darlo y recibirlo con aquella circunspección prudente que deja siempre en salvo la verdad; bien que para Pizarro, como para cualquiera que sube por sus propios medios a la cumbre del poder y de la fortuna, la elevación sea tanto más gloriosa cuanto de más bajo comienza.

La primera vez que se le mienta con distinción en la historia es al tiempo de la última expedición de Ojeda a Tierra Firme (1510), cuando ya Pizarro tenía más de treinta años. Con él se embarcó, y en los infortunios, trabajos y peligros que se amontonaron sobre los españoles en aquella afanosa empresa hizo el aprendizaje de la carrera difícil en que después se había de señalar con tanta gloria. No cabe duda en que debió distinguirse al instante de sus demás compañeros, cuando Ojeda, después de fundar en Urubá la villa de San Sebastián, y teniendo que volver por socorros a Santo Domingo, le dejó de teniente suyo en la colonia, como la persona de mayor confianza para su gobierno y conservación.

Contados están en la vida de Vasco Núñez los contratiempos terribles que asaltaron allí a los españoles; cómo tuvieron que abandonar la villa perdidos de ánimo y desalentados, y cómo fueron después vueltos a ella por la autoridad de Enciso, que los encontró en el camino. Todos estos acontecimientos, así como los debates y pasiones que después se encendieron entre los pobladores del Darién, no pertenecen a la vida de Pizarro, que ningún papel hizo en ellos. Contento

(1) Véase el Apéndice.

con desempeñar acertada y diligentemente las empresas en que se le empleaba, se le ve obtener la confianza de Balboa como había obtenido la de Ojeda, y después la de Pedrarias del mismo modo que la de Balboa. Todos le llevaban consigo a las expediciones más importantes: Vasco Núñez, al mar del Sur; Pedrarias, a Panamá. Su espada y sus consejos fueron bien útiles al capitán Gaspar de Morales en el viaje que de orden del último gobernador hizo desde Darién a las islas de las Perlas, y lo fueron igualmente al licenciado Espinosa en las guerras peligrosas y obstinadas que los españoles tuvieron que mantener con las tribus belicosas situadas al oriente de Panamá. Mas como de estas correrías, muchas sin provecho y las más sin gloria, no resultó ningún descubrimiento importante, ni Pizarro tampoco tuvo el principal mando en ellas, no merecen llamar nuestra atención sino por lo que contribuyeron a aumentar la experiencia y capacidad de aquel capitán y el crédito y confianza que se granjeó con los soldados, los cuales no una sola vez se lo pidieron a Pedrarias, y marchaban más seguros y alegres con él que con otro ninguno de los que solían conducirlos.

A pesar de ello, su ambición dormía; ni lo que muchos de aquellos aventureros lograban en sus incursiones, que eran tesoros y esclavos, él tenía en abundancia; y después de catorce años de servicios y afa-
nes, el capitán Pizarro era uno de los moradores menos acaudalados de Panamá. Así es que cuando llegó el caso de la famosa contrata para los descubrimientos del Sur, mientras que el clérigo Hernando de Luque

ponía en la empresa veinte mil pesos de oro, suyos o ajenos, Pizarro y Diego de Almagro, sus dos asociados, no pudieron poner otra cosa que su industria personal y su experiencia.

Precedieron al proyecto de esta compañía otras tentativas que, si no de tanto nombre y consistencia, fueron bastantes a lo menos para tener noticias más positivas de la existencia de aquellas regiones que se proponían descubrir. Ya por los años de 1522 Pascual de Andagoya, con licencia de Pedrarias, había salido a descubrir en un barco grande por la costa del Sur, y llegando a la boca de un ancho río en la tierra que se llamó de Biruquete, se entró por el río adentro, y allí, peleando a veces con los indios y a veces confiriendo con ellos, pudo tomar alguna noticia de las gentes del Perú, del poder de sus monarcas y de las guerras que sostenían en tierras bien apartadas de allí. La fama, sin duda, había llevado, aunque vagamente, hasta aquel paraje el rumor de las expediciones de los incas al Quito, y de la contienda obstinada que tenían con aquella gente belicosa sobre la dominación del país. Mas para llegar al teatro de la guerra era preciso, según los indios decían, pasar por caminos ásperos y sierras en extremo fragosas; y estas dificultades, unidas al desabrimiento que debió causar a Andagoya su desmejorada salud, le hicieron abandonar la empresa por entonces y volverse a Panamá.

Acaeció poco tiempo después morir el capitán Juan Basurto, a quien Pedrarias tenía dado el mismo permiso que a Andagoya. Muchos de los vecinos de Pa-

namá querían entrar a la parte de las mismas esperanzas y designios, más retraíanse por las dificultades que presentaba la tierra para su reconocimiento, con las cuales no osaban ponerse a prueba. Solos Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos ya desde el Darién, y asociados en todos los provechos y granjerías que daba de sí el país, fueron los que, alzado el ánimo a mayores cosas, quisieron a toda costa y peligro ir a reconocer por sí mismos las regiones que caían hacia el Sur. Compraron para ello uno de los navichuelos que con el mismo objeto había hecho construir anteriormente el adelantado Balboa, y habida licencia de Pedrarias, le equiparon con ochenta hombres y cuatro caballos, única fuerza que de pronto pudieron reunir. Pizarro se puso al frente de ellos, y salió del puerto de Panamá a mediados de noviembre de 1524, debiéndole seguir después Almagro con más gente y provisiones. El navío dirigió su rumbo al Ecuador, tocó en las islas de las Perlas y surgió en el puerto de Piñas, límite de los reconocimientos anteriores. Allí acordó el capitán subir por el río de Birú arriba en demanda de bastimentos y reconociendo la tierra. Era la misma por donde había andado antes Pascual de Andagoya, que dió a Pizarro a su salida los consejos y avisos que creyó útiles para dirigirse cuando allá estuviese.

Pero ni los avisos de Andagoya ni la experiencia particular de Pizarro en otras semejantes expediciones pudieron salvar a los nuevos descubridores de los trabajos que al instante cayeron sobre ellos. La comarca estaba yerma; los pocos bohíos que hallaban,

desamparados; el cielo, siempre lloviendo; el suelo, áspero en unas partes y en otras cerrado de árboles y de maleza, no se dejaba hollar sino por las quebradas que los arroyos hacían; ninguna caza, ninguna fruta, ningún alimento; ellos, cargados de las armas y pertrechos de guerra, despeados, hambrientos, sin consuelo, sin esperanza. Así anduvieron tres días, y cansados de tan infructuoso y áspero reconocimiento, bajaron al mar y volvieron a embarcarse. Corridas diez leguas adelante, hallaron un puerto, donde hicieron agua y leña, y después de andar algunas leguas más se volvieron a él a ver si podían repararse en la extrema necesidad en que se hallaban. El agua les faltaba, carne no la tenían, y dos mazorcas de maíz, que se daban diariamente a cada soldado, no podían ser sustento suficiente a aquellos cuerpos robustos. Dícese que al arribar a este puerto se temían los unos a los otros, de flacos, desfigurados y miserables que estaban. Y como el aspecto que les presentaba el país no era más de sierras, peñas, pantanos y continuos aguaceros, con una esterilidad tal que ni aves ni animales parecían, perdidos de ánimo y desesperados, anhelaban ya volverse a Panamá, maldiciendo la hora en que habían salido de allí. Consolábalos su capitán, poniéndoles delante la esperanza cierta que tenía de llevarlos a tierras donde fuesen abundantemente satisfechos de los trabajos y penuria en que se hallaban. Pero el mal era mortal y presente, la esperanza incierta y lejana, y si a muchos las razones de Pizarro servían de aliento y consuelo, otros las consideraban como los últimos esfuerzos de un des-

esperado, que se encrudece contra su mala fortuna y no le importa arrastrar a los demás en su ruina.

Viendo, en fin, que el bastimento se les acababa, acordaron dividirse, y que los unos fuesen en el navío a buscar provisiones a las islas de las Perlas y los otros quedasen allí sosteniéndose hasta su vuelta como pudiesen. Tocó hacer el viaje a un Montenegro y otros pocos españoles, a quienes se dió por toda provisión un cuero de vaca seco que había en el barco y unos pocos palmitos amargos de los que a duras penas se encontraban en la playa. Ellos salieron en demanda de las islas, mientras que Pizarro y los demás que quedaban seguían luchando con las agonías del hambre y con los horrores del clima.

Bien fueron necesarias entonces a aquel descubridor las artes y lecciones aprendidas en otro tiempo con Balboa. El no sólo alentaba a los soldados con blandas y amorosas razones, que sabía usar admirablemente cuando le convenía, sino que ganaba del todo su afición y confianza por el esmero y eficacia con que los socorría y los cuidaba. Buscaba por sí mismo el refresco y alimento que más podía convenir a los enfermos y endebles, se los suministraba por su mano, les hacía barracas en que se defendiesen del agua y la intemperie, y hacía con ellos las veces, no de caudillo y capitán, sino de camarada amigo. Este esmero no bastó, sin embargo, a contrarrestar las dificultades y apuros de la situación y del país. Como sólo se mantenían de las pocas y nocivas raíces que encontraban, hinchábanseles los cuerpos, y ya veintisiete de ellos habían sido víctimas de la necesidad y

de la fatiga. Todos perecieran al fin si Montenegro oportunamente no hubiese dado la vuelta, cargado el navío de carne, frutas y maíz.

Pizarro entonces no estaba en el pueblo. Sabiendo que a lo lejos se había visto un gran resplandor y presumiéndolo efecto de las luminarias de los indios, se dirigió allá con algunos de los más esforzados, y dieron, en efecto, con una ranchería. Los indios huyeron al acercarse los españoles, y sólo dos pudieron ser habidos, que no acertaron a correr tan ligeramente como los demás. Hallaron también cantidad de cocos y como una fanega de maíz, que repartieron entre todos. Los pobres prisioneros hacían a sus enemigos las mismas preguntas que en casi todas las partes del Nuevo Mundo donde se los veía saltar de aquel modo: «¿Por qué no sembráis, por qué no cogéis, por qué andáis pasando tantos trabajos por robar los bastimentos ajenos?» Pero estas sencillas reconvencciones del sentido común y de la equidad natural fueron escuchadas con el mismo desprecio que siempre, y los infelices tuvieron que someterse al arbitrio de la fuerza y de la necesidad. Aun uno de ellos no tardó en perecer, herido de una flecha emponzoñada de las que se usaban allí, cuyo veneno era tan activo, que le acabó la vida en cuatro horas. Pizarro al volver se encontró con el mensajero que le llevaba la noticia de la llegada de Montenegro, y apresuró su marcha para abrazarle.

Habido entre todos el consejo de lo que debían hacer, acordaron dejar aquel puerto, al que por las miserias allí sufridas dieron el nombre del *puerto de la*

Hambre, y se volvieron a hacer al mar para seguir corriendo la costa. Navegaron unos pocos días, al cabo de los cuales tomaron tierra en un puerto que dijeron *de la Candelaria*, por ser esta festividad cuando arribaron a él. La tierra presentaba el mismo aspecto desierto y estéril que las anteriores; el aire era tan húmedo, que los vestidos se les pudrían encima de los cuerpos; el cielo, siempre relampagueando y tronando; los naturales, huídos o escondidos en las espesuras, de modo que era imposible dar con ellos. Vieron, sin embargo, algunas sendas, y guiados por ellas, después de caminar como dos leguas se hallaron con un pueblo pequeño, donde no encontraron morador ninguno, pero sí mucho maíz, raíces, carne de cerdo y, lo que les dió más satisfacción, bastantes joyuelas de oro bajo, cuyo valor ascendería a seiscientos pesos. Este contento se les agitó cuando, descubriendo unas ollas que hervían al fuego, vieron manos y pies de hombres entre la carne que se cocía en ellas. Llenos de horror, y conociendo por ello que aquellos naturales eran caribes, sin averiguar ni esperar más se volvieron al navío y prosiguieron el rumbo comenzado. Llegaron a un paraje de la costa que llamaron *Pueblo Quemado*, y está como a veinticinco leguas del puerto de Piñas; tan poco era lo que habían adelantado después de tantos días de fatigas. Allí desembarcaron, y conociendo por lo trillado de las sendas que se descubrían entre los manglares que la tierra era poblada, empezaron a reconocerla, y no tardaron en descubrir un lugar.

Halláronle abandonado también, pero surtido de

provisiones en abundancia; por manera que Pizarro, considerada su situación a una legua del mar, lo fuerte del sitio, pues estaba en la cumbre de una montaña, y la tierra alrededor no tan estéril ni triste como las que habían visto, determinó recogerse en él y enviar el navío a Panamá para repararle de sus averías. Faltaban manos que ayudasen a los marineros; el capitán acordó que saliese Montenegro con los soldados más dispuestos y ligeros a correr la tierra y tomar algunos indios que enviar al navío y ayudasen a la maniobra. Ellos entre tanto se mantenían reunidos acechando lo que los castellanos hacían y meditando el modo de echar de sus casas a aquellos vagabundos que con tal insolencia venían a despojarlos de ellas. Así, luego que los vieron divididos, arremetieron a Montenegro, lanzando sus armas arrojadizas con grande algazara y gritería. Los españoles los recibieron con la seguridad que les daban sus armas, su robustez y su valor; y todo era necesario para con aquellos salvajes desnudos, que no les dejaban descansar un momento, acometiendo siempre a los que más sobresalían. De este modo fueron muertos tres castellanos y otros muchos heridos. Los indios, luego que vieron que aquel grueso de hombres se les defendía más de lo que pensaban, determinaron retirarse del campo de batalla y, por sendas que ellos solos sabían, dar de pronto sobre el lugar donde imaginaban que sólo habrían quedado los hombres inútiles por enfermos o cobardes. Así lo hicieron, y Pizarro al verlos receló de pronto que hubiesen desbaratado y destruído a Montenegro; más sin perder ánimo salió

a encontrarlos, trabándose allí la refriega con el mismo tesón y furia que en la otra parte. Animaba él a los suyos con la voz y con el ejemplo, y los indios, que le veían señalarse entre todos por los tremendos golpes que daba, cargaron sobre él en tanta muchedumbre y le apretaron de modo que le hicieron caer y rodar por una ladera abajo. Corrieron a él creyéndole muerto; pero cuando llegaron ya estaba en pie con la espada en la mano; mató dos de ellos, contuvo a los demás y dió lugar a que viniesen algunos castellanos a socorrerle. El combate entre tanto seguía, y el éxito era dudoso, hasta que la llegada de Montenegro desalentó de todo punto a los salvajes, que se retiraron al fin, dejando mal herido a Pizarro y a otros muchos de los españoles.

Curáronse con el bálsamo que acostumbraban en aquellas apreturas, esto es, con aceite hirviendo puesto en las heridas; y viendo por el daño recibido que no les convenía permanecer allí siendo ellos tan pocos, los indios muchos y tan atrevidos y feroces, determinaron volverse a las inmediaciones de Panamá. Llegaron de este modo a Chicamá, desde donde Pizarro despachó en el navío al tesorero de la expedición, Nicolás de Rivera, para que llevase el oro que habían encontrado, diese cuenta de sus sucesos y manifestase las esperanzas que tenían de encontrar buena tierra.

Mientras que con tanto afán y tan corta ventura iba Pizarro reconociendo aquellos tristes parajes, su compañero Almagro, apresurando el armamento con que debía seguirle, se hizo a la mar en otro navichuelo con sesenta y cuatro españoles, pocos días antes

de que llegase a Panamá Nicolás de Rivera. Llevó el mismo rumbo, conjeturando por las señales que veía en los montes y en las playas el camino que llevaban los que delante iban. Surgió también en Pueblo Quemado, en donde los mismos indios que tanto habían dado en qué entender a Pizarro y Montenegro le resistieron a él valientemente y le hirieron en un ojo, de que quedó privado para siempre. Pero aunque al fin les ganó el lugar, no quiso detenerse en él y pasó adelante en busca de su compañero, sin dejar cala ni puerto que no reconociese. De esta manera vió y reconoció el valle de Baeza, llamado así por un soldado de este apellido que allí falleció; el río del Melón, que recibió este nombre por uno que vieron venir por el agua; el de las Fortalezas, dicho así por el aspecto que tenían las casas de indios que a lo lejos descubrieron, y, últimamente, el río que llamaron de San Juan, por ser aquél el día en que llegaron a él. Algunas muestras halló de buena tierra en estos diferentes puntos, y no dejó de recoger porción de oro; pero la alegría que él y sus compañeros podían percibir con ello se convertía en tristeza pensando en sus amigos, a quienes creían perdidos; de modo que, desconsolados y abatidos, determinaron volverse a Panamá. Pero como tocasen en las islas de las Perlas y hallasen allí las noticias dejadas por Rivera del punto en que quedaba Pizarro, volvieron inmediatamente la proa y se encaminaron a buscarle. Halláronle, con efecto, en Chicamá; los dos amigos se abrazaron, se dieron cuenta recíproca de sus aventuras, peligros y fatigas; y habido maduro acuerdo de lo que les convenía

hacer, se acordó que Almagro diese la vuelta a Panamá para rehacerse de gente y reparar los navichuelos.

Hallóse al llegar con nuevas dificultades, que contrariaban harto desgraciadamente los designios de los dos descubridores. Pedrarias, que les había dado licencia para emprender su descubrimiento, se mostraba ya tan opuesto a la empresa como favorable primero. Trataba entonces de ir en persona a castigar a su teniente Francisco Hernández, que se le había alzado en Nicaragua, y no quería que se le disminuyese la gente con que contaba, por el anhelo de ir al descubrimiento del Perú. Esta era la verdadera razón; pero él alegaba las malas noticias traídas por Nicolás de Rivera, y culpaba altamente la obstinación de Pizarro, a cuya poca industria y mucha ignorancia achacaba la pérdida de tantos hombres. Pedrarias, según ya se ha visto, era tan pertinaz como duro y receloso. Decía a boca llena que iba a revocar la comisión y a prohibir que fuese más gente allá. La llegada de Almagro, más rico de esperanzas que de despojos y noticias, no le templó el desabrimiento, y todo se hubiera perdido sin los ruegos y reclamaciones que le hizo el maestrescuela Hernando de Luque, amigo y auxiliador de los dos y eficazmente interesado en el descubrimiento. Todavía estas gestiones hubieran sido por ventura inútiles a no hacerse a Pedrarias la oferta de que se le admitiría a las ganancias de la empresa sin poner él en ella nada de su parte, con lo cual, halagada su codicia, cedió de la obstinación y alzó la prohibición que tenía dada para

el embarque (1). Puso, sin embargo, la condición de que Pizarro había de llevar un adjunto, como para refrenarle y dirigirle. Luque logró que este adjunto fuese Almagro, a quien para más autorizarle se dió el título de capitán; pero a pesar de la buena fe y sana intención con que este acuerdo se hizo, luego que fué sabido por Pizarro se quejó sin rebozo alguno de semejante nombramiento como de un desaire que se le hacía; y mal satisfecho con las disculpas que se le dieron, el resentimiento quedó hondamente clavado en su corazón, pudiéndose señalar aquí el origen de los desabrimientos y pasiones que después sobrevinieron y produjeron tantos desastres.

Es probable que Pizarro no quisiese presentarse en Panamá hasta la salida de Pedrarias a Nicaragua, que fué en enero del año siguiente (1526). Tratábase de proporcionar fondos para la continuación de la empresa, que faltaban a los dos descubridores, exhaustos ya con los gastos del primer armamento. El infatigable Luque los supo proporcionar, y entonces fué cuando se formalizó la famosa contrata, por la cual el canónigo se obligó a entregar, como lo hizo en el acto, veinte mil pesos de oro para los gastos de la expedición, y los dos ponían en ella la licencia que tenían del gobernador y sus personas e industria para efectuarla, debiéndose repartir entre los tres por partes iguales las tierras, indios, joyas, oro y

(1) Esta asociación de Pedrarias a la compañía no duró mucho tiempo: luego que los descubridores tuvieron más confianza en el buen éxito de su empresa tuvieron modo de separarle de ella haciendo una transacción con él: el pasaje está en Oviedo, y es curioso. (Véase el apéndice III.)

cualesquiera otros productos que se granjeasen y adquiriesen definitivamente en la empresa (1). Y para dar mayor solemnidad a la asociación y enlazarse con los vínculos más fuertes y sagrados, Hernando de Luque dijo la misa a los dos, y dividiendo la hostia consagrada en tres partes, tomó para sí la una y con las otras dos dió de comulgar a sus compañeros. Los circunstantes, poseídos de respeto y reverencia, lloraban a la vista de aquel acto y ceremonia nunca usados en aquellos parajes para semejante proyecto, mientras que otros consideraban que ni aun así se salvaban los asociados de la imputación de locura que su temerario propósito merecía para con ellos. En los tiempos modernos todavía se ha tratado con más rigor aquella ceremonia, acusándola de repugnante y de impía, como que ratificaba en el nombre de un Dios de paz un contrato cuyos objetos eran la matanza y el saqueo (2). Mas, por ventura, para formar este juicio sólo se ha fijado la vista en la larga serie de desastres y violencias que siguieron a aquel descubrimiento, sin poner la atención al mismo tiempo en la idea predominante del siglo y en las que principalmente animaban a los aventureros de América. Extender la fe de Cristo en regiones desconocidas e inmensas, y ganarlas al mismo tiempo a la obediencia de su rey, eran para los castellanos obligaciones tan

(1) Véase el apéndice II y la nota que va en seguida, en que se manifiesta quién era el verdadero asociado, a quien Luque no hacía mas que prestar su nombre.

(2) Es la expresión de Robertson, el más moderado y juicioso de los escritores extranjeros que han hablado de nuestras cosas en el Nuevo Mundo.

sagradas y servicios tan heroicos que no es de extrañar implorasen al emprenderlas todo el favor y la intervención del cielo. No plegue a Dios jamás que la pluma con que esto se escribe propenda a disminuir en un ápice el justo horror que se debe a los crímenes de la codicia y de la ambición; pero es preciso ante todas cosas ser justos y no imputar a los particulares la culpa propia del tiempo en que vivieron. No estamos ciertamente los modernos europeos tan ajenos como pensamos de estas contradicciones repugnantes, y llamamos tantas veces al Dios de paz para que intervenga en nuestros sangrientos debates y venga a ayudarnos en las guerras que emprendemos, tan poco necesarias por lo común, y por lo común tan injustas, que no hemos adquirido todavía bastante derecho para acusar a nuestros antepasados de iguales extravíos.

Con dos navíos y dos canoas cargados de bastimentos y de armas, y llevando consigo al hábil piloto Bartolomé Ruiz, volvieron a hacerse a la mar los dos compañeros, y continuando el rumbo que antes habían llevado, llegaron cerca del río de San Juan, ya reconocido antes por Almagro. Allí les pareció hacer alto, porque la tierra tenía apariencia de ser algo más poblada y rica y menos dañosa que las anteriores. Un pueblo que asaltaron, donde hallaron algún oro y provisiones y tomaron algunos indios, les dió aquellas esperanzas, sin embargo de que el país, de lejos y de cerca, no presentase mas que altas montañas, ciénagas y ríos, de manera que no podían andar sino por agua. Quedóse allí Pizarro con el grueso de la

gente y las dos canoas; Almagro volvió a Panamá en uno de los navíos, para alistar más gente con el oro que habían cogido, y en el otro navío salió Bartolomé Ruiz reconociendo la tierra costa arriba para descubrir hasta donde pudiese.

El viaje de este piloto fué el paso más adelantado y seguro que se había dado hasta entonces para encontrar el Perú. El descubrió la isla del Gallo, la bahía de San Mateo, la tierra de Coaque, y llegó hasta la punta de Pasaos, debajo de la línea. Encontróse en el camino con una balsa hecha artificiosamente de cañas, en que venían hasta veinte indios, de los cuales se arrojaron once al agua cuando el navío se acercó a ellos. Tomados los otros, el piloto español, después de haberlos examinado algún tanto y los efectos que traían consigo, dióles libertad para que se fuesen a la playa, quedándose sólo con tres de los que le parecieron más a propósito para servir de lenguas y dar noticias de la tierra. Iban, según pareció, a contratar con los indios de aquella costa; y por esto, entre los demás efectos que contenía la balsa había unos pesos chicos para pesar oro, contruídos a manera de romana, de que no poco se admiraron los castellanos. Llevaban además diferentes alhajuelas de oro y plata labradas con alguna industria, sartas de cuentas con algunas esmeraldas pequeñas y calcedonias, mantas, ropas y camisetas de algodón y lana, semejantes a las que ellos traían vestidas; en fin, lana hilada y por hilar de los ganados del país. Esto fué ya para los españoles una novedad extraña y agradable; pero mucho más lo fué su buena razón y las gran-

dezas y opulencia que contaban de su rey Huayna-Cápac y de la corte del Cuzco. Dificultaban los castellanos dar fe a lo que oían, teniéndolo a exageración y falsedad de aquellas gentes; pero, sin embargo, Bartolomé se los llevó consigo, tratándolos muy bien, y desde Pasaos dió la vuelta para Pizarro, a quien no dudaba que darían contento las noticias que aquellos indios llevaban.

Casi al mismo tiempo que él llegó Almagro con el socorro que traía de Panamá, compuesto de armas, caballos, vestidos, vituallas y medicinas, y de cincuenta soldados venidos nuevamente de Castilla, que se aventuraron a seguirle. Contaba Almagro las precauciones de que había tenido que valerse para entrar en la ciudad. Mandaba ya en ella el nuevo gobernador Pedro de los Ríos, y aunque se sabía que a fuerza de representaciones y diligencias del maestrescuela Luque traía encargo expreso del Gobierno de guardar el asiento convenido con los tres asociados, era tal, sin embargo, el descrédito en que había caído la empresa en Panamá, que tuvo recelo de ser mal recibido y se detuvo hasta saber las disposiciones del gobernador. Este, a la verdad, sentía la pérdida de tantos castellanos; pero no por eso dejó de asegurar a Hernando de Luque que les daría todo el favor que pudiese (1). Entró, pues, Almagro en el puerto de Panamá; el gobernador le salió a recibir para hacerle

(1) Al maestrescuela no le daban allí otro nombre a la sazón que el de *Hernando el loco*, por el empeño que tenía en ayudar y proteger los proyectos quiméricos de aquellos dos hombres temerarios, y porque todos suponían suyo el caudal con que la empresa se había empezado.

honor, confirmó los cargos que su antecesor Pedrarias había dado a su compañero y a él, y permitió que se alistase gente y se hiciesen las provisiones necesarias. Estas noticias, unidas a las de los indios tumbecinos, levantaron algún tanto los ánimos desmayados; y los dos amigos, aprovechando tan buena disposición, se hicieron al instante a la mar, siguiendo el mismo rumbo que antes había llevado Bartolomé Ruiz. Llegaron primeramente a la isla del Gallo, donde se detuvieron quince días, rehaciéndose de las necesidades pasadas; y continuando su viaje, entraron después en la bahía de San Mateo. Allí resolvieron desembarcar y establecerse hasta tomar lenguas de las tierras que estaban más adelante. Dábanles confianza de lograrlo los indios de Tumbez, a quienes Pizarro hacía con este objeto instruir en la lengua castellana. Por otra parte, la tierra, abundante en maíz y en hierbas saludables y nutritivas, como que les convidaba a permanecer en ella. Mas los naturales, tan intratables y agrestes como todos los que hasta entonces encontraron, les quitaban la esperanza de poderse sostener, lo menos mientras no fuesen más gente. Pusiéronse, pues, a deliberar lo que les convenía hacer. Los más decían que volverse a Panamá y emprender después el descubrimiento con más gente y mayor fuerza. Repugnábalo Almagro, haciéndoles presente la vergüenza de volverse sin haber hecho cosa de momento, y pobres, expuestos a la risa y mofa de sus contrarios y a la persecución y demandas de sus acreedores, su dictamen era que se debía buscar un punto abundante de vituallas donde establecerse y enviar los

navíos por más gente a Panamá. Las razones con que Almagro manifestó su opinión no fueron por ventura tan circunspectas y medidas cuanto la situación requería; porque Pizarro, o dejándose ocupar de un sentimiento de flaqueza que ni antes ni después se conoció en él, o arrastrado de una impaciencia que no es fácil disculpar, le contestó ásperamente que no se maravillase fuese de aquel dictamen quien, yendo y viniendo de Panamá con el pretexto de socorros y vituallas, no podía conocer las angustias y fatigas que padecían los que por tantos meses estaban metidos en aquellas costas incultas y desiertas, faltándoles ya las fuerzas para poderlas conllevar. Replicó Almagro que él se quedaría gustoso, y que Pizarro fuese por el socorro, si eso le agradaba más. Los ánimos de aquellos hombres irritados, no pudiéndose contener en términos razonables, pasaron de las personalidades a las injurias, de las injurias a las amenazas y de las amenazas corrieron a las armas para herirse. Pusiéronse por medio el piloto Ruiz, el tesorero Rivera y otros oficiales de consideración que los oían, los cuales pudieron sosegarlos y atajar aquel escandaloso debate, haciéndoles olvidar su pasión y abrazarse como amigos. ¡Dichoso si con aquel abrazo hubiesen cerrado la puerta para siempre a los tristes y crueles resentimientos en que habían de abrasarse después!

Establecida así la paz, Pizarro se ofreció gustoso a quedarse con la gente, yendo Almagro, como lo tenía de costumbre, por los socorros a Panamá. Reconocieron antes todos los sitios contiguos a la bahía en

que se hallaban, y desengañados de que ninguno les era conveniente, determinaron retroceder y fijarse en la isla del Gallo, punto mucho más oportuno para sus fines. Almagro, por tanto, dió la vela para Panamá, y Pizarro, con ochenta y cinco hombres, único resto que quedaba después de tantos refuerzos, se dirigió a la isla, desde donde a pocos días envió el navío que le quedaba para que se quedase en Panamá y volviese con Almagro.

Este concierto y disposiciones de los dos capitanes alteraron en gran manera los ánimos de los soldados, que ya no a escondidas, sino en corrillos y a voces, se quejaban de su inhumanidad y dureza. «¿No eran bastantes, por ventura, tantos meses de desengaños, en que no habían hecho otra cosa que hambrear, enfermar, hincharse y perecer? Corrido habían palmo a palmo aquella costa cruel sin que hubiese punto alguno en ella que no los hubiese rechazado con pérdida y con afrenta. ¿Qué peligros dignos del hombre español habían encontrado allí, qué riquezas que correspondiesen a las magníficas esperanzas que se les habían dado al salir? El poco oro recogido en los asaltos que de tarde en tarde hacían se enviaba por ostentación a Panamá, y a servir también de incentivo que trajese más víctimas al matadero; y ellos en tanto, perdidos siempre entre manglares, sin más alimento que la fruta insípida de aquellos árboles tristes o las raíces malsanas de la tierra, cayéndoles continuamente los aguaceros encima, desnudos, hambrientos, enfermos, arrastraban penosamente la vida para estar martirizados mortalmente por los mosquitos, asaetea-

dos por los indios, devorados por los caimanes. Ochenta eran los que al principio habían salido de Panamá, y después de tantos refuerzos como Almagro había traído, eran ochenta y cinco los que quedaban. Bastarles debiera tanta mortandad y no empeñarse en sacrificar aquel miserable resto a su inhumana terquedad y a sus esperanzas insensatas. La rica tierra que estaban siempre pregonando se alejaba cada vez más de su vista y de su diligencia, y el continente de América se les defendía por aquel lado con más tesón y rigor que se había resistido el opuesto a los esfuerzos obstinados y valientes de Ojeda y de Nicuesa. Tanto tiempo, en fin, perdido, tan inútiles tentativas, tantas fatigas, tantos desastres debieran ya convencerlos de que la empresa era imposible, o por lo menos temerario quererla llevar a su cima con medios tan desiguales.»

No era fácil responder, ni mucho menos acallar, estas quejas amargas del desaliento. Los jefes, recelando que fuesen todavía más ponderadas las noticias que se enviasen a Panamá, y que así la empresa se desacreditase del todo, resolvieron que Almagro recogiese todas las cartas que se enviasen en los navíos; pero este abuso de confianza produjo entonces lo que siempre, mucha mengua y ningún fruto. La necesidad, más sutil que la sospecha, supo abrirse paso seguro, a despecho de los dos capitanes, para las nuevas que quería enviar. Escribióse un largo memorial, en que se contenían los desastres pasados, los muchos castellanos que habían muerto, la opresión y cautiverio en que gemían los que restaban, y concluían

con la súplica más vehemente y lastimera para que se enviase por ellos y se los libertase de perecer (1). Este memorial se metió en el centro de un grande ovillo de algodón que un soldado enviaba con el pretexto de que le tejiesen una manta, y llegó a Panamá con Almagro. Hallóse modo de que la mujer del gobernador pidiese el ovillo para verlo, y desenvuelto entonces y encontrado el escrito, el gobernador, que se enteró por su contenido de la extremidad en que aquella gente se hallaba, determinó enviar por ellos y excusar más desgracias en adelante, ya que las pasadas no se podían remediar. Ayudó mucho a esta resolución ver confirmadas las noticias del memorial con lo que decían algunos de los que venían con Almagro, no muy acordes en esto con las miras de su capitán. Así, a pesar de los ruegos, reclamaciones y aun amenazas que hicieron los dos asociados en la empresa, el gobernador, sordo a todo, dió la comisión a un Juan Tafur, dependiente suyo y natural de Córdoba, de ir con dos navíos a recoger aquellos miserables y traérselos a Panamá.

Hallábanse ellos entre tanto en la isla del Gallo, donde pasaban las mismas angustias que siempre, menos las que nacían de las hostilidades de los naturales, porque los indios, por no estar cerca de ellos,

(1) Gomara dice que este memorial fué escrito por un Saavedra, natural de Trujillo, y que iba firmado de muchos. Saavedra lo daba por coplista, pues el memorial acababa así:

Pues, señor gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor
Y aquí queda el carnicero.

les habían abandonado la isla y acogídose a tierra firme. Llegaron los dos navíos, y mostrada por Tafur la orden del gobernador, fué tanta la alegría de los soldados, que se abrazaban como si salieran de muerte a vida, y bendecían a Pedro de los Ríos como su libertador y su padre. Pizarro solo era el descontento; sus dos asociados le escribían que a todo trance (1) se mantuviese firme y no malograrse la expedición volviéndose a Panamá; que ellos le socorrerían al instante con armas y con gente. Viendo, pues, el alboroto de los soldados y su voluntad determinada de desamparar la empresa, «volveos en buen hora—les dijo—a Panamá los que tanto afán tenéis de ir a buscar allí los trabajos, la pobreza y los desaires que os esperan. Pésame de que así queráis perder el fruto de tan heroicas fatigas, cuando ya la tierra que os anuncian los indios de Tumbez os espera para colmaros de gloria y de riquezas. Idos, pues, y no diréis jamás que vuestro capitán no os ha acompañado el primero en todos vuestros trabajos y peligros, cuidando siempre más de vosotros que de sí mismo».

Ni se persuadían ellos por tales razones, cuando él, sacando la espada y haciendo con ella una gran raya en el suelo de Oriente a Poniente, y señalando al Mediodía como su derrotero, «por aquí—dijo—se va al Perú a ser ricos; por acá se va a Panamá a ser pobres: escoja el que sea buen castellano lo que más bien le estuviere». Dicho esto, pasó la raya, siguiéndole sólo trece de todos cuantos allí había; arrojó magnánimo

(1) La expresión literal era: «Que aunque supiese reventar, etc.»

y que las circunstancias todas que mediaban hacen verdaderamente maravilloso. La historia expresa los nombres de todos esos valientes españoles; pero los más memorables entre ellos son el piloto Bartolomé Ruiz, por sus conocimientos y servicios; un Pedro de Candía, griego de nación y natural de la isla de su nombre, que después hizo algún papel en los acontecimientos que se siguieron; y un Pedro Alcón, que a poco perdió el juicio y dió en los disparates que luego se contarán (1).

Con la restante muchedumbre se volvió Tafur a Panamá, no queriendo dejar a Pizarro uno de los navíos, como ahincadamente se lo rogaba, y consintiendo a duras penas que quedasen con él los indios de Tumbez y una corta porción de maíz por toda provisión. El, viéndose solo con tan poca gente, determinó abandonar la isla del Gallo, donde los naturales podían volver y exterminarlos, y se pasó a otra isla situada a seis leguas de la costa y a tres grados de la línea, que por despoblada no presentaba el mismo peligro.

Esta ventaja era lo único que podía resarcir los demás inconvenientes de aquella mansión infernal. Fuele puesto el nombre de Gorgona, por las muchas fuentes, ríos y gargantas de agua que bullen en la isla. Jamás se ve el sol allí; jamás deja de llover, y las altas

(1) Herrera cuenta este paso de otro modo, y según él, la raya quien la hizo fué Tafur, quien por consideración a Pizarro quiso dejar la libertad de quedarse con él a los que quisiesen. Garcilaso, Montesinos y otros muchos lo cuentan como va en el texto. Los nombres de los trece que se quedaron con su capitán pueden verse en la capitulación inserta en el apéndice IV.

montañas, los bosques espesos, la destemplanza del cielo y la esterilidad de la tierra la dan un aspecto salvaje y horrible: propia estancia solamente de desesperados como ellos. Hicieron barracas para abrigarse, construyeron una canoa para salir a pescar a mar abierto, y con los peces que cogían y la caza que mataban, ayudados del maíz que les dejó Tafur, se fueron sustentando trabajosamente todo el tiempo que tardó el socorro, que fueron cinco meses. Pizarro, como siempre, era el principal proveedor; pero toda su diligencia y todos sus esfuerzos no bastaban a cerrar la entrada a las enfermedades que en aquel país insalubre necesariamente había de contraer, ni al desaliento consiguiente a ellas, pues, aunque al parecer de hierro, sus corazones eran de hombres. Pasábanse los días y el socorro no llegaba; cualquier remolino de olas, cualquiera celaje que vieses a lo lejos se les figuraba el navío. La esperanza, engañada tantas veces, se convertía en impaciencia, y al fin en desesperación. Ya trataban de hacer una balsa en que irse costearo a Panamá cuando se divisó el navío, cuya vela al principio, aunque patente a los ojos, no era creída por el alma, escarmentada con tantos engaños. Acercóse al fin, y no cabiendo ya duda, se abandonaron a toda la alegría que debía inspirarles el gusto de verse socorridos y la satisfacción de no perder el fruto de tantos sufrimientos.

Pero el socorro no era tan grande como esperaban y como merecían. Venía el navío sólo con la marinería necesaria para la maniobra, y conducíalo Bartolomé Ruiz, a quien Pizarro había enviado con Tafur para

que apoyase con su reputación y experiencia lo que él escribía al gobernador y a sus asociados. Sus razones y sus esperanzas pudieron menos que la lástima de los demás. Al oírlas se desbandó toda la gente que Almagro tenía alistada para enviar a su compañero; el gobernador, pesaroso de la pérdida de tantos castellanos y ofendido de la tenacidad del descubridor, amenazaba abandonarle a su mal destino, bien que, vencido al fin por los ruegos y quejas de los dos asociados, permitió que saliese el navío, pero con la intimación, tan precisa como severa, de que Pizarro dentro de seis meses había de volver a dar cuenta de lo que hubiese descubierto.

El, oídas estas noticias, tomó inmediatamente el partido que a su situación convenía; y dejando en la isla a dos de sus compañeros, que por enfermos y débiles no podían seguirle (1), y todos los indios de servicio que allí tenían, con los once españoles restantes y con los indios tumbecinos, monta en el navío y dirige su rumbo por donde le había antes llevado el piloto Bartolomé Ruiz. A los veinte días halla y reconoce la isla que después se llamó de Santa Clara, puesta entre la de Puna y Tumbes: paraje desierto, pero consagrado a la religión del país, donde un adoratorio y diferentes alhajuelas de oro y plata que allí hallaron, contruídos en figuras de pies y manos, a modo de nuestras ofrendas votivas en los altares mi-

(1) Herrera hace mención de estos dos con los nombres de Páez y de Trujillo; pero estos apellidos no están entre los trece que antes tiene expresados y después repite al contar las mercedes que les hizo el emperador.

lagrosos, les presentan ya una muestra de la industria y la riqueza del país que iban buscando. Al día siguiente, navegando siempre adelante, se encuentran con balsas cargadas de indios vestidos con camisetas y mantas y armados a su usanza. Eran de Tumbes e iban a guerrear con los de Puna. Pizarro les hizo a todos ir con él, asegurándoles que no trataba de hacerles mal, sino de que le acompañasen hasta Tumbes. En medio de la extrañeza y maravilla que unos a otros se causaban, se iban acercando a la costa, la cual, baja y llana, sin manglares ni mosquitos, parecía a los castellanos tierra de promisión comparándola con las que habían visto hasta allí. Surge, en fin, el navío en la playa de Tumbes; los de las balsas tuvieron libertad de ir a tierra, encargándoles el capitán español que dijese a sus señores que él no iba por aquellas tierras a dar pesadumbre a ninguno, sino a ser amigo de todos.

Coronaba la orilla cuando salieron una muchedumbre de indios, que contemplaban pasmados aquella máquina nunca vista y se admiraban de ver venir en ella y saltar en las balsas gente de su propio país. La maravilla y la curiosidad crecían, cuando llegando a tierra aquellos indios y dirigiéndose al instante al Curaca del pueblo, que así llamaban allí a los caciques, le dieron cuenta de lo que habían visto en los extranjeros y de lo que les contaron los indios intérpretes que traían. Avivado con estas noticias el deseo de conocerlos mejor, fué enviado al navío en diez o doce balsas todo el bastimento que tuvieron a mano. Hallábase allí a la sazón uno de aquellos nobles pe-

ruanos a quienes, por la deformidad de sus orejas y por el adorno que en ellas traían, pusieron después los nuestros el nombre de *orejones*. Este quiso ser del viaje, proponiéndose observarlo todo con el mayor cuidado para poder dar noticia de ello al rey del país. Pizarro, que recibió el presente y a los que le llevaban con el mayor agrado y cortesía, no pudo menos de admirarse del reposo y buen seso y de las preguntas atinadas y prudentes que el orejón le hacía. Dióle, por tanto, alguna noticia del objeto de su viaje, de la grandeza y poder de los reyes de Castilla y de los puntos esenciales de la religión católica. Todo lo oía con atención y sorpresa el peruano, y entretenido con las novedades que veía y escuchaba, se estuvo en el navío desde la mañana hasta la tarde. Comió con los castellanos, alabóles su vino, que le pareció mejor que el de su tierra, y al despedirse le dió Pizarro unas cuentas de margaritas, tres calcedonias y, lo que fué de más precio para él, un hacha de hierro. Al Curaca envió dos puercos, macho y hembra, cuatro gallinas y un gallo. Despidiéronse de este modo amigablemente, y rogando el orejón a Pizarro que dejase ir con él algunos castellanos para que el Curaca los viese, condescendió el capitán, mandando que fuesen a tierra Alonso de Molina y un negro.

Llegados al pueblo, la maravilla y sorpresa de los indios subió al último punto cuando tocaron por sus ojos lo que les habían dicho los de las balsas. Todo los desatinaba: la extrañeza de aquellos animales, el canto petulante y chillador del gallo, aquellos dos hombres tan poco semejantes a ellos y tan diferentes

entre sí. Quién cuando el gallo cantaba preguntaba lo que pedía; quién hacía lavar al negro para ver si le quitaba la tinta que a su parecer le cubría; quién tentaba la barba a Alonso de Molina y le desnudaba en parte para considerar la blancura de su cuerpo. Todos se agolpaban sobre ellos, hombres, viejos, niños y mujeres, regocijándolos el negro con sus gestos, sus risas y sus movimientos, y respondiéndoles Molina por señas, según podía, a lo que le preguntaban. Las mujeres, sobre todo, más curiosas y más expresivas, no cesaban de acariciarle y de regalarle, y aun dábanle a entender que se quedase allí y le darían una moza hermosa por mujer. Pero si los indios estaban admirados del aspecto de los extranjeros, no lo estaba menos Alonso de Molina de lo que veía en la tierra. A ojos acostumbrados tantos meses a no ver mas que manglares, sierras ásperas, pantanos eternos, salvajes desnudos y feroces y miserables bohíos debió sin duda causar tanta alegría como asombro hallarse de pronto con un pueblo ajustado y gobernado con alguna especie de policía, con hombres vestidos, con habitaciones construídas de un modo regular, un templo, una fortaleza; a lo lejos, sementeras, acequias, rebaños de ganados, y dentro, oro y plata en abundancia en adornos y utensilios.

Contábalo él de vuelta al navío, y lo encarecía de tal modo, que Pizarro, no atreviéndose a darle fe, quiso que saliese a tierra Pedro de Candía para informarse mejor. Candía tenía otro ingenio y otra experiencia de mundo que Molina; era además alto, membrudo, de gentil disposición; y las armas resplande-

cientes de que salió vestido, en que los rayos del sol reverberaban, le presentaron a los ojos de los simples peruanos como objeto de respeto y de veneración, tal vez como un ser favorecido de su numen tutelar. Llevaba al hombro un arcabuz, qué por las noticias que dieron los indios de las balsas le rogaron que desapareciera; él lo hizo apuntando a un tablón que estaba allí cerca, y lo pasó de parte a parte, cayendo al suelo unos indios al estrépito, y otros gritando despavoridos de asombro (1). Agasajado y acariciado con tanto afecto como Molina, aunque no con tanta sorpresa ni confianza, reconoció la fortaleza y visitó el templo a ruego de las vírgenes que le servían. Llamábanlas *mamaconas*; estaban consagradas al sol, y su ocupación, después de cumplir con las ceremonias del culto, era labrar tejidos finísimos de lana. El agasajo y expresión viva y afectuosa de aquellas criaturas, simples e inocentes, interesarían sin duda menos al curioso extranjero que las planchas de oro y plata de que estaban cubiertas a trechos las paredes del adoratorio y prometían tan largo premio a su codicia y la de sus compañeros. Despidióse, en fin, del Curaca, y regalado con cantidad de provisiones diversas, entre las cuales se señalaban un carnero y un cordero del país (2), se volvió al navío, en donde refirió cuan-

(1) Aquí añaden las relaciones antiguas que los indios sacaron un tigre y un león a ver si se defendía de ellos; que Candía disparó su arma y que los animales se vinieron mansos para él. Herrera lo cuenta, pero como que le cuesta dificultad creerlo; ahora ya no es difícil colocar este hecho entre la multitud de patrañas con que está afeada nuestra historia del Nuevo Mundo.

(2) Eran dos llamas, que los españoles, dándoles el nombre de carneros y ovejas de la tierra, comparaban, y no sin razón, a pequeños camellos

to había visto con expresiones harto más ponderadas y magníficas que las de Alonso de Molina.

Entonces no quedó ya duda al capitán español de la grandeza y opulencia de la tierra que se le presentaba delante, y volvió con dolor su pensamiento a los compañeros que le habían abandonado y cuya deserción le privaba de emprender cosa alguna de momento. Sin duda, en recompensa de aquel buen hospedaje que recibía, sentía que sus pocas fuerzas no le consintiesen ocupar violentamente el pueblo, hacerse fuerte en su alcázar y despojar a los habitantes y a su templo de aquellas riquezas tan encarecidas. Su buena fortuna le excusó entonces el peligro de este mal pensamiento. Las divisiones en el imperio de los incas no habían empezado aún: Huayna-Cápac vivía, y las fuerzas todas de aquel grande Estado, dirigidas por un príncipe tan hábil como firme, cayendo de pronto sobre aquellos pocos advenedizos, fácilmente los hubieran exterminado, o por lo menos no les dejaran destruir aquella monarquía tan a su salvo como lo hicieron después.

Las noticias adquiridas en Tumbes no llenaron todavía los deseos de Pizarro, que determinó pasar adelante y de cubrir más país. Su anhelo era ver si podía hallar o tener noticia de Chíncha, ciudad de la cual los indios le contaban cosas maravillosas. Siguió, pues, su rumbo por la costa; tocaron y reconocieron el puerto de Payta, tan célebre después, el de Tangarala, la punta de la Aguja, el puerto de Santa Cruz, la tierra de Colaques, donde después se fundaron las ciudades de Trujillo y de San Miguel, y, en fin, el

puerto de Santa, a nueve grados de latitud austral. Allí, ya navegadas y reconocidas más de doscientas leguas de costa, sus compañeros le pidieron que los volviese a Panamá; que el objeto de tantas fatigas y penalidades estaba ya conseguido con el descubrimiento incontestable de un país tan grande y tan rico. El lo juzgó así también, y el navío volvió la proa al Occidente, siguiendo el mismo camino que había llevado hasta allí.

A la ida y a la vuelta, los indios, prevenidos por la fama, salieron en todas partes a su encuentro con igual curiosidad que inocencia y confianza. Admiraban la extrañeza del navío en que ibán, su figura, sus armas y la ventaja inmensa que les llevaban en fuerza y en industria. «Juzgaban de ellos entonces por lo que habían visto en Tumbez», según la cándida expresión de Herrera; y la liberalidad, el agasajo, la fiesta y regocijo con que los trataban eran consiguientes a la idea que tenían de su humanidad y cortesía. Indio hubo que les tuvo guardados, y les presentó, un jarro de plata y una espada que se les había perdido en un vuelco de balsa que padecieron a la ida. Bastimentos les llevaban cuantos podían desear; presentes muchos, de mantas y collares de chaquira; oro no les daban, porque los castellanos, según las juiciosas disposiciones de su capitán, ni lo pedían ni lo tomaban, ni mostraban anhelarlo. Viendo esta amigable disposición de los naturales y la abundancia de la tierra, Alonso de Molina y un marinero llamado Ginés pidieron licencia para quedarse, y Pizarro se la dió, encomendándolos mucho a los indios y enca-

reciéndoles el valor de esta confianza. Molina quedó en Tumbes, y Ginés en otro punto más atrás. Ya antes, Bocanegra, otro marinero, se había escapado del navío en la costa de Colaques por disfrutar de la bondad de la gente y de lo risueño del país, sin que las diligencias que hizo su capitán para reducirle a que volviese produjesen efecto alguno. En fin, como para aumentar más los vínculos entre unos y otros y procurarse medios de comunicación para lo futuro, pidió Pizarro que le diesen algunos muchachos que aprendiesen la lengua castellana y pudiesen servirle de intérpretes cuando volviese. Diéronle dos, uno que después bautizado se llamó D. Martín, y el otro Felipillo, harto célebre después por la parte que algunos le atribuyen en la muerte del inca Atahualpa.

Pero de todas cuantas conferencias tuvieron con los indios, y de cuantos agasajos y obsequios de ellos recibieron, ninguno igualó en gala y cortesía ni alcanza en interés al modo que tuvo de acogerles y regalarlos una india principal en un puerto cercano al de Santa Cruz. Ansiaba ella ver y tratar aquellos extranjeros que la fama le presentaba tan extraños, tan valientes y tan comedidos. Pizarro, aunque sabedor de sus deseos y buena voluntad, no había podido satisfacerla a la ida, y había prometido visitarla cuando volviese. Con efecto, luego que estuvo de vuelta trató de cumplirla esta palabra, y con tanta más razón cuanto que Alonso de Molina, que casualmente había tenido que quedarse en la tierra todo aquel tiempo, había sido tratado por aquella señora

con una atención y un agasajo sin igual, que él no se cansaba de ponderar y aplaudir. Señalóse, pues, el punto donde iría el navío para las vistas, y no bien llegaron a él, cuando se le acercaron muchas balsas con cinco reses y otros mantenimientos de parte de Capillana, que así entendieron los españoles que se llamaba la india. Envióles a decir, además, «que para dar más confianza a los extranjeros, ella quería fiarse primero del capitán, e iría al navío a verlos a todos, y después les dejaría en él prendas bastantes para que estuviesen seguros en tierra todo el tiempo que quisiesen». Pizarro, para corresponder a esta atención delicada, mandó que saliesen del navío al instante y fuesen a saludarla el tesorero Nicolás de Rivera, Pedro Alcón y otros dos españoles.

Recibiólos ella con una cortesía igual a sus demostraciones primeras. Hízolos sentar y comer junto a sí, dióles ella misma de beber, diciendo que así se usaba hacer en su tierra con sus huéspedes; y después añadió que quería inmediatamente ir al navío y rogar al capitán que saltase en tierra, pues ya iría fatigado de la mar. Contestaron que viniese en buen hora, y al instante se puso en camino. Llegada al navío, Pizarro la recibió con toda urbanidad y respeto, la regaló con cuanto su estado y posición permitía, y los castellanos se esmeraron en conducirse con ella con la mejor crianza y comedimiento. Ella en seguida manifestó que pues siendo mujer se había atrevido a entrar en el navío, el capitán, que era hombre, podría mejor salir a tierra, quedando allí cinco de los más principales de sus indios para que lo hiciese con toda con-

fianza; a lo que contestó Pizarro que por haber enviado delante de sí toda su gente y venir con tan poca compañía no lo había hecho; pero que ahora, visto el afecto con que los favorecía, saltaría contento en tierra sin que fuesen para ello necesarias prendas ningunas de seguridad. La india con esto se volvió a su albergue a disponer la solemnidad con que habían de ser recibidos y agasajados huéspedes que tanto codiciaba.

Al romper el día ya estaban alrededor del navío más de cincuenta balsas para conducir al capitán. Iban en una doce indios principales, que luego que entraron en el buque dijeron que ellos se quedaban allí para seguridad de los españoles; y así lo hicieron, por más que Pizarro porfió en que saltasen a tierra con él. Bajó, en fin, a la playa seguido de sus compañeros, y la india salió a recibirlos acompañada de mucha gente, todos en orden, con ramos verdes y espigas de maíz en las manos. Llevólos a una enramada preparada al intento, donde en el sitio principal estaban dispuestos los asientos de los huéspedes, y otros algo desviados para los indios. Siguióse el banquete, compuesto de todos los alimentos que daba de sí el país, diversamente aderezados. Al banquete sucedió la danza, que los indios ejecutaron con sus mujeres, admirándose los españoles cada vez más de hallarse entre gentes tan atentas y entendidas. Tomó Pizarro luego la voz, y por medio de los intérpretes les manifestó su gratitud por las honras que le hacían y la obligación en que por ellas les estaba. Para acreditarla, en el momento les indicó la errada religión en que vivían,

la inhumanidad y barbarie de sus sacrificios, la nulidad y repugnancia de sus dioses. Díjoles algunos de los principales fundamentos de la religión cristiana, y les prometió que a su vuelta les traería personas que los adoctrinasen en ella. Y concluyó con hacerles entender que era preciso que obedeciesen al rey de Castilla, monarca poderosísimo entre cristianos, y pidiéndoles que en señal de obediencia alzasen aquella bandera que en las manos les ponía. A juzgar por nuestras ideas presentes, el tiempo a la verdad no era el más a propósito para hacerles esta extraña propuesta. Los indios ciertamente fueron más corteses y comedidos: sin disputar sobre la preferencia ni de religión ni de rey, tomaron la bandera, y por dar gusto a su huésped la alzaron tres veces, bien así como por burla, no creyendo que se comprometían nada en ello, y bien seguros de que no había en el mundo otro rey más poderoso que su inca Huayna-Cápac.

Los españoles, agasajados y honrados de este modo, se volvieron al navío, donde Pedro Alcón, viendo que ya se preparaban a partir, rogó a Pizarro que le dejase en la tierra. Era Alcón de aquellos hombres que adoran en su persona, y su manía en ataviarse y engalanarse llegaba a tal extremo, que sus compañeros se burlaban de él y decían que parecía más bien soldado galán de Italia que miserable descubridor de manglares. Cuando de orden de Pizarro bajó del navío a saludar a la india, creyó que aquella era la propia ocasión de lucirse, y se vistió su jubón de terciopelo, sus calzas negras, un escofión de oro con su

gorra y medalla en la cabeza, y la espada y daga a los dos lados. Así salió pavoneándose y presumiendo rendir toda la tierra con su bizarría. La presencia de Capillana acabó de trastornarle la cabeza, porque sea que ella fuese de hermosa disposición, sea que su dignidad y cortesía le cautivasen la voluntad, él luego que estuvo en su presencia empezó a echarla ojeadas, a suspirar y a mostrar su afición y sus deseos con las simplezas pueriles de un amor tan importuno como insensato. Ella no se dió por entendida; pero Alcón, que la había ya marcado como conquista suya y no quería perder tan grata esperanza, resolvió quedarse en la tierra, y en su consecuencia pidió a su capitán licencia para ello. Negósele resueltamente Pizarro, conociendo su poco juicio; y él, viendo venir al suelo la torre de sus vanos pensamientos, perdió de improviso la cabeza y empezó a grandes gritos a insultar a sus compañeros y a dar muestras de querer herirles con una espada rota que acaso se halló a la mano. Y aunque el desventurado había enloquecido de amor, no era amor lo que deliraba; sus improperios y voces se dirigían todos a llamarlos «bellacos usurpadores de aquella tierra, que era suya y del rey su hermano»; por donde se venía en conocimiento que las ideas de ambición y mando habían fermentado en su cabeza tanto como las de galantería y presunción. Para excusar, pues, los inconvenientes de sus amenazas y de sus insultos, tuvieron que amarrarle a una cadena y ponerle debajo de cubierta, y allí recogido, no fué de peligro ni de enojo a sus compañeros. No se sabe si en adelante sanó de su frenesí,

si bien inclina a creerle verle comprendido después en las gracias y honores que el emperador concedió a los esforzados moradores de la Gorgona.

Sin este desagradable incidente todo hubiera sido bonanza en aquel dichoso viaje. Pizarro, ya impaciente por terminarle, no quiso detenerse más en la costa desde que salió de Tumbez, y dirigiéndose a la Gorgona, recogió a uno de los dos soldados que allí había dejado, pues el otro era muerto; y con él y los indios que le acompañaban siguió su rumbo a Panamá (a fines del año 1527). Allí entró al fin, después de más de un año que había salido, andadas y reconocidas doscientas leguas de costa, descubierto un grande y rico imperio, y vencedor de los elementos y de la contradicción de los hombres.

Los tres asociados se abrazarían sin duda en Panamá con la alegría y satisfacción consiguiente a la gran perspectiva de gloria y de riqueza que se les presentaba delante. Pero aunque el descubrimiento de las nuevas regiones estuviese conseguido, faltaba realizar su conquista: empresa por cierto harto más ardua y costosa. Medios no los tenían, gente tampoco. El gobernador, Pedro de los Ríos, les negaba resueltamente uno y otro; en Pedrarias no podían o no querían confiarse; y por otra parte, depender de ajena mano en empresa de tanta importancia era exponerse a los mismos inconvenientes que acababan de experimentar. Resolvieron, pues, acudir a la Corte, darla cuenta de lo que habían hecho y pedir los títulos y autorización competente para dar por sí mismos cima a lo que tenían comenzado. Ofrecióse aquí otra

dificultad, y fué quién había de tomar este cargo sobre sí. Pizarro, o deseoso de descansar o no teniendo bastante confianza en sí mismo para negociar en la Corte, no se prestaba fácilmente a ello. Luque, conociendo el carácter de sus dos compañeros, quería que se diese la comisión a un tercero, o que por lo menos fuesen los dos a negociar. Pero Almagro, más franco y confiado, dijo que nadie debía ir sino Pizarro; que era mengua que el que había tenido ánimo para sufrir por tanto tiempo el hambre y trabajos nunca oídos que había pasado en los manglares le perdiese ahora para ir a Castilla a pedir al rey aquella gobernación; que esto se hacía mejor por sí que por comisionados; y que el mismo que había visto y reconocido el país podía hablar mejor de él y disponer los ánimos a la concesión de lo que se iba a solicitar. La razón estaba evidentemente a favor de este dictamen desinteresado; Pizarro se rindió al fin, y Luque, condescendiendo también, no dejó por eso de anunciar lo que después sucedió, en aquellas palabras proféticas: «¡Plegue a Dios, hijos, que no os hurtéis el uno al otro la bendición, como Jacob a Esaú! Yo holgara todavía que a lo menos fuéades entrambos.»

Determinóse en seguida que la negociación debía dirigirse a pedir la gobernación de la nueva tierra para Pizarro, el adelantamiento para Almagro, el obispado para Luque, el alguacilazgo mayor para Bartolomé Ruiz, otras diferentes mercedes para los demás de la Gorgona. Y habiendo reunido con harta dificultad mil quinientos pesos para esta expedición, Pizarro se despidió de sus dos asociados, prometiéndoles negociar

fielmente en su favor, y llevando consigo a Pedro Candía y algunos indios vestidos a su usanza, con muestras de oro, plata y tejidos del país, se embarcó en Nombre de Dios y llegó a Sevilla a mediados de 1528.

Mas apenas había saltado en tierra cuando fué preso a instancia del bachiller Enciso, en virtud de una antigua sentencia que tenía ganada contra los primeros vecinos del Darién, por razón de deudas y cuentas atrasadas. De este modo recibía su patria a un hombre que le traía tan magníficas esperanzas; y el que poco tiempo después había de eclipsar con su fausto y su poder a los próceres y aun príncipes de su tiempo, se vió vergonzosamente encarcelado como un tramposo, y embargado el dinero y efectos que traía consigo. No duró mucho, sin embargo, la prisión, porque noticioso el Gobierno de sus descubrimientos y proyectos, dió orden de que al instante se le pudiese en libertad y se le proveyese de sus dineros mismos para que se presentase en Toledo, donde la Corte a la sazón se hallaba.

Su presencia y discreción no desmintieron en este nuevo teatro la fama que le había precedido. Alto, grande de cuerpo, bien hecho, bien agestado, y aunque de ordinario era, según Oviedo, taciturno y de poca conversaci^on, sus palabras cuando quería eran magníficas y sabía dar grande interés a lo que contaba. Tal se presentó delante del emperador; y al pintar lo que había padecido en aquellos años crueles, cuando por extender le fe cristiana y ensanchar la monarquía había estado tanto tiempo combatiendo con el des-

amparo, con el hambre y con las plagas todas del cielo y de la tierra, conjuradas en contra suya, lo hizo con tanto desahogo y con una elocuencia tan natural y tan persuasiva, que Carlos se movió a lástima, y recibiendo sus memoriales con la gracia y benignidad que solía, los mandó pasar al Consejo de Indias para que allí se le hiciese favor y se le despachase. La ocasión no podía ser más oportuna: Carlos V, entonces halagado por la victoria y por la fortuna, se veía en la cumbre de su gloria. Humillada Francia con la derrota de Pavía y la prisión de su rey, puesta en respeto Italia con el escarmiento de Roma, árbitro de la Europa, disponiéndose a partir para recibir de las manos del Pontífice en Bolonia la corona imperial; y como si todo esto junto fuese aún poco, puestos dos españoles a sus pies, aquél acabando de darle un grande y rico imperio, éste presentándose a ofrecerle otro más vasto y más opulento.

Viéronse, en efecto, en aquella ocasión Hernán Cortés y Pizarro, que se conocían ya desde su primera residencia en Santo Domingo, y aun se dice que eran amigos. Cortés venía a combatir con su presencia las dudas que se tenían de su fidelidad, y es cierto que si realmente las hubo fueron desvanecidas como sombras al esplendor de la magnificencia, bizarra y discreción maravillosa que desplegó en aquel afortunado viaje. Los honores brillantes que recibió del emperador y de la Corte pudieron servir a Pizarro de estímulo noble y poderoso para animarle a hechos igualmente grandes. Los dineros con que se dice que el conquistador de Méjico ayudó entonces al descu-

bridor del Perú le fueron por ventura menos útiles que la prudencia y maestría de sus consejos. Util le fué también la especie de ingratitud usada entonces con Cortés, a quien, a pesar de las honras y mercedes que se le prodigaban, no fué concedido el mando político de un reino en cuya conquista había hecho muestra de un valor y de unos talentos tan sublimes como singulares. Pizarro lo tuvo presente al extender su contrata para la pacificación de las regiones que había descubierto, y no consintió que se le pudiese en ellas ni superior ni aun igual.

La ambición, hasta entonces o dormida o suspensa en su ánimo, se despertó con una violencia tal que le hizo romper todos los vínculos de la fe prometida, de la amistad y de la gratitud. No sólo se hizo nombrar por vida gobernador y capitán general de doscientas leguas de costa en la Nueva Castilla, que tal era el nombre que se daba entonces al Perú, sino que procuró también para sí el título de adelantado y el alguacilazgo mayor de la tierra, dignidades que, según lo convenido, debía negociar la una para Almagro, la otra para Bartolomé Ruiz. La alcaidía de la fortaleza de Tumbez, la futura del gobierno en caso de faltar Pizarro, la declaración, en fin, de hidalguía y la legitimación de un hijo natural no podían ser para Almagro mercedes y honores suficientes a disminuir la distancia y superioridad inmensa a que su compañero se ponía respecto de él. Menos descontento pudo quedar Bartolomé Ruiz, puesto que el título de piloto mayor de la mar del Sur, y el de escribano de número de la ciudad de Tumbez para un hijo

suyo cuando estuviere en edad de desempeñarlo, no eran gracias tan desiguales a su mérito y a sus servicios. Pedro de Candía fué hecho capitán de la artillería que había de servir en la expedición, y todos los famosos de la Gorgona declarados fidalgos los que no lo eran, y caballeros de la espuela dorada los que ya tenían aquella calidad. Sólo Fernando de Luque pudo quedar satisfecho de la consecuencia y buena fe de su asociado. Por fortuna, los títulos y dignidades eclesiásticas a que él aspiraba no podían competir con la preeminencia y prerrogativas del nuevo gobernador, y a esto debió sin duda ser electo para el obispado que debía establecerse en Tumbez, y nombrado, mientras las bulas se despachaban en Roma, protector general de los indios en aquellos parajes, con mil ducados de renta anual (1).

Logró además Pizarro para sí la merced del hábito de Santiago, y no contento con las armas propias de su familia, consiguió que se les añadiesen nuevos timbres con los símbolos de sus descubrimientos. Una águila negra con dos columnas abrazadas, que era la divisa del emperador; la ciudad de Tumbez murada y almenada con un león y tigre a sus puertas, y por lejos, de una parte el mar con las balsas que allí usaban, y de la otra la tierra con hatos de ganado y otros animales del país, fueron los blasones nuevos añadidos a las armas de los Pizarros. La orla era un

(1) El, sin embargo, se daba después por quejoso, así de Pizarro como de Almagro, y los acusaba de ingratos en las cartas que escribía al cronista Oviedo. (Véase la *Historia general* de éste, capítulo I del libro 46.)

letrado que así decía: *Caroli Cæsaris, auspicio, et labore, ingenio, ac impensa ducis Pizarro inventa et pacata.* Ofende la soberbia y se extraña la ingratitud que encierra en sí esta leyenda; pero no sé si todo desaparece con aquella jactancia, o llámese bazarria verdaderamente española, con que daba por logrado todo lo que no estaba emprendido, y como conquistado y vencido lo que no hacía mas que acabar de descubrir. Habíase obligado por la capitulación hecha con el Gobierno a salir de España para su expedición en el término de seis meses, y llegado a Panamá emprender el viaje para las tierras nuevamente descubiertas en otro término igual. Erale, pues, forzoso ganar tiempo y aprovechar los pocos medios que le quedaban. Mas a fin de que se supiesen prontamente en Indias los despachos que iba a llevar y no se hiciese novedad en la conquista, luego que tuvo junta alguna gente envió delante como unos veinte hombres, los cuales llegaron en fines de aquel mismo año a Nombre de Dios. La diligencia no podía ser más oportuna, pues ya Pedrarias en Nicaragua, aparentando quejas de que le hubiesen separado de la compañía, en que al principio le admitieron, trataba de tomar la empresa por sí y otros asociados. Y aun a duras penas pudieron escapar de su ira y de sus garras Nicolás de Rivera y Bartolomé Ruiz, que de parte de Almagro habían ido en un navío a Nicaragua a publicar grandezas del Perú y a excitar los ánimos a entrar y disponerse para la empresa luego que Pizarro volviese.

El, entre tanto, se hallaba en Sevilla continuando los preparativos de su viaje. Había anteriormente

pasado por Trujillo, con el objeto sin duda de abrazar a sus parientes y disfrutar la satisfacción, tan natural en los hombres, de presentarse aventajados y grandes en su patria, si antes en ella fueron tenidos en poco por sus humildes principios. Su familia, que quizá no había hecho caso ninguno de él en el largo discurso de tiempo que había mediado desde su partida, le recibió sin duda entonces con el agasajo y respeto debidos a quien iba a ser el arrimo y principal honor de toda ella. Cuatro hermanos que tenía, tres de padre y uno de madre, se dispusieron a seguirle y a ser sus compañeros de trabajos y de fortuna. Con ellos se presentó en Sevilla, y con ellos, luego que tuvo adelantados algún tanto los preparativos de la expedición, se embarcó en los cinco navíos que componían su armamento.

Faltaba mucho para completar en él lo que había capitulado con el Gobierno. Sus medios eran tan cortos y la empresa tan desacreditada, a pesar de sus magníficas esperanzas, que no había podido completar la leva de ciento cincuenta hombres que debía sacar de España. El plazo señalado estrechaba; ya el Consejo de Indias, receloso de la falta de cumplimiento, y acaso también instigado por algún enemigo de Pizarro, trataba de examinar si los navíos aparejados para partir estaban provistos de la gente y pertrechos prescritos en la contrata. La orden estaba expedida para que fuesen visitados y reconocidos, y hallándoseles en falta no se les dejase salir. El, temeroso de esta pesquisa y ansioso de evitar dilaciones, dió la vela (19 de enero de 1530) al instante en el navío

que montaba, sin embargo de tener el tiempo contrario, dejando encargado el resto de la escuadrilla a su hermano Hernando Pizarro y a Pedro de Candía, con la advertencia de que en el caso de ser reconocidos y echándose de menos la gente que faltaba para el número convenido respondiesen que iba en el navío delantero. De este modo, el que a su llegada de Indias había sido preso en Sevilla por deudas atrasadas, también por no poder ocurrir a los gastos en que se había empeñado tenía que salir de España como un miserable fugitivo.

Fueron con efecto reconocidos los navíos y preguntados judicialmente los religiosos dominicos que iban en la expedición, Hernando Pizarro, Pedro de Candía y otros pasajeros (1). La contestación fué tal que, satisfechos los ejecutores del registro, se permitió la salida, y los buques siguieron el rumbo de su capitana, que los esperaba en la Comera. Reunidos allí, continuaron felizmente su navegación a Santa Marta, donde Pizarro diera algún descanso a su gente a no habersele empezado a desbandar, desalentada con las tristes y desesperadas noticias que corrían de los países adonde iban. Huyó, pues, de allí como de una tierra enemiga, y dióse prisa a llegar a Nombre de Dios, donde desembarcó al fin con solos ciento veinticinco soldados.

A la nueva de su llegada corrieron al instante a

(1) Este reconocimiento y probanza se hicieron en 27 de enero de 1530; existe todavía el documento auténtico de todo aquello, y de él se deduce que eran cinco los navíos que Pizarro llevaba para la gente y pertrechos de guerra, y que iba además uno de pasajeros que no iban a la conquista. — (*Extractos de Muñoz, año 1530.*)

saludarle sus dos compañeros, y el recibimiento que se hicieron los tres no desdijo de la amistad antigua y de los vínculos que los unían. No dejó, sin embargo, Almagro de darle sus quejas a solas: «Era extraño, por cierto —le decía—, que cuando todos eran una cosa misma él se hallase como excluido de los grandes favores de la Corte y limitado a la alcaidía de Tumbez; gracia en verdad bien poco correspondiente a la amistad antigua que había entre los dos, a la fe jurada, a los trabajos padecidos, a la mucha hacienda empeñada por él en la empresa. Y lo más sensible para un hombre tan ansioso de ser honrado por su rey era la mengua que recibía a los ojos del mundo viéndose así excluido de sus justas esperanzas con tan poca estimación, o más bien con tanto vilipendio.» A esto contestó Pizarro que no se había olvidado de hacer por él cuanto debía; que la gobernación no podía darse más que a uno; que no era poco lo hecho en haber empezado a negociar, pues lo demás vendría fácilmente después, mayormente cuando la tierra del Perú era tan grande que habría sobrado para los dos; por último, que como su intención era siempre de que lo mandase todo como propio, eran excusadas por lo mismo las dudas y las quejas, y debía quedar satisfecho.

El descargo a la verdad era bien insuficiente; pero en la sencilla y apacible condición de Almagro hubiera bastado acaso a sosegar todas las inquietudes si Pizarro no trajera sus cuatro hermanos consigo. Pues ¿cómo presumir después de lo pasado que el gobernador pospusiese los intereses de ellos a los de

su amigo? ¿Ni cómo, aunque así fuese, conllevar entre tanto la arrogancia y la soberbia de aquellos hombres nuevos, que todo lo despreciaban y todo les parecía poco? No hay duda que al valor y prendas de alma y cuerpo que desplegaron después se debieron en gran parte las grandes cosas que se hicieron en la conquista; pero no es menos cierto que a su orgullo, a su ambición y a sus pasiones se deben atribuir principalmente las guerras civiles que después sobrevinieron y aquel torbellino espantoso de desastres, de escándalos y de crímenes que los devoró a todos ellos.

Eran tres hermanos de padre, como ya se ha dicho: legítimo Hernando, y los otros dos, Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador; Francisco Martín de Alcántara, el cuarto, era hermano suyo por su madre. De ellos el más señalado y el que influyó más en los acontecimientos fué Hernando, no tanto por la preponderancia que le daba su legitimidad y mayoría, como por las grandes y encontradas calidades que se hallaban en su persona. Desagradable en sus facciones, gentil y bizarro en la disposición de su cuerpo, de modales finos y urbanos, de amable y gracioso hablar; su valor era a toda prueba, su actividad infatigable; en cualquiera objeto, en cualquiera acontecimiento, por inesperado que fuese, veía con presteza de águila lo que convenía hacer, y con la misma presteza lo ejecutaba. No había cuando estaba en España cortesano más flexible, más artero, más liberal; no había en América español más altivo, más soberbio ni más ambicioso. No miraba él la Corte sino como instrumento de sus miras; no consideraba

los hombres sino como siervos de su interés o como víctimas de sus resentimientos. Templado y humano con los indios, odioso y temible a los castellanos, astuto, disimulado y falso, incierto en sus amistades, implacable en sus venganzas, eclipsaba con sus grandes calidades las de su hermano el gobernador, a cuya elevación y dignidad lo sacrificaba todo, y parecía el mal genio destinado a viciar la empresa con el veneno de su malicia y con la impetuosidad de sus pasiones (1).

Era imposible que un hombre de este temple se aviniese a depender de Almagro, que, feo de rostro y desfigurado además con la pérdida del ojo, pobre de talle, llano y simple en sus palabras, ganoso de honores en demasía, por lo mismo que tardaba en conseguirlos, convidaba más al desprecio que a la estimación cuando no se le consideraba mas que por lo exterior sólo. Hernando Pizarro y sus hermanos recién venidos no le podían considerar de otro modo, y más al experimentar la escasez de recursos que les proporcionaba, hallándose gastado y consumido con los muchos dispendios que había hecho. El desprecio que tenían en su corazón transpiraba a veces en sus ademanes, y a veces también en sus palabras. Almagro, resentido, se conducía cada vez con más indiferencia y tibieza, como quien no quería afanarse por ingratos; y esta triste disposición se acababa de enco-

(1) «E de todos ellos Hernando Pizarro sólo era legítimo, e más legítimo en la soberbia' hombre de alta estatura e grueso, la lengua e el labio gordos, e la punta de la nariz con sobrada carne e encendida; y este fué el desavenidor y estorbador del sosiego de todos». — (Oviedo, *Historia general*, lib. 46, cap. I.)

nar en sus ánimos con los chismes, sospechas y sugerencias traídas y llevadas todos los días por amigos, enemigos y parciales. Llegaron a tanto, en fin, los sentimientos de una y otra parte, que Almagro estuvo ya dispuesto a que entrasen en la compañía otros dos sujetos para hacer frente con ellos a los Pizarros, y el gobernador empezó a tratar con Hernando Ponce y con Hernando de Soto, ricos vecinos de León, en Nicaragua, los cuales, propietarios de dos navíos y soldados experimentados en las cosas de Indias, podrían con sus personas y bienes ayudarle en la expedición y suplir abundantemente la falta de Diego de Almagro.

Pero el rompimiento que por instantes estaba para estallar pudo al fin contenerse con las advertencias y reclamaciones de Hernando de Luque y del licenciado Espinosa. Hallábase éste a la sazón en Panamá, y, además de ser amigo de todos ellos, tenía en la empresa, según se ha sabido después, una parte harto más considerable que Hernando de Luque. Mediaron ambos, y las diferencias se concertaron con un convenio, cuyas condiciones principales fueron que Pizarro se obligase a no pedir ni para sí ni para sus hermanos merced ninguna del rey hasta que se diese a Almagro una gobernación que comenzase donde acababa la suya, y que todos los efectos de oro y plata, joyas, esclavos, naborias y cualesquiera bienes que se hubiesen en la conquista se dividiesen por partes iguales entre los tres primeros asociados.

Conciliados algún tanto los ánimos por entonces con este acuerdo, los preparativos se adelantaron con

mayor actividad y pudo darse principio a la expedición. Almagro, como la primera vez, se quedó en Panamá a completar las provisiones y pertrechos necesarios y a recibir la gente que de Nicaragua y otras partes acudía a la fama de la conquista. Mas Pizarro dió luego a la vela en tres navichuelos provistos de las municiones de boca y guerra suficientes, y llevando a sus órdenes ciento ochenta y tres hombres (1). Con este miserable armamento, más propio de pirata que de conquistador, se arrojó a atacar el imperio más grande y civilizado del Nuevo Mundo. Hubo sin duda en esta empresa mucha constancia, valor grande y a las veces no poca capacidad y prudencia; pero es preciso confesar que hubo más de ocasión y de fortuna, y a tener noticias más puntuales de la extensión y fuerzas del país, es de creer que no se aventurasen a tanto con fuerzas tan desiguales. Mas los españoles entonces sólo se informaban de las riquezas de una región y no de su resistencia; ésta en su arrojo era nula; allá iban y allá se perdían si no les ayudaba la fortuna, o se coronaban de poder y de riquezas cuando les era propicia: héroes en un caso, insensatos en otro.

(1) Esta salida fué en los últimos días del año 1530 a primeros del 31, según se deduce de la relación manuscrita del padre Naharro, donde se dice que Pizarro hizo bendecir las banderas en la iglesia de la Merced de Panamá el día de San Juan Evangelista del año de 1530, y confesar y comulgar a sus soldados el inmediato de los Inocentes. No parece verosímil, según esto, que la salida se dilatase hasta febrero, como lo expresa la relación antigua de Pedro Sancho que hay en Ramusio, seguida en esta parte por Robertson. Zárate dice expresamente que la salida fué a principios del año 31; ni en Jerez, ni en Oviedo, ni en Garcilaso, ni en Herrera se halla determinada la fecha con precisión. Por lo demás, la autoridad del padre Naharro en esta parte es incontestable, porque él sacó la noticia de los registros mismos de la iglesia de la Merced.

El primer punto en que la expedición tomó tierra fué la bahía de San Mateo; allí se determinó que la mayor parte de la gente con los caballos tomase su camino por la marina, y los navíos fuesen costeano casi a la vista unos de otros. Vencieron con su acostumbrada constancia las dificultades que les ofrecía el país en aquella dirección, por los ríos y esteros que tenían que atravesar, y llegaron, en fin, al pueblo de Coaque, rodeado de montañas y situado cerca de la línea. Los indios, viéndolos venir, los esperaron sin recelo, como que ningún mal merecían de aquella gente extranjera. Mas ya su marcha era enteramente hostil; el pueblo fué entrado como por fuerza; las casas y habitantes, despojados de cuanto tenían; los indios, despavoridos, se dispersaron por aquellos valles y asperezas. Hallaron al cacique escondido en su propia casa, y traído delante del capitán, dijo que no se había atrevido a presentarse, receloso de que le matasen, viendo cuán contra su voluntad y la de los suyos se había entrado el lugar por los españoles. Pizarro le aseguró diciéndole que su intención no era de hacerle mal ninguno, y que si hubiera salido a recibirle de paz no les tomara cosa ninguna. Amonestóle que hiciese venir la gente al lugar, y volvió con efecto la mayor parte al mandato del cacique, y proveyeron por algún tiempo de bastimento a los castellanos; pero sentidos del poco miramiento con que eran tratados, se dispersaron y desaparecieron otra vez, sin que por más diligencias que se hicieron pudiesen después ser habidos.

Fué considerable el botín, pues de solas las piezas

de oro y plata se juntaron hasta veinte mil pesos, sin contar las muchas esmeraldas que también se hallaron y valían un tesoro (1). Hízose de todo un montón, de donde se sacó el quinto para el rey, y se repartió lo demás, según lo que a cada uno proporcionalmente correspondía. La regla que invariablemente se observaba en esta clase de saltos y saqueos era poner de manifiesto cada uno lo que cogía, para agregarlo a la masa, que después había de distribuirse. Fuerza les era hacerlo así, porque tenía pena de la vida el infractor de la regla, y la codicia, que todo lo vigila, nada perdona tampoco.

Los tres navíos salieron de allí, dos para Panamá y uno para Nicaragua, a mostrar los piezas de oro ricas y vistosas habidas en el despojo, y estimular con ellas los ánimos para venir a militar en la expedición. Pizarro daba cuenta a sus amigos de su buena fortuna y les pedía que le enviasen en los navíos hombres y caballos. El, entre tanto, se quedó a aguardar su vuelta en aquella tierra de Coaque, donde los españoles volvieron a experimentar todos los males y trabajos de sus peregrinaciones anteriores. Era éste como el último esfuerzo que hacía la Naturaleza contra ellos para defenderles el Perú, y es preciso confesar que fué harto doloroso y cruel. Acostábanse sanos

(1) Dícese que muchas de estas esmeraldas se perdieron por quererlas probar con martillo, para distinguirlas de otras piedras verdes que se les parecían mucho. Aconsejábales esto fray Reginaldo de Pedraza, un dominicano que iba en la expedición con otros religiosos de su Orden, asegurándoles que la verdadera esmeralda era más dura que el acero. Aun la murmuración soldadesca no perdonó a este fraile, pues decían que con achaque de probarlas se las guardaba.—(Herrera, década 4.ª, lib. 7, cap. IX.)

y amanecían unos hinchados, otros tullidos, algunos muertos. Y como si este azote no fuese bastante, acometió a la mayor parte de ellos una enfermedad tan penosa como horrible, en la que se les llenaba el cuerpo y la cara de verrugas grandes, blandas y dolorosas que les incomodaban y afeaban, sin saber de qué manera se las podrían curar. Los que se las cortaban se desangraban, y a veces hasta morir; los otros tenían por mucho tiempo que sufrir sobre sí aquella peste, que se pegaba de unos a otros y cada vez se hacía más cruel. Renovábanse a los veteranos sus antiguas aflicciones y agonías, mientras que los de Nicaragua recordaban con lágrimas las delicias del país que habían dejado y maldecían la hora en que salieron de allí fascinados por esperanzas tan traidoras. Consolábalos Pizarro lo mejor que podía; pero el tiempo se pasaba, los navíos no venían, y ya desalentados y afligidos, pedían a quejas y gritos pasar a otra tierra menos adversa y cruel.

Al cabo de siete meses que allí aguardaban apareció un navío que les traía bastimentos y refrescos. En él venían Alonso de Riquelme, tesorero de la expedición, y los demás oficiales reales que, no habiendo podido salir de Sevilla al tiempo que Pizarro, por la prisa y cautela con que emprendió su viaje, habían, en fin, llegado a Indias y venían con algunos voluntarios a incorporarse con él. Alentados con este socorro, y más con la esperanza que Almagro daba de acudir prontamente con mayor refuerzo, determinaron pasar adelante, y por Pasaos, los Caraques y otras comarcas habitadas de indios, llegaron, por último,

a Puerto Viejo, donde, fronteros a la isla de Puna y próximos a Tumbez, pudieron considerarse a las puertas del Perú. En unas partes habían sido recibidos de paz o por temor a sus armas o por el deseo de quitarse de encima aquellos huéspedes incómodos; en otras encontraron con hostilidades que al fin se convertían en mayor daño de los naturales; porque no eran los obstáculos puestos por los hombres los que podían detener la marcha de aquellos audaces extranjeros; harto más arduos eran los que la Naturaleza les ponía, y ya los habían vencido.

Acrecentóse en gran manera la confianza de Pizarro con la llegada de treinta voluntarios que vinieron de Nicaragua, entre ellos Sebastián de Belalcázar, uno de los capitanes que más se señalaron después en el Perú. Querían algunos, cansados ya de viajar, que se poblase en Puerto Viejo; mas el gobernador tenía otras miras, y su intención era pasar a la isla de Puna y pacificarla amigablemente o a la fuerza, para después venir a Tumbez y sujetar a aquel pueblo con el ayuda de los insulares si se resistían a recibirle. Duraba entre aquellas gentes la animosidad antigua, y sobre ella fundaba el conquistador su plan, que, a pesar de las razones que tuviese para preferirle, no tuvo éxito correspondiente a sus esperanzas y deseos, pues no le excusó al fin la molestia y peligro de tener a unos y otros por enemigos y dos guerras en lugar de una.

Pudo evitarse la de la isla, a proceder los españoles con más confianza o más espera. Mas esto no era posible atendidas las sospechas que, según las relacio-

nes antiguas, infundieron los intérpretes a Pizarro sobre la buena fe de los isleños. Los castellanos, conducidos a Puna en balsas proporcionadas por los indios, asegurados por Tomalá, su principal cacique, que vino a Tierra Firme a disipar las dudas que Pizarro podía tener de su buena voluntad, fueron agasajados, regalados y divertidos con toda clase de demostración amistosa. Mas nada bastaba para aquietar sus ánimos prevenidos, que tomaban aquellas pruebas de benevolencia por otras tantas celadas alevosas con que los indios trataban de exterminarlos a su salvo. ¿Eran fundadas estas sospechas o no? La decisión es difícil cuando no tenemos a la vista mas que las relaciones de los vencedores, parciales por necesidad, y que han de propender siempre a justificar sus procedimientos. Y en este caso hay más motivos de duda, puesto que los intérpretes que tanto enconaban a los castellanos eran tumbecinos, enemigos naturales de los insulares, y por consiguiente inclinados a procurarles todo el mal posible de parte de aquellos huéspedes poderosos. De cualquier modo que esto fuese, Pizarro, informado un día de que el principal cacique se avistaba con otros diez y seis, y recelando comprometida en esta conferencia la seguridad de los españoles, envió a buscarlos a todos, y traídos a su presencia, los reconvino ásperamente por el mal término que con él usaban. Mandó en seguida que se reservase a Tomalá y se entregasen los otros a los indios tumbecinos, que, habiendo entrado con él en la isla bajo el amparo y sombra de los castellanos, todo lo estragaban en ella con robos y devasta-

ciones. Ellos, viendo en poder suyo a sus víctimas, se arrojaron a ellas como bestias feroces y les cortaron las cabezas por detrás a manera de reses de matadero.

Los de Puna, viéndose atropellados de este modo por los extraños, insultados por sus enemigos naturales, preso su señor y descabezados sus caciques, acudieron a las armas y, en número de quinientos, acometieron a los españoles, no sólo en el real donde tenían hecho su asiento, sino hasta en los navíos, que, por más desamparados, parecían más fáciles de ofender; pero bien pronto conocieron la diferencia de armas a armas y de brazos a brazos. ¿Qué podrían hacer aquellos infelices medio desnudos, con sus armas arrojadizas hechas de palma, contra cuerpos de hierro, contra espadas de acero, contra la violencia de los caballos y el estruendo y estrago de los arcabuces? No perdieron el ánimo, sin embargo, aunque rechazados con pérdida por todas partes; y volvían una vez y otra al ataque con nueva furia, para dispersarse después y esconderse en los pantanos y manglares del país. Duró esta guerra, si tal puede llamarse, muchos días, sin que los españoles, fuera de los cortos despojos que en los primeros encuentros recogieron, sacasen mas que sobresalto, cansancio y algunas veces heridas. Pizarro, conociendo que no era ventajoso continuarla, hizo traer delante de sí a Tomalá y le dijo que ya veía los males que sus indios habían traído sobre sí con su doblez y alevosía; a él, como su cacique, convenía atajarlos, y por lo mismo le amonestaba que les mandase dejar las armas y recogerse pacíficamente a sus casas; cuando esto se realizase,

los castellanos cesarían de hacerles guerra. A esto repuso el indio «que él no había dado motivo a ella, siendo falso cuanto se le había imputado; que le era por cierto bien doloroso ver su tierra hollada de enemigos, su gente muerta, y todo asolado y destruido. Todavía por complacerle era gustoso de mandar lo que quería, y daría orden a los indios para que dejaran las armas». Así lo hizo, y no una vez sola; pero ellos no quisieron obedecerle, y enconados y furiosos, daban gritos que nunca tendrían paz con gente que tanto mal les había hecho.

En tal estado de cosas, llegó de Nicaragua Hernando de Soto con dos navíos, en que venían algunos infantes y caballos. Fué este capitán considerado desde entonces como la segunda persona del ejército, bien que ya estuviese ocupado por Hernando Pizarro el cargo de teniente general que a él se le había ofrecido en las conferencias tenidas anteriormente en Panamá. Supo Soto disimular este desaire con la templanza y cordura que siempre le acompañaron; y su destreza, su capacidad y su valor, manifestados en todas las ocasiones de importancia, le granjearon desde luego aquel lugar distinguido que tuvo siempre en la estimación de indios y españoles. El socorro que trajo consigo pareció bastante a Pizarro para emprender cosas mayores, con tanta más razón cuanto que los soldados estaban ya cansados de aquella guerra infructuosa, muchos de ellos enfermos aún del contagio de las verrugas, y todos deseosos de establecerse en otra parte. Estas consideraciones le hicieron resolverse a dejar la isla y pasar a tierra firme.

Si la guerra de Puna pudo fácilmente excusarse, la de Tumbes, por el contrario, ni pudo esperarse ni prevenirse. Todo al parecer alejaba la idea de un rompimiento de parte de aquella gente: el trato antiguo desde el primer reconocimiento, el concepto favorable que los castellanos dejaron allí entonces, la buena acogida que hicieron a los que se unieron a ellos. Juntos habían pasado a Puna; allí los tumbecinos habían hollado y desolado a su placer la tierra enemiga; allí habían tenido la feroz satisfacción de sacrificar por su mano a los caciques, y seiscientos cautivos que los de Puna guardaban, destinados parte al sacrificio y parte a las labores del campo, fueron puestos en libertad por Pizarro de resultas de su primera victoria y enviados al continente con todo lo que les pertenecía. Beneficios eran éstos que debían asegurar la buena voluntad y amistosa acogida de aquellos naturales, y sin embargo no la aseguraron, y los españoles fueron recibidos por los tumbecinos con toda la alevosía y la perfidia que pudieran temerse del enemigo más encarnizado. Los españoles, al verse asaltados así, debieron sentir tanta sorpresa como indignación, y acusar altamente la perversidad de aquellos bárbaros sin fe. Mas la causa no estaba en los indios, estaban en ellos mismos. Cuando la otra vez vinieron se hacían interesantes por su novedad y se presentaban comedidos en sus acciones, corteses en sus palabras, generosos en dar, agradecidos al recibir, indiferentes a las riquezas, fieles observadores de la hospitalidad. Ahora, armados y feroces, maltratando los pueblos pobres, saqueando los ricos

y llevándolo todo al rigor de la violencia, aparecían a los ojos de los indios, sabedores por fama de lo sucedido en Coaque, como bandoleros pérfidos y crueles, indignos de todo obsequio y respeto y acreedores a toda doblez y alevosía. No tenían, pues, los castellanos por qué quejarse de los tumbecinos, a los cuales el instinto de su propia conservación debía necesariamente instigar a repeler de cuantos modos pudiesen a sus odiosos agresores.

El paso de la isla a la tierra firme se hizo parte en los navíos y parte en las balsas, donde se pusieron los caballos y el bagaje. Llegaron primero los que iban en las balsas, y a tres que los indios pudieron coger por ir más delanteros, después de ayudarles cortésmente a salir a tierra, los llevaron al lugar como para aposentarlos, y al instante que llegaron se echaron sobre ellos, les sacaron los ojos, les cortaron los miembros, y aun vivos y palpitantes los echaron en grandes ollas que tenían puestas al fuego, donde tristemente perecieron. Las demás balsas iban llegando, cuál con más cautela, cuál con menos, y los indios las acometían y robaban el herraje y ropa que llevaban, perdiéndose en este despojo la mayor parte del equipaje del gobernador, que iba en una de ellas. Los hombres que salían a tierra, como se vieron sin capitán y sin guía, mojados y cogidos de sobresalto, empezaron a dar voces pidiendo ayuda. A la grito y al bullicio del desorden, Hernando Pizarro, que con los caballos había saltado en tierra algo distante de allí, se arrojó para socorrerlos por medio de un entero que había entre unos y otros. Siguiéronle los que se

hallaban con él, y a su vista y arremetida los indios no tuvieron aliento para sostenerse, y abandonaron el campo. De este modo pudo la gente de las balsas acabar de desembarcar, y a poco llegó Pizarro con los navíos.

Hallóse el pueblo no sólo yermo, sino enteramente arruinado. La guerra con los de Puna, enconada nuevamente con las divisiones del imperio, le tenía en un estado hartó diferente de aquel en que le vieron la primera vez los españoles. Desalentábanse ellos mucho con el aspecto de aquellas ruinas, y más los de Nicaragua, al comparar los trabajos que allí padecían y la devastación que miraban con las delicias de su paraíso, que este nombre daban a aquella bella provincia. Llegó en esto un indio, que rogó a Pizarro no se le saquease su casa, una de las pocas que se veían en pie, y prometió quedarse en su servicio. «Yo he estado en el Cuzco—añadía—; yo conozco la guerra, y no dudo que toda la tierra va a ser vuestra.» Mandó el gobernador al instante señalar aquella habitación con una cruz para que fuese respetada, y prosiguió oyendo al indio lo que contaba del Cuzco, de Vilcas, de Pachacamac y otras poblaciones de aquella región; de las grandezas de su rey, de la abundancia de oro y plata, empleados no sólo en los utensilios y cosas más comunes, sino también en chapear las paredes de los palacios y de los templos.

Cuidaba Pizarro de que estas noticias cundiesen entre los españoles; pero ellos, escarmentados e incrédulos, no les daban acogida, teniéndolas por invenciones suyas para levantarles el ánimo con la esperanza

y cebarlos en la empresa. Tal concepto habían hecho anteriormente en la isla de Puna de un papel encontrado en la ropa de un indio que había servido al marinero Bocanegra, escrito, según se decía, por él, y donde había estas palabras: «Los que a esta tierra viniéredes, sabed que hay más oro y plata en ella que hierro en Vizcaya.» El artificio era a la verdad harto grosero, y no produjo más efecto que cerrarles la fe y los oídos a las grandes cosas que aquel indio contaba después, y que otros que iban llegando repetían. Quiso también Pizarro saber de él cuál había sido el paradero de los dos españoles que quedaron en Tumbez en su primer viaje; respondió que poco antes que llegase el ejército habían sido muertos los dos, uno en Tumbez y otro en Cinto. De la muerte no se dudó, porque jamás parecieron; pero del motivo de su desgracia y de los sitios en que sucedió variaban las noticias según la pasión o las miras de los que las daban. Quién decía que fueron muertos por su insolencia y libertades con las mujeres del país; quién que, yendo con los de Tumbez a un combate con los de Puna, habían sido cogidos y alanceados por los insulares; quién, en fin, que, llevados a que los viese el inca Huayna-Cápac, sabiendo sus conductores que era muerto, los mataron en el camino.

De cualquier modo que esta desgracia sucediese, y a pesar de la perfidia y crueldad usada por los tumbeños con los castellanos en su travesía desde Puna, Pizarro creyó conveniente darles la paz que le pedían y permitirles que volviesen a poblar su lugar desamparado. Revolvía ya en su pensamiento fundar

en aquellos contornos un pueblo donde dejar los soldados enfermos y cansados, y que, siendo cómoda entrada para los socorros que pudiesen venirle de las otras partes de América, fuese también refugio seguro para su retirada en caso de descalabro. Conveníale, pues, pacificar la comarca y no dejar enemigos a sus espaldas. Con este objeto no sólo se reconcilió con los indios de Tumbez, sino que salió de allí para hacer por sí mismo un reconocimiento con el grueso del ejército en los llanos (16 de mayo de 1532), y con una parte de él envió a Hernando de Soto a hacer otro por la sierra. Los indios de los valles se sometieron sin dificultad con la fama que ya había entre ellos del poder y valor de los españoles, y más todavía con los castigos que hicieron en los que con razón o sin ella sospecharon que se les querían oponer. A Soto hicieron alguna resistencia los serranos, menospreciando su gente por tan poca; mas luego que hicieron prueba de sus fuerzas con ella, se pusieron en huida, y los castellanos siguieron su marcha hasta descubrir parte del camino real que el inca Huayna-Cápac había hecho construir en aquellas alturas. Los despojos que hubieron de la refriega con los indios y las muestras de oro y plata que por todas partes les presentaba la tierra acrecentaron la alegría y las esperanzas de sus compañeros cuando volvieron al real; de manera que el gobernador, viendo esta buena disposición, determinó aprovecharse de ella para poner en ejecución sus intentos.

Procedióse en seguida a la fundación del nuevo asiento, que se llamó la ciudad de San Miguel, en los

valles de Tangarala, a treinta leguas de Tumbes, veinticinco del puerto de Payta y ciento veinte de Quito. Fué la primera población española en aquellas regiones, y después, por ser malsano el sitio primero, se trasladó a las orillas del río Piura, de donde le quedó el nombre. Pizarro arregló con todo esmero, y según las instrucciones que traía, su policía y regimiento, y le dió las reglas más oportunas para su conservación y defensa en medio de tanta gente enemiga, como que había de ser en todo caso el fundamento y apoyo de sus operaciones. Al mismo tiempo hizo por vía de depósito el repartimiento del territorio, según tenían de costumbre los españoles en todas las demás partes de Indias. En esta distribución cupo Tumbes a Hernando de Soto, sea que el gobernador quisiese indemnizarle así del cargo de su segundo, que había conferido a su hermano, sea que por este modo quisiese manifestarle el aprecio que le merecían su persona y sus servicios. Hízose también entonces repartimiento del oro habido en los últimos acontecimientos, y con el quinto del rey despachó el general a Panamá los navíos que estaban en Payta, escribiendo a su compañero Almagro que se diese prisa a venir con toda la gente que pudiese. Sospechábase de él que trataba de hacer armada y gente para salir a descubrir y poblar por sí mismo, y Pizarro le rogaba en sus cartas, por todo cuanto había mediado entre ellos, que no diese lugar ni a sospechas ni enojos pasados, y se viniese para él. Dispuestas así las cosas, todavía se detuvo algún tanto en arrancar con su gente. Necesitaba tomar más amplias noticias

de las fuerzas, recursos y costumbres del pueblo que iba a someter, y por otra parte daba lugar con la dilación a que le pudiesen llegar nuevos refuerzos, necesarios a la consecución de su empresa, vista la poca gente que tenía consigo. Pero estos refuerzos no llegaban; y no queriendo perder reputación con los indios si más se detenía, ni tampoco la ocasión que le presentaban las divisiones de los dos incas para sojuzgarlos a uno y otro, movióse al fin de los valles donde estaba, y con sólo ciento setenta y siete hombres de guerra, de los cuales sesenta y siete iban a caballo, tomó su camino por las cumbres, dirigiéndose a Caxamalca (24 de septiembre de 1532) (1).

La monarquía que los españoles iban a destruir se extendía de Norte a Sur por aquellas costas del nuevo continente sobre setecientas leguas, y su origen subía, según la tradición de los indios, a una época de cerca de cuatro siglos. Habitaron aquel país desde tiempo inmemorial tribus dispersas, rudas y salvajes, cuya civilización comenzó por las regiones australes, entre las gentes que habitaban los contornos de la gran

(1) Esta es la fecha que pone Jerez a la salida, y debe estarse a ella, y no a la de Herrera, que la señala en el 4 del mismo mes. La relación de Jerez es propiamente un diario de la expedición, y en esta diversidad de cálculos debe estarse más bien a su dicho que al de otro ninguno. También hay variedad sobre el número de los hombres que salieron con Pizarro de San Miguel, y esto aun en las relaciones de los testigos de vista: los unos dicen que ciento sesenta, otros que los ciento setenta y siete expresados en el texto. Pero ¿a qué extrañarlo, cuando Jerez y Herrera no están acordes ni aun consigo mismos? Las diferencias son cortas, ni el objeto, a la verdad, es de mucha importancia; pero esto sería una prueba de que aun los autores más puntuales no están libres de estas ligeras inexactitudes, y que cuando la historia descende a tales menudencias, es muy fácil equivocarse en ellas. Hernando Pizarro, en su carta a los oidores de Santo Domingo, dice que eran sesenta de a caballo y noventa peones.

laguna de Titicaca, en la tierra del Collao. Estos indios probablemente eran más activos, más belicosos e inteligentes que los otros; y como apenas hay nación alguna que por superstición o por orgullo no ponga sus orígenes en el cielo, también los peruanos contaban que en medio de aquella gente aparecieron de improviso un día un hombre y una mujer cuyo aspecto, cuyo traje y cuyas palabras les infundieron veneración y maravilla. Llamóse él Manco-Cápac, ella Mama-Oello, y diéronse por hijos del Sol, cuyo culto y adoración predicaban; amaestrados por él en todas las artes de buena policía y de virtud y venidos por orden suya a enseñarlas en la tierra. Con este prestigio consiguieron reunir alrededor de sí algunas tribus errantes de la comarca, enseñando Manco a los hombres el cultivo de los campos, y Oello a las mujeres a hilar y a tejer y demás labores propias de su sexo. La sumisión y obediencia que por este camino se granjearon de ellos eran correspondientes a los beneficios que les proporcionaban, y cuando ya estuvieron seguros de su dominación y de su influjo, los llevaron a fundar una ciudad en un valle montuoso, a ochenta leguas de la laguna. Esta ciudad fué el Cuzco, silla en adelante y cabeza del imperio de los incas. Allí hicieron su palacio, allí elevaron un templo al Sol, allí dieron a su culto más pompa y aparato, mayor autoridad y majestad a sus leyes. El reino quedó vinculado en su descendencia, que siempre era reputada por sangre pura del Sol, casándose aquellos príncipes con sus hermanas y heredando el trono los hijos que de ellas tenían.

Desde Manco hasta Huayna-Cápac se contaba una sucesión de doce príncipes, que, parte por la persuasión y parte por las armas, fueron extendiendo su culto, su dominación y sus leyes por la inmensa región que corre desde Chile hasta el Ecuador, atrayendo o sojuzgando las gentes que encontraron en las serranías de las cordilleras y en los llanos de la marina. El monarca que más dilató el imperio fué el inca Topa-Yupangui, que llevó sus conquistas por la parte del Sur hasta Chile, y por la del Norte hasta Quito; bien que, según la mayor parte de los autores, no fué él quien conquistó esta última provincia, sino su hijo Huayna-Cápac, el más poderoso, el más rico y el más hábil también de todos los príncipes peruanos. El desvaneció con su valor los intentos de sus rivales, que quisieron disputarle el imperio después de muerto su padre; contuvo y apagó la rebelión de algunas provincias, sujetó otras nuevas a su imperio, visitólas todas para mantener en ellas el buen orden, dió leyes sabias, corrigió abusos en las costumbres, rodeó el trono de una grandeza y esplendor no visto hasta él, y se granjeó más veneración y respeto de sus pueblos que otro monarca alguno de sus antepasados. Estableciéronse en su tiempo, o se perfeccionaron mucho, tres grandes medios de comunicación, necesarios en provincias tan distantes y diversas; el uso de un dialecto general a todas ellas; el establecimiento de las postas para la prontitud de los avisos y de las noticias; en fin, los dos grandes caminos que conducían del Cuzco al Quito en una extensión de más de quinientas leguas. De estos dos caminos uno

iba por las sierras, otro por los llanos, y ambos estaban provistos, a la distancia propia y conveniente, de estancias o aposentamientos, que llamaban *tambos*, donde el monarca, su corte y el ejército que llevaba, aunque fuese de veinte a treinta mil hombres, tomaban descanso y refresco, y renovaban, si era necesario, sus armas y sus vestidos; obras verdaderamente reales, emprendidas y ejecutadas por los peruanos en gloria de su inca, y que, al principio tan útiles, después les fueron tan perjudiciales por la facilidad que dieron a los movimientos y marcha de los españoles para la conquista del país.

Huayna-Cápac murió en Quito, dejando el imperio a Huáscar, su hijo mayor, habido en la coya o emperatriz, hermana suya. Pero como de su matrimonio con la hija del cacique principal de Quito le quedase un hijo, a quien quería mucho, llamado Atahualpa, joven de grandes calidades y de no menores esperanzas, dejóle heredado en aquella provincia, que fué de sus abuelos maternos, no previendo los tristes efectos que de semejante partición se seguirían. Suponen otros que esta desmembración no fué obra de Huayna-Cápac, sino de Atahualpa, que, hallándose bienquisto del ejército de su padre y ganando con promesas y lisonjas a los dos generales principales, Quizquiz y Chalicuchima, quiso al amparo de ellos ser y quedar por señor del país que había pertenecido a sus mayores. Esta diferencia de tradiciones en hechos tan recientes manifiesta lo mal informados que estaban los españoles o el influjo que sus pasiones tenían en lo que contaban, según que cada uno quería

disculpar o acriminar la resistencia de Atahualpa a la voluntad de su hermano (1), el cual, queriendo absolutamente mantener la integridad del imperio, mandó que el ejército se volviese al Cuzco y que Atahualpa, so pena de ser tratado como enemigo, viniese a rendirle la obediencia y le restituyese las mujeres, alhajas y tesoros del inca difunto.

Las amenazas de que iba armado este mandamiento, en vez de intimidar a Atahualpa, le estimularon más a sostener con la fuerza sus pretensiones o sus derechos, y dando el primero la señal a la guerra civil salió con su ejército de Quito, dirigiéndose hacia la capital. Iba ocupando militarmente las provincias, ganando los naturales a su partido y engrosando sus fuerzas al paso que marchaba. Llevaba esperanzas de que su hermano, más joven que él y de índole más mansa y más pacífica, vista su resolución y temiendo su poderío, se allanase a dejarle en la posesión en que estaba y se confederase con él. Mas Huáscar envió a su encuentro un ejército, cuyos generales, reforzados con la gente de algunos valles que desertaron de la causa de Atahualpa, le dieron batalla junto al tambo de Tomebamba, y después de tres días de un obstinado combate le vencieron y le hicieron prisionero. Llevado al tambo y guardado allí estrechamente, no por eso perdió el ánimo, pues aprovechándose del descuido en que los vencedores estaban, entrega-

(1) Véase la contradicción que en esta parte se observa en Herrera cotejando el cap. XI, lib. 7, década 4.^a, con el cap. I, lib. 3, década 5.^a; en el primero la partición del Estado suena hecha por Huayna-Cápac; en el segundo es la ambición de Atahualpa la que quiere poseer a Quito contra la voluntad de su hermano y de su padre.

dos a la algazara y borracheras de la victoria, con una barra de cobre que le dió una mujer rompió la pared de su prisión y pudo escaparse a los suyos. Dícese que para darles aliento a seguirle y volver a la pelea les hizo creer que el Sol, su padre, le había liberado convirtiéndole en culebra para que pudiese salir por un pequeño agujero y que le prometía la victoria sobre sus enemigos si renovaba el combate. Esta astucia, y más que ella su diligencia y valor, ayudados de su popularidad, le dieron fuerzas bastantes para volver sobre sus vencedores y trocar la fortuna de la guerra. El los atacó, los desbarató, y el estrago de una y otra parte fué tal, que largos años después se veían con asombro en el campo de batalla las reliquias miserables de la muchedumbre que pereció en ella.

Ya vencedor Atahualpa, se aprovechó de la ventaja que acababa de conseguir con la habilidad y denuedo propios de un gran corazón, y no puso límite alguno ni a sus pretensiones ni a sus deseos. La roja borla, insignia real de los incas, con que se ciñó la frente en Tomebamba, anunció al agitado Perú, que era ya capital, la contienda entre los dos hermanos y que la suerte toda del imperio estaba comprometida en sus odios. Atahualpa, como bastardo, no podía sentarse en aquel trono, herencia sagrada y exclusiva de los hijos legítimos del Sol. Pero la falta de título se suplía con su atrevimiento y arrogancia, y sus acciones y sus palabras eran menos de usurpador artificioso que de monarca ofendido e irritado. Desdoran, con efecto, su victoria y su fortuna las muestras de severidad y de rigor, o por mejor decir de crueldad, que iba dando

según adelantaba en su marcha. Asoló a Tomébamba, castigó las tribus que habían abandonado su partido, y una de ellas, la de los cáñaris, de quien tenía mayores quejas, no pudo aplacar su enojo por más demostraciones de humillación y arrepentimiento que le hizo. Mandó matar de ellos hombres a millares, y que sus corazones fuesen esparcidos por las sementeras, diciendo «que quería ver el fruto que daban corazones fingidos y traidores». Con esto siguió su camino hacia el Cuzco y se situó en Caxamalca, desde donde podía atender a los movimientos de su competidor y a la marcha y miras de los castellanos, cuya entrada ya sabía y empezaba a darle cuidado.

Fué, pues, indispensable a Huáscar juntar nuevo ejército y salir personalmente a defender su trono. Las fuerzas de los dos hermanos eran casi iguales entonces, bien que ni por la experiencia, ni por la calidad, ni por la confianza pudiesen las del Cuzco compararse con las del Quito. Atahualpa envió delante la mayor parte de los suyos al mando de los generales Quizquiz y Chalicuchima, y éstos, más hábiles o más felices que los caudillos enemigos, sorprendieron un destacamento en el que, por su mal, iba Huáscar y le hicieron prisionero. Con esta desgracia su ejército se dispersó y se deshizo; los vencedores se adelantaron a ocupar la capital, y Atahualpa, noticioso de su fortuna, ordenó que su hermano fuese llevado vivo a su presencia (1).

(1) En el modo de contar estos sucesos hay mucha variedad en los autores españoles. En el texto se ha seguido la narración de Zárate, que

Entre tanto, Pizarro, al frente de su pequeño escuadrón, avanzaba para encontrarle. La marcha era lenta, parte por la dificultad de los caminos, parte por la circunspección necesaria para transitar por pueblos desconocidos, cuya voluntad era preciso ganar y asegurar imponiéndoles respeto y confianza. Así es que, aunque de San Miguel a Caxamalca no hay más que doce grandes jornadas, los españoles tardaron cerca de dos meses en recorrer aquella distancia, y no es exceso, atendidos los estorbos que tenían que superar. Mientras más avanzaban más noticias tenían del poder y fuerzas del monarca que buscaban. Estas noticias, si en unos acrecentaban la ambición y la esperanza, en otros ayudaban al recelo, considerando su corto número y sus pocas fuerzas. Pizarro quiso desde el principio atajar este desaliento, y con resolución verdaderamente bizarra y propia de su carácter hizo entender a sus soldados que los que quisiesen volverse a avecindarse en San Miguel podían hacerlo en buen hora, y allí se les señalarían indios con quien sustentarse, como a los demás que habían quedado, pues él no quería que nadie le siguiese con flojedad y tibieza, confiando más en el valor de los pocos que le acompañasen con buen ánimo que en el número de muchos desalentados. Cinco de a caballo y cuatro infantes fueron los únicos que se aprovecharon de esta licencia, la cual parecerá por ventura más temeridad que valentía a los que consideren bien cuánto

es la más clara, la más consistente y la más probable. Otros hacen proceder y seguir esta catástrofe de diferentes batallas y de muchas atrocidades.

valía cada hombre en aquellos descubrimientos y conquistas y cuán difícil era poder suplir el vacío de cualquiera que faltaba.

Purgado así el ejército de aquellos pocos cobardes, los demás siguieron alegres y animosos adonde su capitán los llevaba. Por fortuna, en todos los pueblos fueron recibidos de paz, y si noticias equivocadas o siniestras interpretaciones les infundían tal vez recelo en algún paraje, este recelo se disipaba al punto que llegaban con la amistosa disposición de los indios y con el buen hospedaje que de ellos recibían. Díjose a Pizarro que en un pueblo llamado Caxas había gente de guerra de Atahualpa esperando a los castellanos. El envió allí un capitán con algunos soldados para que cautelosamente lo reconociese, y haciendo otro día de marcha sentó su real en el pueblo de Zarán, y allí esperó las resultas del reconocimiento mandado. El capitán encontró en Caxas un recaudador de tributos, el cual le recibió con franqueza y amistad y le dió bastante noticia de la marcha que llevaba su rey, del modo que allí tenían de cobrar las contribuciones y de otras costumbres del país. El capitán español, que no sólo reconoció a Caxas, sino a Guacabamba, otro pueblo cercano a él y más grande, volvió maravillado de las grandes calzadas que iban por aquel distrito, de los puentes que vió sobre los ríos, de las acequias, de las fortalezas que tenían construídas, de los almacenes de vestuario y provisiones para el ejército; en fin, de la fábrica de ropas que había en Caxas, donde muchedumbre de mujeres hilaban y tejían vestidos para los soldados del inca.

Contaba también que a la entrada del pueblo vió ciertos indios ahorcados por los pies, en castigo de haber uno de ellos entrado en aquel retiro a gozar de una mujer y de habérselo consentido los porteros que las guardaban. Esta severidad de justicia, esta autoridad y poder, ejercidos a lo lejos con una obediencia tan puntual; estos preparativos de guerra, hechos con tanta previsión e inteligencia; en fin, una policía y un orden tan bien observados y tan fuera de lo que se conocía en las regiones que habían recorrido, debió dar a entender a los españoles que era muy diferente gente la que iban a experimentar, y bien digno de respeto y de recelo el poder del monarca a cuya presencia se dirigían.

Llegó al ejército al mismo tiempo un indio que se dijo enviado de Atahualpa, y traía de regalo al general español dos vasos de piedra para beber, artificioosamente labrados, y una carga de patos secos para que hechos polvo se sahumase con ellos, según el uso de los principales del país. Añadió que el inca le encargaba decirle que quería ser su amigo, y que le aguardaba de paz en Caxamalca. La calidad y corteidad del presente de parte de un monarca tan poderoso pudieran dar que sospechar a cualquiera aun menos cauteloso que Pizarro. El, sin embargo, aparentó recibir el regalo con estimación y agrado, y dijo al indio que recibía agradecido aquella demostración de amistad de parte de tan gran príncipe, y le encargó le manifestase de la suya que, noticioso de las guerras que sostenía contra sus enemigos, se había movido para servirle en ellas con aquellos compañe-

ros y hermanos suyos, y muy principalmente, además, para darle una embajada de parte del vicario de Dios en la tierra, y del rey de Castilla, un príncipe muy grande y poderoso. Mandó en seguida que el indio y los que le acompañaban fuesen bien tratados y agasajados, y añadió que si algunos días quería estar con ellos descansando lo podía hacer en buen hora. El se quiso volver al instante a su señor, y entonces le mandó dar una camisa de lino, un bonete colorado, cuchillos, tijeras y otras bujerías de Castilla, con las cuales aquel emisario se fué muy contento. Los vasos del presente, con mucha ropa de algodón y lana entretrejida con oro y plata, habida en los diferentes pueblos por donde habían transitado, se enviaron a San Miguel, adonde el gobernador escribió contando los términos en que se hallaba con el inca y encargando a aquellos españoles que conservasen a toda costa la paz con los indios de la comarca.

Siguiendo su camino por diferentes pueblos, donde los recibieron de paz, los españoles se hallaron a orillas de un caudaloso río muy poblado de la otra parte. Recelando algún impedimento, mandó Pizarro a su hermano Hernando que lo pasase a nado con algunos soldados para divertir a los indios y pasar él entre tanto con la demás gente. Los moradores de aquellos pueblos huyeron luego que vieron atravesar el río a los españoles; sólo pudieron alcanzarse algunos pocos, a quienes Hernando Pizarro procuraba aquietar; y como ninguno de ellos respondiese a lo que se les preguntaba de Atahualpa, hizo dar tormento a uno, el cual declaró que el inca, mal enojado con los cas-

tellanos y resuelto a acabar con ellos, los aguardaba de guerra, dispuesta su gente en tres puntos, uno al pie de la sierra, otro en la cima y el último en Caxamalca. Dijo además que así lo había oído, y que tenía motivos de saberlo por ser hombre principal. Dióse noticia de esto al gobernador, que hizo al instante cortar árboles en las riberas, y en tres pontones pasó la gente y los equipajes, llevando los caballos a nado. Alojóse en la fortaleza de uno de aquellos lugares, y enviado a llamar un cacique de las cercanías, éste vino, y de él entendió que Atahualpa se hallaba más adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con más de cincuenta mil hombres de guerra. Esta era la verdad, y así el tormento dado al indio a quien antes se apremió fué una crueldad bien superflua, pues su declaración era falsa.

Tal variedad de avisos y de noticias puso en perplejidad el ánimo del gobernador, que por lo mismo resolvió saber directamente la verdad, enviando a un indio de su confianza que espíase la estación, fuerzas y movimientos de Atahualpa. Escogió para el caso uno de la provincia de San Miguel, el cual no quiso ir por espía, sino por mensajero, pareciéndole que así podía hablar con el inca y traer mejor relación de todo. Túvolo a bien Pizarro, y le mandó que fuese y saludase de su parte, haciéndole saber que iba caminando sin hacer a nadie violencia, con el objeto de besarle las manos y darle la embajada que llevaba y ayudarle al mismo tiempo en las guerras que tenía, si quería aceptar su amistad y su servicio. El indio partió con su embajada, encargado también de avi-

sarle con uno de los compañeros que llevaba si había en la tierra gente de guerra como se les había dicho antes.

Después de tres días de camino por tierras fáciles y apacibles llegaron ya cerca de las sierras intermedias entre Caxamalca y ellos. Eran ásperas y tajadas, de dificultosa subida, y acaso imposibles de vencer si gente de guerra las defendiera. A la derecha tenían el gran camino llano y derecho que los llevaba hasta Chíncha sin dificultades ni peligros. Por esta razón se inclinaban muchos a que se tomase esta dirección y se abandonase la idea de subir por las alturas. Mas el general, altamente convencido de que todo el buen éxito de su expedición consistía en avistarse cuanto antes con el inca, les hizo entender cuán impropio era de españoles huir de las dificultades y perder reputación. ¿Qué pensaría de ellos el inca cuando supiese que torcían el camino después de haberle anunciado que iban derechos a buscarle? Diría que no osaban de miedo; así los despreciaría, y en este desprecio consistía el peligro, pues que no podían vivir tranquilos en medio de aquellas gentes sinoteniéndolas admiradas con su valor y atemorizadas con su audacia. Era preciso, pues, marchar por la sierra, una vez que lo más arduo no sólo era para ellos lo más glorioso, sino también lo más seguro. Todos a una voz respondieron que los llevase por el camino que quisiese, prometiéndole alegres y animosos seguirle a donde quiera y hacer cumplidamente su deber cuando la ocasión se lo mandase.

Llegaron en esto al pie de la sierra. Pizarro, toman-

do consigo cuarenta caballos y sesenta infantes, comenzó a subirla el primero, dejando atrás el resto de los soldados con el bagaje, encargándoles que fuesen siguiendo poco a poco sus pasos según las órdenes y avisos que él les daría. La subida, como se ha dicho, era agria y dificultosa; los caballos iban del diestro, porque montados era imposible, y los pasos a veces tan escarpados, que iban subiéndolos como por escalones. Una fortaleza que había en un cerro bien empinado le sirvió de punto de dirección, y a ella llegaron al mediar el día. Era de piedra y puesta en un sitio todo de peña tajada, salvo el paso por donde habían subido. Maravilláronse mucho que Atahualpa hubiese dejado desamparado aquel punto, donde cien hombres resueltos podían desbaratar un ejército con solo arrojar piedras desde arriba. Mas no había por qué admirarse de que el inca, que según todas las apariencias los esperaba de paz, no guardase aquel derrumbadero ni les estorbase el camino.

Avisóse a la retaguardia desde allí que podía seguir su marcha sin recelo, y el gobernador avanzó por la tarde hasta otra fortaleza que estaba más adelante, situada en un lugar casi enteramente desamparado. Allí pasó la noche; pero antes de que expirase el día llegó a su presencia un indio enviado por el mensajero que había despachado anteriormente para el inca. Este iba a avisarle que en todo el camino que había andado ninguna gente de guerra había visto, ni otro estorbo ninguno; que él iba adelante a cumplir con su comisión, y que tuviese entendido que al día siguiente se presentarían a él dos enviados de Ata-

hualpa. Pizarro, entendido esto, no quiso que los embajadores le hallasen con tan poca gente como allí tenía, y avisó a los que quedaban atrás que se apresurasen para juntarse con él. Entre tanto siguió su camino, llegó a lo alto de la sierra y mandó plantar allí sus tiendas para esperar a sus compañeros. Estos llegaron, y poco tiempo después los mensajeros del inca, que presentaron al capitán diez reses de su parte y le dijeron que iban a saber el día en que pensaba llegar a Caxamalca para enviarle bastimentos al camino. A este comedimiento respondió Pizarro, no menos cortésmente, que iría con toda la brevedad posible. Mandó que se les agasajase y regalase bien, y preguntóles noticias del país y de la guerra que el inca sostenía. El inca, según ellos, quedaba en Caxamalca sin gente de guerra, porque la había toda enviado contra el Cuzco; contaron largamente las diferencias de los dos hermanos y las glorias de su rey, entre ellas el haber vencido a Huáscar y héchole prisionero por medio de sus capitanes, que ya se le traían con las grandes riquezas que le encontraron. A esto, por si acaso era dicho con intención de espantarle, respondió arrogantemente el capitán castellano que el rey su señor tenía criados mayores señores que Atahualpa, y también capitanes que le habían vencido grandes batallas y preso reyes más poderosos. Este era quien le enviaba para dar al inca y a sus vasallos noticia y conocimiento del verdadero Dios, y tal era el objeto que le llevaba a su presencia. Que deseaba ser su amigo y servirle en las guerras que tenía, si de ello era gustoso, y se quedaría en sus do-

minios aun cuando sus intentos eran de ir con sus compañeros a buscar la otra mar. En fin, que él iba de paz si de paz le recibían, y aunque no buscaba la guerra, no rehusaría hacerla si se la declaraban.

Despedidos aquellos mensajeros, llegó a la noche siguiente el primero que había buscado a Pizarro de parte del inca en la estancia de Zarán, junto a Caxas y Guacabamba, y llevándole el presente de los vasos de piedra. Ahora venía con mayor autoridad; acompañábanle muchos criados, traía vasos de oro, en que bebía su vino, y con él brindaba a los castellanos, diciéndoles que se quería ir con ellos hasta Caxamalca. Presentó otras diez reses de regalo, hizo algunas preguntas y hablaba más desenvueltamente que primero, ensalzando hasta el cielo el poder de su señor. A pocos días de estar este indio con los castellanos volvió el mensajero que Pizarro había enviado al inca antes de emprender la subida de la sierra, y no bien hubo entrado en el campamento y avistado al otro indio cuando se agarró furioso con él y empezó a maltratarle cruelmente. Separólos inmediatamente el gobernador, y preguntado el recién llegado por la causa de aquel atrevimiento, «¿cómo queréis—contestó—que yo lleve con paciencia ver aquí honrado y regalado por vosotros a este perverso, que no ha venido sino a espiar y a mentiros, mientras que yo, embajador vuestro, ni he podido ver al inca ni me han dado de comer, y apenas he podido escapar con la vida, según me han maltratado?» Refirió en seguida que él había encontrado a Caxamalca sin gente y a Atahualpa con su ejército en el campo; que no se le habían dejado

ver bajo el pretexto de que estaba recogido ayunando y entregado a sus devociones; que había hablado con un pariente del inca, al cual había referido toda la grandeza, valor y armas de los españoles; pero que aquel indio lo había tenido todo en poco, menospreciando por su corto número a los extranjeros. El otro indio replicó que si en Caxamalca no había gente era por dejar sus casas desocupadas a los nuevos huéspedes; y si el inca estaba en el campo era porque lo acostumbraba hacer así desde que duraba la guerra. «Tú no has podido verle—añadió dirigiéndose a su adversario—porque ayunaba, y en tal tiempo nadie le ve ni le habla, y si te hubieras aguardado y dicho de parte de quién ibas, él te recibiera y oyera y te mandara regalar, pues no hay duda en que son pacíficas sus intenciones.»

¿A quién creer? El gobernador, según la propensión de su genio, más cauteloso que confiado, y midiendo la disposición del inca por la suya, se inclinaba más bien a lo que decía el indio amigo que no al que se decía mensajero. Disimuló, sin embargo, en lo que era gran maestro, reprimió y contuvo a su emisario y siguió honrando y tratando bien al del monarca peruano (1). Y sin detenerse más tiempo, dió cuanta prisa pudo a su viaje para llegar a Caxamalca, de donde ya no estaba distante. Vinieron a la sazón otros mensajeros de Atahualpa con bastimentos, que

(1) El mensajero de Atahualpa venía a lo menos autorizado con los presentes que había traído en sus dos embajadas. ¿Cuáles eran las creenciales del indio de San Miguel enviado al inca por Pizarro? Ningunas, a la verdad, y en tal caso no es mucho de extrañar que fuese mal recibido.

recibió con muestras de mucha gratitud, y con ellos envió a pedir al inca su amistad, rogándole que procediese de buena fe, y asegurando que por su parte no habría falta en corresponderle con la misma.

De allí a poco se descubrió a Caxamalca con sus campos bien labrados y abundosos, los rebaños pastando a trechos, y de lejos el ejército del inca, acampado a la falda de una sierra en toldos de algodón y con un aparato no visto antes por los españoles. Como una legua antes de llegar, el gobernador hizo alto para reunir su gente, dividióla en tres trozos, y señalando a cada uno su capitán, se puso en marcha otra vez y entró en Caxamalca a hora de vísperas del 15 de noviembre de aquel año (1532). No era ciertamente motivo de confianza hallarse con el pueblo sin gente alguna más que unas pocas mujeres en la plaza, que, según se dice, daban demostraciones claras de la lástima que tenían de aquellos extranjeros por su manifiesta perdición. Pizarro, en consecuencia, después de reconocido el pueblo y visto los diferentes puntos que ofrecía para la seguridad, halló que la mejor estación militar era la plaza, que, cercada toda de una pared bastante fuerte y alta, con solas dos puertas que caían a las calles de la ciudad y aquellas casas para su alojamiento en medio, le ofrecía la mejor y más oportuna posición para resguardarse de cualquiera sorpresa y sostenerse en caso de ataque contra aquella muchedumbre. Si Pizarro, como todo lo manifiesta, concibió al instante el plan de atraer allí al inca para acorralarle y apoderarse más fácilmente de su persona, es preciso confesar que su talento militar

era tan pronto en concebir como su ánimo duro e inexorable en resolver.

Viendo, pues, desierta a Caxamalca y que el inca no daba muestras de venir, acordó enviarle a Fernando de Soto con quince caballos y el intérprete Felipillo, a fin de que le hiciese acatamiento de su parte y le pidiera que diese las disposiciones que estimase oportunas para que él le fuese a besar las manos y declararle la comisión que llevaba de parte de su señor el rey de Castilla. Soto partió, y el general, contemplando la multitud de indios que el inca tenía consigo, envió tras él otros veinte caballos para que le hiciesen espaldas, al mando de su hermano Hernando, que fué el que le advirtió el peligro que corrían los primeros si no eran sanas las intenciones de Atahualpa. Uno y otro llevaban orden de conducirse con la mayor circunspección y respeto, sin inquietar ni molestar a nadie en su camino.

Acercóse Hernando de Soto al campamento a vista de los indios, que contemplaban admirados la fiereza y docilidad del caballo que montaba. Llegado allá y preguntado a qué iba, contestó que llevaba una embajada para el inca de su servidor y amigo el gobernador de los cristianos. Entonces el inca salió grandemente acompañado y representando majestad y gravedad; sentóse en un rico asiento y mandó se preguntase a aquel embajador lo que quería. Soto se apeó del caballo, y haciéndole reverencia, respetuosamente le dijo que D. Francisco Pizarro, su capitán, deseaba mucho besarle las manos, conocerle personalmente y darle cuenta de las causas por que había ido a aque-

lla tierra, con otros negocios que holgaría saber; que por eso le había enviado a saludarle y suplicarle que se sirviese de ir a cenar aquella noche con él a Caxamalca o comer al otro día, pues aunque extranjero en la tierra no dejaría de regalarle y obsequiarle con la reverencia y respeto debidos a tan gran príncipe. El inca contestó, no por sí mismo, sino por medio de un indio principal que a su lado estaba, que agradecía la buena voluntad de su capitán, y que por ser ya tarde otro día iría a verse con él en Caxamalca. Soto ofreció decir lo que se le mandaba, y preguntó si había otras órdenes que llevar. «Iré—añadió el inca—con mi ejército en orden y armado, mas no tengáis pena ni miedo por ello.» Había ya en esto llegado Hernando Pizarro, y dijo a Atahualpa las mismas razones que Hernando de Soto. Advertido el inca de que aquel que hablaba era hermano del gobernador, alzó los ojos, que hasta entonces, por representar gravedad, los había tenido bajos, y le dijo «que Mayzabelica, un capitán suyo en el río Turicara, le había avisado de haber muerto a tres castellanos y un caballo por haber tratado mal a los caciques del contorno (1). El, sin embargo, quería ser su amigo, y se iría a ver al otro día con su hermano el general». A esto replicó arrogantemente el español que Mayzabelica mentía, porque todos los indios de aquel valle eran como mujeres, bastando un solo caballo para toda la

(1) De este Mayzabelica nada dice Herrera en su relación anterior. Gomara le mienta como jefe de uno de los distritos por donde pasaron los españoles en su viaje, y como despreciador de ellos en las noticias que daba al inca.

tierra, como lo conocería cuando los viese pelear; añadió que el gobernador era muy su amigo, y le ofrecía su ayuda contra cualquiera a quien quisiese hacer guerra. «Cuatro jornadas de aquí—repuso el inca—hay unos indios muy bravos con quienes yo no puedo, y allí podéis ir a ayudar a los míos.» «Diez de a caballo enviará el gobernador—contestó Hernando—, y éstos bastarán; tus indios no son necesarios sino para buscar a los que se escondan.» Sonrióse Atahualpa, porque, ignorante todavía de las fuerzas y armas castellanas, las razones que oía debieron parecerle baladronadas pueriles.

En esto se presentaron unas cuantas mujeres con vasos de oro en sus manos, en que traían la chicha o vino que ellos hacían del maíz, y por orden del inca les ofrecieron de beber. Rehusábanlo los castellanos por su repugnancia a aquel brebaje; pero al fin, importunados y por no parecer descorteses, lo aceptaron. Y como si quisiesen pagar un agasajo con otro, advirtiéndole que el inca no apartaba los ojos del caballo de Hernando de Soto, este capitán saltó en él y empezó a escaramucear y a revolverle y corvetear de una parte a otra, haciéndole echar mucha espuma. Mirábalo Atahualpa con atención y maravilla, pero sin mostrar espanto ni recelo alguno, aun cuando Soto acercó alguna vez tanto el caballo que con el resuello le hizo mover los hilos de la borla; y aun se dice que reprendió y castigó a algunos de los suyos porque se dejaron vencer del temor del animal y huyeron al acercarse a ellos. Despidiéronse, en fin, los embajadores con el encargo de decir a su general

que el inca iría otro día a visitarle, y que entre tanto se aposentase con su gente en tres de los salones grandes que había en la plaza, dejando el de en medio para él. Vueltos a Caxamalca, dieron cuenta de su comisión, ponderando la majestad y entereza del inca y las fuerzas de su ejército, que a su parecer subiría a más de treinta mil hombres de guerra. Esto empezó a amedrentar a muchos de los soldados, considerando que eran cerca de doscientos para cada castellano. Pero su general, menos receloso de aquella fuerza aparente que contento de que el inca se viese tan incautamente a poner en sus manos, les dijo que no tuviesen recelo de aquella muchedumbre, la cual, en vez de servir a los indios de provecho, iba a ser su perdición, y que si ellos fuesen hombres como hasta allí lo habían sido, él les aseguraba una felicísima victoria.

Al día siguiente, Atahualpa, después de avisar al general español que ya iba a verificar su visita, advirtiéndole que a ejemplo de los castellanos, que habían ido armados a su real, él también llevaría armada su gente, dió la señal de marchar, y el ejército se puso en movimiento con dirección a Caxamalca. Iba formado en tres cuerpos, según las diferentes armas que cada uno de ellos traía. Uno como de doce mil hombres era el delantero, armados de hondas los unos, y otros de pequeñas mazas de cobre guarnecidas de puntas muy agudas. Detrás de ellos otro como de cinco mil, que llevaban astas largas, llamadas *aillos*, armadas de lazos corredizos, que solían servirles para enredar y coger a los hombres y las fieras. El

último a retaguardia era el cuerpo de los lanceros, con quienes iban los indios de servicio y el sinnúmero de mujeres que seguían el campo. En el centro se veía al inca sentado en sus andas tachonadas de oro y guarnecidas de vistosas plumas y llevado en hombros de los indios más principales. Su asiento era un tablón de oro, y encima de él un cojín de lana exquisita sembrada de piedras preciosas. Toda esta riqueza, sin embargo, y todo este aparato no daban tanta dignidad y decoro a su persona como la borla encarnada que le caía sobre la frente y le cubría las cejas y las sienes: insignia augusta de los sucesores del Sol, venerada y adorada de aquel inmenso gentío. Trescientos hombres marchaban delante de las andas limpiando el camino de piedras, pajas y cualquiera estorbo que hubiese. Iban formados los orejones a los lados del monarca, y con ellos algunos indios principales, llevados también en andas y en hamacas para ostentación de grandeza. La marcha presentaba un orden concertado al son de las bocinas y atambores, como si fuera una procesión religiosa, y tan despacio andaba que tardó cuatro horas en la legua que mediaba entre el real y Caxamalca.

Caía ya la tarde, y Pizarro, viendo a los indios hacer alto a un cuarto de legua del pueblo y que empezaban a plantar sus toldos como para acampar allí, temió perder el lance que ya tenía preparado, y envió a rogar al inca que apresurase su marcha y le viniese a ver antes que llegase la noche. Condescendió Atahualpa con su ruego y le contestó que allá iba al instante y también que iba sin armas. Con efecto, de-

jando en aquel punto todo el grueso de su gente y tomando consigo como unos cinco a seis mil indios de los de la vanguardia, continuó su camino para entrar en el pueblo, siguiéndole también en gran parte los mismos señores principales que le habían acompañado hasta allí. Entre tanto, el caudillo español daba las últimas órdenes a sus capitanes y acababa de tomar las disposiciones necesarias para conseguir sus intentos con el menor riesgo posible. Mandó que estuviesen escondidos infantes y caballos en los aposentamientos de en medio, colocó en una eminencia que había a un lado los mosquetes, al mando de Pedro de Candía, y unos pocos arcabuceros en una torrecilla de una de las casas que dominaba el terreno. Los caballos, guarnecidos con pretales de cascabeles para que hiciesen más ruido, fueron divididos en tres bandadas de a veinte cada una, al mando de los capitanes Hernando de Soto, Hernando Pizarro y Sebastián de Belalcázar. Pizarro tomó consigo veinte rodeleros, hombres robustos y valientes a toda prueba, los cuales debían seguirle y ayudarle dondequiera que se dirigiese. A todos se encargó silencio y sosiego hasta que él diese a la artillería la señal de disparar, y con sus veinte esforzados, arrimado a las casas y a la vista de la puerta, se puso a esperar a Atahualpa.

Empiezan, en fin, a entrar los indios en la plaza; ordénanse en ella según su costumbre, y en medio de ellos el inca se pone en pie sobre sus andas como registrando el sitio y buscando con la vista a los extranjeros a quienes venía a encontrar. En esto se le presenta con un intérprete el dominicano Valverde, en-

viado por el gobernador a hacerle las intimaciones y requerimientos de estilo (1). Llevaba en una mano una cruz, en la otra la Biblia. Puesto delante del monarca peruano le hizo reverencia y le santiguó con la cruz, y después le dijo que él era sacerdote de Dios, cuyo oficio era predicar y enseñar las cosas que Dios había puesto en aquel libro, y le mostró la Biblia que llevaba; añadió, según se dice, alguna cosa de los misterios de la fe cristiana, de la donación de aquellas regiones hechas por el Papa a los reyes de Castilla, y de la obligación en que el inca estaba de ponerse a su obediencia; y concluyó diciendo que el gobernador era su amigo, que quería la paz con él y se la ofrecía con la misma voluntad que hasta allí lo había hecho. El como sacerdote se lo aconsejaba también, pues Dios se ofendía mucho de la guerra; y que entrase a ver al gobernador en su aposento, donde le esperaba para conferenciar con él sobre todos aquellos puntos. Dicho esto, presentóle la Biblia, que el inca tomó en sus manos, y volvió algunas hojas y la arrojó

(1) El padre Remesal, en su *Historia de Chiapa*, dice que fué poco afortunado este fraile en escribirse sus sucesos por personas poco afectas a la religión dominicana y a la persona del mismo Valverde, para echarle la culpa, «que no tuvo», de la prisión del inca, por las voces que suponen dió cuando Atahualpa arrojó la Biblia en el suelo, como si, aunque hubiera dicho que creía en Dios como San Pedro y San Pablo, dejara de hacer lo que hizo quien antes de enviarle tenía apercibida la gente y a punto los arcabuces y mosquetes para lo que sucedió después. Es probable que la suerte del inca no hubiera sido otra de la que fué aunque el mismo Bartolomé de las Casas fuera de capellán en la expedición; pero Remesal debiera probar con documentos fidedignos la verdadera conducta de su fraile, el cual, aun por las relaciones antiguas que menos le cargan, y son las que se siguen en el texto, queda siempre con bastante culpa de lo que acaeció con el inca. (Véase la *Historia de Chiapa*, libro 9, capítulo VII.

al fin al suelo con muestras de impaciencia y de enojo. Ni el libro, ni en gran parte las palabras del religioso podían en manera alguna ser inteligibles para él, por bien interpretadas que fuesen, lo cual es muy de dudar. Pero lo que sí entendió perfectamente bien fué lo que se le decía de las intenciones pacíficas de aquellos extranjeros, pues al tiempo de arrojar el libro, «bien sé —dijo— lo que habéis hecho por ese camino y cómo habéis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohíos». Quiso disculpar el religioso a los suyos echando la culpa a los indios; pero él insistió en su reclamación, afirmando en que habían de restituir cuanto habían tomado. Entonces Valverde, cobrado su libro, se fué para el gobernador a darle cuenta del mal suceso de su conferencia. Las antiguas Memorias varían sobre las razones con que lo hizo; pero todas convienen en que no dejaban tregua al ataque ni lugar al disimulo. Al mismo tiempo el inca se volvió a poner en pie y habló a los suyos; de que resultó entre ellos ruido sordo y movimiento, que probablemente fué la causa inmediata de precipitarse la acción, tomando aquel aspecto atroz y espantoso con que ha pasado a los siglos posteriores.

Hace entonces Pizarro la señal, y al instante Pedro de Candía dispara sus mosquetes, los arcabuces le responden, las cajas y trompetas comienzan a sonar, los caballos se arrojan furiosos y embisten por tres partes a aquel murallón de hombres desnudos, y los infantes los siguen, haciendo todo cuanto estrago pueden con las lanzas, con las ballestas, con las espadas. Al estruendo, tan espantoso y terrible como im-

previsto y repentino, de armas, hombres y caballos, parecía venirse abajo el cielo, la tierra temblaba, y no quedó entre los indios ni hombre seguro ni valor en pie. Todos, despavoridos y atónitos, o recibían pasmados la muerte sin osar moverse, o buscaban azorados salida para huir, y no encontraban por dónde. Tomadas las puertas, alta la muralla y ellos confusos y perdidos, se estorbaban y ahogaban, mientras que los castellanos los herían y mataban a su salvo. No puede en modo alguno darse el nombre de batalla a esta carnicería cruel. Ovejas alanceadas en redil quizá hicieran más resistencia que la que aquellos infelices opusieron a sus encarnizados enemigos. Tal fué la agonía, en fin, tal la fuerza con que los unos se apiñaron sobre los otros, que la pared no pudo resistir al empuje y reventó por un lado, abriéndose un portillo que concedió ancha puerta a su fuga. Por allí salieron, y también los castellanos, que los fueron siguiendo hasta que la noche y una lluvia que sobrevino puso fin al alcance. La confusión y el estrago fueron mayores hacia la parte donde estaba el inca. Pizarro, con sus veinte rodeleros, acometió por aquel lado con intento de apoderarse a toda costa de la persona del príncipe, bien persuadido de que en esto consistía todo el buen éxito de aquel lance. Allí no se pensó en huir, sino en sostener al inca en las andas a toda costa: herían y mataban; pero derribando uno entraba otro al instante a suplirle con un ánimo y denuedo que admiraba a los españoles y los cansaba también. Es de maravillar, ciertamente, que aquellos infelices supiesen morir con tal brío y no acertasen

ni a defenderse ni a herir. Cuando Pizarro vió que algunos de sus compañeros, dejando de herir en los indios, se acercaban a las andas, dió voces diciendo que no le matasen, sino que le prendiesen; él mismo hizo entonces un esfuerzo para apoderarse de su presa, y llegado a las andas, asió con mano vigorosa de la ropa del inca y le hizo venir al suelo. Esto terminó la acción, porque los indios, no teniendo ya a quién guardar ni respetar, se desparramaron y desaparecieron del todo. Dos mil de ellos fueron muertos, sin que los castellanos pudiese ninguno ni aun fuese herido tampoco, sino es Pizarro, que recibió una ligera herida en la mano que un castellano le hizo sin querer al tiempo de extender el brazo para coger a Atahualpa (1).

El príncipe prisionero fué tratado al principio por sus vencedores con todo el miramiento y respeto que a su dignidad se debía. A la fama de que estaba vivo y sin lesión, esparcida de propósito por los españoles, fueron acudiendo muchos indios, dicese que hasta en número de cinco mil, a consolarle y servirle. Y como en el reconocimiento que se hizo en el campamento indio al día siguiente de la acción, entre el riquísimo despojo de alhajas de oro y plata y tejidos de lana y algodón finísimos se hallasen también muchas mujeres principales, bastantes de la sangre real

(1) Para la narración de esta jornada he tenido presente, además de las relaciones conocidas, una carta de Hernando Pizarro a los oidores de Santo Domingo, en que se cuentan todos los sucesos de esta época; y en todo lo que me parecía dudoso he seguido su testimonio como el más sensato y el más autorizado. Este monumento, precioso a todas luces e inédito hasta ahora, va impreso al fin en el apéndice V.

y algunas mamaconas, o sean vírgenes consagradas al Sol, llevadas también a Caxamalca y aplicadas al servicio y asistencia de su príncipe, le componían una especie de corte que, en cuanto podía conciliarse con su cautiverio, no desdecía absolutamente de su majestad y dignidad antigua. Ayudaba a ello también la cortesía y respeto con que el gobernador le trataba. El le alentó y consoló, haciéndole las reflexiones propias de su desgracia y situación; se ofreció a servirle conforme a su grandeza; le dijo que si sabía que alguna de sus mujeres estuviese en poder de algún español se la mandaría buscar y restituir; y que le avisase de cuanto fuese su voluntad, pues en todo se cumpliría según su deseo. El inca se mostró agradecido a estos ofrecimientos de Pizarro, y con sus modales, semblante y procedimientos desde que se vió en poder de los españoles no desmereció jamás aquel trato reverente y respetuoso, ni desdijo un punto de la gravedad y decoro que su carácter le prescribía, diciendo frecuentemente, cuando se trataba de su desgracia y veía gemir y sollozar a los suyos, que no debían extrañar lo que le sucedía, «pues era uso de guerra vencer y ser vencido».

La codicia, tan poco disimulada de los españoles en aquellas regiones, le dió al instante esperanzas de libertad, y a pocos días de estar preso empezó a tratar de su rescate con sus vencedores. Ofrecióles al principio que les cubriría con alhajas de oro y plata el piso del aposento en que estaba, que era bastante espacioso; y como ellos lo tomasen a burla y se riesen de la oferta como de cosa imposible, se levantó en

pie, y alzando la mano cuanto pudo hizo una señal en la pared y dijo resueltamente que no sólo cubriría el suelo, sino que le henchiría también hasta allí. Venía a tener el aposento veintidós pies de largo y diez y seis de ancho, y la altura a que el inca hizo su señal era de más de tres varas. Entonces el gobernador, viendo que no era de despreciar el tesoro inmenso que se le ponía delante, y creyendo que era preciso contentar, aunque fuese sólo en apariencia, las esperanzas del inca para apoderarse de aquella riqueza, le dió su palabra, con la firmeza que Atahualpa quiso, de que le dejaría libre en el momento que él cumpliese lo que acababa de ofrecer. Dada y tomada esta fe por los unos y por los otros (1), echóse una raya roja en toda la pared del aposento a la altura que el inca señaló; y al instante envió mensajeros a los principales pueblos de sus Estados, mandando que cuanto oro y plata hubiese en los templos y en sus palacios se enviase al instante a Caxamalca para el rescate de su príncipe. A este mandato añadió otro no menos esencial, que fué el de que no se tratase de mover guerra a los castellanos, con los cuales no le convenía sino la paz, y que en todas partes fuesen obedecidos y respetados como él mismo.

(1) Herrera dice positivamente que Pizarro dió su palabra con propósito de no cumplirla. Paréceme que no sería ésta una de las imputaciones menos negras con que ha sido manchada la memoria de aquel conquistador. Pero sin hacer de sus prendas morales más aprecio del que ellas merezcan, podría lavársele de este exceso de perfidia, y decirse que su codicia, satisfecha con las ofertas del inca, le hizo entonces ofrecer de buena fe lo que después o no quiso o no pudo cumplir. Herrera quiere a toda costa hacer de Pizarro un gran político, aunque sea a costa de hacerle más malo.

Puede venirse en conocimiento del estado en que se hallaba la subordinación y policía del país, y de la manera con que las órdenes de los incas eran cumplidas, con el caso de los tres españoles que a ruegos del inca fueron enviados al Cuzco para ordenar y activar la remisión de aquellos tesoros. Pizarro accedió a ello con el doble objeto de que aquel negocio particular se llevase adelante y de ser exacta y cumplidamente informado de las cosas de la capital. Nombró con este fin tres soldados particulares, que fueron Pedro Moguer, Francisco Martínez de Zárate y Martín Bueno, los cuales, llevados en hombros de indios, reclinados en hamacas, anduvieron las doscientas leguas que hay de Caxamalca al Cuzco, no sólo sin peligro, pero seguidos del respeto y reverencia de todo el país y regalados y agasajados con todo lo más rico y lisonjero de la tierra; ellos se dice que iban admirados de la buena razón de los indios, del buen orden que tenían puesto en sus casas, del aseo, comodidad y abundancia de sus caminos. Llegaron a la ciudad, y debió sin duda acrecentárseles la admiración con el arreglo que hallaban en ella, con la riqueza de sus templos y con la policía de sus artes. Los agasajos, los aplausos y los respetos fueron mayores allí: creíanlos seres superiores a ellos, hijos de la divinidad, venidos para remediar los males que sufría entonces el Estado. Las vírgenes del templo los servían, humillábanseles los sacerdotes, y todos los demás los adoraban. Y ¿cómo correspondieron estos insensatos a aquella buena fe, a aquella benevolencia, a tan alta estimación? ¿De qué manera supieron conservar este con-

cepto y buen nombre, en que tanto iba a su nación y a ellos mismos? Mofándose con risa y escarnio de las reverencias que aquella simple gente les hacía, sacrificando a su desenfrenada lujuria el pudor de las vírgenes que los asistían, echando mano a cuanto su codicia anhelaba, cometiendo toda clase de sacrilegio en los templos, de indecencia y grosería delante de los hombres, dieron a entender fácilmente a los indios que en vez de ser hijos de Dios eran una nueva plaga que para su daño les enviaba el cielo. Dudaron si los matarían; el respeto de Atahualpa los detuvo; pero procuraron aligerar cuanto antes la remesa del oro que se les pedía, y con él los despacharon a Caxamalca, y así se libraron de ellos. A vista de tan insigne ejemplar, acaso singular en la historia, en el cual no se sabe qué admirar más, si la temeridad, si la insolencia o si la grosería, se podría preguntar cuáles eran los bárbaros aquí, si los europeos o los indios, y la respuesta no es dudosa. Cúlpase mucho a Pizarro por esta desatinada elección, que comprometía en tanto grado los intereses y el honor de la nación castellana en aquellas regiones; y a menos que lo hiciese o por la confianza que tenía de estos hombres para la comisión que llevaban, o por estar más diestros en el lenguaje del país, o, en fin, por cualquiera otra causa particular que ahora se nos oculta, la acusación queda sin réplica, y es otro cargo que la posteridad tiene que hacer a su memoria (1).

(1) Debe tenerse presente que Gomara dice que fueron nombrados para esta comisión, o por mejor decir, se ofrecieron a ella, Hernando de Soto y Pedro de Barco, y que éstos se encontraron en el camino con el

De cualquier modo que fuese cometido aquel yerro, el resultado inmediato que tuvo fué el de ocultar los indios en el Cuzco cuanto oro pudieron, en odio de los castellanos, y hacer lo mismo después en Pachacamac. El templo de este nombre era el más rico de todo el Perú, y la codicia de adquirirlo y el recelo de que se disipase con las disensiones civiles que había en el imperio movieron a Pizarro a pedirselo a Atahualpa. Vino él en ello, pero con la condición de que el tesoro que de allí se trajese debía entrar a llenar su cupo en la estancia del rescate. Tomado este asiento, el gobernador nombró a su hermano Hernando para que acompañado de veinte hombres de a caballo y doce escopeteros fuese a cogerlo, y al mismo tiempo a reconocer la tierra y saber si eran ciertas las reuniones y asonadas de guerra que se contaban de los indios. Salió, con efecto, aquel capitán a principios del año de 1533 (5 de enero), y en las cien leguas que anduvo desde Caxamalca a Pachacamac no encontró mas que indios pacíficos y tranquilos, o bien los que, cumpliendo las órdenes del inca, iban cargados de oro y plata a Caxamalca. Mas antes de que estos españoles llegasen a Pachaca-

inca Huáscar, a quien traían preso los generales de Atahualpa, y que habiéndoles pedido que le tomasen ellos consigo y le llevasen a Pizarro, ellos se excusaron con su comisión, etc. Con él conviene Zárate; pero Estete habla de tres enviados al Cuzco, sin decir sus nombres; Hernando Pizarro en su carta está conforme con él; Pedro Sancho en su relación supone a Hernando de Soto en Caxamalca, mientras los tres emisarios castellanos están en el Cuzco. Es preciso, pues, seguir a Herrera, aunque con el sentimiento de tener que repetir los desórdenes que cuenta. La comisión, por otra parte, encargada a Hernando de Soto fuera desempeñada mejor.

mac ya les había precedido allí la noticia de las demasías y escándalos cometidos en el Cuzco, y los sacerdotes del templo, no queriendo dar lugar a semejantes desórdenes ni a que se despojase de sus riquezas aquel antiguo y venerado santuario, sacaron de él y escondieron todo el oro y plata que les fué posible. No contentos con esto, apartaron también de allí las vírgenes del Sol, para no exponerlas a la desenfrenada lujuria de aquellos insolentes extranjeros. Por manera que cuando Hernando Pizarro llegó, ya el templo estaba despojado de sus mejores preseas. No fueron tan pocas, sin embargo, las que no pudieron alzarse, que con ellas y los presentes que le hicieron los caciques comarcanos no trajese a Caxamalca veintisiete cargas de oro y dos mil marcos de plata.

Tanta riqueza podía contentar a la codicia; pero todavía los castellanos pudieron complacerse más de ver venir con él al guerrero Chaliquichiama, el primero de los generales de Atahualpa, y por su valor, su capacidad, su crédito y sus servicios, la segunda persona del imperio. Hallábase en Jauja, al frente de unos veinticinco mil hombres de guerra, cuando Hernando Pizarro llegó a Pachacamac. Sus intenciones eran dudosas, y el capitán español conoció al instante la importancia de reducir a la obediencia a un hombre de tanta autoridad y la necesidad de tenerle siempre a la vista para quitar toda ocasión de inquietudes y novedades. Fiado, pues, en las disposiciones pacíficas tomadas por el inca, y todavía más en su arrojo y su valor, avanzó con su pequeño escuadrón otras cuarenta leguas más para avistarse y conferenciar

con él. El indio receló al principio y estuvo dando largas por algunos días; mas tales fueron las artes de Hernando Pizarro, tales las palabras y seguridades que le dió, que Chaliquichiama al fin se vino a juntar con él, trayendo consigo algunas cargas de oro que había juntado para venir a Caxamalca. Llevado en andas, seguido de indios principales atentos a sus órdenes, en el séquito y cortejo que traía y en la ostentación y riqueza que llevaba se mostraban bien claros el honor y la dignidad que alcanzaba en aquella monarquía; pero este soberbio sátrapa, luego que llegó a las puertas donde estaba preso el inca, no entró por ellas sin descalzarse primero los pies y echar sobre sus hombros una mediana carga que tomó de un indio: costumbre usada en el país en demostración de sumisión y respeto; y cuando, en fin, estuvo en presencia de Atahualpa alzó las manos al Sol como en acción de gracias de dejarle ver a su príncipe; llegóse a él con todo acatamiento, besóle el rostro, las manos y los pies, y lloró y lamentó aquel desastre y afrenta, la cual, exclamaba, no aconteciera a su señor a hallarse entonces él en Caxamalca. Notaban los españoles con extrañeza y maravilla aquellas señales de lealtad y sentimiento en personaje tan principal y en situación como aquélla, y se admiraban todavía más de ver a Atahualpa, que sin perder un momento su entereza y gravedad acostumbrada recibía majestuosamente aquellos respetos, y sin contestar palabra alguna se dejaba acatar y reverenciar como un dios.

Antes de que Hernando llegase vinieron dos sucesos a alterar considerablemente la situación en que el

inca y los castellanos se hallaban, y contribuyeron en gran manera al desenlace trágico en que vino a terminar. La una fué la muerte del inca Huáscar, a quien los generales de Atahualpa, después de vencido, enviaron vivo a su señor para que dispusiera de su suerte. Tuvo él aviso de esta ventaja y de que su hermano venía a poco tiempo de su rota y prisión en Caxamalca, y dícese que no pudo menos de reírse de los caprichos de la fortuna, diciendo que en un mismo día le hacía vencido y vencedor, prendedor y prisionero; mas viniendo después a considerar lo que debía hacer en este caso, y temiendo que si Huáscar era traído a los españoles podía mejorar su partido haciéndoles todavía ofertas más grandes que las suyas, y tal vez contribuir a completar su destrucción con la ventaja que le daban su legitimidad, su juventud y su misma inexperiencia, determinó quitar de en medio este estorbo y sacrificar la naturaleza a la política, mandando que le diesen muerte; mas antes de ponerlo por obra quiso, según se dice, experimentar con qué ánimo tomaría Pizarro la muerte de aquel príncipe. Para ello fingió tristeza y aflicción, y preguntándole la causa respondió que sus capitanes, después de haber vencido y preso a su hermano, le habían muerto sin conocimiento suyo luego que habían sabido que él estaba prisionero; lo que le causaba mucha pesadumbre, porque al fin, aunque enemigos y émulos en el imperio, siempre eran hermanos. El gobernador le consoló, diciendo que aquellos eran trances de fortuna a que estaban sujetos los acontecimientos de guerra, y no hizo más demostración de

imputarle aquel negocio, aunque tal vez en su interior daba gracias a la suerte que le libraba así de uno de sus enemigos por la mano misma del que tenía en su poder. Vista por Atahualpa esta especie de indiferencia envió la orden cruel, y el desdichado Huáscar, implorando la justicia del cielo y la fe de los hombres, quejándose a gritos de la iniquidad de su hermano y votándole a la venganza y castigo de los españoles, murió ahogado por los ministros de su rival en el río de Andamarca, y echado la corriente abajo para que su cadáver no fuese encontrado ni sepultado; manera de muerte muy cruel, pues según la superstición de aquellas gentes eran destinados a condenación y pena eterna los ahogados y quemados que no recibían sepultura. Este príncipe, que apenas tenía veinticinco años cuando murió, era bueno, clemente, liberal, y por lo mismo muy amado de los de su bando; pero sin experiencia ninguna en la guerra ni en los negocios, era incapaz de sostenerse contra su émulo, más activo, más valiente, más capaz y asistido de los mejores soldados y generales del Estado. La victoria estuvo por Atahualpa; mas por quién estaba la razón y la justicia no es fácil decidirlo ahora, si bien los españoles entonces todos a boca llena se la daban al príncipe de Cuzco. Así era natural que lo hiciesen los que poco después pusieron esta muerte como cargo capital en el proceso que fulminaron contra su desgraciado vencedor. Sin insistir más en esta cuestión, ya por lo menos inútil, lo cierto es que uno y otro pagaron bien cara su sangrienta discordia, y que el fin trágico que ambos tuvieron y la ruina total del imperio y religión

peruana fueron el fruto amargo de sus funestas querellas y del error cometido por su padre en la partición de la monarquía.

La otra novedad ocurrida en este tiempo fué la llegada del capitán Almagro al Perú y su pronta venida a Caxamalca. Venía ya condecorado por el rey con el título de mariscal, traía cuatro navíos y doscientos hombres consigo, entre ellos varios oficiales excelentes que venían de Nicaragua con Francisco de Godoy a servir en el Perú, y se pusieron a las órdenes de Almagro en el camino. Parecía ya signo de estos dos antiguos compañeros y descubridores que no pudiesen estar juntos sin rencillas y desconfianzas. Apenas Almagro llegó a San Miguel y se puso en comunicación con el gobernador, cuando a éste se dijo que su amigo, con más fuerza y poderío, tenía a menos juntarse con él y pensaba buscar otros descubrimientos y conquistas por sí solo. A Almagro querían persuadir que el gobernador trataba de quitarle de en medio, y le inducían a que se guardase y cautelase de sus asechanzas. Esta vez, a lo menos, supieron uno y otro corresponder a su dignidad y a sus mutuas obligaciones. Pizarro envió mensajeros a su amigo dándole el parabién de su venida y rogándole que se apresurase, con los caballeros que le acompañaban, a venir a juntarse con él y a participar de su buena fortuna. Almagro, enterado de que el origen de aquellos chismes venía de una falsa relación enviada por un Rodrigo Pérez, escribano de oficio y que le servía de secretario, le hizo proceso como abusador de su cargo y le mandó ahorcar por su mala fe y

alevosía. ¡Dichosos los dos si se hubieran conducido siempre con igual franqueza y resolución! Hecho esto, Almagro, con sus soldados, se puso en marcha para Caxamalca, adonde llegó sin encontrar impedimento alguno en el camino (14 de mayo de 1533), antes bien, toda buena acogida, servicio y agasajo de parte de los indios. Salió a recibirle el gobernador, y haciéndose ambos las demostraciones de gusto y de cariño propias de su amistad antigua, entraron en la ciudad, donde al instante el mariscal pasó a hacer reverencia al inca y como a ponerse a sus órdenes. El, aunque probablemente se doliese en su interior de que el número de sus enemigos se aumentase, le recibió con el mismo buen semblante que a los demás castellanos. Todo se presentaba allí entonces con aspecto tranquilo y agradable a los españoles y al príncipe prisionero; reinaba entre ellos la confianza y reinaba también la alegría; él tenía la esperanza de verse pronto en libertad, ellos la perspectiva del poderío y la opulencia.

Llegó de allí a poco Hernando Pizarro (25 de mayo de 1533) con las riquezas del templo de Pachacamac y con el general peruano. Saliéronlos a recibir el gobernador y los principales capitanes del ejército; mas a la vista inesperada de Almagro no pudo el orgulloso Hernando tener la rienda a su aversión antigua, llegando a tanto la demostración de su disgusto, que ni le cumplimentó ni le saludó tampoco. Pesó a todos de esta grosería, y más al gobernador, que le reprendió de ella cuando estuvieron solos, y en seguida pasaron a la estancia del mariscal, y excusándose el

recién venido del descuido usado con él, Almagro recibió las disculpas con su buena fe y facilidad natural, y aquel sinsabor quedó entonces desvanecido, a lo menos en apariencia. Incidentes pequeños a la verdad, pero absolutamente precisos para pintar el carácter moral de los personajes históricos. En la narración presente todavía son más indispensables, pues estas rencillas, aunque leves, son las chispas que forman después el grande incendio en que vienen a ser abrasados todos los actores de este drama triste y sangriento.

Según llegaban las cargas del rescate a Caxamalca se iban poniendo en un sitio señalado a este fin y custodiado con una buena guardia. Las distancias eran largas, las cargas pequeñas, la estancia espaciosa, y, por consiguiente, hacía poco bulto a los ojos de los codiciosos castellanos. Impacientábanse ellos de ver que tanto tardaba la reunión del tesoro prometido, y temían que se les desvaneciesen como humo las esperanzas de oro que centelleaban en su acalorada fantasía. Alguna vez, echando al inca la culpa de la tardanza y sospechando que esto lo hacía para dar lugar a que se alborotasen las provincias y los castellanos fuesen destruídos antes de recibir su rescate, proponían que se le diese muerte y se saliese de una vez del cuidado y susto en que los tenía: peligro del que entonces salvaron a Atahualpa los respetos de Hernando Pizarro, que se opuso siempre a que se le ofendiese.

Señalábanse en esta impaciencia los de Almagro, como creyéndose acreedores a la parte de aquel rico

botín; y también los oficiales reales que, dejados prudentemente por Pizarro en San Miguel, se vinieron con Almagro a Caxamalca para entender en las atenciones de sus encargos respectivos y hallarse presentes a la repartición de los despojos. Mas cuando los castellanos vieron llegar la muchedumbre de indios cargados con los tesoros del Cuzco, y que acumulados a los que allí había el montón se agrandó, haciéndose de repente mayor que su codicia, entonces, a la impaciencia que antes tenían por que se llegase a reunir sucedió otra impaciencia más viva, que fué la de disfrutar; y aunque, según toda apariencia, no estuviese lleno aún el cupo prometido por el inca, empezaron a pedir a voces que se repartiese al instante (1). Quiso Pizarro satisfacer este deseo, que era por ventura igual en jefes y en soldados, y a todos estaría bien. Mas antes era preciso allanar la dificultad que ofrecían las pretensiones de los de Almagro, que querían entrar en la partición como los que habían venido primero y desbaratado al inca en Caxamalca. Para la igualdad no había razón; mas dejarlos también sin nada era poco cortés y aun peligroso. Habido, pues, su consejo los dos generales con los cabos principales del ejército, se acordó que se sacasen del montón cien mil ducados para los de Almagro, con lo cual se die-

(1) Los historiadores no dicen que se hiciese la prueba de si el tesoro llegaba hasta la raya colorada que se extendió para señal. Herrera se contenta con decir vagamente: «Llegado el tesoro del rescate del inca», etcétera. Gomara asegura más positivamente que los españoles dieron prisa a que se repartiese antes de que se acabase de juntar, por temor de que los indios se lo quitasen o cargasen más españoles antes de distribuirlo, y hubiese que partir con ellos.

ron por contentos, y se procedió sin estorbos a la distribución.

Ejecutóse ésta con la mayor solemnidad (17 de junio de 1533). Pizarro hizo constar judicialmente la autoridad y facultades que tenía por las provisiones reales para que estos repartimientos se hiciesen según los servicios y merecimientos de cada uno, a juicio del mismo gobernador; y pidiendo formalmente el auxilio divino para guardarles justicia, se dió principio a la operación. Púsose el oro y la plata que resultaban después de fundidos y aquilatados. Sacáronse primero los quintos reales, el importe de un donativo que además se hizo al rey, la joya que llamaban del escaño, con otras que por su hechura o por su singularidad se querían presentar enteras en la Corte; los cien mil ducados de los almagristas y los derechos del quilatador, fundidor y marcador, con las costas de estas diferentes labores. El resto se repartió entre el general, capitanes y soldados, según sus méritos y graduación respectiva, o según las condiciones que cada cual había ajustado en su contrata. Por lo mismo, las porciones no tuvieron la igualdad que resulta en los historiadores cuando hacen esta regulación, en la cual también difieren mucho entre sí. Pero del acta judicial de repartimiento, que va puesta a la letra en el apéndice (1), se viene en conocimiento de que la parte de cada soldado de a caballo fué, generalmente hablando, de cerca de nueve mil pesos en oro y sobre trescientos marcos en plata, y la

(1) Véase el apéndice VI.

de cada infante, con corta diferencia, la mitad. Los capitanes y soldados distinguidos recibieron a proporción: la parte de Pizarro subió a cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata, sin contar el tablón de oro de las andas del inca, que como general se adjudicó, valuado en veinticinco mil pesos. Botín prodigioso y, si se atiende al corto número de soldados entre quienes se distribuyó, sin ejemplo en la historia de estas correrías o latrocinios que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, a la constancia, a la actividad y a la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecían, porque de todo esto habían hecho muestra en el grado más alto, no ciertamente contra los hombres, que poca o ninguna resistencia les podían oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia a las pruebas más crueles. Pero la opinión humana, justamente guiada por la razón y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta a la opulencia cuando es hija de la aplicación, del talento y de la industria, ha marcado con el sello de su reprobación eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapiña.

Pizarro había cumplido a sus compañeros la palabra que les había dado de hacerles más ricos que lo que ellos acertasen a desear (1). Faltábale hacerlo

(1) A la verdad, esta adquisición de oro y plata en tanta cantidad no los hizo mucho más ricos, a lo menos a los que quedaban en América. Las cosas que anhelaban subieron a un precio proporcionado a la abundancia de los metales con que se habían de satisfacer. Una mano de papel

ver en América y hacerlo ver en España. Para esto determinó enviar a su hermano Hernando Pizarro para que llevase los quintos del rey y el donativo que el ejército le había hecho, con la relación de todo lo sucedido y del estado en que las cosas se hallaban. Iba también con el encargo de pedir para el gobernador y sus hermanos honras, dignidades y mercedes. El mariscal Almagro escribió también al rey representándole sus servicios y pidiendo en merced que se le diese la gobernación de la tierra que estuviese más adelante de la del gobernador Pizarro, con el título de adelantado. Sin duda por consideraciones de cortesía y consecuencia dió la procuración de este negocio a Hernando Pizarro; pero, no confiando mucho ni en su buena voluntad ni en su eficacia, dió al mismo tiempo poder secreto a sus dos amigos Cristóbal de Mena y Juan de Sosa, que se venían a España, para que ayudasen a sus pretensiones en el caso de que el primero las mirase con descuido. Hernando Pizarro partió acompañado de algunos capitanes y soldados, que cuerdamente resolvieron volverse a su patria a disfrutar en ella con sosiego de las riquezas que les había proporcionado la fortuna. Llegaron a Panamá, y de allí se esparció por todas las Indias el crédito de los tesoros del Perú. Pasaron el mar, arribaron a Sevilla, y como eran tan altos los quintos

valía diez pesos; unos borceguíes, treinta; una capa negra, ciento; un caballo, tres, cuatro y a veces cinco mil ducados. Los mercaderes solían comprar el oro de veinte quilates a catorce; el de catorce, a siete; la plata valía también a este tenor; por manera que los poseedores de riquezas tan grandes, apenas podían adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles a la más mediana fortuna.

del rey, tan grandes los caudales que trajeron consigo los que se volvían y tan crecidas las remesas que enviaban a sus familias los que se quedaban allá, hinchieron, como dice Gomara, la contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

Distribuídos los tesoros del inca, parecía llegado el caso de determinar acerca de su persona. Pedía él que se le pusiese en libertad, pues por su parte estaba cumplido lo que prometido había. Mas otros eran por cierto los pensamientos de su artificioso y duro vencedor. No hay duda que en la situación en que estaban los españoles, y en el supuesto de estar decretada irrevocablemente la destrucción de aquel imperio, cualquier partido que se tomase con Atahualpa estaba expuesto a inconvenientes muy graves. Darle libertad era impolítico; mantenerle en prisión, embarazoso; quitarle la vida, cruel y sobremanera injusto. Cuando por su culpa o por la ajena los ambiciosos se ven metidos en estos atolladeros, siempre se abren camino a toda costa, aunque sea pasando por encima de la humanidad y de la justicia. Pizarro lo hizo así entonces; y si ya mucho antes no tenía en su corazón condenado a muerte al inca, sin duda lo determinó cuando, satisfecha la pasión primera, que era la de adquirir, pudo dar oído solamente a las sugerencias de la ambición. Por desgracia, el mismo Atahualpa le había dado el ejemplo y allanado el camino dejándole, con el sacrificio de Huáscar, sola una víctima para llevar a su cima la empresa en que estaba empeñado. Esta resolución fué al principio secreta, y nadie llegó a entenderla hasta después. Entre tanto, para dar

alguna disculpa al hecho y hacerlo menos odioso, empezaron a correr noticias de sediciones, de movimientos de indios, de proyectos de sus generales para salvar al prisionero. Daban calor a estos rumores los indios de servicio o yanaconas, los cuales, como la clase más perjudicada en el Estado, tenían odio a las demás y sólo veían su restauración futura en el trastorno del imperio y destrucción de sus jerarquías. Dobláronse las guardias al inca y fué preso el general Chialiquichiamá como fautor de estas inquietudes, y a pesar de la firmeza y sinceridad con que negaba los cargos y demostraba su falsedad, sin duda fuera quemado entonces por voluntad del gobernador si no lo estorbara Hernando Pizarro, que aun no había partido para España. Crecían las sospechas de guerra y la fama de los alborotos: los soldados de Almagro activaban la pérdida del príncipe peruano porque pensaban que mientras viviese no estaban con los de Pizarro en aquella igualdad que apetecían y anhelaban por ir a buscar nuevas tierras y tesoros nuevos. Los oficiales reales la instaban también de puro miedo, en el concepto de que la muerte de Atahualpa llenaría de temor a los indios y allanaría todas las cosas: entre ellos, el más caviloso, el más inquieto y el más cruel de todos era Alonso Riquelme, el tesorero, que con sus continuas y vehementes gestiones, ayudadas de la autoridad de su oficio, no parecía que lo pedía, sino que lo mandaba.

No deseaba otra cosa el gobernador, como quien ponía todo su artificio entonces en suponerse forzado a lo mismo que estaba en su interés y, por consiguien-

te, en su deseo. Y como los agresores quieran siempre tener una apariencia de justicia aun para los mismos a quienes ofenden, Pizarro, en medio de estos rumores y recelos, entró a ver al inca y le dijo que extrañaba mucho que, habiendo sido tan bien tratado y estando bajo la buena fe y confianza en que le tenían los castellanos, él tratase de destruirlos con los ejércitos que públicamente se decía mandaba venir a Caxamalca. Creyó al principio Atahualpa que se burlaba, y le rogó que no usase de aquellas chanzas con él. Mas viendo después en el tono y semblante del gobernador la realidad y continuación del enojo, viendo agravarse las prisiones y doblarse las guardias, «no sé—decía a los españoles—cómo me tenéis por hombre de tan poco seso que teniéndome en vuestro poder y cargado de cadenas haya de haceros traición y mandar que se mueva mi gente contra vosotros, pues al instante que la veáis venir y sepáis que viene podéis cortarme la cabeza. Y estáis por cierto bien mal informados del poder que tengo si receláis que nadie se mueva y venga contra mi voluntad. Si yo no quiero, ni las aves vuelan ni las hojas de los árboles se menean en mi tierra». Mas estas reflexiones, sacadas del sentido común más obvio y de la razón más sana, no bastaban a disculparle contra quien estaba resuelto a encontrarlo delincuente; y después de aquella triste conferencia y unas demostraciones de rigor tan desusadas antes con él, debió el miserable inca presentir cuál iba a ser su destino. Así es que, quejándose de Pizarro y de los castellanos, decía que, después que le habían tomado su tesoro

bajo la fe jurada y prometida, trataban contra toda justicia darle la muerte.

Todavía el gobernador quiso dar otra prueba de circunspección y detenimiento en negocio tan grave enviando a Hernando de Soto y a otro capitán con algunos caballos para que reconociesen la parte en donde se decía que estaban los enemigos, y con su aviso proceder a lo que conviniese. Ellos salieron y no encontraron en todo el país que atravesaron mas que indios de servicio que venían pacíficamente a Caxamalca. Quizá esta comisión fué un medio de alejar de allí a Soto, que era el único valedor que quedaba al inca después de la ida de Hernando Pizarro; siendo estos dos capitanes los que mejor supieron ganarle la voluntad y con quien él más se complacía en sus conversaciones y en sus juegos.

Después de la salida de Soto se levantó un grande alboroto entre los castellanos, como si los enemigos se acercasen y el peligro se aumentara. Entonces ya pareció todo maduro y dispuesto para procesar a aquel sobre quien no tenían más jurisdicción que la fuerza (1). Imputósele la muerte de Huáscar y las supuestas tramas contra la seguridad de los españoles; y probados estos cargos a su modo, fué llevada la causa a fray Vicente Valverde. Este religioso, todavía

(1) Dícese que en este proceso el intérprete Felipillo de Poechos torcía las declaraciones de los indios, de modo que el inca resultase culpable, con el fin de conseguir con su muerte a una de las concubinas del príncipe, de quien estaba perdidamente enamorado.

Algunos autores añaden también como motivo muy principal de la muerte del inca el odio que le juró Pizarro por el desprecio que le manifestó Atahualpa cuando llegó a entender que no sabía leer. Ni una ni

menos instruído en las formalidades de la justicia que en las máximas sanas de la predicación evangélica, aseguró que aquello era suficiente para condenar al inca, y ofreció que si menester fuese él firmaría este dictamen. Apoyados con su voto, los dos generales pronunciaron su sentencia, y por ella el desdichado Atahualpa debía ser quemado vivo. Al saberse en el ejército un fallo tan atroz, muchos de los españoles protestaron noblemente contra él y reclamaron los derechos de la justicia, de la equidad y de la gratitud en favor del príncipe prisionero. Indignábanse de que se desluciesen sus hazañas con aquel hecho tan inhumano, y no querían que se echase eternamente tal mancha sobre el nombre y honra española. Nombraron a este fin un protector al inca, y apelaron formalmente de la sentencia para el emperador, pidiendo que Atahualpa y su proceso fuesen enviados a España. Los de esta opinión eran muchos, y a su frente estaban los hombres más distinguidos del ejército. Todo fué en vano: el nombre y la acusación de traidores con que se les amenazó los redujo al fin al silencio; la sentencia fué intimada al inca, y él se dispuso a morir. Quejóse al principio altamente de la perfidia que con él se usaba, y acordándose de su familia, preguntaba con lágrimas «en qué había delin-

otra especie se hallan en las primeras relaciones, ni tampoco se encuentran en Gomara ni en Herrera. Garcilaso es el primer autor que la refiere; lo hace como de oídas y sin citar escritor ninguno o testimonio auténtico en que apoyarse. Por lo demás, este cuento y el de Felipillo parecen inventados y conservados para dar razón de un acontecimiento que presenta por sí mismo causas más probables y positivas. Herrera en esta parte presenta bien el hecho, aunque en el modo de contarle se advierta bien la circunspección penosa con que procede.

quido él, sus mujeres ni sus hijos». Dado este desahogo indispensable a la naturaleza, se resignó noble y esforzadamente a su fin y se mandó enterrar en el Quito, donde estaban sepultados sus antepasados por línea materna. Dejaron los ejecutores fenecer el día, como si temieran la luz, para la consumación de su crimen, y dos horas después de anochecido le sacaron al suplicio, consolándole el padre Valverde en el camino, que sin duda quiso piadosamente asistir por sí mismo al remate de aquella tragedia a que en algún modo había dado principio. Persuadíale que se hiciese cristiano y pidiese el bautismo, añadiendo, por ventura para persuadirle mejor, que de este modo no sería entregado al fuego. Entendió bien el pobre moribundo lo que le convenía y pidió el bautismo, que le fué administrado según el tiempo y lugar lo permitieron (1). Hecho esto, el sucesor de Manco-Cápac fué entregado en manos de los verdugos, que, atándole a un madero, inmediatamente le ahogaron.

Tenía entonces treinta años y, según dice Gomara, que, como contemporáneo, pudo saberlo de los mismos que le trataron, «era hombre bien dispuesto, sabio, animoso, franco, muy limpio y bien traído». La idea que de él han dejado las relaciones antiguas le es en verdad bien favorable, a pesar de los visos de artificio, crueldad, injusticia y tiranía que han querido dar a su carácter. Estas calidades odiosas se avienen mal con las prendas y virtudes que manifestó en el largo

(1) Gomara pone en duda en que le pidiese de buena fe, y Herrera con un *afirman* indica que el hecho debe ir por la fe de otros y no por la suya. Todos convienen en el género de muerte.

tiempo de su prisión y que le ganaron el interés y el afecto de tantos castellanos, que a boca llena, como ya se ha dicho arriba, apellidaban inicua e inhumana la sentencia dada contra él (1). Se avienen también mal con los elogios que en estas mismas relaciones se le dan, donde después de su muerte apenas se le nombra con otros dictados que los del *gran Monarca*, *el buen Rey* y otros de la misma dignidad. Están, finalmente, en contradicción con el amor y con el deseo que dejó impresos en la nación peruana, la cual, considerando por ventura reflejadas más bien en él que en otro ninguno de sus príncipes las grandes prendas del inca Huayna-Cápac, lloraba cifrada en su deplorable muerte la catástrofe de su imperio.

Luego que se divulgó en Caxamalca, las esposas del inca, las indias que le servían y toda su familia en general empezó a herir el aire con sus lamentos

(1) Los historiadores todos se ponen de parte de esta opinión, y son los ecos de los mismos sentimientos que animaban al ejército. Herrera manifiesta bien claro que si la muerte del inca era disculpable en política, no lo era ni en justicia ni en moral. Gomara, después de decir que no fué enviado al emperador, como muchos querían que se hiciese, y que fué muerto a instancia de los de Almagro, añade: «No hay que reprehender a los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después; casi todos ellos acabaron mal.» Oviedo es todavía más positivo: en el cap. XIV del lib. 46 de su *Historia general* copia a la letra la relación de este acontecimiento hecho por Francisco de Jerez; pero después en el cap. XXII vuelve a tratar el asunto por sí mismo, y manifiesta a la larga la injusticia y escándalo de semejante proceso y de tan inicuo suplicio. Entre otras cosas dice: «Notorio es que el gobernador le aseguró la vida, y sin que le diese tal seguro, él se le tenía, pues ningún capitán puede disponer sin licencia de su rey y señor de la persona del príncipe que tiene preso...» Y más adelante: «Le levantaron que los quería matar, e todo aquello fué rodeado por malos, e por la inadvertencia e mal consejo del gobernador, e comenzaron a le hacer proceso mal compuesto e peor escrito; seyendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado e deshonesto clérigo, y un escribano falto de conciencia, e de mala habilidad, y otros tales que en la maldad concurrieron.»

y a invocar al cielo con sus gritos. Las más queridas salieron desesperadas y frenéticas a enterrarse con él; y como los españoles no se lo permitiesen, se esparcieron por los contornos, y cuál con cordeles, cuál con sus propios cabellos se ahorcaban para seguirle. Satisficieron así algunas de ellas su cariño y su deseo, y otras muchas más lo hicieran si Pizarro no atajase aquel furor mandando a sus soldados que las siguiesen y contuviesen.

El cadáver, enterrado con decencia entre otros cristianos, fué a pocos días sacado secretamente por los indios y llevado según unos al Quito y según otros al Cuzco. Jamás pudo después saberse de él, aun cuando por codicia de los tesoros que se suponían en su sepulcro muchos españoles hicieron en uno y otro paraje diligencias exquisitas para encontrarle. Viéronse en las otras provincias del Perú, cuando llegó a ellas la noticia, las mismas demostraciones de fidelidad y adhesión, dándose muerte hombres y mujeres para ir a servir en el otro mundo a su idolatrado inca. El sentimiento fué general en todo el imperio, y como se sabía en todo él la constancia y buena fe con que se había conducido en su prisión y las órdenes positivas y eficaces que había dado prohibiendo tomar las armas en su favor y hacer guerra a los castellanos, comparaban con esta conducta el inicuo modo usado por ellos; y no sólo sus amigos y parciales, mas también los que no lo eran levantaban el grito contra los castellanos y envidiaban la suerte de los incas anteriores que no habían alcanzado tiempos tan desastrosos y crueles.

Este fué el último acto con que se consumó la destrucción de aquella gran monarquía. Ya desde la prisión del inca y dispersión de su ejército los capitanes que le mandaban se fueron a diversas partes y ejercieron, según se dice, mil tiranías y violencias. Perdido el temor a la autoridad y rota la armonía que reinaba en el Estado, los vínculos que le unían se desataron de golpe y todo se desconcertó, no encontrando los grandes frenos a su ambición ni los pequeños a su licencia. Los almacenes y propiedades públicas comenzaron a saquearse, las posesiones privadas a invadirse: todo fué confusión y desorden; y la obra de la civilización, que había costado siglos de sabiduría y perseverancia, se veía destruir por momentos. La religión se perturbó, las costumbres se corrompieron, y hasta las vírgenes del Sol, tan recogidas y veneradas, salieron libremente de sus clausuras y, abandonadas a su albedrío, se hicieron el despojo de los suyos y de los extraños y la burla y el desprecio de unos y otros (1). Una mudanza y turbación tan fuerte en aquella arreglada policía y en aquel concierto de leyes divinas y humanas llenaba entonces de tristeza el corazón de todos los hombres de bien, y de temor para en adelante, pues recelaban que sus males no habían de parar en aquello. Y con efecto fué así, porque, muerto el inca, los desórdenes, escándalos y usurpaciones crecieron hasta el punto más lastimoso: las clases largo tiempo comprimidas, le-

(1) «Algunos españoles dicen que ni eran vírgenes ni aun castas; y se cierto que corrompe la guerra muchas costumbres», etc.—(Gomara.)

vantándose contra las superiores, ejercieron sus desquites y venganzas; ninguna provincia se entendió con otra, ni apenas hombre con hombre, y falseada la clave de la cúpula que mantenía el edificio, todo él, con espantosa ruina, vino al suelo.

Esta pronta disolución del imperio era favorable a los designios del conquistador, que pudo ver en ella abierta más fácil entrada a la nueva monarquía que se proponía fundar. Mas si la muerte de Atahualpa allanó las dificultades que podían oponer su capacidad, su valor y su poderío, también sobrevinieron otras de pronto que debieron poner a los castellanos en justo cuidado y grave pesadumbre. Detúvose al instante el raudal de plata y oro que venía a Caxamalca para el rescate del inca; el servicio de los indios empezó a entorpecerse, los bastimentos a disminuirse, a eludirse las órdenes y a amargar los levantamientos y las hostilidades. Si era grande el desprecio de los españoles hacia gentes que a tan poca costa y peligro suyo habían desbaratado, prendiendo y dando muerte a su rey, el aborrecimiento de los naturales hacia ellos era infinitamente mayor. La tierra era grande, los indios muchos y los castellanos poquísimos. Pareció, pues, a Pizarro necesaria la creación de un nuevo inca que fuese su instrumento principal para la obediencia de los indios y punto central de sus intereses y voluntades, y excusarse las disensiones y guerras que necesariamente de otro modo se habían de acrecentar. Llamó con este objeto a los orejones que allí estaban, hízoles entender que no era su ánimo deshacer su monarquía, y les pidió consejo sobre la persona que

contemplaban más digna de recibir la borla del imperio. Ellos, como hechuras que eran de Atahualpa, le propusieron a un hijo de este príncipe llamado Toparpa. Sus pocos años y su inexperiencia le hacían muy a propósito para los fines del general español, el cual dió su aprobación a ello, y el hijo de Atahualpa fué reconocido por rey y coronado con todas las ceremonias acostumbradas en el Cuzco, aunque no con la misma pompa y majestad. Así los bárbaros que ocupaban la Italia en los últimos tiempos del imperio romano solían crear estos césares de farsa, y Toparpa al lado de Pizarro nos representa bien al vivo a Avito y Antemio al lado de Ricimer, a Julio Nepos y Augústulo al de Orestes.

Resolvióse en seguida la marcha a la capital. Mas antes era preciso dejar asegurados a San Miguel de Piura y su distrito, que podían considerarse como la llave del Perú. Para esto fué elegido el capitán Sebastián de Belalcázar, que recibió sus instrucciones y partió al instante a su destino. Esta elección hace honor al discernimiento y penetración del general castellano; porque Belalcázar, ya se le considere empuñado en las guerras porfiadas y sangrientas que mantuvo contra los indios del Quito, ya emprendiendo nuevos descubrimientos y viajes atrevidos en las regiones equinocciales, ya, en fin, tomando a veces parte en los acontecimientos del Perú, hizo prueba de una capacidad tan grande y de un juicio tan seguro, y desplegó un genio tan audaz y belicoso y una actividad tan incansable, que en gloria y en esfuerzo no reconoce ventaja en ninguno de los más señalados descubridores.

Cumplidos, en fin, siete meses de su estación en Caxamalca, salen de allí los españoles dirigiéndose al Cuzco por el camino real de los Incas. Eran ya en número de cuatrocientos ochenta hombres, que para lo que se acostumbraba en Indias podían considerarse como un mediano ejército. Con ellos iba el nuevo inca llevado en andas, y seguido y cortejado de los orejones que se hallaban allí entonces. Señalábase en aquella comparsa el general Chialiquichiamas, llevado también en andas para demostración de su autoridad y grandeza. El gobernador, que no tenía motivos bastantes para mantenerle preso, le había dado libertad, aconsejándole que se mantuviese quieto y sosegado. En esta buena armonía iban indios y españoles por los hermosos valles que forman allí las sierras, sin que en los primeros días encontrasen nada que recelar en su camino. Todo estaba de paz: los indios de las diversas poblaciones por donde pasaban los salían a recibir y agasajar con sumisión y respeto, y los castellanos marchaban ricos y contentos con lo pasado, alegres y animados con las esperanzas de mayor ventura que se les ofrecía en lo venidero.

Mas luego que pasaron la provincia de Guamachuco y llegaron a la de Andamarca, se recibió aviso de que había más adelante un grueso de indios con intenciones en la apariencia hostiles. Creyó conveniente el general español que un hijo del inca Huayna-Cápac fuese a sosegarlos; pero los que fueron con él volvieron tristes, anunciando que, sin respetar su nacimiento, los enemigos le habían dado muerte como traidor a su país. Entonces no quedó duda a los castellanos

de que se les aparejaba una guerra bien áspera y que a pesar de sus precauciones les era preciso abrirse paso con las armas a la capital.

El primer efecto de esta novedad fué la prisión del general Chialiquichiama, a quien Pizarro volvió a poner en la cadena, o por seguridad o por venganza. También empezó el ejército a marchar con más cautela y en mejor orden, llevando Almagro con Hernando de Soto la vanguardia, y siguiendo Pizarro con el resto del ejército y el bagaje. Mas los indios no se dejaron percibir armados hasta que los castellanos entraron en el valle de Jauja, sesenta leguas más allá de Caxamalca. Allí, creyéndose seguros a la otra orilla del río que corre por medio del valle, empezaron a denostar y a provocar a sus enemigos: «¿Qué querían en tierra ajena? ¿Por qué no se iban a la suya? Contentos debían estar con los males que habían hecho y con la muerte de Atahualpa.» El río, ya grande de suyo y crecido entonces con las nieves derretidas, al que además habían quitado el puente, les parecía un valladar seguro para decir injurias a su salvo. Pero al ver a los castellanos entrar denodadamente en el río, despreciando igualmente el furor de su corriente que los clamores y amenazas que les enviaban y no teniendo valor para esperar la arremetida de los caballos, se pusieron en fuga, unos hacia el Norte y otros al Poniente, quedando todavía bastantes en el campo para probar y aun cansar las espadas castellanas.

Con este triste escarmiento y el éxito igual de algunos otros encuentros se allanaron los indios de

aquel valle, cayendo en poder de los castellanos los tesoros del templo que allí había, buen número de tejidos de lana y algodón y muchas mujeres hermosas, entre ellas dos hijas de Huayna-Cápac. Allí determinó Pizarro fundar un pueblo, movido de lo delicioso y feraz del terreno, de lo muy poblado que estaba y de la proporcionada distancia que tenía a todas partes. Entre tanto que lo ponía por obra, envió a Hernando de Soto con sesenta caballos para que fuese despacio reconociendo el camino del Cuzco. Puesto en marcha, descubrió a lo lejos en Curibayo un grueso de indios fortificado para defender el paso, y dió aviso al gobernador, pidiéndole que enviase delante al nuevo inca para ver si su presencia los aquietaba. Pero Toparpa enfermó a la sazón gravemente y falleció luego, dejando a Pizarro con el sentimiento de su pérdida y sin saber cómo repararla, conociendo cuán inútil le había sido la presencia de aquel rey, aunque de burla, para excusar tropiezos y dificultades en la marcha que llevaba.

No necesitó Soto del auxilio que pedía, porque llegando con sus caballos adonde estaban los indios, los dispersó fácilmente con sólo acercarse al puesto en que se hallaban: tanto era el pavor que los ocupaba cuando sentían a los caballos. Mas no abatidos por eso, determinaron esperarle en un paso áspero y dificultoso que hay en la sierra de Vilcacongá, a siete leguas del Cuzco. Allí llamaron más gente, se proporcionaron de vitualla, se fortificaron a su modo y, añadiendo dificultades a la aspereza del terreno, hicieron hoyos ocultos con estacas puntiagudas para que se

mancasen los caballos. Los castellanos, creyéndolos de huída, siguieron el alcance, pasaron a Curambo, atravesaron el río de Abancay y por el camino real de Chinchasuyo llegaron al punto ocupado por los indios. Al verlos empeñados en el paso peligroso, los bárbaros, creyéndolos ya destruídos, alzaron a su usanza la gritería de guerra y, fieros, con las hondas, con las macanas, con sus dardos y con los aillos se mostraban por todas partes en la sierra con el propósito de morir o vencer. Retraíanse de acometer los soldados españoles a vista de aquella gran muchedumbre, de la posición fuerte que habían sabido escoger, y sobre todo de su obstinación. Viéndolos Soto así inciertos, «ni el parar aquí—les dijo—nos conviene, ni dejar de vencer tampoco. Mientras más nos detengamos, la dificultad y el peligro se van a hacer mayores, pues los enemigos se acrecentarán en número y atrevimiento. Al contrario, todo está llano si aquí vencemos: seguidme». Y dicho esto, arremetió el primero a los enemigos, que le recibieron a él y los suyos con ánimo igualmente resuelto y denodado. La refriega fué obstinadísima de parte de los indios. Quien los vió dejarse alancear y acuchillar como corderos en Caxamalca y los viera aquí combatir como leones, no diría que pertenecían a la misma gente. Morían a la verdad muchos de ellos, pero también caían caballos y españoles; y en la desproporción inmensa de número en que unos y otros se hallaban, cada gota de sangre castellana que se vertía era una pérdida irreparable. La noche los separó: los indios, cansados, se arremolinaron junto a una fuente y los castellanos

en un arroyo; pero estaban a tiro de bala unos de otros, y los peruanos en ademán de embestir luego que rompiese el día. Hernando de Soto, que al hacer el recuento de su gente se halló con cinco españoles muertos, otros once heridos, y de los caballos, muertos dos y heridos catorce, considerando además cuán poco bastimento traía consigo y la poca gente que le quedaba, y no sabiendo si a pesar de los avisos que había enviado desde el camino sería o no socorrido a tiempo, empezó a padecer en su ánimo por la dificultad de su posición y a arrepentirse de su temeridad. En medio de estos recelos, que se aumentaban más con la obscuridad de la noche, la trompeta castellana se dejó oír al pie de la sierra, anunciando en sus ecos auxilio y esperanza. Respondió la trompeta de los combatientes desde arriba, a cuyo son pudo encaminarse a toda prisa el socorro conducido por el mariscal Almagro y reunirse al escuadrón de Hernando de Soto. Unos y otros se abrazaron con el contento que es de presumir y esperaron a la mañana para renovar el combate. La sorpresa y sentimiento de los indios al hallar con el día doblado el número de sus enemigos, y que se les escapaba la victoria que ya tenían en las manos, fueron grandes; pero no perdieron el ánimo y aguardaron el ataque de los castellanos, que, siendo ya entonces más en número y peleando con más ardor y confianza, fácilmente los desbarataron y ahuyentaron. Ganado así el campo, los vencedores acordaron aguardar allí el resto del ejército que a largos pasos venía a juntarse con ellos.

Entre tanto, Pizarro, después de haber dado en

Jauja las disposiciones para la nueva población que allí proyectaba, dejó por su teniente al tesorero Riquelme, para desembarazarse así de aquel hombre discolo y bullicioso. Al mismo tiempo envió un destacamento a la costa de Pachacamac para ver si podía fundarse otro pueblo en la marina, y pasó a Vilcas, punto central del imperio de los Incas, puesto a igual distancia entre Quito y Chile. Allí pudo admirar la magnificencia de aquellos monarcas, pues Vilcas, con el Cuzco y Pachacamac, era uno de los tres sitios en que ellos a porfía se habían esmerado en prodigar su grandeza y poderío, así en el templo y adoratorios como en los aposentos reales y sitios de recreo que tenían contruídos en aquel delicioso paraje. Desde allí pasó sin tropiezo ninguno a encontrar a su vanguardia que le esperaba; mas él, que desde Caxamalca podía decirse que había marchado con el decoro y gravedad que correspondían a un conquistador civilizado, pacificando pueblos, proyectando fundaciones y absteniéndose de toda acción bárbara e indigna, llegado a Vilcacongá dió segunda prueba de cuán pocos respetos le merecían la humanidad y la justicia cuando estaban encontradas con su seguridad o su resentimiento. Los movimientos hostiles de los indios en los diferentes encuentros que se habían tenido con ellos llevaban una apariencia de orden y de concierto y mostraban que eran dirigidos por alguna cabeza capaz y ejercitada en el arte de la guerra. Sabíase en el campo español que al frente de aquella muchedumbre levantada estaba Quizquiz, uno de los generales más hábiles de Atahualpa y compañero de

Chialiquichiama en las guerras contra Huáscar. Empezóse a susurrar si había comunicaciones entre los dos capitanes, y aun se dijo que Chialiquichiama había enviado avisos a su amigo de que los castellanos se dividían y cómo debía aprovechar aquella buena ocasión. Estas inteligencias no estaban suficientemente probadas para el rigor que se usó después con el general prisionero. Pero el aprieto en que acababan de hallarse los sesenta caballos de Hernando de Soto había llenado el ánimo de los españoles de tanta ira como cuidado. Añadíase a esto la fama de haber vencido cinco batallas en favor de su rey, la seguridad con que los indios decían que si él se hallara con Atahualpa cuando el suceso de Caxamalca no acontecieran las cosas de aquel modo; en fin, su misma capacidad, reconocida tal vez por sus opresores en el largo trato que con él habían tenido. Temíanse, pues, las dificultades que iba a traer sobre los españoles si llegaba a cobrar su libertad, y aun se decía que para proporcionársela venían sobre ellos una gran muchedumbre de enemigos. Todo esto era más de lo que se necesitaba para aparecer culpable a los ojos del conquistador receloso; y Pizarro, para no tenerle que temer, le hizo inmediatamente quemar. Así terminó la triste serie de injusticias cometidas con este guerrero, que probablemente debió su deplorable fin a su misma reputación. Chialiquichiama, desde la estaca en que fué puesto para ser quemado, podía triunfar de su verdugo, echándole en cara su falta de fe, sus injusticias, y, en fin, su inhumanidad con un hombre que no le había dado motivo ninguno justo para

ella, confesando por este mismo hecho que valía más que él (1).

Dado semejante ejemplo de rigor, el ejército se puso al instante en marcha para el Cuzco. Todavía los indios, antes de ver perdida su capital, quisieron probar fortuna en un paso estrecho que hace el valle de Xaquixaguama por una sierra que le ciñe al Oriente. Allí esperaron la vanguardia castellana, que, mandada por Almagro, Soto y Juan Pizarro, empezó a escaramuzar con ellos y a embestirles y herirlos con las lanzas. Sosteníanse ellos con bastante firmeza, animados de su valor y protegidos del terreno, cuando Mango Inca, uno de los hijos de Huayna-Cápac, que había salido de la ciudad con buen número de los suyos a juntarse con los combatientes, desesperando de la fortuna de su patria, se pasó a los españoles y le presentó al gobernador, que le recibió con toda clase de honor y de agasajo. Entonces los indios, desalentados y furiosos, dejado el combate, corrieron al Cuzco a quemar aquel emporio y esconder los tesoros que en él había. Volaron a estorbarlo, por mandado del gobernador, Hernando de Soto y Juan Pizarro; pero no pudieron impedir que fuese casi enteramente saqueado el templo del Sol, escondidas sus riquezas, llevadas a otra parte las sagradas vírgenes que en él vivían y puesto fuego en algunos puntos de la población; con la misma prisa salieron de allí llevándose todos los jóvenes de uno y otro sexo y no dejando

(1) «Y en esta suspensión de ánimo, dice Herrera, acordó quitarle de delante, y luego le mandó quemar, aunque pareció a algunos cosa fuerte; pero los que siguen las razones de Estado a todo cierran los ojos.»

mas que los viejos y los inútiles. En tal estado encontraron los españoles la capital del imperio, entrando Pizarro en ella a fines de noviembre de 1533 y tomando posesión con las formalidades acostumbradas a nombre del rey de Castilla (1).

Apoderados a tan poca costa los españoles de aquella opulenta ciudad, su primer anhelo, después de haber contenido el fuego que los indios encendieron, fué buscar las riquezas que allí se atesoraban. Muchas habían distraído y ocultado los indios, pero todavía quedaban muchas. Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestían, metiéronse a saco la fortaleza y los palacios, revolióse de arriba abajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó después el ansia a los sepulcros, y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez y ceder a las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habían enterrado. Lo que con más anhelo se buscaba eran las sepulturas de Huayna-Cápac, Atahualpa y otros incas, cuyas riquezas, exageradas por la fama, acrecentaban la impaciencia y los deseos. Preguntaban a los indios dónde estaban, y ellos, ladinos y reservados, o respondían con efugios o se negaban a responder. De aquí los insultos y las amenazas, después los golpes, y al fin el tormento. Pero ni la arrogancia ni la crueldad pudieron arrancar nada, a unos porque lo ignoraban, a otros porque fueron

(1) Esta fecha está autorizada con el testimonio del analista Montesinos. La que fija Herrera en octubre de 1534 es evidentemente equivocada; sobre las faltas de cronología cometidas por este escritor en la narración de los sucesos de Pizarro, véase el apéndice núm. VII.

más fuertes que sus verdugos; y así aquellos venerables monumentos se salvaron para siempre de la rapacidad de los vencedores. El producto de este saqueo, unido a los despojos habidos en el camino y puesto todo en común, según la costumbre de aquella tropa, fué todavía mayor que el botín de Caxamalca. Pero ya eran muchos más a partir, y por esa razón no les tocó a tanto. Dícese que sacado el quinto del rey, se hicieron de lo demás cuatrocientas ochenta partes y que cupieron a cada una cuatro mil pesos. Esta enorme masa de metales preciosos puestos en tráfico de repente en un solo punto, y falto de cosas y comodidades trocables con ellos, hizo su efecto natural, que fué el de envilecerlos. La plata no se estimaba por pesada y embarazosa; la pedrería se abandonaba a quien la quería tomar; por manera que aquellos hombres tan ansiosos de oro y plata, viendo rebosar el vaso de su codicia con el raudal inmenso que vino a henchirle de pronto, debieron conocer fácilmente que aquel tesoro anhelado les servía más de carga y pesadumbre que de satisfacción y provecho.

No por atender a estos cuidados, propios del capitán y del aventurero, se olvidaba Pizarro de las obligaciones políticas y religiosas que le prescribía su oficio de gobernador. Dió al instante a la ciudad la forma de policía castellana, estableció ayuntamiento, nombró alcaldes; y derribados y destruídos los ídolos del país, señaló el lugar en que debía erigirse templo donde se predicase el Evangelio y se celebrasen dignamente los oficios divinos. Pero en medio de la fácil prosperidad con que se sucedían estos acontecimien-

tos, vino a acibarar su alegría la nueva del armamento que se preparaba en Guatemala para venir al Perú, y la sospecha amarga de que los mismos españoles eran los que venían a poner en contingencia lo que ya tenían en su poder.

Estaba entonces de adelantado y gobernador de Guatemala aquel Pedro de Alvarado, uno de los principales conquistadores de Nueva España, y quizá de todos sus compañeros el más querido de Hernán Cortés. Muy pocos podían disputarle la palma del valor y del esfuerzo; ninguno el de la gentileza y bizarria. Los indios mejicanos le llamaban Tonatio, comparándole así por su hermosura con el Sol, y entre los españoles era el que se llevaba la gala del donaire y apostura. Su trato y sus modales correspondían al atractivo que tenía su persona; hablaba a la verdad con algún exceso, pero sus palabras eran blandas y graciosas; su agasajo grande, sus lisonjas dulces; daba mucho, prometía más. El corazón, por desgracia, no era semejante a esta apariencia seductora: vano, ingrato y aun falso; los españoles no podían sufrir su arrogancia, ni los indios sus vejaciones. La edad y los negocios fueron mostrando en él estos vicios, que al principio no se descubrían. Había allanado y pacificado la provincia de Guatemala, adonde le envió Cortés acabada la guerra de la capital; y célebre y poderoso con el nombre y las riquezas que había granjeado en aquella conquista, vino a la corte en el año 1527 a hacer ostentación de sus servicios y demandar el galardón que se les debía. La buena fortuna que había tenido en las Indias le acompañó

también en España. Su buena gracia, quizá también sus presentes, le conciliaron el favor del comendador Cobos, secretario del emperador, y así, cuando volvió a Nueva España se presentó condecorado con el hábito de Santiago, hecho adelantado y capitán general de Guatemala, casado con una dama principal, que se hizo célebre por la idolatría con que le amó, y seguido de muchedumbre de caballeros y hombres distinguidos, que llevaban colgadas sus esperanzas en su favor y en su fortuna. De aquí una vanidad y una arrogancia que no cabían en los ámbitos de aquel Nuevo Mundo. Sus pretensiones eran altas, sus proyectos magníficos y sus preparativos y armamentos eclipsaban en ostentación y en grandeza a los mismos de Hernán Cortés.

Había prometido en España aprestar una armada para hacer descubrimientos en el mar del Sur y abrir nuevos rumbos en la navegación de las islas de la Especería, proyecto a la sazón muy del gusto de la Corte. Y, con efecto, luego que llegó a su provincia por los años de 1530, empezó a buscar los medios de realizar aquella oferta con todo el calor que correspondía a su palabra empeñada, a las esperanzas de la Corte y a su vanidad y ambición, ya exaltadas a lo sumo. No hubo gasto ni empeño ni vejación que le detuviera para llevar su intento adelante; y en menos tiempo del que pudiera creerse tuvo prestas ocho velas de diferentes tamaños, entre ellas un galeón de trescientas toneladas, que comparado con los demás buques que entonces se veían en aquellos mares debía parecer colosal, y por lo mismo fué llamado el

San Cristóbal. Las prevenciones de armas, caballos, bastimentos y demás efectos de guerra fueron correspondientes a la importancia de este armamento, el mayor que hasta entonces se había construído y aportado en los puertos de las Indias. Ni era menor la porfía y ansia de gente de todas clases y oficios para ser ocupada en él. El gran Cortés, ya marqués del Valle, quiso entrar a la parte de la empresa; pero Alvarado se negó resueltamente a ello, y el que ya en España le había desdeñado por pariente no quiso tampoco en las Indias tenerle por compañero (1).

Iban ya a completarse los preparativos cuando empezó a esparcirse por la América la fama de las riquezas del Perú. Entonces el adelantado, viéndose dueño de unas fuerzas tan superiores que con ellas podía, a su parecer, dar la ley en todas partes, mudó de miras y de propósito, y abandonando los descubrimientos inciertos del mar del Mediodía publicó decididamente su jornada para el Perú. A esta declaración fué mayor la porfía de los aventureros, que volaban a tomar parte en las ricas esperanzas que pregonaba. En vano los oficiales reales se oponían al intento, ponderando los inconvenientes que iban a seguirse de tan injusta demanda, contraria a las órdenes expresas del Gobierno y a las obligaciones que tenía contraídas con él; en vano la Audiencia de Méjico le enviaba órdenes sobre órdenes para que se abstu-

(1) Habíase comprometido Alvarado a casarse con Cecilia Vázquez, prima hermana de Cortés. Pero luego que vino a España y se vió con el favor del secretario Cobos olvidó la promesa hecha a su general y tomó por esposa a doña Beatriz de la Cueva, dama que le propuso su protector.

viere de ir a perturbar a los descubridores del Perú en sus conquistas y pacificación; en vano, en fin, la ciudad de Guatemala le representaba el desamparo en que quedaba aquella provincia sin armas, sin soldados y sin él, abandonada a la merced de las tribus belicosas que de dentro y fuera le amenazaban. Sordo a todas estas reclamaciones y abusos, seguía sin detenerse poniendo a punto su armamento. A los oficiales respondía que su comisión para la mar del Sur no le señalaba rumbo ni límite alguno, y podía ir adonde mejor le conviniese; a la Audiencia, que D. Francisco Pizarro no tenía fuerzas suficientes para acabar la empresa que había comenzado, y él iba a ayudarle con las suyas; al Ayuntamiento de Guatemala, que para la seguridad de su provincia ya llevaba consigo los principales caciques y señores que con aquel fin tenía presos; y, por último, a los que podía hablar con más franqueza y desahogo, que se iba a buscar otras tierras más ricas y mayores porque Guatemala era poco para él.

En esto llegó del Perú el piloto Juan Fernández, que se había hallado en los acontecimientos de Caxamalca, y dió al adelantado larga noticia de los enormes tesoros que allí se habían repartido, del viaje de Pizarro con el ejército por las sierras hacia el Cuzco, y de que el Quito, donde estaban los tesoros de Huayna-Cápac y de Atahualpa, caía fuera de los límites señalados a aquel gobernador y estaba aún por ocupar. Esto fué poner espuelas al deseo del adelantado, que, tomando en su servicio a aquel piloto, al instante se hizo a la vela con su armada, compuesta de doce

buques de todos tamaños, en que se embarcaron quinientos soldados bien armados, doscientos veintisiete caballos y una infinidad de indios, algunos en rehenes, otros como auxiliares y los más de servicio. Esto era expresamente contra las ordenanzas que prohibían semejantes traslaciones de naturales; pero al adelantado entonces no contenían ni el respeto ni la conveniencia ni las leyes. Iban con él muchos caballeros y personas distinguidas, principalmente de aquellos que habían pasado con él desde España a probar fortuna en las Indias. Distinguíanse entre ellos sus dos hermanos Gómez y Diego de Alvarado, Juan de Rada, que fué quien tanto se señaló después en las tragedias sangrientas que se siguieron, y Garcilaso de la Vega, padre del historiador. Más de doscientos hombres quedaron sin embarcar por falta de navíos. Llegado al puerto de la Posesión (23 de enero de 1554), le vino a encontrar allí el capitán García Holguín, a quien de antemano había enviado para que fuese a la costa del Perú y le trajese completa información del estado de las cosas. Holguín confirmó las noticias que había dado Juan Fernández. La armada volvió a hacerse a la vela y de paso entró en el puerto de Nicaragua, y de allí el adelantado, para suplir la falta de buques, se apoderó a la fuerza de dos navíos que se hallaban en el puerto. Teníalos apercebidos el capitán Gabriel de Rojas, antiguo amigo de Pizarro, para llevar doscientos soldados a aquel gobernador, que le enviaba a llamar con ahinco para que le acompañase y fuese a participar de su fortuna. Ni los respetos de Rojas, que sin duda

merecía muchos, ni sus reclamaciones fueron bastantes para excusarle aquel desabrimiento, y él no tuvo otro recurso que ponerse en camino al instante con unos pocos españoles que le siguieron a buscar a su amigo en el Perú y darle cuenta del indigno despojo y violencia usada con él.

Alvarado prosiguió su viaje, llegó a los Caraques, cerca de Puerto Viejo, y allí desembarcó su tropa. Dícese que en aquel punto, y aun antes de llegar a él, dió muestras de querer pasar adelante costeando (marzo de 1531), y no empezar sus descubrimientos hasta la otra parte de Chincha, donde él sabía que se acababa la gobernación de D. Francisco Pizarro. Mas ya se hiciese esto con cautela y para salvar las apariencias, ya se hiciese de buena fe, el ejército, cansado ya de navegar y no soñando mas que las grandezas y la opulencia que en el Quito se prometía, pidió a voces a su general que le condujese allá, y la marcha se dirigió al Quito.

No tardaron mucho tiempo en arrepentirse. Los primeros días, a la verdad, les salió todo según su deseo, y en algunos pueblos de indios que encontraron al paso pudieron adquirir alguna riqueza, bastante por ventura a contentar ánimos menos enfermos de ambición y de codicia. Pero cuando se vieron después enredados en aquellos desiertos inmensos, sin guía ni intérprete alguno, no hallando mas que sierras, ciénagas o ríos, y la parte más llana erizada de malezas y espesuras, por donde sólo podían abrirse paso a fuerza de hierro y de fatiga; cuando enflaquecidos con el hambre, abrasados de sed, fueron tam-

bién acometidos de calenturas que les quitaban la vida al día siguiente de sentirlos o los dejaban sin seso y sin acuerdo por muchos días, debieron maldecir la hora y la ocasión en que su mal deseo los trajo a agonizar y perecer en tan horrible país. El mismo general, atacado de ellas, estuvo diez días luchando con el peligro, y pudo a fuerza de cuidado escapar con la vida. Salieron después a parajes menos ásperos, donde encontraron algunas tribus y rancherías de indios, divididas y dispersas, sin relación ni noticia alguna entre sí, diversas en lengua y contumbres, y diversas también en ritos, si ritos tenían. Algún oro hallaron, y ese recogieron; pero al cabo de cinco meses que así andaban, la tierra, el clima y el cielo volvieron a encruelecerse de pronto y a dar con un rigor implacable nuevo castigo a su temeridad. Volvió a cerrarse el país, tuvieron que vencer ríos caudalosos y dieron por último con unas sierras nevadas que les era forzoso atravesar. Iba el ejército en tres cuerpos: la vanguardia, que llevaba delante Diego de Alvarado para reconocer; detrás, el adelantado con el segundo, y, en fin, el grueso del campo con el bagaje al cargo del licenciado Caldera, un letrado que tenía todo el aprecio y confianza del general. Cuando empezaron a internarse por las sierras venteaba reciamente y la nieve caía a copos grandes y espesos. Los primeros castellanos que iban con Diego de Alvarado, como iban más expeditos y ligeros, pudieron, aunque con inmensa fatiga, atravesar las seis leguas que tenían los puertos, y llegaron a un pueblo situado en los llanos, donde pudieron repararse algún tanto del tra-

bajo del camino. Desde allí Diego de Alvarado envió a advertir a su hermano el general de los peligros que tenía aquel paso y la necesidad que había de atravesarle para llegar al buen paraje en que ya se encontraba la vanguardia. Recibido este aviso y no pudiendo excusar el peligro y rigor del tránsito, el adelantado prosiguió su marcha. Continuaba la ventisca, y su furor se acrecentaba; la mortandad de la gente, que ya antes era considerable por las descomodidades y fatigas pasadas, se empezó a hacer mayor con aquel frío cruel. Los españoles, al fin, más robustos, más bien vestidos y habituados a la variedad de temperamentos, podían resistir mejor; pero los miserables indios, desnudos de abrigo, faltos de vigor, nacidos y acostumbrados al clima apacible y templado de Guatemala y Nicaragua, podían defenderse menos del rigor del temporal; y cuál perdiendo la vista, cuál los dedos, cuál las manos y los pies, cuál quedándose enteramente helado, todos, en fin, horriblemente padecían. Arrimábanse a los peñascos, llamaban a sus amos para que los socorriesen, durando aquellos clamores lastimeros hasta que se les helaba la voz y se les helaba la vida. Cogiólos la noche así, y el tormento y el desmayo fueron mayores, porque a excepción de algunas pocas tiendas que los más acomodados y ricos tendieron para su abrigo, los demás tuvieron que pasarla sin fuego, sin defensa, no oyéndose más que alaridos, lástimas o maldiciones. Oíalos congojosamente el adelantado, y ya pesaroso de la temeraria empresa que su ambición le había hecho intentar, temblaba de que llegase el día por no ver el triste

estrago que su imaginación le presentaba. Vino la luz, y al aspecto de la muchedumbre de indios y negros que amanecieron helados, todos sin orden ni consejo, como gente rota en batalla, se volvían ciegamente al lugar de donde habían salido. Entonces Alvarado, desalentado y confuso, viendo en este rumbo su perdición, corría de unos a otros, diciéndoles que el pasar aquella sierra era forzoso; que el mismo frío habían de sufrir marchando adelante que volviéndose atrás; que no fuesen pusilánimes y avanzasen hasta donde los esperaba la vanguardia. Para darles más aliento hizo pregonar que los que quisiesen oro lo tomasen de las cargas públicas, con tal que se obligasen a pagar su quinto al rey; pero los que habían arrojado ya los metales preciosos que llevaban, para quedar más expeditos, se mofaban del pregón y estaban bien ajenos de aprovecharse de aquella oferta tan forzada como inoportuna (1). Ya en esto era llegada la retaguardia con Caldera, que no había sufrido menores trabajos en su tránsito. Todos, en fin, más animados unos con otros, volvieron a tomar el camino primero y buscaron la salida de las sierras. Pero el día era más áspero que el pasado, y, por consiguiente, la agonía y los desastres también mayores. Llegó ya el frío a entorpecer los caballos; ya los españoles morían. Un soldado robusto se bajó a apretar las cinchas de su yegua, y ella y él quedaron helados. Gómez el ensayador murió con su caballo,

(1) Castellano hubo a quien presentándole su negro una carga de oro, «anda en mal hora, le dijo; el verdadero oro es comer».

embarazados uno y otro con el peso de las muchas esmeraldas que había recogido y que su codicia no le consintió arrojar. Este, en fin, pagó la pena de su locura; pero la piedad de Huelmo merecía otro destino: ya bastante adelantado, oyó los gritos de su mujer y dos hijas doncellas que llevaba, y acudiendo a su socorro quiso, más bien que salvarse, quedarse en su compañía y perecer con ellas, como en efecto pereció. Entre tanto la nieve y el viento arreciaban cada vez más; el que se distraía o se paraba era perdido; el que más andaba libraba mejor; todo se arrojaba para quedar más libres: oro, armas, ropa, preseas quedaban esparcidas por la nieve. Lo que había costado tantos sacrificios y aun por ventura delitos; aquello por lo que se habían aventurado a los peligros y fatigas de aquel temerario viaje, se despreciaba y se aborrecía como cosa vil y aun perniciosa. Tan imperiosas influyen sobre el hombre la ocasión y necesidad del momento. Flacos, en fin, abatidos y casi difuntos, pudieron salir de aquellas nieves y llegaron al pueblo de Pasipe, cerca de Riobamba, dejándose en el camino muertos ochenta y cinco castellanos, seis mujeres españolas, muchos negros, dos mil indios, el resto casi todo fuera de servicio, sin los caballos muertos, las armas arrojadas, los tesoros abandonados. Pérdida inmensa, de que sólo podían consolar las esperanzas de encontrarse con un país rico y desembarazado. Pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto, porque apenas se habían reparado algún tanto y puesto otra vez en marcha, cuando al llegar al camino grande de los Incas que

atravesaba el país, las frescas huellas de caballos que encontraron de improviso les dieron a entender que ya andaban por allí otros españoles. Ultimo golpe para el ambicioso Alvarado, que tras desastre tan grande empezó ya a temer con fundamento que, descubierto antes y recorrido el país por otros castellanos, les era forzoso abandonarle o conquistarle a la fuerza.

No se engañaba por cierto en su siniestra conjetura. El mariscal Almagro, que había sabido en Vilcas por Gabriel de Rojas los intentos y marcha de Alvarado, partió tan ligero como el rayo a contenerle, y reforzando la poca tropa que llevaba con alguna gente de San Miguel de Piura y con el destacamento que tenía Belalcázar, a quien hizo al instante venir cerca de sí, se situó en Riobamba y envió ocho caballos a reconocer la comarca. Dieron estos corredores con Diego de Alvarado, que para tomar también lengua y conocer la tierra había sido enviado con buen golpe de gente, y acertó a tomar el mismo camino. Eran pocos los de Almagro y tuvieron que rendirse prisioneros. Mas tratados con la mayor urbanidad y cortesía por Diego de Alvarado, fueron conducidos a su hermano, que los acogió igualmente bien, diciéndoles que su intención no era buscar escándalos, sino descubrir nuevas tierras y servir en ello al rey, a lo cual todos estaban obligados. Esto dicho, los agasajó y regaló noblemente y los envió al mariscal con una carta en que, manifestando los mismos sentimientos moderados, le avisaba que iba a acercarse a Riobamba, donde lo arreglarían todo amistosamente y a su satisfacción.

A esta carta contestó Almagro con tres comisionados que le envió, encargados de darle de su parte la bienvenida, de manifestarle el sentimiento que tenía por los trabajos padecidos en los puertos nevados, añadiendo que, no dudando de su buena voluntad, como tan leal caballero, le aseguraba que la mayor parte de aquellos reinos caía bajo la jurisdicción de D. Francisco Pizarro, y que él mismo estaba aguardando de un día a otro los despachos para gobernar al Oriente todo lo que caía fuera de los límites señalados a su amigo. Con esta insinuación dejada caer como al descuido, cerraba a Alvarado las puertas de allá al mismo tiempo que las de acá, y le daba a entender que, así como defendía la gobernación de su compañero, defendería también la que esperaba obtener para sí propio. Alvarado, incierto y dudoso del partido que le convenía, respondió que cuando estuviese cerca de Riobamba enviaría propios mensajeros con la contestación, y prosiguió su camino hacia allí.

Hasta aquí las comunicaciones eran más corteses que hostiles. Mas no por eso, cuando ya los campos comenzaron a acercarse, dejaron los dos partidos de hacerse la guerra de intriga, frecuente siempre en las discordias civiles cuando los ánimos no están enconados. Los recién venidos ponderaban su fuerza; los de Almagro, con más cautela y mejor efecto, les insinuaban que las ricas provincias de aquella gobernación estaban aún por repartir, y que más cuenta les tenía entrar con ellos pacíficamente a la distribución que ir con su general a buscar tierras inciertas y acaso

otros puertos de nieve donde acabar de perecer (1). Empezó también la deserción: de la parte de Almagro se pasó a la de Alvarado el intérprete Felipillo, y al mariscal se pasó Antonio Picado, secretario del general de Guatemala. No pudo éste llevarlo en paciencia, pues al instante mandó salir el grueso de su gente; tendidas las banderas y en son y aparato de guerra, se acercó a Riobamba con ánimo de no guardar miramiento ninguno y romper las hostilidades si no le entregaban su secretario. Almagro, que no tenía más que ciento ochenta hombres, contra cuatrocientos que venían sobre él, no desmayó por eso, y fiado en el valor y resolución de su gente y en los manejos secretos que tenía en el campo enemigo, aguardaba a su adversario sin temor y animaba a los suyos con palabras de esfuerzo y confianza.

Todavía para excusar en lo posible el escándalo que amenazaba, con la autoridad y entereza de un hombre que manda en el país, envió a decir a Diego de Alvarado, que se acercaba con la vanguardia, que hiciese alto, y así lo hizo. Entonces el adelantado volvió a pedir que se le entregase su secretario Picado, pues era criado suyo. «Picado es libre—contestó Almagro—y puede irse o quedarse, sin que nadie le haga fuerza para ello.» Y para acabar de poner las formalidades de su parte, así como estaba la justicia, envió en seguida al alcalde y escribano de la nueva

(1) El mismo Alvarado en la carta que escribió al emperador desde Guatemala en mayo del año siguiente, dándole cuenta de su expedición, confiesa que las dádivas y ofertas de Almagro pudieron tanto entre los suyos, «que si yo, dice, quisiera partirme a mi conquista, no hallara treinta hombres que me siguieran».

población de Riobamba, que en aquellos mismos días quiso fundar allí, para alegar en todo caso la primacía de posesión. Estos comisionados intimaron judicialmente al adelantado que se fuese a su gobernación de Guatemala, que no usurpase la ajena, y que de lo contrario le protestaban todos los daños y perjuicios que de la contienda se siguiesen. «Yo soy gobernador y capitán general por el rey—replicó vivamente Alvarado—, y puedo entrar y andar en el Perú por dondequiera que no se haya dado a otro en gobernación. Si el mariscal tiene poblado en Riobamba, yo no entiendo de hacerle perjuicio, ni pretendo otra cosa que tomar por mi dinero lo que hubiere menester para mi ejército.»

Blandeaba Alvarado; ni su orgullo, ni su vanidad, ni su pujanza le podían defender del desaliento que le inspiraba su propia sinrazón. Contra el parecer de todos había salido de Guatemala; contra el parecer de todos estaba en el Perú. Veía a los suyos inciertos, divididos en opinión, y muy pocos ganosos de pelear; mientras que los contrarios se mostraban animosos, inflexibles, sin dar la más mínima señal de flaqueza. Cedió, pues, y con los comisionados de Almagro envió dos capitanes suyos para que conferenciasen con él y tratarasen de concierto. De aquí resultó la vista entre los dos generales, que se apalabró para el día siguiente, y se verificó en Riobamba, adonde pasó el adelantado acompañado de unos pocos caballos.

Recibióle el mariscal con toda especie de honor y cortesía; y luego que estuvieron en presencia uno de otro, habló primero Alvarado. «Públicos—dijo—son

en las Indias los grandes servicios que tengo hechos a la Corona, y públicas también las mercedes y honores que he recibido del rey. Gobernador y capitán general de un pueblo tan grande y rico como Guatemala, pudiera contentarme con esto y reposar en tan gran dignidad y confianza; pero el ocio dice mal con la profesión de un soldado que ha trabajado y servido toda su vida y se halla todavía en edad de trabajar. He querido, pues, merecer más honra de mi rey y más celebridad en el mundo. Habilitado por Su Majestad para descubrir por mar, dejé el designio que tenía de tomar mi rumbo a las islas del Poniente, llevado de la fama que corría de las riquezas de estas tierras del Sur. Arribé y me interné en ellas, no creyendo que estuviesen bajo los límites del gobernador D. Francisco Pizarro. Mas pues Dios lo ha dispuesto de otro modo y la tierra, según veo, está ya ocupada, por mi parte, señor mariscal, no se dará escándalo ninguno en ella, ni el rey será deservido.» Almagro, en pocas razones, según su índole y su costumbre, alabó mucho su propósito, diciendo «que no había creído jamás otra resolución en tan honrado caballero». En esto llegaron Belalcázar y otros principales capitanes de Almagro y besaron las manos al adelantado; lo mismo hicieron los de éste con Almagro, y todo se volvió cortesías, amistades y ofrecimientos urbanos y caballerosos. Pareció también allí Antonio Picado, y su general le perdonó; del mismo modo que el intérprete Felipillo, que fué restablecido en la gracia del mariscal.

Tratóse luego del concierto que debía tomarse para que todo quedase allanado, y mediando el licenciado

Caldera, Lope Idiáquez y otros caballeros principales de uno y otro bando, se acordó que el adelantado se apartase de aquel descubrimiento y conquista, y dejada la gente y los navíos en el Perú, se volviese a Guatemala, abonándole cien mil pesos de oro por los gastos que había hecho y en precio y paga de la armada (1). De todo se hizo pública y formal escritura (26 de agosto de 1534); y aunque de semejante transacción pudiese pesar a algunos de los jefes del ejército de Alvarado, que perdían por el mismo hecho el grado que llevaban en él, la mayor parte de los soldados se alegraron, porque de aquel modo se evitaba una guerra civil y quedaban en tierra rica. Así se lo manifestó su general cuando se despidió de ellos, añadiendo con tanta gracia como cortesanía que nada perdían sino sola su persona, y que, pues ganaban tanto en la del señor mariscal, les rogaba que le reconociesen gustosamente por su caudillo, de cuyo valor y liberalidad estaba seguro que siempre se hallarían muy satisfechos. Esta noble confianza fué realizada y aun excedida por el generoso carácter de Almagro. Los oficiales del adelantado se fueron presentando a él a ofrecerle sus respetos y a darle su obediencia. El los recibía con tanta afabilidad y agasajo, y los metió después tan dentro de su estimación

(1) Herrera dice que fueron ciento veinte mil pesos el precio en que se ajustó la armada; pero la escritura de venta, que he tenido presente, sólo reza los cien mil. Este documento se otorgó en Santiago de Quito (nombre puesto a la población proyectada en Riobamba) en 26 de agosto de 1534, y fué autorizado por el escribano Diego de la Presa. Por aquí se ve que el tránsito de Alvarado desde Puerto Viejo hasta Quito duró desde fines de marzo hasta muy entrado agosto.

y confianza, que verdaderamente los hizo suyos no sólo durante la vida, sino hasta después de la muerte, pudiéndose tal vez asegurar que este gran séquito y corte de tantos caballeros con que se vió de allí en adelante Almagro, fué, por las pretensiones desmedidas que en él produjo y por la envidia que causó en sus rivales, ocasión muy principal de los males que después sobrevinieron y en el que al fin se perdieron caudillo y capitanes (1).

Los dos generales enviaron aviso de este concierto al gobernador, que recibió a los mensajeros con grandes demostraciones de alegría y les dió ricas preseas en albricias. Almagro, antes de volver a las provincias de arriba, dejó de gobernador en su lugar para las de abajo a Sebastián de Belalcázar, con quien se quedó buena parte de la gente de Alvarado, y le dió orden de que la población comenzada en Riobamba se trasladase a los aposentos que tenían los Incas en el Quito. Envió un capitán para que poblase en Puerto Viejo, a fin de evitar los males que solían hacer en la tierra los recién llegados al Perú, y vuelto a San Miguel de Piura con Alvarado, pasaron de allí al valle de Chimo, donde dejó a Miguel Estete para que procediese a fundar la población que después se llamó Trujillo. Ordenadas estas cosas, el mariscal y el adelantado prosiguieron su camino hasta Pachacamac, donde a

(1) Alvarado lo presentía así cuando en su carta al emperador decía, hablando de la gente que él dejaba al mariscal: «Con la cual se ha mudado la condición de Almagro de tal manera que temo que la llegada de Hernando Pizarro con los despachos que diz que trae de Vuestra Majestad no sea parte para que entre ellos haya alguna gran discordia por donde se pierda todo.»

la sazón se hallaba Pizarro. Fueron grandes los comedimientos y cortesías que pasaron entre los tres, si bien no faltaron malsines que quisieron inducir sospechas en el ánimo del gobernador, avisándole que mirase por sí, porque Almagro y Alvarado venían muy conformes en trabajar para quitarle el gobierno y desautorizarle. Supo él entonces dar la acogida que merecía tan absurda sugestión; recibió con dignidad y honradez las excusas que le dió Alvarado, y a la recomendación que le hizo de sus oficiales y soldados prometió hacer tanto en su favor que así él como ellos tuviesen lugar de quedar enteramente satisfechos. Juntos fueron después a ver el gran templo de aquel valle, donde Alvarado pudo, por los clavos y vestigios que aun quedaban en las paredes, considerar la riqueza que le adornó en otro tiempo. De allí a poco llegó Hernando de Soto, encargado de traer los cien mil pesos para Alvarado, el cual se despidió del Perú, rico a la verdad con aquel oro y con los magníficos presentes que el gobernador y mariscal le hicieron; pero solo, sin ejército, sin armada, y puede también decirse que sin honra. La expedición, a la verdad, no tuvo el éxito tan desastrado como su desacuerdo y temeridad prometían; pero él había salido de Guatemala con el atuendo y arrogancia de un gran conquistador y volvía cargado de cajones de oro y plata a manera de mercader (1).

(1) Esta relación de la expedición de Alvarado está sacada principalmente de Herrera; las fechas y algunas circunstancias se han tomado de las cartas inéditas de Alvarado, que es lo único para que puede ser útil su imperfecta y parcial narración, en donde no tira a otra cosa que

Esto pasaba a fines del año de 1534 y principios del siguiente, en que Pizarro se ocupaba en reconocer los diferentes puntos de aquella comarca, propios para asentar una ciudad que fuese la capital del nuevo imperio. El valle de Linac o de Rimac (que estos dos nombres le dan los escritores) le ofrecía todas las comodidades que podía desear para este fin: posición central en las provincias, proximidad a la mar, suavidad de clima, fertilidad y amenidad de terreno, comodidad de un buen puerto. Resolvió, pues, fijar allí el grande establecimiento que proyectaba, y eligió un sitio a dos leguas cortas del mar y cuatro de Pachacamac, junto a un río, no grande, pero fresco y delicioso. Hizo venir allí a los pobladores de Jauja, repartió los solares y celebró la solemnidad de la fundación, con todas las ceremonias acostumbradas, en 18 de enero de 1535 (1). Púsole el nombre de Los Reyes, acaso porque en su festividad andaba buscando, y encontró al fin, el punto en que había de fundarla. Pero el nombre que tenían el valle y río que se sentó ha prevalecido sobre el primero, y la capital del Perú español no tiene ya otro dictado que el de Lima.

Marchó en seguida al valle de Chimo a examinar la población que allí había proyectado el mariscal Almagro a la vuelta de su última expedición y de que

a disculparse a sí mismo a costa de los dos descubridores del Perú. Copia de estas cartas existe en la copiosa y exquisita colección del Sr. D. Antonio Uguina.

(1) A los más ha engañado el nombre de Los Reyes puesto a la nueva ciudad para deducir de ello que fué fundada el 6 de enero. En el texto se sigue al padre Bernabé Cobo, que en su libro de la *Fundación de Lima* fija la fecha en el día 18 de enero; la autoridad de este escritor en esta y otras cosas del Nuevo Mundo es irrecusable.

quedó encargado Miguel Estete; y como hallase muy de su gusto el sitio elegido, aprobó y confirmó cuanto se había hecho, y en obsequio y honor de su patria le dió el nombre de Trujillo. Allí se ocupó también en arreglar el estado de aquellas provincias: confirmó en su cargo a Sebastián de Belalcázar, repartió la tierra, se ganó la afición de todos los vecinos de ella y procuró con medios suaves atraer de paz a los indios. Bien sabía él usár estas artes cuando quería, y más entonces, que, viejo y cascado, menos a propósito para los trabajos activos e impetuosos, gustaba con preferencia de entender en fundar pueblos, hacer repartimientos, dar leyes, distribuir mercedes; en suma, hacer vida de príncipe, objeto a que se habían dirigido todos sus trabajos y sus esfuerzos desde que su ambición se despertó. Así, puede llamarse esta época una de las más afortunadas de su vida si se ha de medir la fortuna por la ambición satisfecha; puede llamarse también quizá la más gloriosa en realidad, siendo cierto que vale más la fama que se gana en conservar y edificar que la que se adquiere en destruir. Pero este período duró poco, y ya las semillas de la discordia civil se iban a sembrar en los ánimos para producir la ponzoña que causó después tantos estragos.

Hallábase aún en Trujillo cuando apareció allí un mozo desconocido que dijo traer las provisiones reales para que D. Diego de Almagro fuese gobernador desde Chíncha en adelante. Oída que fué esta noticia por Diego de Agüero, uno de los capitanes que habían servido con Almagro en la expedición del Quito, voló

al instante a ganarse las albricias de la noticia, y alcanzó a Almagro junto al puente de Abancay, cerca del Cuzco; y sin tener ni orden ni comisión para ello, le dió la noticia y el parabién de parte de D. Francisco Pizarro. A esto contestó Almagro, con su buena fe acostumbrada, «que le agradecía el trabajo que se había tomado, y tenía en mucho la merced que el rey le hacía, y se holgaba de ella, porque así nadie se entrase en la tierra que él y su compañero habían ganado; pero que en lo demás, tan gobernador era él como D. Francisco Pizarro, pues mandaban lo que querían». Dió en seguida a Agüero en albricias por valor de siete mil pesos, y continuó su viaje al Cuzco. Iba a residir allá con poderes amplios de su compañero para tomar a su nombre el mando de aquellas partes y facultad de descubrir por sí o por otros hacia lo que llamaban Chiriguana, al Mediodía, corriendo los gastos por mitad. Acompañábanle los dos hermanos de Alvarado y demás principales oficiales de aquel ejército, que se habían puesto en sus manos, cifrando toda su fortuna en su amistad y en sus ofertas. Para ellos, por consiguiente, era tan grata como para él aquella noticia, pues le veían ya con poder y autoridad para realizar sus promesas. Llegó al Cuzco, fué recibido con todo honor y respeto por Hernando de Soto, los dos Pizarros, Juan y Gonzalo, y demás gente principal que allí había. Y como a poco tiempo se le presentó aquel mozo con un solo traslado de las provisiones, pues las originales las traía Hernando Pizarro, el mal aconsejado mariscal se desvaneció de modo que no quiso usar de los poderes que llevaba de su

compañero, porque no estando el Cuzco dentro de la primera gobernación y sí de la segunda, que se le confería a él, fuera menoscabar su autoridad cuando ya sus poderes emanaban del rey mismo.

No dudaba entonces el gobernador que el Cuzco caía fuera de los límites de su mando. Dolíale, sin embargo, perder de aquel modo la más rica joya de su conquista, y mucho más no haber repartido la tierra, y ver que otro había de llevar la gloria y las ventajas de tal beneficio. Aconsejado, pues, de amigos más interesados por él que por el mariscal y todavía más impelido de su propia ambición y anhelo de mando, revocó los poderes que había dado a su compañero, poniendo por pretexto en las cartas que escribió, así a él como a la ciudad, que lo hacía con el fin de que así quedase el mariscal más desembarazado para sus descubrimientos, y también porque en el caso de que llegasen las provisiones del rey en la forma que sonaban, no era bien que le encontrasen gobernando con poderes suyos. Los poderes para gobernar se enviaron a Juan Pizarro, pero con expresa orden de que era para el solo caso en que Almagro quisiese usar de los que llevaba suyos, porque si no se aprovechaba de ellos debía seguir con el mando Hernando de Soto, que a la sazón le ejercía. Con este despacho envió a toda prisa a un Melchor Verdugo, y él se puso en camino para Lima. Verdugo llegó al Cuzco mucho después que el mariscal, a quien no hubo que notificar nada, porque no hacía caso de los poderes que el gobernador le había dado; y se trataba ya en particular, y hablaba, disponía y prometía

como si lo fuera en realidad de aquella tierra. Ofendieronse los dos Pizarros de ello; la ciudad se dividió en bandos; el mayor número seguía a los dos hermanos, pero los principales y mejores, cansados de su orgullo y su soberbia, se inclinaban al mariscal. Fueron y vinieron quejas y chismes de una parte a otra; las pasiones se inflamaron, y hubo día en que salieron los dos bandos a la plaza ya casi echando mano a las armas y dispuestos a verter la sangre española. La prudencia y entereza de Soto, unidas a la moderación de Almagro, pudieron entonces contener el escándalo, aquietándose con la providencia que Soto tomó de que los Pizarros y sus principales amigos tuviesen sus casas por cárcel y el mariscal guardase la suya para que los otros obedeciesen mejor.

Llegó la noticia de estos alborotos a Lima, y llegó con la exageración que las malas nuevas llevan desde lejos cuando van contadas por la voz de las pasiones. Pizarro, juzgando en peligro la vida de sus hermanos, determinó ir al Cuzco al instante y se llevó consigo al licenciado Caldera y a Antonio Picado, a quien había hecho su secretario. En el camino tuvo diferentes avisos, porque recibió el mensaje que le llevaba Luis Moscoso de parte de Almagro, en que le daba cuenta de lo que había pasado, y después una carta de un Carrasco, en que le decía que se diese prisa si quería ver a sus hermanos vivos. El se alteró, llamó a Moscoso y le reconvino por su falta de verdad; mas insistiendo el otro en que la carta mentía, envió con él a Antonio Picado para que le informasen con certeza del estado de las cosas; y sabiendo por ellos que

todo estaba quieto, prosiguió su camino y llegó al Cuzco. No consintió que se le hiciese recibimiento ninguno, y se fué derecho a la iglesia, donde al instante le fué a ver el mariscal. Abrazáronse con lágrimas, y luego prorrumpió Pizarro: «Mirad cómo me hacéis venir por esos caminos, sin cama, sin tienda, comiendo sólo maíz. ¿Dónde estaba vuestro juicio, que habiendo lo que hay de por medio os ponéis en tales reyertas con mis hermanos? ¿No les tengo yo mandado que os respeten como a mí mismo?» «No era necesaria esa prisa—contestó Almagro—, pues que yo os he informado al instante de todo lo que ha pasado; a tiempo estáis y lo sabréis. Vuestros hermanos han mirado mal en este caso y no han podido disimular el pesar que les causan las honras que el rey me ha hecho.» Llegó en aquel punto Hernando de Soto, acompañado de muchos caballeros, a darle la bienvenida; y luego que estuvo en su posada reprendió mucho a sus hermanos, y ellos se disculpaban diciendo que ya el mariscal se tenía por gobernador del Cuzco y trataba de repartir la tierra entre sus amigos, y que ellos en tal caso no habían hecho mas que lo que convenía a su honra y servicio.

El porte del gobernador en este paso no desdecía de la amistad antigua ni del decoro que se debía a sí mismo y a su antiguo compañero; no así el del mariscal, a quien verdaderamente no se puede excusar de inconsideración y ligereza, y sobre todo de falta de miramiento a los respetos que debía a su gobernador y su amigo. Sin embargo, como los ánimos no estaban todavía enconados con ningún agravio positivo y

acaso más bien por creer cada uno que la presa que se disputaban vendría a su poder sin nuevos escándalos ni dificultades, dieron fácilmente oídos a las gestiones de la conciliación que el licenciado Caldera y otros mediadores interpusieron (21 de junio de 1555 (1); y la amistad y compañía de los dos capitanes se volvió a renovar y confirmar en los altares. Celebróse, pues, la misa delante de ellos, partióse la hostia entre los dos y se añadieron todos los juramentos y solemnidades que al religioso acto convenían. Votáronse uno y otro, si faltaban a la sinceridad y buena fe en el trato, a la conservación y mantenimiento de su amistad y compañía y a la repartición igual de los provechos, a todos los males que deben sobrevenir en este mundo y en el otro a los perjurios; esto es, perdición de hacienda y de honra, perdición de vida y perdición de alma. Por honor a la religión de los dos me inclinaría yo a creer, a pesar de las sospechas que en esta ocasión manifiestan los historiadores, que uno y otro procedían de buena fe y que tenían ánimo de cumplir lo que entonces ofrecían. Es cosa deplorable, por cierto, que promesas tan santas y amistad tantas veces confirmada y jurada se rompiese después de un modo tan sangriento y

(1) Así está la fecha en Montesinos, que pone en la relación de este año la ceremonia y la concordia a la letra; Herrera pone también los artículos de ella; son cinco, y ninguno dice relación expresa a la causa inmediata de aquella primera disensión, que era la pertenencia del Cuzco. Es verdad que las provisiones reales no habían llegado todavía; pero ¿no parecía natural prever y preçaver el caso para cuando llegasen? Los dos anhelaban por tener en su gobernación la capital del Perú, y esto se olvida enteramente en la concordia, la cual parece más una renovación de compañía mercantil que un arreglo político de mando y de gobierno.

cruel. Pero estos actos religiosos, si infunden respeto y veneración en el momento en que se celebran, no acaban por eso con los intereses ni con las pasiones: el corazón queda el mismo, y a la menor ocasión se escapa otra vez como primero, sin que pueda acusársele de falso y de sacrílego, aunque con razón se le tache de perjurio.

Publicóse después la jornada del mariscal para Chile; prefirió él para su viaje esta dirección, así por las riquezas que le decían había en aquellas provincias como por caer en los términos de la gobernación que aguardaba. Alistáronse para seguirle todos los aventureros que no habían hecho todavía su fortuna, y aun algunos que la tenían, en la confianza de mejorarla con él. Su amable trato y su liberalidad sin límites le ganaban todos los corazones; de manera que apenas había quien no le quisiese seguir. Ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro salieron de su casa para repartirla entre los capitanes que no tenían con qué equiparse, sin recibir por ello más obligaciones que la de pagarlo de lo que ganasen en la tierra donde iban; y eso los que quisieron de su voluntad hacerlas, que muchos ni aun de aquel modo se obligaron (1). Esta profusión más que real con que se preparaba a su viaje le quitó los medios que nece-

(1) Cuéntanse muchos ejemplares de esta generosidad: tenía un día junto a sí una carga de anillos, y un Juan de Lepe le pidió uno: «Toma —le respondió Almagro— los que te quepan en las dos manos»; y sabiendo después que era casado, le mandó dar cuatrocientos pesos para que se fuese con su mujer. A otro que le presentó una adarga le agasajó con cuatrocientos pesos y con una olla de plata y asas de oro que valía mil ducados; al que le presentó el primer gato castellano que se vió en aquellas partes le regaló seiscientos pesos, etc., etc.

sitaba para sus proyectos en Castilla. Trataba de casar a su hijo D. Diego con una hija de un consejero de Indias, y también de comprar alguna renta en España. Pidió para esto a su compañero que le mandase dar cien mil pesos de su recámara, y Pizarro se los ofreció gustoso. Desembarazado de este cuidado, dió prisa a la expedición, nombró por su teniente general a Rodrigo Orgóñez, hizo marchar muy delante de sí a Paullo Topa, un indio principal de quien se hablará después, hermano del inca Mango, y al Vilehoma o sumo sacerdote, acompañados de tres castellanos, para que le preparasen y allanasen los ánimos de los naturales; y dando las instrucciones oportunas a los capitanes que dejaba en el Cuzco y en Lima para que acabasen de reunir la gente y se la condujesen, se puso en marcha para sus descubrimientos.

Al despedirse los dos compañeros, Almagro dijo a Pizarro que, amándole como a verdadero hermano y no deseando otra cosa sino que su amistad y buena armonía se conservase y no hubiese nunca impedimentos y estorbos que la perturbasen y rompiesen, le pedía como hermano, como amigo y como compañero que enviase sus hermanos a Castilla, dándoles de la hacienda que a él pertenecía todo el tesoro que quisiese. «En esto—le decía—daréis a la tierra un general contento, pues no hay nadie en ella a quien estos caballeros no den en rostro con la confianza de ser vuestros hermanos.» A esto respondió el gobernador que le tenían amor de padre y no darían jamás ocasión a escándalo ninguno. Consejo áspero, sin

duda, para los oídos de un hermano, difícil de seguirse, atendido el carácter del gobernador; pero honrado, seguro, e inspirado como por instinto, previniendo ya las desgracias que a toda prisa venían sobre ellos (1).

No bien partió Almagro para su expedición cuando el gobernador hizo el repartimiento de las tierras del Cuzco, y dejando a su hermano Juan por su teniente en la ciudad, se volvió a Lima a dar calor a las obras que allí se construían, lo cual era entonces su pensamiento favorito y, al parecer, el primero de sus cuidados. Como en aquellos días todo estaba tranquilo en el Perú, los indios en paz, los españoles contentos, la voluntad del general respetada y obedecida como suprema ley, y no siendo esta voluntad, como le sucedía siempre en tiempos serenos, ni dura ni enojosa, se puede decir que ésta fué otra época de su vida honorífica y afortunada, en que disfrutó sin pesadumbre y sinsabores de la alta fortuna que se había sabido granjear. Era espectáculo por cierto bien curioso ver a aquel hombre, de una educación tan descuidada y tan falto de noticias, disputar con los artífices sobre la dimensión de las calles, altura de los edificios, situación de los templos, edificios y casas públicas; defender con razones tomadas de la política, del comercio y de la salubridad, la posición que había elegido para el emporio que levantaba, y enseñar a sus

(1) «Pizarro—dice Herrera—aunque era astuto y recatado, en la mayor parte fué de ánimo suspenso y no muy resolutivo.» (Década 5.ª, libro 7, capítulo XIII.) Acaso no podía él ya con sus hermanos lo que debía, a pesar del respeto que suponía en ellos.

compañeros y recién llegados a apreciar y disfrutar aquel paraíso en donde los ponía. Ejercitábase también en repartir dádivas que le ganasen concepto y amigos: y si, a la verdad, su compañero le llevaba en esta parte ventaja, no por eso Pizarro era considerado como escaso, y sabía dar con gracia y con magnificencia cuanto era menester. Al licenciado Caldera, al clérigo Loaisa, a los dos hermanos Henríquez, a Tello y Luis de Guzmán, a Hernando de Soto, cuando se despidió de él para venirse a España; en fin, a otros muchos caballeros y soldados dió presentes de príncipe sin ostentación y sin violencia, como convenía a un gran conquistador (1).

En Lima encontró esperándole al obispo de Panamá, que venía con comisión del rey para arreglar los límites de las dos gobernaciones, la suya y la de Almagro. Pero como las provisiones originales que debían servir de base a la operación las traía Hernando Piza-

(1) Sabía dar también como particular con discreción y silencio, de manera que no fuesen humillados con sus dádivas aquellos a quienes socorría. De esta virtud se cuentan muchos rasgos suyos que le hacen grande honor. Solía jugar con menesterosos, y se dejaba ganar para que se socorriesen de este modo y saliesen honrados con el lauro de jugar mejor que él. El pasaje del tejuelo de oro llevado al juego de pelota para socorrer a un soldado es citado por todos los historiadores: el tejuelo pesaba, y él lo llevaba escondido en el seno para dárselo al soldado sin que nadie lo viese; mas no pareciendo, y ofreciéndose un partido de pelota que jugar, él se puso a jugarle sin desnudarse el sayo ni sacar el peso que llevaba hasta que vino el soldado, que tardó más de tres horas; y llamándole aparte le dió el oro, diciéndole que más quisiera haberle dado tres tantos más que el trabajo que había padecido con su tardanza. Pero de todo lo que se cuenta para recomendar su afabilidad, su buen trato y su llaneza, nada le honra más que aquel paso de arrojarle al río de la Barranca a sacar por los cabellos a un indio yanacona suyo que, caído impensadamente al agua, se le llevaba la corriente: reñíanle sus capitanes aquella temeridad, y él les contestó «que no sabían ellos qué cosa era querer bien a un criado».

rro y éste no acababa de llegar, nada pudo hacerse en negocio tan necesario. Insinuóse también al obispo que su comisión era ya superflua, hallándose tan conformes las voluntades de los dos gobernadores por la última concordia que habían hecho. La verdad era que ninguna de las dos partes lo quería; y el prelado, muy poco satisfecho de la sinceridad y buena fe con que en aquel país se procedía en este y otros negocios, se valió de este pretexto para volverse a su iglesia, rehusando el gran presente que el gobernador quiso hacerle y admitiendo sólo la limosna de mil pesos de oro que le dió para los hospitales de Panamá y Nicaragua.

En este tiempo fué también cuando Pizarro dió al capitán Alonso de Alvarado la comisión de ir a pacificar los chiachapoyas, nación situada al Oriente, para ensanchar por allí la dominación española y la propagación del Evangelio. Los diferentes sucesos de Alvarado en su expedición no son de este lugar; pero él hizo prueba en ella de la prudencia, templanza y honradez de carácter que siempre le distinguieron y que supo conservar aun en medio del furor de las guerras civiles, sin embargo de que en éstas no fuese tan afortunado como solía serlo en las de los indios.

Llegó, en fin, a Lima Hernando Pizarro de vuelta de Castilla. Allí había sido admirado y atendido como correspondía a las grandes riquezas que trajo a la metrópoli y a los descubrimientos y conquistas que se habían hecho. España toda se conmovió a su llegada casi como lo había hecho al tiempo en que Colón vino a presentar el Nuevo Mundo a los Reyes Católicos. Ahora se cumplían las esperanzas de entonces,

y por ventura excedía la realidad a la esperanza. El mensajero, que tanta parte había tenido en aquellos acontecimientos, fué altamente honrado y favorecido, y se le despachó por la Corte a medida de su deseo. Las prerrogativas de criado de la casa real, el hábito de Santiago, la facultad de llevar ciento cincuenta soldados de Castilla, la preeminencia de general de la armada en que volviese a las Indias; en fin, la recomendación de su persona y el encargo expreso de toda diligencia y buen despacho a todos los gobernadores, comandantes y demás empleados públicos por quienes hubiesen de correr los negocios y los preparativos de su vuelta, no parecieron gracias superiores a su mérito y a su opinión. A su hermano el gobernador se le dió el título de marqués y setenta leguas más de gobernación por luengo de costa y cuenta de meridiano. Al mariscal, por quien también pidió, estimulado de las diligencias que empezaron a hacer en su favor los capitanes Mena y Sosa, se le concedió, con el título de adelantado, la gobernación de doscientas leguas de costa, línea recta de Este, Oeste, Norte y Sur, desde donde se acabasen los límites de la jurisdicción de D. Francisco Pizarro; con la facultad de nombrar por sucesor de ellas después de sus días a la persona que quisiese. Llamóse en los despachos Nueva Castilla a las tierras sujetas a Pizarro, y Nueva Toledo a las de Almagro; pero estos nombres no han subsistido. Las cartas con que el rey contestó a los dos descubridores fueron graciosas, muy apreciadoras de sus servicios y prometiendo honrarlos y hacerlos siempre merced. Al P. Valverde se

le recompensó con el obispado del Cuzco, para el cual fué presentado a Su Santidad. En fin, como Hernando Pizarro prometía montes de oro y la Corte tenía tanta necesidad de él, se le encargó que volviese pronto con todo lo que hubiese recogido de quintos y con el producto de un servicio extraordinario que se obligó a sacar de los conquistadores. Con esto se volvió al Perú, seguido de un número considerable de caballeros y soldados que quisieron ir con él a adquirir honores y riquezas en Indias; y llegó a Lima poco tiempo después que su hermano había vuelto del Cuzco y Almagro partido a Chile.

Dícese que a la vista de las provisiones que enviaba la Corte se renovó en el gobernador el sentimiento de emulación y de envidia contra su compañero; y que, receloso de que el Cuzco saliese de su poder, reconvino a su hermano por haber consentido que se diese a Almagro la gobernación de Nueva Toledo. A esto Hernando Pizarro contestó que los servicios del mariscal eran tan notorios en la Corte, que aun aquel galardón parecía corto al rey y al Consejo; que, por lo demás, en las setenta leguas que le traía añadidas a su gobernación debía estar comprendido el Cuzco, y también más allá, con lo cual debía desechar aquel cuidado. No omitieron, sin embargo, los dos hermanos las diligencias oportunas para asegurarse más y más de aquella posesión. En primer lugar, dilataron entregar a Juan de Rada, capitán de Almagro, los despachos originales en favor de su general, que sin cesar les pedía para llevárselos con el refuerzo de gente que estaba reuniendo en Lima para seguirle.

Hernando Pizarro se los negó bajo diferentes pretextos, y al fin le dijo que en el Cuzco se los entregaría; todo para dar lugar a que el adelantado se alejase más y más cada vez, y las provisiones le encontrasen a tanta distancia, y acaso envuelto en dificultades y negocios que no le permitiesen dar la vuelta. También juzgó el gobernador oportuno que su hermano fuese allá a tomar el gobierno de la ciudad, que a la sazón estaba encargado a Juan Pizarro, pues en el caso de contradicción de parte de Almagro y suponiéndole con miras hostiles a su vuelta, quería que el mando y la dirección de aquellas cosas estuviesen en manos más firmes y más capaces.

Entre tanto que se disponía esta jornada, Hernando Pizarro, ansioso de cumplir las promesas que había hecho en la Corte, hostigaba a los conquistadores para que hiciesen al rey un servicio extraordinario y le ayudasen a hacer frente a los enemigos y guerras que tenía en Europa. No daban ellos fácil oído a estas persuasiones: decían que bastante hacían por el rey en enviarle aquellos grandes quintos que de ellos recibía, ganados a fuerza de sudor, de trabajos y de sangre, sin que el rey de su parte les hubiese ayudado con nada para ello; que no querían contribuir más con sus haciendas para que él y su hermano solos fuesen los agraciados por el rey. De tantas mercedes y honores como les había prometido al partir, ¿qué había traído sino el hábito de Santiago para sí y el título de marqués para su hermano? Amagábalos él con que les haría restituir el rescate de Atahualpa, el cual por ser de rey pertenecía al rey; y abandonán-

dose a su genio arrogante y orgulloso, los tachaba de ingratos y hombres viles, que no merecían la fortuna que tenían. La cuerda era delicada, y el gobernador tomó la mano en la contienda, volviendo por sus compañeros. El los defendió de los insultos de su hermano; les dijo que merecían tanto como los que asistieron a D. Pelayo en la restauración de España, y añadiendo que la lealtad castellana no se ponía nunca a controvertir servicios con su príncipe, les pedía que se la mostrasen con generosidad en la ocasión presente, dándoles de paso la esperanza de que tal vez les concedería a perpetuidad los indios que hasta entonces no tenían mas que en depósito. Estas palabras, dichas con la afabilidad que solía cuando trataba de ganar los ánimos, dispusieron a la generosidad a los conquistadores ricos que a la sazón se hallaban en Lima; de modo que, reunida gran cantidad de dinero para el servicio ofrecido, Hernando Pizarro apresuró su partida al Cuzco a ver si podía conseguir de sus vecinos un donativo igual, y estar entre tanto a la mira de los acontecimientos.

Bien era menester que tomase el mando allí entonces un hombre de su esfuerzo y de su resolución. Agolpáronse al instante con celeridad espantosa las dificultades, los peligros y aun los desastres. Creíase que sólo habría que defender el Cuzco contra las pretensiones aún inciertas del adelantado Almagro; pero el Cuzco y todo el Perú empezaron a titubear en las manos españolas, y el alzamiento general de la tierra y la discordia civil, que casi a un tiempo estallaron, vinieron a poner en mortal peligro lo que tanto tra-

bajo había costado adquirir. Mas para dar al estado de las cosas la claridad que corresponde es preciso tomar la narración desde más arriba y llevar la vista y atención a los indios, de quienes mucho tiempo ha no hablamos.

No por ver al inca desbaratado y prisionero en Caxamalca desmayaron sus generales, ni faltaron a lo que debían a su rey y a su país. Si no pudieron inspirar más despecho y fuerza a la muchedumbre que dirigían y si no acertaron a prevalecer contra la disciplina y armas tan superiores de sus enemigos, a lo menos mantuvieron en cuanto estuvo de su parte la libertad de su patria: combatían cuantas veces tuvieron soldados con que guerrear, y al fin murieron todos libres e independientes, sin reconocer ni sufrir el ajeno señorío. Irruminavi, que estaba en el ejército de Atahualpa cuando aquella sorpresa, se escapó al Quito con los cinco mil indios que mandaba, y allí puso la provincia en un estado de defensa tal que, vencedor unas veces, vencido otras, haciendo siempre frente a Belalcázar, sucumbió a la verdad bajo la superior destreza y esfuerzo de su contrario; pero quitándole del todo el fruto de su victoria, frustrándole para siempre de los tesoros a que aspiraba y pereciendo en medio de los tormentos sin dar ninguna muestra de flaqueza (1). Ya hemos visto cómo pereció Chialiquichiamá en poder de Pizarro, y su

(1) Belalcázar le sorprendió por la traición de algunos indios que avisaron dónde estaba; hízole dar tormento a él y a sus compañeros de prisión para que descubriesen los tesoros del Quito; «pero ellos — dice Herrera — se hubieron con tanta constancia, que le dejaron con su codicia, y él inhumanamente los hizo matar».

suplicio acredita menos su culpa que el temor que infundía con su crédito y con su valor y la poca esperanza que se tenía de ganarle en favor de los invasores.

En fin, Quizquiz cubrió y defendió las provincias de arriba, llevó sus indios muchas veces al combate, y luego que vió perdido el Cuzco se hizo recibir por capitán de los más valientes mitimaes de las provincias comarcanas del Cuzco, que eran los guamanco-nas, oriundos de las provincias del Quito, y probó otra vez la fortuna de la guerra, primero en el puente de Apurimac, cerca del Cuzco, contra el gobernador, y luego contra los castellanos de Jauja, acaudillados por Gabriel de Rojas, que se hallaba a la sazón en aquel valle. Allí se peleó más obstinadamente; los castellanos vencieron, pero no hubo ninguno de ellos que no quedase herido; uno fué muerto y también tres caballos, y además prendieron a sesenta yanaconas, que Quizquiz hizo matar luego como sus más implacables enemigos. El prosiguió su camino al Quito, adonde había ofrecido llevar sus mitamaes. Allí tuvieron un encuentro con Belalcázar, en que también fueron vencidos. Entonces los capitanes aconsejaron a Quizquiz que hiciese paz con los españoles, pues ya veían que eran invencibles. El los llamó cobardes, y acalorándose la disputa sobre si habían de rendirse o no, uno de los principales le dió un bote de lanza y los demás le acabaron a golpes de maza y de hacha.

Estos ejemplares sangrientos y terribles debían poner escarmiento en cualquiera que quisiese hacerse campeón de la independencia peruana. Mucho más cuando los españoles, después de la muerte de Topar-

pa, continuaban la farsa de tener un inca con representación de rey, para que fuese su primer esclavo y mandar y aun castigar en su nombre a la gente del país. Pero el daño les vino, como frecuentemente sucede, de la misma precaución. Había D. Francisco Pizarro, a poco tiempo de estar en el Cuzco, hecho poner la borla de rey, con todas las ceremonias acostumbradas en el país, a aquel Mango Inca que se pasó tan oportunamente a él en los encuentros anteriores a la entrada de la capital. Como todos decían que a la ley de hijo de Huayna-Cápac era a quien con mejor título pertenecía el reino, se recibió general contento de esta elección, los indios permanecieron tranquilos bajo su mando, y el inca en sus principios no desmereció por su conducta reverente y oficiosa el puesto a que el gobernador le había elevado. Duró este sosiego hasta que empezaron a romper las pasiones de los dos capitanes españoles en el Cuzco; los indios se dividieron también, unos siguiendo un partido, otros otro, siendo lo extraño en este caso que el inca Mango siguiese más bien el bando de Almagro que el de su bienhechor. En vano procuraron ellos, después de estar conformes entre sí, conciliar también a los naturales, pues aunque en una junta que tuvieron con los más distinguidos persuadieron, rogaron y aun interpusieron su autoridad para que cesasen en sus divisiones, nada pudieron conseguir, y el inca y sus parientes quedaron enemistados (1). Des-

(1) Sucedió en esta junta que un hermano del inca, mancebo de poca edad, viendo que algunos señores que allí se hallaban no hablaban con su rey de rodillas, según la antigua costumbre, los reprendió con

pués, cuando Almagro partió a su jornada de Chile, pidió a Mango que le diese dos señores para que se fuesen con él, y le dió, según ya dijimos antes, a su hermano Paullo Topa y al Vilehoma, dando a entender que alejaba al uno por celos políticos de mando, y al otro porque le tenía por inquieto y peligroso en razón de su poder. Esto, a lo menos en cuanto al sacerdote, no era mas que pura apariencia, pues antes de partir dejó concertado con Mango el plan de levantamiento, y apenas supo que estaba empezado cuando volvió apresuradamente a tomar parte con él y a dirigirle.

Luego que llegó el tiempo oportuno para el intento, el inca convocó secretamente a los principales señores de las tres provincias convecinas, y hechos muchos sacrificios y ceremonias a su usanza, les propuso el estado de las cosas, y les pidió consejo sobre lo que se debía hacer para salir de la sujeción en que aquellos extranjeros los tenían; recordóles la mansedumbre y justicia con que los habían gobernado los Incas sus antepasados, y la prosperidad con que iban entonces todas sus cosas; manifestó el desorden y trastorno que todo había padecido con la llegada de los castellanos, el sacrílego robo de los templos, la corrupción de las costumbres por el desenfreno de su lujuria; tenidas por mancebas sus hijas y sus hermanos, y por esclavos los hombres, sin más ocupación que la de

tanta vehemencia y sus palabras tenían un espíritu tan brioso y resuelto, que el gobernador español se alteró oyéndole, le amenazó y le dijo malas razones: cosa que desagradó a muchos, por parecer un despique que no le hacía honor.

buscarles metales y servir a sus caprichos. Ellos habían hecho alianza con los yanaconas, la clase más vil de aquella tierra, y les habían dado alas y soberbia para insultar a sus señores y aun vilipendiarle a él; lo mismo sucedía con muchos mitimaes; de modo que ya no faltaba sino que le despojasen de la borla. ¿Qué había hecho el Perú a aquellos hombres insolentes para haber entrado en él a mano armada y dar muerte a Atahualpa, a Chialiquichiamá y demás personajes, la flor y el esplendor de aquel reino? Advirtiéndoles del aumento progresivo y espantoso que iban tomando, y que si se descuidaban en el remedio, ya después sería tarde para conseguirlo. La ocasión presente no podía ser más oportuna: los más valientes y mejores se habían alejado con Almagro, y era probable que no volviesen de Chile; los demás, divididos y situados a grandes distancias, podrían ser atacados y oprimidos a un tiempo, sin que pudiesen valerse unos a otros. Era preciso, pues, aprovechar la coyuntura inmediatamente y aventurarlo todo para conseguir la ruina y destrucción de hombres tan injustos y crueles. Respondiéronle primero con llantos y gemidos, y después, a una, le dijeron que hijo era de Huayna-Cápac y todos darían la vida por él; que los sacase de aquella dura servidumbre, y el Sol y los dioses estarían en su favor. Y pasando después a consultar las disposiciones que deberían tomarse, la primera en que convinieron, como base principal de todas, fué en que procurase el inca salir del Cuzco con la mayor cautela que pudiese y se volviesen a reunir todos en paraje seguro.

No estuvieron estos tratos tan secretos que al fin los yanaconas no los rastreasen y avisasen de ello a los españoles. Así es que aun cuando Mango logró escaparse dos veces del Cuzco, dos veces fué vuelto a él, y la última puesto preso con buena guarda para que no lo intentase la tercera. Temieron los indios segunda catástrofe como la de Atahualpa; pero por fortuna los castellanos ni le estimaban ni le temían, y además Juan Pizarro estaba muy lejos de tener la autoridad de su hermano para atreverse a tanto, ni tampoco su resolución. En esto llegó Hernando, y sea compasión o desprecio, sea política o codicia, como lo suponían sus enemigos, lo primero que hizo fué poner a Mango en libertad. El usó de ella al principio con discreción y con recato. Supo ganar los oídos del nuevo comandante con su artificio y sus lisonjas, su compasión con sus lástimas, y su confianza con su porte obsequioso a un tiempo y desahogado. Mas nada le movió tanto para ello como la oferta que hizo de alhajas y tesoros. Sobre todo le hablaba de una estatua de oro de su padre del tamaño del natural, cuyo paradero era conocido de él. La codicia es tan crédula como ciega; dióle fe Hernando Pizarro, y pidiéndole el inca licencia para ir a buscarla, se la concedió gustoso. Mango, pues, salió del Cuzco a ciencia y presencia de todos, acompañándole, además de los indios que llevaba, dos castellanos y el intérprete del comandante. Este, a los ocho días conoció el yerro que había cometido, y salió con ochenta caballos a buscar al inca en Calca, lugar poco distante de la capital. Al acercarse allá encontró a los dos castella-

nos, que le dijeron cómo iban despedidos, habiéndoles mandado Mango que se fuesen, pues no necesitaba de ellos. Quiso, sin embargo, dar vista a Calca, y fué acometido de los indios, que le dieron en qué entender toda la noche, y al fin tuvo que volverse al Cuzco a la mañana siguiente, cargándole ellos y molestándole hasta que le encerraron en la ciudad.

Ya entonces la guerra estaba abiertamente declarada, y los indios la hicieron con tanta resolución como porfía. La lucha, aunque desigual, no lo era tanto como al principio, porque más habituados a la vista de los caballos y al estrépito de los arcabuces, no llevaban tanta disposición al terror ni a la sorpresa, y sabían suplir la desigualdad de sus armas con la muchedumbre de gente, y la falta de robustez con la impetuosidad y el tesón. Inundaron, pues, como diluvio las avenidas del Cuzco; tomaron de sorpresa y rebato la gran fortaleza exterior; ganaron también una casa fuerte inmediata a la plaza en que los castellanos querían atrincherarse; ocuparon las casas, barrearón las calles, y haciendo en las tapias sus agujeros y troneras, se comunicaban a su placer por todas partes, pareciendo todavía más de los que eran. Los españoles, reducidos a doscientos y a mil yanaconas que peleaban en su compañía, no tuvieron otro recurso que recogerse a la plaza, y allí, acuartelados en dos casas y en sus toldos, se defendían como podían de las piedras, flechas y armas arrojadizas que a manera de espeso granizo venían disparadas contra ellos. Hacían a veces salidas de aquellos reparos, y entonces llevaban de vencida a los indios por

las calles, deshaciéndoles sus trincheras y alanceando y derribando a los que alcanzaban; pero luego tenían que volverse a sus guaridas, y los indios, rehechos, repetían sus ataques y sus insultos. Pudieron, en fin, los castellanos ganar la casa fuerte de la plaza y aun echar a sus enemigos de la ciudad; mas no por eso los pudieron alejar mucho de allí, y mientras los indios tuvieron en su poder la gran fortaleza exterior les molestaban con ventaja. Tratóse de ganársela también, y, con efecto, se consiguió; pero fué a costa de la vida de Juan Pizarro, que recibió una pedrada mortal en la cabeza al tiempo en que por la fatiga del día se acababa de quitar la celada. Era de los cuatro hermanos el de menos orgullosa y arrogante condición, y por eso su pérdida fué sentida generalmente de todos sus compañeros de armas. Mientras se combatía la fortaleza se combatía también en la ciudad, y los indios, añadiendo golpe a golpe, la pusieron fuego por diferentes partes. Las casas, cubiertas de paja, según el uso general del país, ardieron en un momento; los españoles veían quemarse sus moradas y sus efectos, al paso que el humo, dándoles en los ojos, los imposibilitaba de pelear. Pasábanse los días y aun los meses; socorro, por más que lo esperaban, no venía; los bárbaros les arrojaban las cabezas de los cristianos que mataban en diferentes puntos del país según los encontraban; y la imaginación, ya aterrada, se figuraba en todas partes el mismo peligro con mayor estrago. Defenderse allí era heroico; pero aguardar, insensato; y no una vez sola estuvieron a punto de abandonar la ciudad y volverse por los llanos a

Lima. El Ayuntamiento se inclinaba a ello y aun lo pedía; pero Juan Pizarro, antes de su desgracia, su hermano Gonzalo, Gabriel de Rojas y Hernando Ponce, sujetos todos de carácter indómito, lo contradijeron siempre, diciendo que era bajeza y que antes se debería perecer. Este dictamen prevaleció, como era regular que sucediese entre hombres tan valientes, y la conservación del Cuzco se debió entonces sin duda a la resolución verdaderamente heroica de aquellos capitanes.

En tal estado de cosas, Hernando Pizarro pensó que sería conveniente ir a atacar al inca en el tambo del valle de Yucay, punto situado como a seis leguas del Cuzco, en donde por la fuerza del sitio había fijado Mango su residencia (1). Tomó a su cargo la expedición, y con sesenta caballos, algunos infantes y buen golpe de indios amigos, llegó cerca del tambo y ahuyentó los diferentes cuerpos enemigos que le salieron al encuentro. Mas llegado junto al muro del tambo, la espesa nube de piedras que empezaron a lanzarse sobre él le desordenó los caballos y fuéle preciso retirarse a un llano frontero de la puerta del lugar para rehacerse. Entonces los indios, cobrando ánimo, salieron a él con tal gritería y tal intrepidez y en tan

(1) «Por todas partes dél (se habla del valle Yucay) se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que había, especialmente los que ovo en tambo, que está el valle abajo tres leguas, entre dos grandes cerros, junto a una quebrada por donde pasa un arroyo... En este lugar tuvieron los Incas una gran fuerza de las más fuertes de todo su señorío, asentada entre sus rocas, que poca gente bastaba a defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas que hacían inexpugnable el sitio; y por lo bajo está lleno de grandes andenes, que parecen murallas unas encima de otras.» (Pedro Cieza de León, parte primera, cap. 94.)

excesivo número, que los castellanos empezaron a temer, y mucho más cuando vieron que en un momento sacaron de madre el río que pasaba por el lugar, y se lo echaron encima, y los caballos se atollaban. Añadíase a su confusión que oían y sentían disparar mosquetes contra ellos, señal de que ya los indios estaban apoderados de armas castellanas y sabían usarlas a propósito. Llegada la noche, trató el general español de retirarse, lo que hizo con grandísima dificultad y fatiga; los enemigos, a cada paso le cargaban y le detenían, y el suelo, erizado de espinos y de púas agudísimas y fuertes, embarazaba la marcha de los caballos, que apenas podían caminar. Los indios lo habían previsto todo, y el general español se volvió al Cuzco, no sólo con la mengua de que le fallase su empresa, sino con el triste convencimiento de lo agueridos y terribles que se iban haciendo sus enemigos. Experimentólo todavía más en otra salida que hizo después con ochenta caballos y algunos infantes. Habían aflojado los indios en el sitio y retirádose a sus asientos una gran parte de la muchedumbre, creyendo Hernando Pizarro por lo mismo que le sería fácil sorprender al inca en el tambo, adonde antes fué a buscarle. La fuerza que llevaba, el secreto con que salió, la rapidez de su marcha no fueron bastantes a salvarle de otro desabrimiento tan triste como el primero. Hallóse de repente sorprendido con el estruendo de las bocinas y atambores y con el alarido de guerra de más de treinta mil indios que le aguardaban apostados junto a las tapias del tambo, defendidos en unas partes con fosos, en otras con terraple-

nes y trincheras y entorpecido también con una represa el vado del río. Veíase a lo lejos a Mango, montado a caballo con su pica en la mano, gobernar y contener su gente en aquel punto inaccesible, mientras que algunos de los suyos, armados de espadas, rodela y morriones quitados a los nuestros, salían de sus reparos, arrostraban los caballos y se entraban furiosos por las lanzas castellanas. Fué, pues, forzoso a Pizarro, con pérdida de bastantes indios auxiliares, retirarse a la capital, adonde de allí a pocos días dieron los indios de improviso, por disposición de su inca, un rebato tan fuerte que a duras penas se les estorbó la entrada, y muchos españoles quedaron heridos en la refriega. Este tesón, esta audacia, esta pericia militar, aunque imperfecta y grosera, mostraban cuánto pudieran hacer los indios en su defensa si tuvieran caudillos dignos del espíritu que ya los animaba. Pero entonces faltaban capitanes al ejército, así como al principio de la conquista faltó ejército a los capitanes.

Al mismo tiempo que fué atacado el Cuzco fué embestida también Lima. Allí, a la verdad, no con tanto efecto ni con tanto daño y peligro de los españoles, porque la tierra, más llana, dejaba toda su fuerza y pujanza a los caballos, siempre temidos de aquella muchedumbre; y la proximidad del puerto ayudaba a reforzarse con gente y provisiones. Pero la angustia y congoja que el gobernador no sentía allí ni por sí mismo ni por la población, la tenía por el Cuzco y por sus hermanos. Nadie venía de aquella parte; los indios tenían interceptado el camino y aun la tierra; todos los castellanos dispersos eran muertos;

los diferentes destacamentos enviados o por noticias o en socorro tuvieron la misma suerte, menos los pocos que habían podido volver fugitivos y espantados a Lima, y otros pocos también reservados por el inca para servirse de ellos como esclavos. Por manera que llegaban ya a setecientos los españoles que en unos parajes o en otros habían sido sacrificados por los indios a su defensa o a su venganza. El fiero conquistador conoció entonces la temeridad de haberse extendido tanto en aquel inmenso país, y temió que la rica presa adquirida con tantos esfuerzos se le iba a escapar de las manos. Almagro estaba lejos; los demás establecimientos españoles de América lo estaban también, y él no osaba abandonar el punto central y necesario en que se hallaba para ir al socorro del Cuzco. Dispuso, pues, que Alonso de Alvarado, a quien hizo venir de los Chiachapoyas, fuese con quinientos hombres de a pie y de a caballo a sacar de peligro a la capital, y escribió además a Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva España y Santo Domingo, encareciendo el riesgo en que estaban las cosas del Perú y pidiendo a toda prisa socorros. Por la eficacia de las expresiones que usaba en estas cartas podía conocerse la fuerza de los recelos que tenía. En la que escribió a Alvarado a Guatemala le decía «que si le socorría le dejaría la tierra y se iría a Panamá o a España» (1). De todas partes le acudieron a su

(1) Es mucho de dudar que en el caso de haberse verificado el socorro y por él se cobrase la tierra, cumplierse Pizarro su palabra. Estas expresiones, además del desaliento que manifiestan, son prueba bien clara de la persuasión en que así los Pizarros como los demás conquistadores del Perú estaban de que el país era suyo

tiempo los refuerzos que pidió. Hernán Cortés le envió dos navíos con armas, gente, caballos, y añadiendo a estos efectos regalos de amigo, le envió doses, colgaduras, ornatos de casa, ropa blanca, vestidos, y entre ellos una ropa de martas, con la cual Pizarro se engalanó toda su vida en los días solemnes. De Panamá le llevó el licenciado Gaspar de Espinosa bastante número de españoles, entre ellos una manga de arcabuceros; asimismo de las demás partes le vinieron refuerzos iguales o mayores. Es verdad que todo esto llegó al Perú cuando ya sus conquistadores por sí solos habían sabido sacudir de sí el peligro, y aun el gobernador fué notado de pusilánime por haberse creído tan sin fuerzas. Pero no era de hombre pusilánime, por cierto, la resolución tomada en el momento del mayor apuro de alejar todos los navíos del puerto, quebrantando así a los indios la soberbia y la confianza y quitando a los suyos el recurso de la mar. Era obligación suya mantener y asegurar el país que había conquistado y gobernaba; y miradas sus precauciones por este lado, no desdecían de su posición y atribuciones, aun cuando por ventura sus palabras fueron sobradamente desalentadas. De cualquier modo que se considere, Pizarro debió a esta diligencia hallarse en pocos días con un ejército numeroso, compuesto en gran parte de veteranos y al tiempo en que más lo había menester, no contra los indios, sino contra los españoles que iban inmediatamente a disputarle el imperio.

Nueve meses hacía que duraba este áspero conflicto entre indios y españoles cuando empezó a oírse

en el Cuzco que el adelantado volvía. Los diferentes sucesos de su jornada a Chile no tienen inmediata conexión con esta Vida, aun cuando por sus resultas no dejen de tener relación con ella. Vendríase, por otra parte, a coincidir en su narración con la serie uniforme, y por lo mismo cansada, de los trabajos y fatigas que siempre tenían que sufrir los castellanos en sus descubrimientos y correrías por aquellas desconocidas regiones. Al ir, caminos frágiles, sierras nevadas, ventiscas crueles, en que padeció Almagro iguales angustias que su émulo Alvarado en las serranías del Quito y se dejó allí helada la quinta parte de la gente. Al llegar, indios robustos y feroces, con quienes tenía que estar continuamente combatiendo, y que si a veces se podían vencer, no por eso eran fáciles de subyugar. Hacia acá, arenales desiertos, falta absoluta de agua y todas las molestias consiguientes como si caminaran por los yermos abrasados de la Arabia. Por otra parte, ningún descubrimiento importante, ningún establecimiento útil, ningún hecho curioso; Chile quedó intacto para el valor de Valdivia y para la musa de Ercilla. Aquel bizarro y florido ejército que salió del Cuzco con tan grandes esperanzas, después de haber corrido más de trescientas leguas al Mediodía, viendo que la tierra era más pobre mientras más se internaba en ella, y no hallando mas que despoblados, sierras heladas, pocos alimentos, menos oro y muchos desengaños, se fatigó de marcha tan trabajosa y estéril y pidió ansiosamente volver atrás. Los cabos que le mandaban estaban mal acostumbrados, y la fácil adquisición de tesoros,

de poder y gloria que habían hecho ya tantos otros y aun ellos mismos en los campos de Méjico, de Guatemala y del Perú les hacía mirar con ceño y desdén todo lo que no fuese un imperio que rendir y templos y palacios que saquear y que robar. Estaban ya en poder del adelantado las provisiones originales de su gobernación, que Juan de Rada le había traído, entregadas al fin en el Cuzco por Hernando Pizarro. Este era muy poderoso estímulo para tomar la resolución de volver, en la impaciencia que él tenía de mandar y gobernar, y ellos a su sombra de disfrutar y adquirir. Uno le decía que si le aconteciese morir allí, no quedaría a su hijo mas que el nombre de don Diego. Otros le aconsejaban que pues ya era gobernador efectivo de la Nueva Toledo fuese allí al instante y advirtiese que el Cuzco entraba en sus límites y que ellos tenían voluntad de vivir en aquella ciudad y gozar de su abundancia y sus delicias. Con tales dichos y otros semejantes, la cabeza de aquel hombre, ya desvanecida con los honores y mercedes que la Corte le hacía, y que por otra parte era padre idólatra de su hijo, y general tan condescendiente y fácil como liberal con sus oficiales, no podía mantenerse firme contra las sugerencias de la ambición, y era difícil que no se decidiese a contentar la suya y la ajena a toda costa. Dióse, pues, la orden de retroceder, y el ejército se puso en marcha para el Cuzco.

Pasado el desierto que divide el Perú del reino de Chile, supo el levantamiento general de los indios y el peligro y trabajo de los españoles. Esto le pareció que daba a su vuelta los visos de necesaria; y más

satisfecho de sí mismo, aceleró su viaje para dar por su parte el remedio y socorro que las cosas necesitasen. Como antes de salir a su expedición eran tan estrechas las conexiones entre él y el inca, desde Arequipa, donde descansó algunos días, le envió un mensaje para manifestarle la extrañeza que le causaban aquellas novedades, el deseo que tenía de saber las causas que habían tenido y la buena voluntad con que venía a él para favorecerle en todo lo que pudiese. Respondióle Mango que holgaba de su vuelta; echó la culpa de su alzamiento a la avaricia de Hernando de Pizarro, y en obsequio de Almagro prometió suspender las hostilidades hasta verse con él, y efectivamente así lo hizo.

Esta negociación, que duró algunos días, fué entendida por los castellanos del Cuzco, que casi a un mismo tiempo supieron la llegada de Almagro al Perú, y que un ejército de españoles estaba en el valle de Jauja. Era el de Alvarado, enviado, como ya se dijo arriba, por el gobernador en socorro del Cuzco, y que por motivos que después se expresarán se había detenido allí como cinco meses. Hernando Pizarro entonces lo primero a que atendió fué a romper las inteligencias de Almagro con el inca, sin duda para quitar al adelantado el mérito y la gloria de hacerle sosegado y reducido. Envio, pues, con un muchacho mulato una carta a Mango, en que le decía que no hiciese paz con D. Diego de Almagro porque no era el señor, sino D. Francisco Pizarro. Mango dió la carta a dos castellanos de Almagro que a la sazón estaban con él, añadiendo que bien sabía que los del

Cuzco mentían, porque el verdadero señor era don Diego de Almagro, y por tanto quería que a aquel mensajero se le cortase la mano por mentiroso. Rogaron mucho por él los dos castellanos, y al fin se contentó con sólo cortarle un dedo, y con este escarmiento y respuesta le dejó volver a los que le enviaron.

La segunda diligencia del comandante del Cuzco fué tratar de inquirir el designio del adelantado, el cual ya se había acercado a Urcos, lugar distante seis leguas de la ciudad. Decía él, y no sin alguna apariencia de razón, que si las intenciones de D. Diego fuesen sanas, al entrar en Urcos habría avisado de su llegada o se hubiera ido a la ciudad amigablemente a poner en seguridad a la capital y a los españoles que en ella había, y tratar allí de conformidad lo que a todos conviniese; pero que no era buena señal estar tan cerca y ponerse en comunicación con los enemigos antes que con sus compatriotas. Acordaron, pues, que saliese Hernando Pizarro con su hermano Gonzalo y otros capitanes, acompañados de la mayor parte de la gente, y caminasen hacia Urcos a ver si podían averiguar la intención de Almagro, la cual se les hacía cada vez más sospechosa, viendo la insolencia y oyendo la gritería de los indios de guerra que les entorpecían y dificultaban el camino, y a veces les decían que ya era llegado Almagro, que había de matar a todos los castellanos del Cuzco.

Los indios, con efecto, habían creído de buena fe que el adelantado se iba a juntar con el inca en daño de la gente de la capital. Había el general español,

por medio de los frecuentes mensajes que él y Mango se enviaban, aplazado vistas entre los dos en el valle de Yucay. Para ello salió Almagro de Urcos con la mitad de su gente, dejando la otra mitad a cargo de Juan de Saavedra, con orden de que allí le esperase sin hacer novedad ninguna. Mas las vistas aplazadas no pudieron verificarse, porque como los indios que andaban en las dos divisiones del ejército de Chile viesan que alguna vez hablaban y conferenciaban entre sí los castellanos del Cuzco y los recién venidos, sin hacerse mal ninguno, antes bien con demostraciones de urbanidad y de benevolencia, tuvieron por trato doble el del adelantado, y avisando de ello a Mango, el inca, en lugar de acceder a la conferencia mandó tratar hostilmente a unos y a otros, empezando también la guerra entre los naturales y los españoles de Chile.

Entonces Almagro, considerándose en mayor apuro que antes, pues en lugar de uno tenía ya sobre sí dos enemigos, dió la vuelta hacia el Cuzco y mandó a Juan de Saavedra que viniese a juntarse con él. Había tenido entre tanto este capitán una conferencia con Hernando Pizarro cuando éste salió al reconocimiento de que ya se habló arriba, sin resultar nada positivo de las propuestas que uno a otro se hicieron, ni atreverse todavía a decidir el negocio con las armas, a pesar del deseo que ambos partidos tenían. Saavedra se contuvo por no faltar a las órdenes de su general; Pizarro, por no dar lugar a que se dijese que ellos eran los agresores. También por su parte el adelantado había enviado un mensaje a Hernando Pizarro,

en que le avisaba de su venida con el objeto de socorrer a los españoles del Perú y a su amigo el gobernador en el aprieto en que estaba; que era su intento también tomar posesión de la gobernación que el rey le había dado, pues que esto podía hacerlo sin perjuicio de los pactos y capitulaciones hechas entre él y su hermano, pues no entendía separarse de ellas ni de la amistad y compañía que había entre los dos. A Lorenzo de Aldana y Vasco de Guevara, que llevaron este mensaje, preguntó en particular Hernando Pizarro, rogándoles por su paisanaje y por su amistad antigua que le dijese cuál era en realidad la intención del adelantado; ellos le declararon que la de no separarse de la compañía y amistad de su hermano ni de dar ocasión a escándalos y a sediciones. «Como tal sea su intención—dijo Hernando entonces—, suyo será el homenaje, y hará de todos a su voluntad.» Acordóse, en suma, por los Pizarros que se contestase al adelantado que fuese su señoría bien venido; que no creían que hubiese cosa que impidiese la buena armonía que había entre él y el gobernador; que le suplicaban entrase en la ciudad, donde sería muy bien recibido, y que para su alojamiento se le desocuparía la mitad de ella.

Esta respuesta lo concertaba todo al parecer, y no dejaba lugar a dudas ni a contiendas. Mas no fué así, porque el concepto de falso y doble que Hernando Pizarro tenía y el desprecio y mofa con que a la sazón hablaba de la persona del adelantado, como siempre lo hacía, agriaban cuantas buenas palabras podía dar y quitaban toda confianza a sus promesas. Por

eso Almagro ordenó a Saavedra que se viniese a juntar con él, y para más facilitar esta operación puso en marcha su gente para el campo de las Salinas, donde Saavedra vino a encontrarle. Reunidas allí las dos divisiones, marcharon al Cuzco en orden de guerra, con las picas altas y las banderas tendidas, y haciendo alto antes de entrar, aunque sin dejar la formación que llevaban, envió el adelantado al regimiento de la ciudad las provisiones reales con la intimación expresa de que en virtud de ellas le recibiesen por gobernador.

Eran quinientos soldados los que llevaba consigo, hombres a toda prueba, regidos por capitanes experimentados y valientes, todos ganosos de honra y de riquezas, fieles a los intereses de su caudillo y prestos y determinados a perder la vida por él. En la ciudad, al contrario, no había mas que doscientos hombres de guerra divididos en opinión, muchos de ellos aficionados a Almagro por su buen carácter y liberalidad, y casi todos los principales cansados y ofendidos de la insolencia y orgullo de los Pizarros, y, por consiguiente, poco dispuestos a sufrir una guerra civil por los intereses de hombres tan odiosos. Mas no por eso los dos hermanos decayeron de ánimo; antes bien, con toda diligencia y esfuerzo alababan a los valientes de su bando, animaban a los tibios, confirmaban a los dudosos, ponían de por medio los respetos de su hermano, ofrecían a unos, daban a otros, no omitían nada de cuanto con la diligencia, con el ingenio, con el trabajo podía contribuir a la defensa y seguridad de la plaza que se les disputaba.

Llegados a Hernando Pizarro los comisarios de las provisiones, les envió al Ayuntamiento diciendo que éste vería lo que había de hacer. Los pobres regidores no sabían a qué atenerse ni qué decir: dentro tenían una especie de tiranos, a quienes no querían ofender, y fuera, una fuerza superior, a la que en su concepto no era posible resistir. Declararon, pues, que las provisiones eran claras respecto de la gobernación del adelantado, pero no de la ciudad, de la cual no se hacía mención ninguna; que ellos no eran letrados ni geógrafos para decidir si el Cuzco entraba en aquellos límites; pero que, siendo el caso grave, convenía mirarlo bien, y para tratarlo con más quietud convenría que se hiciese suspensión de armas por algunos días. El adelantado, a quien se comunicó esta declaración por medio de Gabriel de Rojas y del licenciado Prado, que la ciudad diputó para hablarle, no venía al principio en la suspensión de armas que se le proponía, ni quiso admitir el alojamiento que se le tenía preparado en la ciudad; mas al fin, por honor y respeto a los comisionados, accedió a la tregua, con la condición de que él permanecería en el sitio en que se hallaba, y Hernando Pizarro no pasaría adelante en las fortificaciones que hacía. Es de creer que él viniese en este concierto de buena fe; no así sus capitanes, cuyas pasiones desenfrenadas le arrastraban al precipicio, así como las propias suyas despeñaban a los Pizarros. Juzgaban los confidentes de Almagro, y tal vez no se engañaban, que aquello no era mas que ganar tiempo para dar lugar a que llegase Alonso de Alvarado, que ya, según fama, se hallaba en el puente

de Abancay; y por lo mismo decían que era preciso ganarlos por la mano, y valiéndose de la obscuridad de la noche acometer la ciudad y prender a los dos hermanos. Esto no era, a la verdad, proceder según las reglas más estrechas del pundonor militar; pero trataban con un enemigo cauteloso y arrojado, que no se paraba en ellas cuando no se ajustaban a su conveniencia o a su orgullo. Arrastraron, pues, en este dictamen a su general, que dió por ventura contra su inclinación la orden de embestir, encargando con toda eficacia que se abstuviesen de muertes, de robos y de toda violencia que pudiese causar pesadumbre al vecindario.

La sorpresa se hizo con la mayor facilidad, por ser la noche oscura y lluviosa y haber abandonado sus puestos casi todos los soldados de la guarnición, fatigados de las velas de las noches anteriores y descontentos de aquellas diferencias. Sólo en casa de los dos Pizarros había veinte hombres de guerra y unos mosquetes montados a la puerta. El adelantado, con la mayor parte de sus capitanes y gente, se dirigió a la iglesia; Rodrigo Orgóñez, con tropa suficiente, se encaminó a casa de los Pizarros, y Juan de Saavedra y Vasco de Guevara ocuparon las calles que iban a parar allí, para que no les fuese socorro. Los dos hermanos, oído el rumor, se arrojaron a sus armas, y partiendo entre sí los pocos soldados que tenían se pusieron a defender las puertas y ventanas de la casa con un arrojo y una entereza digna de mejor causa y de mejor fortuna. Decía Orgóñez a Hernando Pizarro que se diese y le ofrecía todo buen tratamiento.

«Yo no me doy a tales soldados», contestó él, y seguía combatiendo. «Vos no sois mas que un teniente de gobernador en una ciudad—replicó Orgóñez—, y yo soy general del nuevo reino de Toledo; el caso no es para entrar en esos puntos, y es preciso entregarse o aparejar las manos y pelear.» Peleábase, en efecto, con todo el furor que cabe en ánimos desesperados, y Orgóñez, juzgando a mengua que aquello durase tanto y queriendo también evitar la efusión de sangre, mandó que se pusiese fuego a la casa, cuyo techo de paja al instante empezó a arder. Afligió esto a los cercados, pero no a Hernando Pizarro, en cuyo semblante feroz se veía el contento de morir así, y no por la mano y superioridad de sus enemigos. El insistía en combatir; pero el fuego cundía a toda prisa; el humo los ahogaba; dos grandes maderos quemados caían sobre ellos; la casa toda amenazaba por momentos desplomarse y socorro no había que esperar. En aquel conflicto, todos de tropel, así el que quiso como el que no quiso, cubiertos con sus adargas, se arrojaron entre sus enemigos, que inmediatamente los desarmaron y prendieron, mientras que la casa, no bien habían salido de ella cuando con espantoso estruendo vino al suelo.

Si hubo algo de inconsiderado y cauteloso en la conducta de Almagro desde que entró en el Perú a su vuelta de Chile, no se puede negar que lo hizo desaparecer todo con el modo noble y moderado que tuvo en el uso de su primera ventaja. Excusó a los dos prisioneros la humillación de verse en su presencia, los hizo guardar con decoro y hasta con holgura, y cum-

plidas que fueron por el Ayuntamiento las provisiones reales que llevaba (18 de abril de 1537), y él recibido y publicado por gobernador, anunció que no se trataba de hacer novedad ni de alterar el estado de las cosas, y nombrando por su teniente en la ciudad a Gabriel de Rojas, caballero y capitán que no era de su bando, pero muy estimado y de grande autoridad con todos, dió a entender que no iba a mandar como cabeza de partido, sino como un magistrado público amante del bien común.

A la toma y posesión del Cuzco se siguió la derrota y prisión de Alonso de Alvarado en el puente de Abancay. Este general, que cinco meses antes había sido enviado por el gobernador para socorrer la capital, amenazada de los indios, se detuvo todo aquel tiempo en Jauja pacificando aquellos naturales. Decía, para justificar su tardanza, que así se lo había mandado el gobernador; pero sus enemigos, para acriminarle, le imputaban que se había detenido allí por los intereses particulares de su amigo Antonio Picado. Lo cierto es que su socorro llegó tarde y que el Cuzco se libertó sin él de los indios, y no pudo libertarse por su falta de caer en manos de sus adversarios. A la noticia de su venida, el adelantado le envió comisionados de toda su confianza para que le intimasen que, pues se hallaba en los límites de una gobernación ajena, o diese la obediencia al que la tenía, o se volviese al distrito de la gobernación de D. Francisco Pizarro. Iban por cabezas de esta embajada los dos Alvarados, hermanos del gobernador de Guatemala, amigos entonces y principales confidentes de Alma-

gro, con los cuales escribió una carta amistosa a Alonso de Alvarado, convidándole a seguir su opinión y haciéndole toda clase de ofertas. Mas estos embajadores nada hicieron, sin embargo de ser al principio recibidos con mucha urbanidad y cortesía por el general adversario. Sea que sus importunaciones le enojasen o que temiese sus intrigas, o acaso más bien que resolviese guardarlos en rehenes de la seguridad de los dos Pizarros, Alonso de Alvarado no permitió que se le hiciese requerimiento ninguno, y luego los hizo desarmar a todos y poner en prisión, contra la fe pública y el carácter de que iban revestidos; con esto las cosas se pusieron en hostilidad manifiesta y no podían menos de venir segunda vez a rompimiento.

Cuando Almagro, pasados ocho días, vió que no volvían sus amigos, sospechó al instante lo que era, y llamó a consejo a sus capitanes para determinar lo que debía hacerse en semejante coyuntura. Todos opinaron por la guerra, siguiendo el dictamen del general Orgóñez, el cual, resueltamente, opinó que empezasen dando muerte a los dos Pizarros presos y luego fuesen a encontrar con Alonso de Alvarado, en cuyo ejército tenían ellos tantos amigos que al instante que viesen sus banderas se pasarían de su parte, y así se pondrían en libertad aquellos caballeros, a quienes el adelantado tenía tanta obligación, pues estaban presos por su servicio. Esquivaba él todo derramamiento de sangre, y le detenían todavía los respetos de su amistad antigua con el gobernador, aunque aborrecía a los dos hermanos, especialmente al insolente Hernando. Por lo mismo no

quiso que se tratase más de aquellas muertes, diciéndole que la grandeza se conservaba mejor con los consejos cuerdos y moderados que con los vehementes y violentos. «Mostraos en buen hora piadoso —replicó Orgóñez—, ahora que podéis; mas tened entendido que si una vez Hernando Pizarro se ve libre se vengará de vos a toda su voluntad, sin mesericordia ni respeto alguno.» Palabras que anunciaban al pobre Almagro la suerte que le aguardaba si al fin venía a caer en manos de aquel hombre inexorable y cruel.

Resueltos a combatir, salen los castellanos del Cuzco y van a encontrarse con Alvarado en el puente de Abancay. Los dos ejércitos eran iguales en gente, pero muy desiguales en fuerza; los de Alvarado estaban desunidos en opinión y poco deseosos de pelear. Pedro de Lerma, el capitán de más reputación entre ellos, mantenía inteligencias con Orgóñez (1). Alvarado, sospechándolo, le había mandado prender; pero él pudo escaparse, atravesar el río y pasarse al adelantado. Acrecentóse con esto la confianza a aquel ejército, que ya le tenía tan grande en el crédito de valor que gozaba y en lo bien pertrechado que se veía. Alvarado dispuso minuciosamente su tropa según la naturaleza del puesto que ocupaba: tenía delante el río; colocó en el puente y en los dos vados conocidos la gente que le pareció suficiente para su defensa, dando el encargo del puente a Gómez de Tordoya, el del vado fronterizo a Juan Pérez de Guevara y el

(1) Lerma iba descontento porque el gobernador, habiéndole dado al principio el mando del ejército que iba en socorro del Cuzco, se lo quitó y después se lo dió a Alvarado.

de arriba a Garcilaso. El, con otro cuerpo, quedó para acudir adonde conviniese. Llegado Almagro al río, todavía quiso enviar un mensaje de paz a Alvarado pidiéndole sus amigos; mas Orgóñez, su general, no lo consintió, diciendo que aquellas eran dilaciones dañosas, en que se perdían el crédito y el ánimo del mismo modo que el tiempo. Dió en seguida las disposiciones para pasar el río; amonestó a los soldados en pocas palabras que allí era preciso o vencer o morir, porque la guerra no quería corazones muertos; recordóles que iban a pelear, no con indios, sino con españoles tan esforzados y valientes como ellos, y que por lo mismo era preciso redoblar el esfuerzo para vencerlos. Esto dicho, se arrojó al río al frente de ochenta caballos, los mejores, y seguido de los capitanes de mayor reputación. Era de noche; el río, hondo y crecido; el paso, peligroso, y en medio de la obscuridad y del rumor se oían las voces de aquel hombre denodado: «Caballeros, ánimo, apriesa; que ahora es tiempo»; con las cuales se guiaban y alentaban los soldados que le seguían. Tiraban los contrarios adonde oían el rumor; mas los tiros se perdían y no hacían efecto alguno. Los caballeros, según iban pasando el río y llegando a la orilla, se apeaban; y terciando las lanzas como picas y formándose en batalla, cerraban con sus contrarios y los comenzaban a herir. No hubo allí mucha resistencia, porque desde el principio fué herido en un muslo y puesto fuera de combate el capitán Guevara, que mandaba en aquel punto. El adelantado, que con sesenta caballos y alguna infantería se había quedado para embestir el puente a su tiem-

po, luego que por el ruido y el estruendo de los mosquetes conoció que Orgóñez estaba en la otra orilla, arremetió con su impetuosidad acostumbrada, y arrollando cuanto se le puso delante, ganó el puente y se juntó a los suyos. Pasábansele ya algunos de sus contrarios; mas Alonso de Alvarado, con el cuerpo que se había reservado y alguna gente que pudo recoger, restableciendo el combate junto al puente, hacía con el mayor valor rostro a las picas y a las ballestas. Era de noche todavía; mezclábase el nombre del rey con el de Almagro en los gritos de los unos, y en los de los otros con el de Pizarro; y estos ecos, que al parecer debieran ser de paz, servían entonces para aumentar su desesperación y su furia. Allí acudió Orgóñez, allí fué herido de una pedrada en la boca; pero aunque el golpe fué crudo y le hizo saltar los dientes y arrojar a borbotones la sangre, él, cada vez más feroz, alzando la espada y exclamando «aquí me han de enterrar o he de vencer», se entró por los enemigos, mandando a los suyos que sin piedad ni remisión hiriesen y matasen, pues era ya una vergüenza que aquellos insolentes Pizarros se defendiesen de soldados tan valientes. Inflamados con estas palabras peleaban ellos como leones, y ya sus adversarios no los podían resistir. Alvarado, que al romper el día vió su desorden y mezclados ya muchos de los suyos con los de Almagro, desmayó de todo punto, y desenredándose de la refriega, pudo con unos pocos subirse a un cerro, donde se detuvo, dudoso de lo que haría. Al fin determinó juntarse con Garcilaso, que estaba en el vado de arriba y no había entrado en combate.

Pero el incansable Orgóñez, que a todo atendía, se abalanzó con una banda de caballos por aquel camino, cortóle el paso, desbarató su gente y le hizo rendirse prisionero. En este tiempo los cuarteles de los vencidos se ganaban sin resistencia alguna por el capitán enviado a tomarlos, y Garcilaso, sabido el suceso, se vino también para el adelantado; de modo que al salir el sol el campo era todo suyo y fuera de duda la victoria.

Esta fué la primera batalla que se dió entre aquellos dos bandos, tan encarnizados después. Por fortuna no se derramó en ella mucha sangre ni de vencedores ni de vencidos; ni después de la acción se afligió el ánimo con aquellas ejecuciones funestas que en semejantes casos suele prescribir la inexorable razón de Estado o permitirse la venganza. Almagro, tan humano como generoso, no quiso consentir en el decreto de muerte que ya el fiero Orgóñez tenía fulminado contra el general prisionero cuando le llevaban al Cuzco (1); mandó que se volviese a los vencidos lo que era suyo, y lo que no se encontrase que se pagase de su hacienda propia; en fin, se condujo con tal humanidad y cortesía, que los hizo suyos en gran parte, y si bien muchos le faltaron después o por flaqueza o por inconstancia, no por eso perdieron jamás el interés que inspiraba su hidalguía y benigna condición. Cuando Diego de Alvarado, ya libre de sus prisiones, llegando a abrazarle y a darle el parabién de su victoria, le

(1) La máxima de Orgóñez era que de los enemigos los menos, especialmente siendo cabezas, porque decía él «que perro muerto ni muere ni ladra». Cuando le llegó la orden de Almagro para que no se procediese a la rigurosa ejecución de Alvarado, contestó con ceño y desabrimiento: «Pues así lo quiere, así sea, y a él le pesará.»

pidió, con generosidad también harto noble de su parte, la suspensión de la terrible orden de Orgóñez, «ya eso está hecho», respondía él con una satisfacción y una alegría que daba a entender bien claro la bondad de su corazón y cuán poco había nacido para aquella terrible crisis en que la ambición propia y ajena le tenía puesto. En la conferencia que tuvo con Alonso de Alvarado, su conversación era más propia de hombre que justifica sus procedimientos y manifiesta la razón que le asiste que de vencedor envanecido y enojado que acusa y acrimina. Quejóse, sí, con discreción y templanza del agravio hecho a sus embajadores, y concluyó asegurándole que su tratamiento sería conforme a su persona; y en lo que tocaba a disponer de sí, viese él lo que le convenía, y cualquiera que fuese su resolución siempre le tendría por amigo.

Sin embargo de estas palabras de benevolencia y blandas disposiciones del adelantado, el fiero y resuelto Orgóñez opinaba, en el Consejo de guerra que se tuvo después de la batalla, que lo que convenía era cortar al instante las cabezas a los dos Pizarros, al general Alvarado y al capitán Gómez de Tordoya, y marchar inmediatamente sobre Lima para deshacerse del gobernador y acabar así a un tiempo con las principales cabezas del bando contrario. Providencias, decía él, duras a la verdad, pero las únicas en que podían cifrar su seguridad, pues la experiencia tenía acreditado mil veces en América que quedaba encima el que se adelantaba primero y ganaba por la mano, y que si ellos no lo hacían así con los Pizarros, ahora que los tenían en su poder, ellos lo harían

con Almagro y sus amigos cuando los tuviesen en el suyo. Corrieron entonces gran peligro los prisioneros: la autoridad de Orgóñez, la energía de su carácter daban sobrada fuerza a sus palabras, que, además de lisonjear el orgullo de aquellos capitanes embravecidos con su victoria, eran ayudadas poderosamente también del odioso concepto que justamente se habían adquirido los objetos de su proscripción y de su lira. Así es que llegó ya a tomarse un acuerdo conforme con aquella opinión rigurosa; pero en fuerza de los ruegos y consideraciones de Diego de Alvarado y otros mediadores, Almagro no quiso ponerlo en ejecución y el ejército se volvió al Cuzco quince días después de la batalla sin coger fruto alguno de la victoria.

Hernando Pizarro, entre tanto, se quejaba desesperado de la fortuna, considerando en aquella derrota de su bando cerradas por mucho tiempo las puertas a su libertad y a sus proyectos vengativos. Ibale a consolar y a divertir Diego de Alvarado con aquella atención cortesana y amable simpatía que eran tan geniales en él. Jugaban para entretener el tiempo y jugaban largo, como se ha costumbrado siempre en América, y todavía más entonces. Perdió Alvarado en diferentes veces hasta ochenta mil pesos, que, enviándoselos a Hernando Pizarro, éste se los devolvió rogándole que se sirviese de ellos. Desde entonces Alvarado hizo por gratitud y con mucha más eficacia lo que antes había hecho por mera compasión y conveniencia. El fué el principal defensor que tuvo el prisionero contra las fieras y continuas sugestiones de Orgóñez, y se tuvo siempre por cierto que a no

estar él de por medio acaso el adelantado, a pesar de su blanda condición, diera acogida al fin a los consejos de su general y sacrificara los presos. Mas ya es tiempo de volver la vista al marqués gobernador; él, a la verdad, no había intervenido ni directa ni personalmente en los acontecimientos que se acaban de referir; pero su nombre, su grandeza y su fortuna están siempre en medio de ellos, como blanco principal a que se dirigían los esfuerzos de los que peleaban en el Cuzco y en Abancay.

La primera noticia que tuvo de la sorpresa del Cuzco y prisión de sus hermanos fué la que le envió Alonso de Alvarado de resultas de sus primeras comunicaciones con Almagro, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes sobre lo que debía hacer. Halláronle las cartas de Alvarado en Guarco al frente de cuatrocientos españoles que había reunido con los refuerzos llegados de diferentes partes de las Indias. Turbóse en gran manera con aquella inesperada novedad, y no pudo disimular su pesadumbre a los ojos de los que le observaban. Mas cobrado algún tanto después y considerando que por su parte no había culpa en el rompimiento, «siento—dijo—como es razón los trabajos de mis hermanos; pero mucho más me duele que dos tan grandes amigos hayamos a la vejez de entender en guerras civiles, con tanto deservicio de Dios y del rey y tanta miseria y desventura como ellas ocasionan». Dichas estas palabras de desahogo o de disimulo y dada cuenta al ejército de lo que pasaba, contestó a Alvarado que agradecía su aviso y que, aunque las cosas habían venido a un estado tan áspero, espe-

raba que Dios pondría paz entre su amigo y él, y encargaba que mientras iba a unírsele con la gente que tenía no se avistase con el adelantado ni viniese a rompimiento. Llamó después a los principales de su campo, y ponderando el deservicio que al rey se hacía en aquel atropellamiento cometido por su adversario y diciendo que a él, como a su lugarteniente y gobernador, le tocaba contener y castigar a los que andaban alborotando la tierra y desasosegando las ciudades, les pidió que le ayudasen en aquella demanda, ofreciendo servirles y aventajarlos, como lo tenía de costumbre y ellos experimentarían. Después de este preámbulo artificioso les dijo que como caballeros de honor y leales servidores del rey le diesen su parecer, en la inteligencia de que él estaba dispuesto a seguirlo. La posición de la mayor parte de aquellos militares era a la verdad bien delicada: habían sido enviados para defender el país contra el levantamiento de los indios, y apenas llegaban cuando se encontraban con una guerra civil y convidados a mover sus armas contra españoles. Ignorantes de los sucesos y pasiones que agitaban a los castellanos del Perú, no podían saber con certeza a quién darían la razón. Lo regular era que viesen las cosas como se las pintaban aquellos con quienes estaban entonces; hablábales el primer descubridor del país, su principal conquistador, gobernador por el rey, y que, lejos del sitio en que se habían verificado los sucesos, no tenían al parecer parte ninguna en la malicia de ellos; veía un pueblo de castellanos sorprendido y entrado a la fuerza por un capitán castellano; dos personas tan principales

como los dos Pizarros puestos en prisión; ningún mensaje, ninguna propuesta, ninguna disculpa por parte de los ejecutores de aquel atentado; no era fácil, atendido todo, que dejaran de tomar parte en los pesares del general que tenían presente, y era muy natural que se ofreciesen a servirle. Sin embargo, al manifestar sus opiniones tuvieron más cuenta con lo que la razón dictaba que con esta inclinación, y pareció a todos que el mejor camino era enviar mensajeros al adelantado para reducir las cosas a paz y a concordia, escribiéndosele con todo comedimiento y amor, y que entre tanto se enviase por gente y armas a Lima, por si acaso hubiese de venirse a rompimiento. Y no faltó quien propuso que lo primero que debía hacerse era averiguar si el Cuzco caía en la gobernación de D. Diego de Almagro, pues en tal caso todo lo demás era excusado. Este dictamen hería la dificultad de lleno, pero también hería las pasiones, y no se hizo caso de él.

El gobernador, queriendo a un mismo tiempo dar muestra de seguir la opinión ajena y contentar también la suya, envió delante a Nicolás de Rivera con un mensaje pacífico al adelantado, pidiéndole que soltase sus hermanos y se pusiese término a las dos gobernaciones sin ofensa de ninguno, y él se preparó a seguir su camino por la sierra para juntarse con Alvarado (1). Pero en esto llegó la nueva de la rota de

(1) Aquí fué donde puso guarda para su persona, compuesta de doce hombres, mitad con arcabuces y mitad con alabardas. Ya sin duda él, que nada había temido antes, empezó a recelar por sí, a menos que lo hiciese por darse autoridad; pero en tal caso no hubiera aguardado hasta entonces.

Abancay, de la prisión de su general y de la disolución total de su ejército, y desconcertado con este suceso tan impensado para él, se vió precisado a mudar de plan y a esperar del tiempo y del artificio lo que no podía esperar de la fuerza. Temíase a cada instante ver venir el ejército victorioso sobre sí y cortar de una vez con un golpe decisivo todas sus esperanzas y sus designios. Estos recelos suyos acreditaban el acierto de la opinión del general Orgóñez cuando quería que desde Abancay se marchase derechamente a Lima y se oprimiese a su adversario con celeridad y con sorpresa. Pizarro, pues, resuelto a negociar para rehacerse entre tanto y romper con esperanzas aparentes el ímpetu y pujanza de su contrario para después combatirle de poder a poder, envió al Cuzco una embajada compuesta de las personas más distinguidas de su campo, y él se volvió a toda prisa a Lima a levantar gente y formar un ejército igual al de sus enemigos.

Iba por principal negociador en aquella embajada el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los principales y más antiguos pobladores y conquistadores de Tierra Firme, personaje muy respetado en Panamá, amigo antiguo de los dos gobernadores rivales y, según las noticias adquiridas después, compañero también de las ganancias de aquella empresa. Creyóse que sus respetos y las atenciones que uno y otro le tenían conducirían las cosas a un término favorable, con tanta mayor razón cuanto era público que él y los demás comisionados llevaban poderes bastantes para fijar interinamente los términos de las dos gober-

naciones y conseguir, sobre todo, la libertad de los presos. Llegados al Cuzco, donde fueron afable y honoríficamente recibidos, se empezó a ventilar el asunto, haciéndose recíprocamente las propuestas que a cada parte convenían. Consultábalas el adelantado con los suyos, y los comisionados, permitiéndolo él, con Hernando Pizarro, el cual convino de pronto en las primeras propuestas de Almagro, por la necesidad, decía, que él tenía de salir prestamente de allí y partir a Castilla a llevar al rey sus quintos. No engañó a Espinosa este aparente celo y súbita conformidad, pues al instante le contestó que si como hombre oprimido se allanaba entonces a todo por cobrar su libertad y encender después la guerra para vengar sus resentimientos, sería mejor buscar otros medios de concordia, aunque fuesen más tardíos, una vez que lo que menos convenía era dar lugar y pábulo a aquellas pasiones tan perniciosas a todos, y a nadie más que a los gobernadores mismos. Sintióse herido en lo vivo el prisionero; pero como era artero y disimulado cuando le convenía, mostróse agradecido a la buena voluntad del mediador, y poniendo el negocio en sus manos aseguró y protestó que por parte suya no habría nunca alteración en lo que se concertase.

Todavía estuvo Espinosa más ingenuo y entero con el adelantado. Añadía Almagro propuestas a propuestas, según se le iban concediendo las que proponía primero. Entonces Espinosa le llamó la atención a lo que diría el mundo, que los había visto a los dos en tan perfecta conformidad por tantos años y acabando tan grandes cosas por ella, cuando los viese

ahora enemigos entre sí, causadores de sediciones y guerras civiles, manchando y obscureciendo con su ciega ambición la honra que por tan laudable amistad tenían adquirida. «Mas dejado aparte—añadió—el vituperio que inevitablemente se os sigue, ¿dónde está vuestro juicio cuando aventuráis de este modo vuestra autoridad y vuestra existencia? ¿Pensáis que el rey ha de mirar con indiferencia el peligro y los males que ha de producir vuestra discordia y que no pondrá en el momento que la sepa la orden que conviene para estorbarlos? No os engañéis; presto o tarde ha de venir quien os ponga en paz y os juzgue y por ventura os castigue; entonces, aun cuando el que venga carezca de la ambición, de la soberbia y de la codicia, tan comunes en los jueces comisionados que a estos parajes se envían, siempre os habéis de ver pesquisados, perseguidos y afligidos por hombres de ajena profesión, que, según su costumbre, ponderarán vuestros yerros y los desastres públicos para acrecentar su crédito y encarecer sus servicios. No permita Dios que yo os vea en tan miserable estado, sujetos al albedrío y voluntad ajena y expuestos a sufrir en vuestra autoridad, en vuestra hacienda, y por desgracia acaso en vuestra vida, la decisión rigurosa de la justicia o la ciega y violenta determinación de las pasiones. Consideradlo bien, os repito. ¿No son a la verdad harto anchas estas regiones para que extendáis vuestra autoridad y mando en ellas, sin que por unas pocas leguas más o menos vayáis ahora a enojar al cielo, a ofender al rey y a llenar el mundo de escándalos y desastres?» A estas palabras,

dignas de notarse por ser cabalmente un letrado quien las profería, se contentó el adelantado con responder que quisiera que aquellas mismas razones las hubiese dicho primeramente a D. Francisco Pizarro, cuya gobernación era muy dudoso, según los límites señalados por las provisiones reales, que pudiese llegar hasta Lima, cuanto menos al Cuzco, objeto de la presente diferencia y que indubitavelmente caía en la suya, sobre lo cual, como cosa justa y autorizada, estaba dispuesto a perder la vida si menester fuese. «Según eso, señor adelantado—replicó Espinosa—, vendrá a suceder aquí lo que dice el refrán antiguo castellano: El vencido, vencido, y el vencedor, perdido.»

Podía Almagro haber añadido, para justificar su poca inclinación a convenirse, que, aunque el gobernador había dado a Espinosa y sus compañeros poderes amplios para negociar, un Hernán González que venía con ellos le traía también secreto para revocar cuanto hiciesen. Esta cautela, tan fuera de sazón como poco conforme a la honradez y franqueza con que hombres que se precian de grandes y valientes deben tratar entre sí, llegó a rastrearse por los amigos y consejeros de Almagro, y no es extraño por cierto que, sabida por él, agriase y alterase todas las benévolas disposiciones que pudiese tener para la paz.

La diligencia, sin embargo, y buenos respetos de Espinosa pudieran por ventura arreglar el asunto de modo que no estallase en rompimiento; pero cuando ya se trataba de formar ciertos artículos en que unos y otros se habían convenido, adoleció gravemente

y falleció de allí a poco. Sintieronlo mucho todos los que deseaban sinceramente la paz, porque cifraban en él las esperanzas de conseguirla; sintieronlo también los que le apreciaban por sus prendas personales, que sin duda eran estimables. Mas no así los soldados que habían militado con Balboa: acordábanse aún de haberle visto instrumento de la iniquidad de Pedrarias, y veinte años de servicios, de fatigas y de descubrimientos en Tierra Firme, de prudencia y moderación en su conducta no habían lavado, ni lavarán ya jamás, la mancha puesta a su nombre con aquella injusta sentencia.

Muerto Espinosa, el adelantado despidió a los embajadores con encargo de que dijese al gobernador que, para excusar revueltas y disensiones, lo mejor sería nombrar personas de buena conciencia que, oyendo a peritos, declarasen lo que a cada uno tocaba, con obligación de restituirse recíprocamente lo que cada cual tuviese sin pertenecerle, y le avisasen al mismo tiempo que él iba a ponerse en camino para las provincias de abajo con el objeto de enviar al rey el oro de sus quintos, y de paso iría pacificando la tierra. Movi6 en seguida su ejército a la marina, llevando consigo en prisiones a Hernando Pizarro y dejando en el Cuzco a su hermano Gonzalo y al general Alvarado encargados a Gabriel de Rojas, que quedaba de gobernador en la ciudad. Este movimiento debía ya parecer nueva hostilidad a su contrario, y la arrogancia y soberbia de sus capitanes y soldados lo manifestaban mejor. Ufanos con la sorpresa del Cuzco y la victoria de Abancay, lo menos

que decían era que iban a arrojar al gobernador a mandar a sus anchas en las tierras de los manglares y no había de quedar en el Perú ni una *pizarra* en que tropezar. Con estos fieros y esperanzas bajaron a los llanos, plantaron su real en Chíncha y trataron de fundar allí una ciudad que les asegurase la costa y fuese punto de abrigo para recibir los refuerzos de gente y armas que pudiesen venir, los despachos reales y demás efectos que faltaban en las provincias de arriba. Este pensamiento se puso al instante en ejecución; poblóse la ciudad, que llamaron Almagro, y que por su localidad, por su nombre y por la ocasión parecía destinada a servir de padrón a la de Lima, de insulto y mengua a Pizarro y de orgullo y riqueza a sus fundadores.

Entre tanto, Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado tuvieron modo de sobornar a sus guardas y escaparse del Cuzco con otros pocos españoles que les quisieron seguir. Tomaron su camino por las sierras, y atropellando peligros y dificultades harto trabajosas lograron llegar a Lima y abrazar al gobernador, que se holgó en extremo de su libertad. Esta noticia, llevada al real de Chíncha, alteró los ánimos de modo que Almagro, arrepentido de no haber seguido los consejos rigurosos de Orgóñez, iba ya inclinándose a ponerlos en ejecución respecto de Hernando Pizarro. Jamás estuvo en mayor peligro este capitán; pero Diego Alvarado, constante en protegerle, templó la irritación del adelantado y contradijo las razones que para despacharle daba siempre su general. Hizo más aún, que fué salvarle de las funestas resul-

tas a que su genio áspero y altivo le arrastraba frecuentemente. Tal debió estar un día, que el alférez general de Almagro, que casualmente altercaba con él, no pudiendo sufrirle y perdiendo toda consideración y respeto, le puso una daga a los pechos para pasarle el corazón a tiempo que Alvarado pudo venir a detener el golpe y apaciguar la contienda.

Dió el gobernador oído a la proposición de poner el negocio en tercería, y los dos contendientes se convinieron al fin en poner sus diferencias al juicio del padre Francisco Bobadilla, provincial y comendador de la Merced, a quien uno y otro respetaban como sujeto de letras, probidad y pundonor. El primero que por su desgracia pensó en él fué el adelantado, con mucha contradicción de Orgóñez, que, viendo claro en esto como en todo, decía abiertamente que el padre Bobadilla era más aficionado a D. Francisco Pizarro que no a él; que este juicio, en caso de fiarse a alguno, debía ser, no a un hombre exento como lo era aquel religioso, sino a personas que temiesen a Dios y también temiesen a los hombres; bien que, insistiendo siempre en su modo de pensar resuelto y desengañado, añadía que la verdadera seguridad no consistía en frívolas convenciones, sino en prepararse de modo que el enemigo no pudiese dañar ni ofender. A esto Almagro respondía que si no podía esperarse justicia de un hombre de las prendas que acompañaban al padre Bobadilla, no había en el mundo de quién poder fiar. Pero el suceso manifestó que Orgóñez no se engañaba, y el buen religioso correspondió bien mal a las esperanzas del adelantado.

Es verdad que al principio mostró una grande imparcialidad, y su primera diligencia fué procurar que los dos competidores se viesen y hablasen a presencia suya. Esto era sin duda ir a cortar el mal de raíz si todavía quedaba en ellos algún rastro de la amistad y confianza antigua, pues viéndose, hablándose y abrazándose podían disiparse las sospechas y los efectos funestos de los chismes traídos y llevados por terceros. Concertáronse, pues, estas vistas para Mala, donde el provincial había fijado su residencia y establecido su Juzgado, y se hicieron todos los juramentos y pleitos homenajes que se contemplaron necesarios para la seguridad de unos y otros, obligándose con ellos no sólo los gobernadores, sino también sus respectivos generales, para que las tropas no se moviesen de los puntos que ocupaban mientras la conferencia durase. Prestóle Rodrigo Orgóñez, pero sospechando siempre, según su costumbre, la mala fe de sus contrarios, dijo a Almagro, levantando su mano derecha: «Señor adelantado, no me contentan estas vistas; ruego a Dios que se hagan mejor de lo que yo lo adivino.» El adivinaba en esta coyuntura tan bien como en las demás, y sólo como por milagro se escapó el adelantado de la celada que le tenían prevenida.

El primero que se presentó en Mala fué Pizarro, seguido, según el convenio hecho, de solos doce a caballo; que eran sus principales amigos y confidentes. Poco tiempo después marchó el adelantado, acompañado de otros tantos caballeros, y luego que se supo su llegada, el padre Bobadilla, el gobernador y demás capitanes se pusieron a aguardarle a la puerta

de la casa. Apeóse y fuése para el gobernador con el sombrero en la mano y le hizo reverencia, a la cual Pizarro correspondió tocándose con la mano la celada que tenía puesta y saludándole fríamente. En otros tiempos se abrazaban cuando se veían, y lloraban o de placer o de sentimiento; pero la amistad transpiraba siempre en sus agasajos o en sus quejas. Aquí ya la falsedad, el resentimiento y la desconfianza tenían endurecidos los corazones, y nada se pudieron decir que pudiese satisfacerlos y aplacarlos. Con alguna más atención recibió a los caballeros que le acompañaban, y como viese que no llevaban armas les dijo *que iban de rua*, a lo que ellos cortésmente respondieron que *para servirle*. El provincial rogó a los gobernadores que subiesen a su casa, lo cual hecho, y hallándose algo apartados uno de otro, el primero que prorrumpió a hablar fué Pizarro, que preguntó al adelantado por qué causa le había tomado la ciudad del Cuzco, que él había ganado y descubierto con tanto trabajo; por qué la había llevado su india y sus yanaconas; por qué, en fin, no contento con estas tropelías, le había hecho la grande injuria de prender a sus hermanos. «Mirad lo que decís—contestó el adelantado—en eso de afirmar que ganasteis el Cuzco por vuestra persona; bien sabéis vos quién la ganó. Yo he ocupado el Cuzco porque era ciudad de mi gobernación, según las reales provisiones expedidas en mi favor; mi intención era entrar con ellas sobre mi cabeza y no por armas; vuestros hermanos me la defendieron y ellos me dieron justicia para prenderlos.» «Si mis hermanos—interrumpió el

gobernador—siendo mancebos, os la defendieron, mejor os la defenderé yo.» «Por estas causas—continuó Almagro—he entrado en el Cuzco y me hice recibir por gobernador.» «No eran esas causas bastantes para el desacato de prenderlos ni para romper a Alonso de Alvarado en Abancay. Así, pues, volved al Cuzco y dad libertad a mi hermano, o de lo contrario debéis considerar que va a resultar gran daño.» «El Cuzco está en mi gobernación y no le devolveré si el rey no me lo manda. En cuanto a la libertad de vuestro hermano, letrados hay aquí, y ellos podrán determinar lo que sea justicia, y yo le soltaré si así lo declaran, con tal que se presente ante el rey con el proceso.» «Soy contento de ello», contestó Pizarro.

Así altercaban los dos, cuando los amigos de Almagro llegaron a rastrear que Gonzalo Pizarro se había acercado con tropas a Mala, y aun se decía que tenía dispuesta una emboscada de arcabuceros en un cañaveral, aguardando a que las trompetas hiciesen señal para emprender su mal hecho. En un punto, pues, arrimaron un caballo a la casa, entró Juan de Guzmán, uno de los capitanes, en la sala y le avisó como pudo de ello, y Almagro, sin detenerse, bajó, subió a caballo y con él sus amigos, y a todo galope desaparecieron (1). El gobernador envió tras de él a

(1) Dícese también que Francisco de Godoy, uno de los capitanes de los Pizarros, descontento del mal trato y doblez con que se recibía a Almagro, no teniendo otro modo de avisarle, y viéndole subir a la casa del provincial, empezó a cantar un romancillo que decía:

Tiempo es, el caballero.

Tiempo es ya de andar de aquí.

El adelantado lo entreoyó, y por eso estuvo tan pronto a salir de la sala cuando Juan de Guzmán subió a advertirle.

Francisco de Godoy a saber la causa de aquella improvisa retirada y a convidarle a que viniese a Mala a otro día para terminar su conferencia. Pero el juego estaba descubierto, y el adelantado, que por las razones mismas de Francisco de Godoy llegó a entender mejor la mala fe de su adversario, le contestó secamente que para presentar las escrituras y oír la determinación bastaban los procuradores y no era necesaria su presencia.

A este desabrimiento sucedió el fallo del juez com-promisario que le enconó todavía más. El provincial, vistas las escrituras y oídos como peritos los pilotos que las dos partes presentaron, pronunció su sentencia, que fué tal como si el mismo Pizarro se la dictara; porque, dejando para el resultado de observaciones mejor hechas la división de las distancias y de los términos de una y otra gobernación, se mandaba a D. Diego de Almagro que volviese la ciudad del Cuzco a D. Francisco Pizarro, que la poseía pacíficamente cuando él la tomó a fuerza de armas y manifestamente contra la voluntad del rey, sin ser juez allí ni gobernador; que diese además el oro y la plata perteneciente a los quintos del rey, y que dentro de seis días entregase los presos con sus causas, para que vistos por él hiciese justicia y enviase el oro y la plata a la Corte. Este era el artículo principal o más bien esencial de aquel fallo, que, publicado y comunicado a las partes, fué alabado y consentido por el gobernador. Por el contrario, el procurador del adelantado interpuso apelación para el rey y su Consejo de Indias, a lo que repuso el juez, como era de esperar, que

de su sentencia no había apelación, porque era de consentimiento de ambas partes interesadas.

Mas cuando el aviso de aquella decisión tan parcial llegó al ejército, era de ver cómo en él se expresaban las pasiones de aquellos soldados que de un golpe se creían despojados de lo que con tanto afán, tantos trabajos y peligros habían adquirido. Turbóles la nueva, y la melancolía y el silencio manifestaban bien su amargura y desaliento; mas luego se acordaron de que tenían en sus manos las armas mismas con que se lo habían adquirido, y entonces, furiosos, decían que no debía sufrirse tamaña injusticia como la que aquel religioso había hecho, y volviendo después su cólera contra su general, a voces y en corrillos clamaban contra su ignorancia, contra su vejez y flojedad. «Por ellas—decían—triunfarán los Pizarros y ocuparán las ricas provincias del Perú, mientras que nosotros habremos de ir entre los charcas y collas, que ni aun leña alcanzan para quemar. ¿No hubiera sido mejor, si habíamos de perder el Cuzco, pasar el río Maule y entrar en las provincias del estrecho de Magallanes? Esas a lo menos nadie nos las disputaría.» El alboroto y la agitación eran tales, que el adelantado, aunque lo intentara, no los pudiera apaciguar; pero era preciso sosegarle primero a él, que, confundido e irritado con aquel desengaño, estaba fuera de sí y prorrumpía en expresiones que desdecían de su carácter y ajaban su dignidad. «¿Por ventura se ignora en parte alguna lo que yo he hecho para descubrir este Nuevo Mundo, y los trabajos, fatigas y dispendios que treinta años hace estoy gastando en servicio

del rey y en esta empresa? Llámanme por desprecio tuerto y viejo; pues deben saber que si este viejo, este tuerto, no se hubiera arriscado a ella con la eficacia y tesón de que todo el mundo es testigo, Pizarro la hubiera dejado y vuéltose sin fruto alguno a Tierra Firme; y ahora un fraile cauteloso y fementido ha venido a engañarme con sus mañas para dejar en sus manos un juicio que sólo competía a letrados y juristas, y que él ha corrompido con tan inicua sentencia.»

Esta ira y exaltación del adelantado no eran de extrañar; Bobadilla espontáneamente había dicho que si él fuera juez de aquellas diferencias partiría los límites de las gobernaciones de modo que la de Almagro empezase en la nueva ciudad de este nombre, con la mitad de la tierra que había desde ella hasta Lima. Juraba el fraile hacerlo por el hábito que traía, y el buen Almagro, creyéndole, quiso que fuese él solo quien fallase en el negocio. Es probable que estuviese adiestrado por Pizarro para este caso, y el adelantado cayó simplemente en el lazo que le tenía armado su rival. Orgóñez, viendo a su gobernador tan afligido, le consolaba a su modo y le decía que no tomase pena por lo hecho, pues él mismo tenía la culpa por no haber querido dar crédito a sus verdades. El último remedio de este asunto era cortar la cabeza a Hernando Pizarro, retirarse al Cuzco y hacerse fuertes allí: «De este modo conocerá nuestro enemigo que no se quiere ni paz ni concordia alguna con él. El podrá seguirnos con su ejército, pero, por poderoso que sea, los caminos no son tan fáciles ni tan bien provistos que en cualquier punto no se le

pueda desbaratar.» Repugnaba a Almagro aquel partido desesperado y no se avenía bien con el derramamiento de sangre, y respondió a su general que se viese si Bobadilla quería otorgar la apelación para evitar en cuanto fuese posible las guerras y los alborotos.

Entre tanto, lo que más peligro corría era la vida de Hernando Pizarro, amenazada continuamente por los fieros de los soldados, y no segura de un instante de enojo en el corazón de Almagro. Su hermano lo veía bien; y así, prescindiendo ya de la declaración de Bobadilla, quiso y propuso que se tratase de otros medios de concordia y se diese libertad al prisionero. Queríala conseguir a todo precio y con tanto más ahinco cuanto en su corazón tenía propuesto no cumplir nada de lo que concertase por ella. Y como el adelantado, aunque pronto a enojarse y tenaz en su ambición, procedía de buena fe y repugnaba todo partido violento, dió por fin oídos a la negociación que se entabló de nuevo, y en la cual no dejó de haber altercaciones y dificultades que serían prolijas de referirse. Pero todo vino a terminar en unos capítulos de concordia en que se convinieron, por los cuales el Cuzco quedaba en poder de Almagro interinamente hasta que el rey otra cosa mandase, y Hernando Pizarro era puesto en libertad, haciendo primero pleito homenaje de partir a Castilla en cumplimiento de los encargos que de allí había traído.

A las deliberaciones que se tuvieron sobre esto no fué llamado Orgóñez, pero lo fué cuando ya en virtud de los artículos concertados se trató de realizar la

soltura de Hernando Pizarro. Disculpóse el adelantado del recato que se había tenido con él y justificó su resolución con su deseo de la paz. Mas aquel hombre, tan ingenuo como leal, no pudo menos de exponer que el que en Castilla no había cumplido con su palabra tampoco la cumpliría en las Indias; que donde no había confianza no podía haber amistad; que una y otra, fundadas en verdad y en virtud, no podían existir en compañía del fraude y la malicia: antes juzgaba que no eran muy necesarias las armas; mas ya le afirmaba que le convenía apercibir las para en adelante, pues nunca faltaban excusas a los pérfidos para faltar a sus promesas. Y haciendo enérgicamente con sus manos la demostración de cortarse la cabeza, «¡Orgóñez! ¡Orgóñez! —exclamó—. Por la amistad de D. Diego de Almagro te han de cortar ésta.» Otro soldado valiente dijo a voces: «Señor adelantado, hasta ahora no truje pica; pero de aquí adelante la traeré de dos hierros.» Todo el campo, alborotado, sabiendo lo que se trataba y convencido del carácter pérfido, implacable y vengativo de Hernando Pizarro, manifestaba los mismos recelos que Orgóñez, y con cédulas, motes y escritos sin autor se daba a entender que si se deseaba paz no convenía descuidarse.

Pero la suerte estaba echada, Almagro resuelto y todos en expectación. El mismo fué al lugar en que se custodiaba el preso, mandó al alcaide que le sacase y los dos se abrazaron. El adelantado le dijo que olvidase las cosas pasadas y tuviese por bien que en adelante hubiese paz y tranquilidad entre todos, a lo que respondió Hernando Pizarro que ninguna cosa más

deseaba, y que por su parte no faltaría a ello. Hizo luego el juramento y pleito homenaje acordado en las capitulaciones. Almagro le llevó a su casa y le regaló espléndidamente; allí le visitaron y hablaron los capitanes y caballeros del ejército, y saliendo todos a despedirle como una media legua, acompañado de D. Diego, hijo del adelantado, de los dos Alvarados y otros caballeros, llegó por fin al campo de su hermano. De él fueron recibidos con las demostraciones de alegría y agasajo propias de la ocasión: los regaló, les dió dádivas y joyas, principalmente al joven D. Diego, y los despidió con todo agrado y cortesía. Vueltos al campo, aunque la mayor parte del ejército sospechaba que la paz no duraría mucho tiempo, Almagro, no obstante, seguía en su confianza, y más sabiendo el buen recibimiento que Pizarro había hecho a su hijo. Con estos pensamientos lisonjeros pasó su campo al valle de Zangalla, donde trasladó el pueblo que había empezado a fundar en Chincha, y no se ocupó entonces de otra cosa que de enviar los quintos del rey a Castilla.

Diversas por cierto eran las disposiciones del campo contrario. Luego que los dos hermanos pudieron hablarse a solas, Hernando pidió al gobernador venganza de las injurias que se habían hecho a los dos con la toma del Cuzco, despojo de su hacienda, larga prisión y demás violencias de Almagro: decíale que no era honor suyo dejarlas de castigar, y que para eso se debía seguir y prender al adelantado. Convenía el gobernador en la razón del enojo y en la justicia del castigo, pero vacilaba en tomarla por su mano.

«Temo—decía—la ira del rey.» «¿Y la temía él cuando se atrevió a entrar por fuerza en el Cuzco y ponerme a mí en prisión?» No era, pues, posible contener el deseo de sangre y de venganza que ardía en aquel ánimo soberbio, aun cuando las intenciones del gobernador estuviesen mejor dispuestas; que no lo estaban sin duda, visto el encadenamiento de fraudes y de artificios con que había conducido la negociación hasta llevar las cosas al punto en que se hallaban. Juntó sus capitanes, y en presencia de ellos pronunció auto en que, calificando de delitos todas las operaciones del adelantado desde su vuelta de Chile, se constituía vengador y castigador de aquellos males, y mandaba que su hermano Hernando Pizarro no saliese del reino hasta pacificarlo, por la necesidad que allí de su persona había, pudiéndose enviar los quintos al rey con otro sujeto de confianza. Resistió Hernando el cumplimiento de esta parte del auto, alegando el encargo especial que había traído de la Corte, y para completar esta farsa indecente, que a nadie podía engañar, se hizo repetir aquel mandato dos y tres veces y aun amenazar con castigo si no se le obedecía.

Hízose en seguida al adelantado la intimación de estilo para que, en cumplimiento de una provisión real que había venido algunos días antes sobre límites de las dos gobernaciones, se saliese de lo poblado y conquistado por el gobernador, y de no hacerlo, fuesen de su cuenta los daños y males que se siguiesen de su resistencia. Aunque turbado con un golpe tan imprevisto para él, respondió que, en cumplimiento de aquel real despacho, no saldría del lugar donde se

le notificaba; que hiciese lo mismo el gobernador y que los daños corriesen de su parte si otra cosa hacía. Esta diligencia era en realidad la declaración de la guerra, y los dos partidos se prepararon a hacérsela con toda la animosidad de sus recíprocos agravios y de sus pasiones exaltadas.

Las fuerzas no eran ya iguales ni la confianza la misma. Los Pizarros tenían doble gente que Almagro, bien pertrechada, dirigida por capitanes experimentados, y todos adictos y fieles a la causa que defendían, los unos por creerla más legítima, los otros seducidos y fascinados por las magníficas promesas del gobernador, y éste, más firme y más recio mientras más años tenía, redoblaba sus esfuerzos y su tesón para vindicar su autoridad desairada, de la cual cada vez era más celoso. Almagro, al contrario, debilitado por la edad y por los achaques que ya empezaba a padecer, con un carácter infinitamente menos firme aunque más bueno, cansado de negociar inútilmente y gastado con el tiempo, no podía comunicar a su gente la confianza y el ánimo que él no tenía. Orgóñez poseía las calidades de alma que faltaban a su jefe, y las poseía en alto grado, pero carecía de la autoridad y del influjo propios de un caudillo principal, centro de las operaciones y de los intereses de todos, y por una fatalidad singular sus dictámenes, que eran los más seguros, fueran siempre combatidos por Diego de Alvarado, que más blando, más comedido y por lo mismo más acepto a Almagro, conseguía siempre al fin que los suyos prevaleciesen. Los demás capitanes, bizarros sin duda y valientes

a toda prueba, tenían menos subordinación y menos unidad de intereses y de miras que los del marqués. Los soldados, en fin, inferiores en número, intimidados unos con el superior poder de sus enemigos y otros ganados con sus artificios para que abandonasen sus banderas cuando llegase la ocasión, no componían un cuerpo tan dispuesto a moverse con igualdad como el ejército contrario.

Así no es de extrañar que todas las operaciones de las tropas de Almagro, desde que volvió a estallar la guerra hasta que finalizó con la batalla de las Salinas, fuesen una serie no interrumpida de yerros y de desastres. Perdieron las alturas de la sierra de Guaytara, donde con poquísima gente pudieron deshacer a sus contrarios, y se dejaron sorprender por ellos. Perdieron también la ocasión de desbaratarlos cuando, empeñados en el paso de la sierra, se hallaron los Pizarros atacados del frío intenso y cruel que allí reina, y transidos, pasmados, luchando con vértigos y bascas de muerte presentaban fácil victoria a sus poco advertidos enemigos. No se atrevieron a seguir el dictamen de Orgóñez, que, viendo a los Pizarros determinados a seguir su camino al Cuzco, propuso revolver impetuosamente sobre Lima, entonces desamparada de fuerzas, rehacerse allí de gente, escribir a España el verdadero estado de las cosas y equilibrar la reputación ocupando la nueva capital del imperio, ya que el enemigo se apoderase de la antigua. Este parecer, en el cual Orgóñez daba la mejor prueba de su pericia y denuedo militar, era acaso el único camino de salvación que les quedaba. Pero

aunque algunos capitanes le aprobaron, fué contradicho por otros, que, aparentando no querer perder el fruto de sus fatigas en la posesión del Cuzco, no querían en realidad abandonar a sus contrarios las riquezas que en él tenían ni alejarse de las delicias y regalos que allí disfrutaban. Siguióse por su mal el parecer de los últimos, y ni cortaron los puentes de los ríos que habían de hallar sus contrarios en su marcha, ni los molestaron en ninguno de los pasos difíciles del camino. Vueltos, en fin, al Cuzco, en vez de atrincherarse y fortificarse allí para defenderse los pocos de los muchos, confiados en su valor, o más bien arrastrados de su mala fortuna, presentan en campo raso la batalla a sus enemigos, que, si bien eran menos fuertes en caballería, les eran muy superiores en arcabucería y ordenanza militar.

Pizarro, luego que los suyos arrojaron a los contrarios de las alturas de Guaytara, los llevó al valle de Ica para que se repusiesen de las fatigas y trabajos pasados en la sierra. Allí determinó entregar el ejército a sus hermanos para que persiguiesen a Almagro, que había ya tomado la vuelta del Cuzco. Hernando iba de superintendente, gobernador y cabeza de la expedición; Gonzalo, con título de capitán general. Recomendólos el gobernador a los capitanes y soldados, excusándose él de no mandarlos, con sus enfermedades y su vejez; animó a todos con la esperanza de una segura victoria sobre sus contrarios, vencidos ya y fugitivos; la cual no sería batalla, sino un justo castigo de hombres enemigos de su rey. Todos respondieron a voces que estaban prontos a ello, y con esta

alegre disposición se dió la señal de marchar, tomando el ejército el camino del Cuzco y el gobernador el de Lima.

No faltó quien, aun en el extremo a que ya eran llevadas las cosas, y entre gente tan olvidada al parecer de todas sus obligaciones, tuviese osadía para representar a los dos hermanos que bastaba ya la sangre española vertida en el levantamiento del país y en la prosecución de tantos desvaríos; que se acordasen de lo que debían a Dios, al rey y a la patria, y suspendiesen los aparatos de guerra, ofreciéndose ellos a que por términos pacíficos se arreglase todo a su voluntad. Mas era ya tarde para que este último y generoso esfuerzo de la humanidad y de la razón fuese oído de aquellos hombres soberbios y vengativos. Hernando Pizarro respondía que D. Diego de Almagro era el que había roto la guerra; bien seguro y tranquilo se hallaba él en el Cuzco sin tener pensamiento de enemistad con ninguno, cuando el adelantado, con las banderas tendidas y al son de los atambores, se había declarado enemigo de los Pizarros; bien era menester que entendiese a qué hombres había ofendido; y así, no había que pensar en más que en ir a buscar al enemigo y que las armas decidiesen cuál era el partido que debía prevalecer. El gobernador, aunque con menos violencia, resistía con igual dureza las sugestiones de paz; el que se atrevió a firmar «que su jurisdicción llegaba hasta el estrecho de Magallanes (1), devoraba ya en el deseo la inmensi-

(1) Para esta expresión ambiciosa y temeraria véase Herrera, dé cada 6.^a, lib. 4, cap. II.

dad de su mando y anhelaba el momento de arruinar sin recurso a su adversario para verse único y solo gobernador de aquellas dilatadas regiones. Los temores que pudiera darle el desagrado de la Corte obraban como inciertos y lejanos, y seiscientos mil pesos de oro que tenía recogidos para enviar al rey le parecían suficiente justificación o disculpa de cualquier atentado. No había, por consiguiente, respeto que le enfrenase ni consideración que le moviese, siendo su ambición hidrópica más insaciable en él todavía que en su hermano la venganza. A esta disposición tan enconada en los jefes se añadía la que animaba a oficiales y soldados, los unos ganosos de lavar la afrenta recibida en Abancay, los otros anhelando ir a apoderarse de las riquezas y gozar de las delicias que los de Almagro disfrutaban, prometidas a ellos en premio de los trabajos y peligros que sufrían en aquella contienda. Cerróse, pues, el paso a todo buen consejo, y unos y otros se despeñaron en los horrores de la guerra civil.

Decidióse ésta en el campo de las Salinas, a media legua del Cuzco, donde los dos bandos se encontraron (26 de abril de 1538). Estas batallas de América, que en Europa apenas pasarían por medianas escaramuzas, llevan consigo el interés de los grandes resultados que tenían, y el del espectáculo de las pasiones, manifestadas en ellas frecuentemente con más energía que en nuestras sabias maniobras y grandes operaciones. Díjose la misa muy de mañana en el campo de los Pizarros, como si con esta muestra de devoción legitimasen y santificasen su causa. En seguida Hernan-

do, armado de todas piezas, con una rica sobrevesta de damasco naranjado y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, con que amigos y enemigos le distinguiesen de lejos, sacó su gente al combate, y atravesando un río y una ciénaga que había delante se fué a encontrar con el ejército contrario. Las fuerzas no eran iguales: prevalecían a la verdad las de Almagro en caballería y en indios auxiliares; pero era doble el número de los españoles en el campo de los Pizarros, y una manga de arcabuceros que acababa de llegar de Europa les daba gran ventaja en esta parte esencial, y decidió la fortuna del día. Porque luego que vencieron los malos pasos que tenían que atravesar y estuvieron al alcance de su arma, aquellos diestros tiradores, animados por Hernando Pizarro que les gritaba: «¡A las astas arboladas!» pusieron fuera de combate a más de cincuenta de los caballeros contrarios. No ayudaba tampoco el terreno a la arremetida e impetuosidad de los caballos, que era en lo que podían llevar ventaja los de Almagro; Orgóñez, receloso de ser envuelto por la superioridad de su adversario, había elegido una posición más propia para resistir que para atacar. En esto quizá lo erró, y proporcionó al temor y a la fuga la ocasión que había quitado a la audacia. Su gente, hostigada con aquel fuego certero y sostenido, empezó a flaquear muy pronto: unos dejaban la formación por irse a guarecer detrás de unos paredones arruinados que había en el campo; otros huían a la ciudad; otros, en fin, sin sacar la espada se pasaron vilmente al campo contrario, siguiendo el ejemplo que les dió Pedro Hurtado, alférez

general de Almagro. Ya entonces, perdido el orden de batalla, empezaban a mezclarse unos con otros y a campear solamente el esfuerzo personal de los hombres señalados. Pedro de Lerma, conociendo de lejos a Hernando Pizarro, se arrojó a él llamándole a voces *traidor y perjuro*, y le encontró tan poderosamente que le hizo arrodillar el caballo, y allí le matara si no fuera tan bien armado. Otros hacían por su parte iguales hechos con los contrarios que se les ponían delante. Orgóñez, que no había olvidado ninguno de los deberes y atenciones de general, hizo con su persona todo lo que podía esperarse de su arrojo y resolución. Dos soldados enemigos atravesó con su lanza, y oyendo a otro cantar victoria, cerró al instante con él y le pasó el pecho de una estocada. En esto, viendo que algunos de los suyos se retiraban de la batalla, voló a ellos con su caballo para hacerlos volver a ella. Herido en la frente de un arcabuzazo, muerto el caballo y caído debajo de él, todavía pudo desembarazarse y defenderse peleando de la muchedumbre de enemigos que le tenían cercado y le decían que se rindiese. Preguntó si había allí algún caballero a quien se pudiese entregar. Un Fuentes, criado de Hernando Pizarro, respondió que sí y que se diese a él. Así lo hizo, y luego que entregó la espada y le cogieron entre todos, el Fuentes arremetió a él y le degolló con una daga. Así murió este hombre, digno por su valor y su marcial franqueza de mejor guerra y de mejor fortuna. Matáronle a la verdad bajo el seguro de rendido, y esto hace más fea y vil la acción de su matador; pero a pensar con equidad, no tuvo

peor suerte que la que él mismo destinaba a sus vencedores si hubiesen caído en sus manos. Era natural de Oropesa, había servido en las guerras de Italia y se halló de alferez en el saco de Roma. Poco antes de su muerte le había dado el rey el título de mariscal de la Nueva Toledo.

Ya en esto los capitanes Salinas, Lerma, Guevara y otros habían caído heridos gravemente o muertos, y la gente de Almagro, enflaquecida y desalentada con tales desastres, acabó de desmayar de todo punto con la prisión y muerte de su general. Declaróse la victoria en favor de los Pizarros, el campo quedó por ellos y la ciudad fué al instante ocupada por el vencedor. Lleno de ira y de soberbia y respirando venganza, era por demás esperar de él ni generosidad ni clemencia. Al tiempo que ponía la cabeza de Orgóñez en un garfio en la plaza, cargaban de prisiones a todos los capitanes y caballeros distinguidos del bando contrario; los soldados saqueaban las casas, y algunos saciaban su enojo a sangre fría en los infelices prisioneros que no se les podían defender. Así mataron traidoramente al capitán Rui Díaz, llevándole un amigo a las ancas de su caballo; así pereció también Pedro de Lerma, que, cubierto de heridas y casi exánime, fué sacado del campo por otro amigo suyo y llevado a su casa, donde no pudo defenderle de un bárbaro alevoso que le pasó a estocadas en la cama donde yacía moribundo. Aumentábase el disgusto y horror de estos desastres escandalosos con la licencia y el gozo que se notaba en los indios. Vióseles acudir de todos aquellos contornos y tenderse por

los cerros circunvecinos para gozar del espectáculo sangriento que sus opresores les daban; oyóseles al comenzar la batalla herir los vientos con alaridos de sorpresa y de alegría, y después, cuando terminado el combate el campo quedó abandonado y solo, bajaron como aves carniceras a despojar los muertos, rematar los heridos, y, creciéndoles la insolencia con la impunidad, entrar y robar el real de los vencedores.

Y ¿qué era entre tanto del sin ventura adelantado? El día antes de la batalla, como si anteviera ya su acerba suerte, después de la revista de su tropa, a que estuvo presente en andas, porque no podía tenerse en pie, propuso a su general que se buscasen medios de paz y se excusase la sangre. Desechado esto fieramente por Orgóñez, animó noblemente a sus soldados antes de la pelea y entregó el estandarte real a Gómez de Alvarado, recordándole su amistad y sus obligaciones. Después, no pudiendo por su indisposición y flaqueza asistir al combate, se puso a mirarlo desde lejos en un recuesto, y vió con la congoja y agonía que son de imaginar sus amigos rotos y vencidos y a él despojo de la fortuna y de las iras de un enemigo implacable e irritado. Recogióse huyendo a la fortaleza del Cuzco, adonde después de la batalla le fué a buscar Alonso de Alvarado y le trajo a la ciudad para ponerle en el mismo encierro y con las mismas prisiones que habían sufrido él y los dos hermanos Pizarros. Hubo allí un capitán que, viéndole por primera vez y considerando su mala presencia y desagradable catadura, alzó el arcabuz para matarle

diciendo: «Mirad por quién han muerto a tantos caballeros.» Esta indignación soldadesca no dejaba de llevar consigo una especie de generosidad, porque ¡de cuántos sinsabores, de cuántas congojas y humillaciones le libertara aquel golpe si Alonso de Alvarado, que le contuvo, le hubiera dejado descargar!

Al principio le fué a ver Hernando Pizarro por ruego suyo; le consoló, le dió esperanza de vida y le aseguró que esperaba a su hermano y que se conformarían los dos, y si se tardase en venir, daría lugar a que se fuese donde estuviese. Enviábale regalos a la prisión, le aconsejaba que estuviese alegre, y hubo vez en que envió a preguntarle que de qué modo iría mejor a ver a su hermano, si en silla o en andas; el prisionero, agradecido, respondió que iría mejor en silla, y con estas buenas palabras de día en día esperaba verse puesto en disposición de tratar sus cosas con su antiguo amigo y compañero. Mas entre tanto se le estaba formando un proceso capital; se admitían para hacerle cargos todas las delaciones y acriminaciones que pudieran agravar su causa, y fueron tantos los que acudieron a declarar contra él, en obsequio de su perseguidor, que los secretarios no se daban manos a escribir, y el proceso llegó a tener más de dos mil fojas. Entregado así a las pesquisas y cavilaciones judiciales, que cuando se llevan así por semejante estilo son una degradación todavía peor que el suplício, el miserable prisionero estaba a orillas del sepulcro y no conocía ni su daño ni su peligro. Habían ya pasado dos meses y medio desde el día de la bata-

lla (1) cuando pareció al vencedor que era ya tiempo de concluir aquella comedia tan grosera como cruel. Cerró el proceso, condenóle a muerte y mandó que se le intimase la sentencia.

La tribulación y congoja que recibió el triste Almagro con aquella terrible nueva fueron iguales a la seguridad y confianza en que a la sazón se hallaba, y aquel hombre, que con tanta intrepidez y denuedo había arrostrado la muerte en el mar, en los ríos, en los desiertos y en las batallas, no tuvo ánimo para considerarla en las manos de un verdugo. Dese todo lo que se quiera a la edad, a los achaques, al abatimiento que infunden los infortunios, al desaliento y soledad de una prisión prolija y rigurosa; pero no puede menos de considerarse con menos lástima todavía que indignación y vergüenza a aquel miserable anciano postrado delante de su inexorable enemigo y pedirle por amor de Dios que no le matase, que atendiese a que no lo había hecho con él pudiendo hacerlo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los había tenido en su poder; que mirase cómo él había sido la mayor parte para que su hermano Francisco Pizarro subiese a la cumbre de honra y riqueza que tenía; dijole que considerase cuán flaco, viejo y gotoso estaba; cuán pocos podían ser los tristes días de vida que le quedaban, y pidióle

(1) Herrera dice que cuatro; pero en una carta inédita que he tenido a la vista, del tesorero Manuel de Espinal al emperador, se fija el día de la pronunciación de la sentencia en 8 de julio de 1538, y por consiguiente, no era tanto el tiempo. Espinal era testigo de vista, y su carta contiene una relación bastante menuda de todo el suceso, aunque se muestra muy parcial en favor de Almagro.

que se los dejase vivir en la cárcel para llorar sus pecados. El lastimero tono en que estas cosas decía podrían ablandar las piedras, mas no aquel corazón de bronce, que con un desabrimiento y dureza digna de sus malas entrañas le respondió que se maravillaba de que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte; que no era ni el primero ni el último que así acabaría; y supuesto que presumía de caballero y de ilustre, la sufriese con entereza y dispusiese su alma porque era una cosa que no tenía remedio (1).

Pero el que tan pusilánime se había mostrado delante de su contrario pidiéndole la vida, luego que se desengañó de la inutilidad de sus ruegos y vió que era forzoso morir, se dispuso a este acto con decencia y gravedad, harto más propias de su carácter que su flaqueza anterior. Ordenó su alma y dispuso su testamento, dejando por herederos al rey y a su hijo, declarando que tenía gran suma de dinero en la compañía con D. Francisco Pizarro; pidió al rey que hiciese merced a su hijo, y en virtud de la facultad real que tenía, nombróle por gobernador de la Nueva Toledo, dejando por administrador de este encargo, hasta que tuviese edad, a su caro y fiel amigo Diego de Alvarado, que hizo por él entonces todas cuantas gestiones y oficios correspondían a su lealtad y a su cariño. Y cuando el desdichado hubo cumplido con

(1) Pensar que Hernando Pizarro se había de ablandar con lástimas y razones era pensar un delirio. Cuando antes de la batalla los tráfugas de Almagro le decían, para congratularse con él, que el adelantado quedaba tan enfermo que ya sería muerto, «no me querrá Dios tan mal —exclamaba él— que le deje morir sin que yo le tenga en mis manos.»

estos tristes y solemnes deberes, volvióse al capitán Alonso de Toro, que sin duda debía ser uno de los más encarnizados contra él, y le dijo: «Ahora, Toro, os veréis harto de mis carnes.» La muerte se ejecutó en la prisión, dándole garrote en ella y sacándole después a la plaza, donde públicamente le cortaron la cabeza. Después le llevaron a las casas de un amigo suyo, el capitán Hernán Ponce de León, donde estuvo de cuerpo presente, y luego le enterraron en la iglesia, acompañándole Hernando Pizarro y todos los capitanes y caballeros del Cuzco.

Era manchego (1), hijo de padres humildes y desconocidos, y tenía sesenta y tres años cuando le mataron. Fué a las Indias con Pedrarias Dávila, y en el Darién se amistó y asoció con Francisco Pizarro, viviendo siempre los dos en comunidad de granjerías y de intereses, tal vez por conformarse también los hábitos y los caracteres. Su persona y sus costumbres fueron tales cual resultan de la serie de los sucesos referidos. Indios y españoles todos le lloraron a porfía; los primeros decían que nunca recibieron de él pesadumbre ni mal tratamiento; los segundos perdían un caudillo generoso, a quien seguían y servían más por inclinación que por interés. Hubo de ellos algunos que a voces llamaron *tirano* a su matador y le amenazaron con venganza. Hasta los del bando contrario juzgaron aquella ejecución no sólo rigurosa, sino injusta, y la tuvieron por muestra bien cruel de

(1) Herrera le hace natural de Aldea del Rey, y esto es lo más probable; Zárate, de Malagón; Gomara y Garcilaso, de Almagro; todos, pues, convienen en que era de la Mancha, aunque difieren en el pueblo.

ánimo tan inicuo como desagradecido. Olvidábanse entonces la poca dignidad de su trato, su vanidad pueril, su inconsideración y su imprudencia, para no recordar mas que la amable dulzura, incansable generosidad, fácil clemencia y afectuoso corazón con sus capitanes y soldados. Nosotros simpatizamos fácilmente con el justo dolor y sentimiento de aquella agradecida muchedumbre; pero la afición que inspiran las amables prendas del adelantado y la compasión debida a su infortunio no deben cegar los ojos de la razón y de la equidad; y dando lágrimas a su desastrada muerte, confesaremos, sin embargo, que él fué sin duda el agresor en aquella guerra civil. Aun cuando el Cuzco cayese en los términos de su gobernación, lo cual estaba muy lejos de ser cierto (1), no debía dar el escándalo de tomarse por sí mismo la justicia con las armas en la mano. Puso imprudentemente este debate al arbitrio y decisión de la fuerza porque a la sazón era más fuerte; él fué flaco a su vez, y entonces la fuerza le arrolló.

La odiosidad de esta ejecución recayó al principio toda sobre Hernando Pizarro, como instrumento inmediato y visible de ella; mas después se fijó con más encono en el gobernador, como principal autor de aquel desastre, hecho a su nombre y bajo su autoridad, sin que él, en tanto tiempo como duró el proceso, hiciese el menor esfuerzo para impedirle. Luego

(1) El término del paralelo de Chíncha pasaba por cerca de la ciudad del Cuzco; pero con el aumento de las setenta leguas que se había dado a la gobernación de Pizarro quedaba indudablemente dentro de ella la capital del Perú.

que recibió la noticia de la victoria de las Salinas determinó ponerse en marcha hacia el Cuzco para gozar allí de su triunfo y ostentar su poderío. Al salir de Lima prometió a cuantos le aconsejaron la moderación y clemencia, que no tuviesen cuidado, que Almagro viviría y volvería con él a la amistad antigua. Lo mismo ofreció al joven D. Diego, que le pidió humildemente la vida de su padre cuando se le presentaron en Jauja los capitanes que se le llevaban de orden de su hermano; y a las graciosas palabras con que le hizo esta promesa, añadió otras de consuelo, dando orden, cuando le despidió, de que se le proveyese de todo lo necesario y se le tratase en su casa con el mismo regalo y respeto que a su hijo D. Gonzalo. Buenas y loables demostraciones si el efecto y la verdad correspondiesen a ellas, y si entre tanto no se prosiguiera el proceso y no tuviera las funestas resultas que ya se han contado. Detúvose en Jauja cuanto le pareció necesario para ser desembarazado de su competidor, y la noticia de su muerte le cogió ya vuelto a poner en camino y cerca del puente de Abancay. Sus amigos contaban que al oírla estuvo gran rato con los ojos bajos, mirando al suelo y derramando lágrimas; otros aseguraron que, cerrado el proceso, su hermano le envió a preguntar lo que había de hacerse, y que la respuesta fué que hiciese de modo que el adelantado no los pusiese en más alborotos. No se opone lo uno a lo otro, y estos grandes comediantes que se llaman políticos tienen a su mandado las lágrimas cuando ven que les convienen.

Llegado al Cuzco, le recibieron con los aplausos y el

fausto que convenía a su poder. Conocióse allí cuánto se había alterado su condición con la mudanza y favores de la fortuna. Los indios, que antes eran acogidos por él con indulgencia y agrado, los recibía entonces con aspereza y desabrimiento, y a las quejas que le daban por los ultrajes que padecían de los castellanos les respondía que mentían. El mismo semblante mostraba, y aun peor voluntad, a los soldados de Chile, como partidarios de Almagro, olvidándose de los grandes servicios que habían hecho al rey y no teniendo respeto alguno a sus necesidades. Presentósele Diego de Alvarado como testamentario del adelantado su amigo, y le pidió que le mandase desembarazar la provincia de la Nueva Toledo para que se cumpliera el nombramiento hecho por el adelantado en su hijo. Usó Alvarado en esta demanda de aquel comedimiento y urbanidad que usaba en todas sus cosas, y tuvo el cuidado de advertir que dejaba aparte el debate de la ciudad del Cuzco hasta que el rey determinase sobre ella. Ni esta circunspección ni el justo y amable proceder de Alvarado le defendieron de ser recibido con aspereza y soberbia. La respuesta fué «que su gobernación no tenía término y llegaba desde el estrecho de Magallanes hasta Flandes»; dando a entender así que su ambición no tenía límites, y que con la felicidad excesiva había perdido enteramente aquella prudencia y compostura de ánimo en que antes sobresalía.

Era tan celoso de mando y tan irritable en su orgullo, que porque le dijeron que Sebastián de Belalcázar solicitaba de la Corte el gobierno en propiedad de

todas las provincias de abajo, le declaró al instante una ojeriza que no se le acabó sino con la muerte. Ni los servicios de Belalcázar, ni el respeto y reverencia que siempre le tuvo, ni la sumisión con que se envió a disculpar de la imputación que se le hacía bastaron a sacudir de su ánimo las sospechas y el ansia de perturbarle de allí. Ejército no podía mandar contra él porque el que tenía iba entonces persiguiendo al adelantado Almagro; pero dió comisión a Lorenzo de Aldana, uno de sus capitanes, para que fuese al Quito y despojase cautelosamente a Belalcázar de la autoridad que tenía delegada en él para gobernar aquel país y procurase, sobre todo, prenderle y enviarle bien custodiado a Lima. Su anhelo entonces era que el rey diese en gobernación las provincias de abajo a Gonzalo su hermano, y en esto consistía el delito de Belalcázar. Por fortuna, este hombre infatigable y belicoso se hallaba entonces engolfado en sus aventuras y descubrimientos de la otra parte del Ecuador y no podía atender al desaire que su antiguo general le hacía en el Quito. Aldana, por consiguiente, se estableció allí sin oposición ninguna y mantuvo la provincia bajo la obediencia de su primer descubridor.

Cuando Pizarro llegó al Cuzco no encontró allí a sus hermanos, pues se hallaban en la provincia del Collao pacificando indios y buscando minas. Mas como Hernando tuviese ya necesidad de volver a Castilla para cumplir sus promesas y el encargo que la Corte le había hecho, apresuró su viaje, recogiendo cuanto oro y plata pudo para sí y para el rey por todos los medios buenos y malos que se le vinieron

a las manos. Sabía él harto bien que un buen tesoro sería la mejor justificación de sus hechos en la Corte. Al despedirse del gobernador, le dió por consejo que enviase a Castilla al hijo de Almagro para quitar la ocasión de que el bando de Chile le tomase por cabeza y pretexto para cometer algún atentado contra su persona; que no consintiese que aquellos hombres fieros y belicosos anduviesen juntos ni que viviesen en ninguna parte de diez arriba; sobre todo, que mirase por sí y anduviese siempre bien acompañado. El marqués se burló de estos avisos y le respondió «que se fuese su camino adelante y se dejase de semejantes recelos, pues las cabezas de aquellas gentes guardarían la suya». El tiempo manifestó cuán fundados eran los temores de Hernando Pizarro y que el consejo de enviar al joven D. Diego a Castilla era de hombre que sabía ver las cosas de muy lejos. Fuese Hernando (1539), y el cúmulo de oro que llevaba consigo no le podía asegurar contra la inquietud que le infundían sus procedimientos en la guerra civil. No se atrevió a tocar en Panamá, temiendo que allí la Audiencia le pidiese razón de su conducta y le prendiese, como efectivamente así estaba dispuesto. Navegó hasta Nueva España, y desembarcando en Guaturco le prendieron cerca de Guajaca y le llevaron a Méjico. Mas el virrey, D. Antonio de Mendoza, que no tenía órdenes ningunas sobre su persona, y de sus culpas nada le contaba, le dejó proseguir su camino a Castilla, donde podrían hacérsele los cargos que se estimasen justos. Embarcado en Veracruz y llegado a las islas Azores no se atrevió a pasar adelante hasta saber

por sus amigos si podía hacerlo con seguridad. Ellos le respondieron que sí, y con esta confianza se atrevió a entrar en España y a presentarse en la Corte.

No halló en ella de pronto ni el castigo que merecía ni la buena acogida que sus amigos le anunciaron. Habíale precedido la fama de sus violencias, y estaba ya pidiendo justicia contra él aquel Diego de Alvarado, tan encarnizado ahora en su daño como constante otro tiempo en defenderle. Amigo el más querido del desdichado Almagro, él había recibido en su seno los pensamientos y últimos suspiros del anciano moribundo; a él encomendó su hijo, a él las esperanzas de su suerte, a él acaso también los intereses de su venganza. La desaparición de Alvarado al ver inútiles los esfuerzos y súplicas empleadas en favor de Almagro fué igual a la confianza que por sus oficios anteriores con el vencedor había concebido de salvarle. Considerábase homicida de su amigo por la contradicción que había hecho a los rigurosos consejos de Orgóñez; lloraba su ceguedad y llamaba a voces ingrato y tirano a Hernando Pizarro, diciendo que por haberle él dado la vida se la quitaba a su amigo. Jamás se le conoció consuelo desde aquel trance cruel, y después de haber probado en vano si el gobernador reconocía los derechos del joven Almagro, vino a España a hacerlos valer ante el rey, dejando sembrada en el camino la odiosidad debida a las iniquidades de hombres tan injustos y crueles. Llegado Hernando a la Corte, se hicieron los dos la guerra al principio con demandas, con recusaciones, con cavilaciones de foro. Aveníase esto mal con la impaciente

vehemencia de Alvarado, y no queriendo aventurar la venganza de su muerto amigo a medios tan inciertos y prolijos, apeló a las armas de caballero. Envió, pues, a Hernando Pizarro un cartel de desafío en que le provocó a salir al campo, obligándose a probarle allí con su espada que en su proceder con el adelantado Almagro había sido hombre ingrato y cruel, mal servidor del rey y fementido caballero. No se sabe lo que contestó Hernando; pero el bizarro Alvarado falleció de una enfermedad aguda de allí a cinco días; y muerte tan oportuna, atendiéndose al carácter perverso que se conocía en su adversario, no se creyó exenta de malicia. Así acabó, víctima de su amistad y de sus bellos sentimientos (1540), este hombre amable y leal, tan tierno y consecuente en sus cariños, tan franco y noble en sus odios, y cuyo carácter, en medio de las atrocidades y alevosías que alrededor de él se cometen, sirve como de consuelo al ánimo afligido con ellas y vuelve por el honor de la especie humana envilecida.

Su fiero y arrogante rival no disfrutó mucho tiempo la seguridad y sosiego que le proporcionaba esta muerte. Los jueces del proceso acordaron muy pronto que se le prendiese, y fué puesto en el alcázar de Madrid. Después, al trasladarse la Corte a Valladolid, fué llevado al castillo de la Mota de Medina, donde hasta el año de 560 (1) permaneció sepultado y olvi-

(1) Así viene a deducirse de la información hecha hacia los años de 1625 por un nieto suyo, para la vindicación del título de marqués, que se halla entre los documentos reunidos por Muñoz. Garcilaso dice que su libertad no fué hasta el año de 62.

dado de los hombres el que tanto ruido había hecho en ambos mundos por sus riquezas y por sus pasiones.

Mas la víctima principal debida a los manes de Almagro y Atahualpa estaba por sacrificar todavía, y la confianza imprudente de Pizarro, nacida de su soberbia y de su orgullo, le iba ya arrastrando por momentos al cuchillo de la venganza. Después de la muerte de su competidor todo reía al parecer a la ambición que le dominaba, y en las novecientas leguas que hay desde los Charcas hasta Popayán no había otra voluntad que la suya. La Corte le trataba siempre con la mayor deferencia y le había hecho marqués de los Charcas, dándole también facultad de agregar diez y seis mil vasallos a su mayorazgo. Sus hermanos, uno en España le defendía de los tiros del odio y de la malevolencia; otro, enviado por él al Quito de gobernador, le aseguraba por aquella parte y aun se preparaba a extender su dominación y su nombre por las tierras ricas, según la opinión de entonces, de los quixos y de la canela. El, roto y cansado por la edad, se entregaba a su gusto favorito de fundar y de poblar, y a estos últimos cuidados de su vida se deben las fundaciones de La Plata, de Arequipa, de Pasto y de León de Guanuco. La guerra del inca Mango, si bien daba algún disgusto por no estar ya terminada y pacificado el país, no causaba tampoco cuidado por las pocas fuerzas de aquel príncipe y los escarmientos que había recibido en sus diferentes encuentros anteriores con los castellanos. En fin, aun cuando ya se tenía noticia de que venía al Perú un ministro del rey a tomar informaciones sobre los

acontecimientos pasados, sus amigos le escribían que en los despachos que aquel comisionado llevaba se guardaba la mayor consideración con su persona, y que así, no tuviese pena ninguna por ello, pues iba más para favorecerle que para darle pesadumbre.

Estas noticias, propaladas por él o por sus parciales con más vanidad que prudencia, fueron tal vez lo que precipitó su desgracia, porque con ellas se acabaron de enconar los ánimos ya irritados de los soldados y capitanes de Chile. Da lástima y enojo ver la miseria y abandono en que desde la muerte de su jefe se hallaban constituídos. Andaban los soldados hambrientos y desnudos, vagando por los pueblos de los indios y solicitando de ellos su sustento. Muchos de los capitanes habían bajado a Lima atraídos de su amor al joven Almagro y cifrando en él sus esperanzas y su remedio. Pero este mancebo, privado de su herencia, echado de la casa del marqués, arrojado de otras por adulación al poder dominante, acogido, en fin, por dos amigos viejos de su padre, que se aventuraron a todo por acudirle, aun cuando por las liberalidades ajenas pudiese subsistir con alguna decencia, no tenía medios para pagar a aquellos caballeros la buena voluntad que le tenían y aliviar sus necesidades. Estas eran tales que no se pueden bastante-mente encarecer: sin casa, sin hogar, manteniéndose de la caridad ajena y no teniendo entre doce, y eran los más principales, sino una capa de que alternativamente se servían. Tal era el estado en que se hallaban aquellos fieros conquistadores, dueños un tiempo de los tesoros del Cuzco, y que en la opulencia que

entonces los hinchaba tenían a menos las ricas tierras de los Charcas y de Chile. La amarga comparación que hacían con las riquezas y delicias en que nadaban otros, que en valor y en servicios les eran tan inferiores, irritaba más y más el sentimiento de sus males y los ponía a punto de no poderlos sufrir. Sólo el furor de las pasiones y la ceguedad de la arrogancia pueden explicar esta falta de cordura y de cautela en hombre tan sagaz como el marqués. Cuando en las discordias civiles cae un partido, su jefe es muerto y faltan las cabezas, es interés del vencedor que los ánimos se calmen, las pasiones se olviden y se quite toda ocasión a desabrimientos y quejas parciales. La persecución prolongada después de la victoria no hace mas que prolongar las pasiones y eternizar el espíritu de partido. Hubiera enviado a España a don Diego y separado aquella gente descontenta, dándoles comisiones en que entretenerse y sustentarse, como le aconsejaba su hermano, y él acabara sus días en paz y en todo el lustre de la gloria y poderío a que le subió la fortuna. No lo hizo así, y se perdió, y perdió aquel desgraciado país, que siguió ardiendo en guerras civiles por espacio de trece años, y sólo por culpa suya.

Alguna vez, sin embargo, trató de enmendar este mal y acudía a los trabajos que aquella gente padecía. Con este fin proyectó la población de León de Guanuco y dió el cargo de hacer el establecimiento a Gómez de Alvarado, pensando en dar allí repartimientos a los de Almagro; pero los celos de los vecinos de Lima frustraron casi del todo aquel buen pensa-

miento. En otra ocasión envió a decir a Juan de Saavedra, a Cristóbal de Sotelo y a Francisco de Chaves que les quería dar indios de repartimiento para que se sustentasen; pero ellos, rabiosos con la necesidad que habían padecido, querían antes perecer que recibir nada de su mano. Sonábase ya la llegada de Vaca de Castro, el ministro que el rey enviaba, a quien pensaban ir dos de ellos a recibir en San Miguel de Piura y presentarse a él vestidos de luto, pidiéndole justicia de las crueldades usadas por los Pizarros contra ellos y contra su antiguo capitán. A esta comisión enviaron después un buen caballero de entre ellos, llamado D. Alonso de Montemayor, y parecía que con tales disposiciones todo debía permanecer tranquilo hasta la llegada de Vaca de Castro. Pero la animosidad imprudente de unos y otros no se podía refrenar; y si no con amagos y amenazas descubiertas, se hacían la guerra a lo menos con insultos y escarnios mal disimulados. Un día amanecieron en la picota tres sogas tendidas con dirección la una a casa del marqués y las otras dos a las de su secretario Picado y su alcalde mayor el doctor Velázquez. Atribuyóse esta insolencia a los de Chile. El marqués, incitado por sus amigos a que buscasse y castigase a sus autores, respondía que harta mala ventura tenían aquellos cuitados viéndose pobres, vencidos y corridos. Pero el secretario Antonio Picado no tuvo tanto sufrimiento. Viósele de allí a pocos días pasar a caballo por la calle donde vivía D. Diego de Almagro, vestido de una ropa francesa bordada y sembradas en ella muchas higas de plata; paseóla gallardeándose y dando

arremetidas al caballo: cosas todas de mofa y menosprecio, y mucho más enojosas de parte de un hombre que era en su concepto el que más fomentaba la pasión del gobernador contra ellos. Por esta demostración y otras tales vinieron a sospechar que, después de los trabajos y miseria que habían padecido, se trataba de matarlos o desterrarlos. Y como hacia este mismo tiempo se empezó a propagar por Lima la inclinación que el juez comisionado traía a las cosas del marqués, y el contento verdadero o aparente de Pizarro y los suyos lo acreditaba, ellos se contemplaron perdidos del todo si no miraban por sí, y apelaron a lo único que les quedaba, esto es, a su desesperación y a su valor.

Empezaron a proveerse de armas cada cual según podía y a andar atropados; veíase a D. Diego y a Juan de Rada, su principal maestro y consejero, salir siempre seguidos de hombres determinados y valientes. Juan de Rada era uno de los antiguos capitanes del adelantado, natural de Navarra y hombre que, así por las distinguidas calidades de valor y capacidad que ya se han dicho de él, como por la confianza que en él ponía el joven Almagro, obtenía la primera autoridad entre aquellos hombres de hierro. Sabíase que había comprado una cota y que la traía siempre consigo, y esto se notaba más en él y daba más que sospechar. Vino esto, como es natural, a noticia de los amigos del marqués y se lo avisaron, aconsejándole que se guardase y llevase siempre compañía consigo. El se contentó por entonces con llamar a Juan de Rada, el cual, si bien se turbó algún tanto con aquel

imprevisto llamamiento, se fué a presentar a él sin consentir que nadie la acompañase, aunque muchos se ofrecían a hacerlo. Llegó delante del marqués, que a la sazón se hallaba en su huerta mirando unos naranjos, y luego que supo quién era, porque al principio por su cortedad de vista no pudo conocerle, «¿qué es esto, Juan de Rada—le dijo—, que me dicen que andáis comprando armas para matarme?» «Así es verdad, señor—contestó Rada—; he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.» «¿Pues qué causa os mueve ahora a proveeros de armas mas que en otro tiempo?» «Porque nos dicen y es público que usía recoge lanzas para matarnos a todos. Acábenos ya usía, y haga de nosotros lo que fuere servido, porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué se tiene respeto a los pies. También se dice que usía piensa matar al juez que viene enviado por el rey, y si su ánimo es tal y determina dar muerte a los de Chile, no lo haga con todos: destierre usía a D. Diego en un navío, pues es inocente; que yo me iré con él adonde la ventura nos quisiere llevar.» Conmovido y enojado el marqués de lo que oía, respondió con grande alteración: «¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traición como es esa? Nunca tal pensé yo, y más deseo tengo que vos de que acabe de llegar ese juez, que ya estuviera aquí si se hubiera embarcado en el galeón que le envié. En cuanto a las armas, sabed que el otro día salí a caza y entre cuantos íbamos no había quien llevase una lanza; mandé a mis criados que comprasen una, y ellos han comprado cuatro. Plegue a Dios, Juan de Rada, que ven-

ga el juez y estas cosas hayan fin, y Dios ayude a la verdad.» «Por Dios, señor—repuso Rada ya más mitigado—, que he invertido más de quinientos pesos en comprar armas y por eso traigo una cota para defenderme del que quisiere matarme.» «No plegue a Dios, Juan de Rada, que yo haga tal.» Ibase ya el capitán, cuando un loco que para su diversión tenía el marqués y estaba presente le dijo: «¿Por qué no le das de esas naranjas?» Eran entonces muy apreciadas, por ser las primeras que se conocían. «Dices bien», respondió el marqués. Y cortando por su mano seis del árbol que tenía delante, se las dió, añadiendo al oído que le dijese si necesitaba de algo, para franqueárselo. Besóle por ello las manos Juan de Rada y se fué a encontrar con sus amigos, que, viéndole, salieron del cuidado en que su llamada los había puesto.

Esta escena, en que los dos al parecer se explicaban con ingenuidad y que acabó de un modo tan pacífico y amistoso, no produjo otro efecto que prolongar la confianza del gobernador y animar a los conjurados a precipitar su designio. Temían ellos ser destruídos si el marqués volvía a sus rencores o a sus sospechas, mientras que él, juzgando que ellos no trataban mas que de defenderse, y no pensando por su parte hacerles mal ninguno, creía por esto solo tenerlos seguros. Llovían sobre él avisos de lo que los conjurados trataban, principalmente en los dos días que precedieron a la catástrofe. Dos veces se lo advirtió un clérigo a quien uno de los de Chile se lo había descubierto: una de ellas cenando en casa de Francisco Martínez,

su hermano; él respondió que aquello no tenía fundamento y que le parecía dicho de indios o deseo de ganar un caballo por el aviso; y se volvió a la mesa sin hacer más diligencia, aunque a la verdad no volvió a probar bocado. Aquella misma noche, al acostarse, un paje le dijo que por toda la ciudad se sonaba que al día siguiente le habían de matar los de Chile, y muy enojado le envió en mal hora diciéndole: «Esas cosas no son para ti, rapaz.» A la mañana siguiente, último día que había de vivir, le anunciaron lo mismo que le tenía dicho el paje, y se contentó con decir tibiamente a su alcalde mayor, el doctor Juan Velázquez, que prendiese a los principales de Chile. Habíaselo mandado otra vez y con igual tibieza; como si no se tratase de peligro suyo personal. El doctor, que ya le tenía dicho que mientras él regentase la vara que llevaba en la mano no tuviese temor ninguno, le volvió a dar la misma seguridad y le ofreció adquirir las noticias convenientes. Cosa por cierto bien digna de notarse, que ya que él tomaba este negocio con tanta indiferencia, ni su hermano Martínez de Alcántara, ni su secretario Picado, a quienes tanto iba en ello, ni sus demás amigos, noticiosos como debían ya estar de estos rumores, no tratasen de reunirse, de acompañarle y de formar una guardia alrededor de su persona, que atajase los designios de aquellos hombres determinados. Mas la ciega confianza que él manifestaba se comunicaba a los otros, y prosiguió cerrando los oídos a todos los avisos de la prudencia, como si fuera mengua del valor o desdoro de la grandeza suponer que alguno se les atre-

va. Así en tales casos los hombres valientes se pierden por el exceso de su arrogancia, a la manera que los pusilánimes suelen precipitar su ruina por el exceso de sus temores.

Entre tanto, los conjurados, si bien ya resueltos a matarle, no estaban ciertos aún ni del modo ni del día. Hallábanse aquella mañana (domingo 26 de junio de 1541) los principales en casa de D. Diego, y Juan de Rada todavía reposando, cuando un Pedro de San Millán entra y le dice: «¿Qué hacéis? De aquí a dos horas nos van a hacer cuartos a todos; así lo acaba de decir el tesorero Riquelme.» Salta Juan de Rada al instante de su lecho y toma sus armas; los demás se arman también; él los anima en pocas palabras, manifestándoles que la acción a que estaban resueltos, antes conveniente a su ambición y a su venganza, es ya absolutamente precisa para su salvación en el peligro en que se ven; todos le responden según su deseo y se precipitan desesperados a la calle. Ondeaba ya en el aire a una de las ventanas de la casa el paño blanco, a cuya señal debían de armarse y venir a acudirles los cómplices que estaban lejos. Entraron en la plaza, y uno de ellos, Gómez Pérez, por no mojarse los pies en un charco de agua que acaso allí había derramado de una acequia, hizo un pequeño rodeo. Repara en ello Juan de Rada, y entrándose por el agua, se va a él mal enojado y le dice: «¿Conque vamos a mancharnos en sangre humana y rehusáis mojaros los pies con agua? Vos no sois para el caso. Ea, volveos»; y sin consentirle pasar adelante le hizo al punto retirar, y Gómez no asistió

al hecho (1). Este hecho sin duda era atroz y criminal, pero no alevoso ni vil. A la mitad del día y gritando furiosos: «¡Viva el rey! ¡Mueran tiranos!» atraviesan la plaza y se abalanzan a las casas de su enemigo como quien a banderas desplegadas y al eco de la guerra y de los atambores asalta una plaza fuerte. Nadie les salió al encuentro en el camino, y sea indiferencia, sea odio a la dominación presente, de cuantos a aquella hora estaban en la plaza, y quizá pasaban de mil, ninguno se opuso a su intento, y los veían y dejaban ir diciéndose fríamente unos a otros: «Estos van a matar a Picado o al marqués.»

Estaban con él a la sazón un crecido número de sus amigos y dependientes haciéndole la corte. Uno de los pajes, que estaba en la plaza, viendo a los conjurados en ella y conociendo a Juan de Rada, corrió al momento y se entró por la casa del marqués gritando: «Al arma, al arma, que los de Chile vienen a matar al marqués, mi señor.» Con estas voces se levantaron todos alterados y bajaron hasta el primer descanso de la escalera a ver lo que sería cuando ya estaban por el segundo patio los conjurados repitiendo sus temerosos clamores. El marqués, intrépido y resuelto, se entró a su recámara para armarse, y desnudándose la ropa talar de grana que tenía vestida se puso una coracina y tomó un arma enastada. Asistían a su lado su hermano Francisco Martínez de Alcántara, un caballero llamado D. Gómez de Luna

(1) Este incidente, que pinta tan al vivo la penetración y denuedo de Juan de Rada, se halla en Montesinos, año de 1541.

y dos pajes. Los otros circunstantes, cuál por un lado, cuál por otro, habían desaparecido, quedando en la sala sólo el capitán Francisco de Chaves con dos criados suyos. La puerta de la sala estaba cerrada, y si así permaneciera, como lo había mandado el marqués, el hecho hubiera sido más difícil. Subían ya por la escalera los matadores, guiándolos Juan de Rada, que, exaltado hasta el entusiasmo por verse en aquel día y en aquel paso tan deseado de su amistad y de su rencor, repetía el nombre del muerto Almagro en ecos de feroz alegría. Empezaron a combatir la puerta, que Chaves por aturdimiento o por miedo mandó abrir; entonces ellos entraron por la sala, buscando con los ojos a la víctima. Chaves les decía: «¿Qué es esto, señores? No se entienda conmigo el enojo del marqués; yo fui siempre amigo; mirad que os perdéis.» Una estocada mortal puso término a sus voces, y sus dos criados perecieron con él allí. Pasan adelante y llegan a las puertas de la cámara del marqués, ya preparado a defenderla con los pocos que le quedaban. Lucha por cierto bien desigual: de una parte, un viejo de más de sesenta años (1), dos hombres y dos muchachos, y de la otra, diez y nueve soldados robustos y valientes, a quienes la misma atrocidad y desesperación aumentaba la fuerza y la osadía. Peleó, sin embargo, con ellos el marqués y les resistió la entrada con una destreza y un esfuerzo digno de sus mejores tiempos y de sus antiguas proezas. «¿Qué desver-

(1) Los historiadores no están acordes en la edad que entonces tenía. Herrera le da sesenta y tres años; otros, sesenta y cinco.

güenza es esta? ¿Por qué me queréis matar? A ellos, que traidores son.» Así clamaba él, mientras que ellos gritaban: «Ea, muera; que se nos pasa el tiempo.» Y diciéndose injurias y dándose cuchilladas continuaban la mortal refriega sin conocerse ventaja de una parte ni de otra, en tal manera que los conjurados pedían a toda prisa armas enastadas para mejorarse. Al fin, Juan de Rada, dando un empuellón a su compañero Narváez, que estaba delantero, le echó encima de Pizarro para que él y los suyos, embarazados en herirle, no estorbasen tanto la entrada a los demás. Así pudieron ganar la puerta, y ya entonces la suerte del combate no podía permanecer incierta mucho tiempo. Cayó muerto Martínez de Alcántara; muertos fueron también los dos pajes y derribado en tierra gravemente herido D. Gómez. El marqués, aunque solo y teniendo que hacer rostro a todas partes, pudo defenderse algunos momentos más; pero desangrado, fatigado y sin aliento, apenas podía ya revolver la espada, y una grande herida que recibió en la garganta le hizo en fin venir al suelo. Respiraba aún y pedía confesión, cuando uno de ellos, que a la sazón tenía una alcarraza de agua en las manos, le dió con ella fuertemente en la cabeza, y a la violencia de aquel golpe inhonesto acabó de rendir el alma el conquistador del Perú.

No contentos con verle muerto de este modo deplorable, algunos de los conjurados empezaban ya a tratar de arrastrarle a la plaza y hacerle allí pasar por la afrenta del patíbulo. Los ruegos del obispo le salvaron de este último ultraje, y el cadáver, envuelto

en un paño blanco, fué llevado a toda prisa y como a escondidas por sus criados a la iglesia. Allí hicieron un hoyo de pronto, y sin pompa ni ceremonia alguna le enterraron, temiéndose a cada instante que le vi-niesen a cortar la cabeza para ponerla en el garfio de los malhechores. Saqueábanse entre tanto sus casas y su recámara, donde había por valor de más de cien mil pesos. Sus dos hijos (1), niños aún, fugiti-vos y descarriados mientras sucedía la catástrofe, fueron buscados y puestos en seguro por los mismos fieles criados que hicieron los últimos honores al ca-dáver del padre. Su muerte no fué sentida ni vengada tampoco al pronto, porque unos capitanes que al rumor y al alboroto se armaron y acudieron a soco-rrerle, ya cuando llegaron a la plaza supieron que era muerto y se retiraron a sus casas. Todo, pues, quedó allanado, y sumergida Lima en silencio y en terror, Juan de Rada proclamó solemnemente por goberna-dor a su joven alumno, que al instante pasó a ocupar el palacio del marqués y a ejercer su autoridad desde allí.

Entonces el viejo Almagro, si pudiera levantar la cabeza y contemplar a su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozara en su melancó-lico sepulcro algunos momentos de satisfacción y de alegría. Pero ¡cuán cortos fueran y cuán acerbos des-pués a su corazón paternal! Veríale al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener, divididos sus feroces capitanes y ma-

(1) Véase el apéndice VIII.

tándose desastradamente unos a otros sin poderlo él estorbar, arrastrado por ellos a levantar el estandarte de la rebelión y a pelear contra las banderas de su rey; vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud, y llevado por fin a la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.

APÉNDICES

A LA

VIDA DE FRANCISCO PIZARRO

I

Sobre si sabía o no firmar.

Aunque la mayor parte de los escritores antiguos y modernos han afirmado que Pizarro no sabía escribir ni leer, algunos han dudado del hecho, y aun se han inclinado a lo contrario, entre ellos D. Juan Bautista Muñoz, que de la inspección de algunos documentos que aparecen firmados y escritos a nombre de aquel conquistador ha deducido que sabía escribir y escribía bien. Véanse los diferentes apuntes que dejó escritos para su historia, en donde no una vez sola manifiesta esta opinión. Si se atendiese a la autoridad de Montesinos, escritor casi contemporáneo, podría creerse que por lo menos sabía firmar, pues se explica así en sus *Anales*, año de 1525: «En este viaje trató Pizarro de aprender a leer; no le dió su viveza lugar a ello; contentóse sólo con firmar, de lo que se reía Almagro, y decía que firmar sin saber leer era lo mismo que recibir herida sin poder darla. En adelante firmó siempre Pizarro por sí, y por Almagro, su secretario.» Aun esta noticia está dada tan ligeramente por Montesinos, que no advirtió la contradicción que decía con ella lo que se expresa en la escritura de

compañía entre Fernando de Luque, Pizarro y Almagro, celebrada en el año siguiente de 526, donde se dice que, por no saber firmar ni Pizarro ni Almagro, lo hacen por ellos los testigos Juan de Panés y Alvaro del Quiro.

Más seguro y positivo está Zárate, cuando en el capítulo IX del libro 4 de su *Historia del Perú* dice «que de todo punto no sabían Pizarro ni Almagro leer ni firmar, y que Pizarro, en todos los despachos que hacía, así de gobernación como de repartimiento de indios, libraba haciendo dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro». Esto está plenamente confirmado con los muchos documentos que aun existen, en que se ve al conquistador firmar del modo expresado. En una de las contratas que hizo con la Corte por agosto de 1529 se dice al fin: «Señalólo con una señal propia suya, por no saber firmar.» Esta señal, según yo lo observé en 1813, mediante el favor de mi difunto amigo D. Manuel de Valbuena, encargado a la sazón del archivo de Indias, eran las dos rúbricas de que habla Zárate, entre las cuales después sus secretarios ponían o *Francisco Pizarro* o *el marqués Pizarro*. Hay muchas de estas firmas, y de diferentes letras, según mudaba de secretarios: las unas son de letra constantemente igual, menuda y clara, y parecen ser indudablemente de la misma mano que lo demás del documento; pero luego que tomó por secretario a Antonio Picado, ya el nombre de Francisco Pizarro, que está entre aquellas dos rúbricas o garabatos, es de una letra enteramente diversa de la anterior, alta, estrecha y rasgueada, probablemente del mismo Picado. Aun en el uso de las rúbricas hubo alguna novedad; porque a lo último ya no ponía más que una, la de la mano izquierda, y la de la derecha fué substituída por una rúbrica de la misma mano que el nombre, esto es, de Picado.

Con esta investigación, menuda a la verdad, pero no absolutamente importuna en la vida de un perso-

naje tan célebre, queda desvanecida la duda sobre el hecho controvertido, y se explica cómo, aun cuando se encuentran documentos escritos y firmados al parecer por Francisco Pizarro, él, sin embargo, ni los escribió ni los firmó.

II

Escritura de compañía entre Pizarro, Almagro y Luque, según se halla en los *Anales* de D. Fernando Montesinos, año de 1526.

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Santísima Virgen Nuestra Señora, hacemos esta compañía.

Sepan cuantos esta carta de compañía vieren cómo yo D. Fernando de Luque, clérigo presbítero, vicario de la santa iglesia de Panamá, de la una parte; y de la otra, el capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos en esta ciudad de Panamá, decimos: Que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía, la cual sea firme y valedera para siempre jamás en esta manera: Que por cuanto nos, los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, tenemos licencia del señor gobernador Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reinos llamados del Perú, que está, por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte; y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navíos y gente y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener dinero y posibilidad tanta cuanta es menester, y vos el dicho D. Fernando de Luque nos los dais por que esta compañía la hagamos por iguales partes, somos contentos y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de haber ventaja ninguna más el uno que el otro, ni el otro que el otro, de todo lo que se descubriere, ganare y conquistare y poblar en los dichos reinos y provin-

cias del Perú. Y por cuanto vos el dicho D. Fernando de Luque nos disteis, y ponéis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía, para gastos de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reino del Perú, veinte mil pesos en barras de oro, y de cuatrocientos y cincuenta maravedís el peso, los cuales los recibimos luego en las dichas barras de oro, que pasaron de vuestro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que lo valió y montó; y yo Hernando del Castillo doy fe que los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro, y lo recibieron en mi presencia los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y se dieron por contentos y pagados de ella. Y nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro ponemos de nuestra parte en esta la dicha compañía la merced que tenemos del dicho señor gobernador, y que la dicha conquista y reino que descubriremos de la tierra del dicho Perú, que en nombre de Su Majestad nos ha hecho, y las demás mercedes que nos hiciere y acrescentare Su Majestad y los de su Consejo de las Indias de aquí adelante, para que de todo gocéis y hayáis vuestra tercera parte, sin que en cosa alguna hayamos de tener más parte cada uno de nos, el uno que el otro, sino que hayamos de todo ello partes iguales. Y más, ponemos en esta dicha compañía nuestras personas y el haber de hacer dicha conquista y descubrimiento con asistir con ellas en la guerra todo el tiempo que se tardare en conquistar y ganar y poblar el dicho reino del Perú, sin que por ello hayamos de llevar ninguna ventaja y parte más de la que vos el dicho D. Fernando de Luque lleváredes, que ha de ser por iguales partes todos tres, así de los aprovechamientos que con nuestras personas tuviéremos, y ventajas de las partes que nos cupieron en la guerra y en los despojos y ganancias y suertes que en la dicha tierra del Perú hubiéremos y gozáramos, y nos cupiere por cualquier vía y forma que sea, así a mí el dicho capitán Francisco Pizarro como

a mí Diego de Almagro, habéis de haber de todo ello, y es vuestro, y os lo daremos bien y fielmente, sin defraudaros en cosa alguna de ello, la tercera parte; porque desde ahora en lo que Dios Nuestro Señor nos diere decimos y confesamos que es vuestro y de vuestros herederos y sucesores, de quien en esta dicha compañía sucediere y lo hubiere de haber, en vuestro nombre se lo daremos, y le daremos cuenta de todo ello a vos y a vuestros sucesores, quieta y pacíficamente, sin llevar más parte cada uno de nos que vos el dicho D. Fernando de Luque y quien vuestro poder hubiere y le pertenciere; y así de cualquier dictado y estado de señorío perpetuo o por tiempo señalado que Su Majestad nos hiciere merced en el dicho reino del Perú, así a mí el dicho capitán Francisco Pizarro, o a mí el dicho Diego de Almagro, o a cualquiera de nos, sea vuestro el tercio de toda la renta y estado y vasallos que a cada uno de nos se nos diere o hiciere merced, en cualquiera manera o forma que sea, en el dicho reino del Perú, por vía de estado o renta, repartimiento de indios, situaciones, vasallos, seáis señor y gocéis de la tercia parte de ello como nosotros mismos, sin adición ni condición ninguna, y si la hubiere y alegáremos, yo el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y en nuestros nombres nuestros herederos, que no seamos oídos en juicio ni fuera dél, y nos damos por condenados en todo y por todo, como en esta escriptura se contiene, para lo pagar y que haya efecto; y yo el dicho D. Fernando de Luque hago la dicha compañía en la forma y manera que de suso está declarado, y doy los veinte mil pesos de buen oro para el dicho descubrimiento y conquista del dicho reino del Perú, a pérdida o ganancia, como Dios Nuestro Señor sea servido, y de lo sucedido en el dicho descubrimiento de la dicha gobernación y tierra he yo de gozar y haber la tercera parte, y la otra tercera para el capitán Francisco Pizarro, y la otra tercera para Diego de Almagro, sin que el uno lleve más que el otro, así de estado de señor como de

repartimiento de indios perpetuos, como de tierras y solares y heredades, como de tesoros y escondrijos encubiertos, como de cualquier riqueza o aprovechamiento de oro, plata, perlas, esmeraldas, diamantes y rubíes, y de cualquier estado y condición que sea, que los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro hayáis y tengáis en el dicho reino del Perú, me habéis de dar la tercera parte. Y nos el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro decimos que aceptamos la dicha compañía y la hacemos con el dicho D. Fernando de Luque de la forma y manera que lo pide él y lo declara, para que todos por iguales partes hayamos en todo y por todo, así de estados perpetuos que Su Majestad nos hiciese mercedes en vasallos o indios, o en otras cualesquiera rentas, goce el derecho D. Fernando de Luque, y haya la dicha tercera parte de todo ello enteramente, y goce de ello como cosa suya desde el día que Su Majestad nos hiciere cualesquiera mercedes, como dicho es. Y para mayor verdad y seguridad de esta escritura de compañía y de todo lo en ella contenido, y que os acudiremos y pagaremos nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro a vos el dicho Fernando de Luque con la tercia parte de todo lo que se hubiere y descubriere y nosotros hubiéremos por cualquiera vía y forma que sea; para mayor fuerza de que lo cumpliremos como en esta escritura se contiene, juramos a Dios Nuestro Señor y a los Santos Evangelios, donde más largamente son escritos y están en este libro Misal, donde pusieron sus manos el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hicieron la señal de la cruz en semejanza de esta † con sus dedos de la mano, en presencia de mí el presente escribano, y dijeron que guardarán y cumplirán esta dicha compañía y escritura en todo y por todo como en ella se contiene, so pena de infames y malos cristianos, y caer caso de menos valer, y que Dios se lo demande mal y caramente; y dijeron el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro: Amén, y así

lo juramos y le daremos el tercio de todo lo que descubriéremos y conquistáremos, y pobláremos en el dicho reino y tierra del Perú, y que goce de ello como nuestras personas, de todo aquello en que fuere nuestro y tuviéremos parte, como dicho es en esta dicha escriptura, y nos obligamos de acudir con ello a vos el dicho D. Fernando de Luque y a quien en vuestro nombre le pertenezciere y hubiere de haber, y les daremos cuenta con pago de todo ello cada y cuando que se nos pidiere, hecho el dicho descubrimiento y conquista y población del dicho reino y tierra del Perú; y prometemos que en la dicha conquista y descubrimiento nos ocuparemos y trabajaremos con nuestras personas sin ocuparnos en otra cosa hasta que se conquiste la tierra y se ganare, y si no lo hiciéremos seamos castigados por todo rigor de justicia por infames y perjuros, seamos obligados a volver a vos el dicho D. Fernando de Luque los dichos veinte mil pesos de oro que de vos recibimos. Y para lo cumplir y pagar y haber por firme todo lo en esta escriptura contenido, cada uno por lo que le toca, renunciaron todas y cualesquier leyes y ordenamientos y pragmáticas, y otras cualesquier constituciones, ordenanzas, que estén fechas en su favor y cualesquiera de ellos, para que aunque las pidan y aleguen, que no les valga. Y valga esta escriptura dicha y todo lo en ella contenido, y traiga aparejada y debida ejecución, así en sus personas como en sus bienes, muebles y raíces, habidos y por haber; y para lo cumplir y pagar, cada uno por lo que le toca, obligaron sus personas y bienes habidos y por haber, según dicho es, y dieron poder cumplido a cualesquier justicias y jueces de Su Majestad para que por todo rigor y más breve remedio de derecho les compelan y apremien a lo así cumplir y pagar, como si lo que dicho es fuese sentencia definitiva de juez competente pasada en cosa juzgada; y renunciaron cualesquier leyes y derechos que en su favor hablan, especialmente la ley que dice que general renunciación de leyes no vala. Que es fecha en la

ciudad de Panamá a diez días del mes de marzo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos veinte y seis años; testigos que fueron presentes a lo que dicho es, Juan de Panés y Alvaro del Quiro y Juan de Vallejo, vecinos de la ciudad de Panamá; y firmó el dicho D. Fernando de Luque, y porque no saben firmar el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro, a los cuales otorgantes yo el presente escribano doy fe que conozco.—*D. Fernando de Luque.*—A su ruego de Francisco Pizarro, *Juan de Panés*, y a su ruego de Diego de Almagro, *Alvaro del Quiro.*—E yo Hernando del Castillo, escribano de Su Majestad y escribano público y del número de esta ciudad de Panamá, presente fui al otorgamiento de esta carta, y la fice escribir en estas cuatro fojas con esta, y por ende fice aquí este mi signo a tal en este testimonio de verdad.—*Hernando del Castillo*, escribano público.

NOTA. Lo más particular que hay en este convenio, y que no se ha apuntado por ninguno de los historiadores, a lo menos que yo sepa, es que Hernando de Luque no era más que lo que comúnmente se dice una testa de ferro en este caso, y que el verdadero contratista y asociado era el licenciado Gaspar de Espinosa, que se valió de su nombre para entrar a la parte de la empresa, y dió los veinte mil pesos de oro. Esto consta de una escritura otorgada en Panamá a 6 de agosto de 1531 ante el mismo escribano, por la cual Hernando de Luque, refiriéndose a la antecedente de 1526, «cede y traspasa la tercera parte que por su virtud le toca en el licenciado Gaspar de Espinosa (que está presente y acepta), porque así es verdad que hizo y efectuó la dicha compañía y contrato por mandado y comisión del señor licenciado Gaspar de Espinosa, que presente está; y los veinte mil pesos de oro de ley perfecta los recibió del dicho señor licenciado y son suyos, y hice la dicha compañía con ellos

a su ruego para él y por su mandado. Testigos Alonso de Quirós, Juan Díaz Guerrero, Juan de Vallejos, vecinos de Panamá».

Noticia sacada de la obra inédita intitulada *Noticia general del Perú, Tierra Firme y Chile*, por Francisco López de Caravantes, contador de cuentas del Tribunal de la Contaduría mayor de las mismas provincias. Esta obra estuvo antes en la librería del colegio mayor de Cuenca de Salamanca, y ahora existe en la particular de Su Majestad.

III

Conferencia que tuvo Almagro con Pedrarias para separarle de la asociación en la empresa del descubrimiento del Perú, según la cuenta Oviedo en el cap. XXIII, parte 2.^a de su *Historia general*.

«En el cual tiempo (febrero de 1527) yo tuve ciertas cuentas con Pedrarias, y haciendo la averiguación de ellas en su casa, donde nos juntábamos a cuentas, entró el capitán Diego de Almagro un día, e le dijo: Señor, ya vuesa merced sabe que en esta armada e descubrimiento del Perú tenéis parte con el capitán Francisco Pizarro y con el maestrescuela D. Fernando de Luque, mis compañeros, y conmigo, y que no habéis puesto en ella cosa alguna, y que nosotros estamos perdidos, e habemos gastado nuestras haciendas y las de otros nuestros amigos, y nos cuesta hasta el presente sobre quince mil castellanos de oro, e agora el capitán Francisco Pizarro e los cristianos que con él están tiene mucha necesidad de socorro e gente e caballos, e otras muchas cosas para proveerlos, por que no nos acabemos de perder, ni se pierda tan buen principio como el que tenemos en esta empresa, de que tanto bien se espera. Suplico a usía que nos socorráis con algunas vacas para hacer carnes, y con algunos dineros para comprar caballos y otras cosas de que hay necesidad, como jarcias y

lonas e pez para los navíos, que en todo se terná buena cuenta y la hay de lo que hasta aquí se ha gastado, para que así goce cada uno e contribuya por rata según la parte que tuviere; e pues sois partícipe en este descubrimiento, por la capitulación que tenemos, no seáis, señor, causa que el tiempo se haya perdido y nosotros con él; o si no queréis atender el fin de este negocio, pagad lo que hasta aquí os cabe por rata, y dejémoslo todo. A lo cual Pedrarias, después que hobo dicho Almagro, respondió muy enojado e dijo: Bien parece que dejo yo la gobernación, pues vos decís eso; que lo que yo pagara si no me hobieran quitado el oficio, fuera que me diérades muy estrecha cuenta de los cristianos que son muertos por culpa de Pizarro e vuestra, e que habéis destruído la tierra al rey, e de todos esos desórdenes e muertos habéis de dar razón, como presto lo veréis, antes que salgáis de Panamá. A lo cual replicó el capitán Almagro, e le dijo: Señor, dejaos deso; que pues hay justicia e juez que nos tenga en ella, muy bien es que todos den cuenta de los vivos e de los muertos, e no faltará a vos, señor, de que deis cuenta, e yo la daré a Pizarro de manera que el emperador nuestro señor nos haga muchas mercedes por nuestros servicios: pagad si queréis gozar de esta empresa, pues que no sudáis ni trabajáis en ella, ni habéis puesto en ella sino una tercera que nos distes al tiempo de la partida, que podrá valer dos o tres pesos de oro; o alzad la mano del negocio, y soltaros hemos la mitad de lo que nos debéis en lo que se ha gastado. A esto replicó Pedrarias, riéndose de mala gana, e dijo: No lo perderédes todo, e me daréis cuatro mil pesos; e Almagro dijo: Todo lo que nos debéis os soltamos, e dejadnos con Dios acabar de perder o ganar. Como Pedrarias vido que ya le soltaban lo que él debía en el armada, que a buena cuenta eran más de cuatro o cinco mil pesos, dijo: ¿Qué me daréis de más deso? Almagro dijo: Daros he trescientos pesos, muy enojado; y juraba a Dios que no los tenía, pero que él los buscaría por

se apartar dél e no le pedir nada. Pedrarias replicó e dijo: Y aun dos mil me daréis. Entonces Almagro dijo: Daros he quinientos. Más de mil me daréis, dijo Pedrarias; e continuando su enojo Almagro, dijo: Mil pesos os doy y no los tengo, pero yo daré seguridad de los pagar en el término que me obligare; e Pedrarias dijo que era contento; e así se hizo cierta escritura de concierto, en que quedó de le pagar mil pesos de oro con que se saliese, como se salió, de la compañía Pedrarias, e alzó la mano de todo aquello, e yo fuí uno de los testigos que firmamos el asiento e conveniencia, e Pedrarias se desistió e renunció todo su derecho en Almagro e su compañía, y de esta forma salió del negocio, y por su poquedad dejó de atender para gozar de tan gran tesoro como es notorio que se ha habido en aquellas partes.»

IV

Capitulación hecha por Francisco Pizarro con la reina en Toledo a 26 de julio de 1529, para la conquista y población de la costa de la mar del Sur, que con licencia y parecer de Pedrarias Dávila, gobernador y capitán general de las provincias de Tierra Firme, descubrió cinco años antes a una con el capitán Diego de Almagro.

LA REINA.—Por cuanto vos el capitán Francisco Pizarro, vecino de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable padre D. Fernando de Luque, maestrescuela y provisor de la iglesia de Darién, *sede vacante*, que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitán Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicisteis relación que vos e los dichos vuestros compañeros, con deseos de nos servir e del bien e acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años, poco más o menos, que con licencia e parecer de Pedrarias Dávila, nuestro gobernador e capitán general que fué de la dicha Tierra Firme, tomastes cargo de ir a conquistar, descubrir e pacificar e poblar por la costa del mar del

Sur de la dicha tierra a la parte de Levante, a vuestra costa e de los dichos vuestros compañeros, todo lo más que por aquella parte pudiéredes, e hicisteis para ello dos navíos e un bergantín en la dicha costa, en que así en esto por se haber de pasar la jarcia e aparejos necesarios al dicho viaje e armada desde el Nombre de Dios, que es la costa del Norte, a la otra costa del Sur; como con la gente e otras cosas necesarias al dicho viaje e tornar a rehacer la dicha armada gastasteis mucha suma de pesos de oro, e fuistes a hacer e hicisteis el dicho descubrimiento, donde pasastes muchos peligros e trabajo, a causa de lo cual os dejó toda la gente que con vos iba en una isla despoblada, con sólo trece hombres que no vos quisieron dejar; y que con ellos y con el socorro que de navíos e gente vos hizo el dicho capitán Diego de Almagro, pasastes de la dicha isla e descubristes las tierras e provincias del Perú e ciudad de Tumbes, en que habéis gastado vos e los dichos vuestros compañeros más de treinta mil pesos de oro; e que con el deseo que tenéis de nos servir, querriades continuar la dicha conquista e población a vuestra costa e misión, sin que en ningún tiempo seamos obligados a vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hiciéredes, más de lo que en esta capitulación vos fuese otorgado; e me suplicasteis e pedistes por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, e vos concediese e otorgase las mercedes, e con las condiciones que de suso serán contenidas; sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulación siguiente:

Primeramente doy licencia y facultad a vos el dicho capitán Francisco Pizarro para que por nos, y en nuestro nombre e de la corona real de Castilla, podáis continuar el dicho descubrimiento, conquista y población de la dicha provincia del Perú, fasta ducientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas ducientas leguas comienzan desde el pueblo que en lengua de indios se dice Tenumpuela,

e después le llamasteis Santiago, hasta llegar al pueblo de Chíncha, que puede haber las dichas duecentas leguas de costa, poco más o menos.

Item: Entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro, y por honrar vuestra persona e por vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro gobernador e capitán general de toda la dicha provincia del Perú, e tierras y pueblos que al presente hay e adelante hubiere en todas las dichas duecentas leguas, por todos los días de vuestra vida, con salario de setecientos e veinte y cinco mil maravedís cada año, contados desde el día que vos hiciédes a la vela destos nuestros reinos para continuar la dicha población e conquista; los cuales vos han de ser pagados de las rentas y derechos a nos pertenecientes en la dicha tierra que así habéis de poblar; del cual salario habéis de pagar en cada un año un alcalde mayor, diez escuderos, e treinta peones, e un médico, e un boticario; el cual salario vos ha de ser pagado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

Otrosí: Vos hacemos merced de título de nuestro adelantado de la dicha provincia del Perú, e ansimismo del oficio del alguacil mayor della; todo ello por los días de vuestra vida.

Otrosí: Vos doy licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podáis hacer en las dichas tierras e provincias del Perú hasta cuatro fortalezas en las partes y lugares que más convengan, pareciendo a vos e a los dichos nuestros oficiales ser necesarias para guarda e pacificación de la dicha tierra; e vos haré merced de las tenencias dellas para vos e para dos herederos e subcesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mil maravedís en cada un año por cada una de las dichas fortalezas, que así estuvieron hechas; las cuales habéis de hacer a vuestra costa, sin que nos ni los reyes que después de nos vinieren seamos obligados a vos lo pagar al tiempo que así lo gastáredes, salvo dende en cinco años después de acabada la fortaleza,

pagándoos en cada un año de los dichos cinco años la quinta parte de lo que se montare el dicho gasto, de los frutos de la dicha tierra.

Otrosí: Vos hacemos merced para ayuda a vuestra costa de mil ducados en cada un año por los días de vuestra vida de las rentas de las dichas tierras.

Otrosí: Es nuestra merced, acatando la buena vida e doctrina de la persona del dicho D. Fernando de Luque, de le presentar a nuestro muy Sancto Padre por obispo de la ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia y gobernación del Perú, con límites e diciones que por nos con autoridad apostólica serán señalados; y entre tanto que vienen las bulas del dicho obispado, le hacemos protector universal de todos los indios de dicha provincia, con salario de mil ducados en cada un año, pagado de nuestras rentas de la dicha tierra entre tanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.

Otrosí: Por cuanto nos habedes suplicado por vos en el dicho nombre vos hiciese merced de algunos vasallos en las dichas tierras, e al presente lo dejamos de hacer por no tener entera relación de ellas, es nuestra merced que entre tanto que informados proveamos en ello lo que a nuestro servicio e a la enmienda e satisfacción de nuestros trabajos e servicios conviene, tengáis la veintena parte de los pechos que nos tuviéremos en cada un año en la dicha tierra, con tanto que no exceda de mill y quinientos ducados, los mill para vos el dicho capitán Pizarro, e los quinientos para el dicho Diego de Almagro.

Otrosí: Hacemos merced al dicho capitán Diego de Almagro de la tenencia de la fortaleza que hay u hobiere en la dicha ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Perú, con salario de cien mill maravedís cada un año, con más ducientos mill maravedís cada un año de ayuda de costa, todo pagado de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar desde el día que vos el dicho Francisco Pizarro llegáredes a la dicha tierra, aunque el dicho capitán

Almagro se quede en Panamá e en otra parte que le convenga; e le haremos home hijodalgo para que goce de las honras e preeminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas e tierra firme del mar Océano.

Otrosí: Mandamos que las dichas haciendas e tierras e solares que tenéis en Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, e vos están dadas como a vecino de ella, las tengáis e gocéis, e hagáis de ello lo que quiéredes e por bien tuviéredes, conforme a lo que tenemos concedido y otorgado a los vecinos de la dicha Tierra Firme; e en lo que toca a los indios e naborias que tenéis e vos están encomendados, es nuestra merced e voluntad e mandamos que los tengáis e gocéis e sirváis de ellos, e que no vos serán quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.

Otrosí: Concedemos a los que fueren a poblar la dicha tierra que en los seis años primeros siguientes desde el día de la data de ésta en adelante, que del oro que se cogiere de las minas nos paguen el diezmo, y cumplidos los dichos seis años paguen el noveno, e así descendiendo cada un año hasta llegar al quinto; pero del oro e otras cosas que se hubieren de rescatar, o cabalgadas, o en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.

Otrosí: Franqueamos a los vecinos de la dicha tierra por los dichos seis años y más, y cuanto fuere nuestra voluntad, de almorzarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento y provisión de sus casas, con tanto que no sea para lo vender; e de lo que vendieren ellos e otras cualesquier personas, mercaderes e tratantes, ansimesmo los franqueamos por dos años tan solamente.

Item: Prometemos que por término de diez años e más adelante, hasta que otra cosa mandemos en contrario, no impornemos a los vecinos de las dichas tierras alcabalas ni otro tributo alguno.

Item: Concedemos a los dichos vecinos e poblado-

res que le sean dados por vos los solares y tierras convenientes a sus personas, conforme a lo que se ha hecho e hace en la dicha isla Española; e ansimismo os daremos poder para que en nuestro nombre, durante el tiempo de vuestra gobernación, hagáis la encomienda de los indios de la dicha tierra, guardando en ella las instrucciones e ordenanzas que vos serán dadas.

Item: A suplicación vuestra hacemos nuestro piloto mayor de la mar del Sur a Bartolomé Ruiz, con setenta y cinco mil maravedís de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra; de los cuales ha de gozar desde el día que le fuere entregado el título que de ello le mandaremos dar, e en las espaldas se asentará el juramento e solenidad que ha de hacer ante vos, e otorgado ante escribano. Ansimismo daremos título de escribano de número e del consejo de la dicha ciudad de Tumbes a un hijo de dicho Bartolomé Ruiz, siendo hábil e suficiente para ello.

Otrosí: Somos contentos e nos place que vos el dicho capitán Pizarro, cuanto nuestra merced e voluntad fuere, tengáis la gobernación e administración de los indios de la nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá, e gocéis para vos e para quien vos quisiéredes de todos los aprovechamientos que hubiere en la dicha isla, así de tierras como de solares, e montes, e árboles, mineros, e pesquería de perlas, con tanto que seáis obligado por razón de ello a dar a nos e a los nuestros oficiales de Castilla del Oro, en cada un año de los que así fuere nuestra voluntad que vos la tengáis, ducientos mill maravedís, e más el quinto de todo el oro e perlas que en cualquier manera e por cualesquier personas se sacare en la dicha isla de Flores, sin descuento alguno, con tanto que los dichos indios de la dicha isla de Flores no los podáis ocupar en la pesquería de las perlas ni en las minas del oro ni en otros metales, sino en las otras granjerías e aprovechamientos de la dicha tierra, para provisión e mantenimiento de la dicha vuestra armada e de las

que en adelante hubiéredes de hacer para la dicha tierra; e permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro, llegado a Castilla de Oro, dentro de dos meses luego siguientes, declarados ante el dicho nuestro gobernador e juez de residencia que allí estuviere, que no vos queráis encargar de la dicha isla de Flores, que en tal caso no seáis tenudo e obligado a nos pagar por razón de ello las dichas ducientas mill maravedís, e que se quede para nos la dicha isla, como agora la tenemos.

Item: Acatando lo mucho que han servido en el dicho viaje e descubrimiento Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, e Pedro de Candía, e Domingo de Soria Luce, e Nicolás de Ribera, e Francisco de Cuelar, e Alonso de Molina, e Pedro Alcón, e García de Jerez, e Antón de Carrión, e Alonso Briceño, e Martín de Paz, e Juan de la Torre, e porque vos me lo suplicasteis e pedistes por merced, es nuestra merced e voluntad de les hacer merced, como por la presente vos la hacemos, a los que de ellos no son hidalgos, que sean hidalgos notorios de solar conocido en aquellas partes, e que en ellas e en todas las nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Océano gocen de las preeminencias e libertades e otras cosas de que gozan y deben ser guardadas a los hijosdalgo notorios de solar conocido dentro nuestros reinos, e a los que de los susodichos son hidalgos, que sean caballeros de espuelas doradas, dando primero la información que en tal caso se requiere.

Item: Vos hacemos merced de veinte y cinco yeguas e otros tantos caballos de los que nos tenemos en la isla de Jamaica, e no las habiendo cuando las pidiéredes, no seamos tenudos el precio de ellas ni de otra cosa por razón de ellas.

Otrosí: Os hacemos merced de trescientos mill maravedís, pagados en Castilla del Oro, para el artillería e munición que habéis de llevar a la dicha provincia del Perú, llevando fe de los nuestros oficiales de la casa de Sevilla de las cosas que así comprastes e de

lo que vos costó, contando el interese e cambio de ello; e más, os haré merced de otros ducientos ducados, pagados en Castilla del Oro, para ayuda al acarreto de la dicha artillería e municiones e otras cosas vues tras desde el Nombre de Dios so la dicha mar del Sur.

Otrosí: Vos daremos licencia, como por la presente vos la damos, para que destos nuestros reinos e del reino de Portugal e islas de Cabo Verde e dende, vos e quien vuestro poder hubiere quisiéredes e por bien tuviéredes, podáis pasar y paséis a la dicha tierra de vuestra gobernación cincuenta esclavos negros, en que haya a lo menos el tercio de hembras, libres de todos derechos a nos pertenecientes, con tanto que si los dejáredes e parte dellos en la isla Española, San Juan, Cuba, Santiago e en Castilla del Oro, e en otra parte alguna, los que de ellas así dejáredes sean perdidos e aplicados, e por la presente los aplicamos, a nuestra cámara e fisco.

Otrosí: Que hacemos merced y limosna al hospital que se hiciese en la dicha tierra, para ayuda al remedio de los pobres que allá fueren, de cien mil maravedís, librados en las penas aplicadas de la cámara de la dicha tierra. Ansimismo, a vuestro pedimento e consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra, decimos que haremos merced, como por la presente la hacemos, a los hospitales de la dicha tierra, de los derechos de la escubilla e relaves que hubiere en las fundiciones que en ellas se hicieren, e de ello mandaremos dar nuestra provisión en forma.

Otrosí: Decimos que mandaremos, e por la presente mandamos, que hayan e residan en la ciudad de Panamá, e donde vos fuere mandado, un carpintero e un calafate, e cada uno de ellos tenga de salario treinta mill maravedís en cada un año dende que comenzaren a residir en la dicha ciudad, o donde, como dicho es, vos les mandáredes; a los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de

vuestra gobernación cuando nuestra merced y voluntad fuere.

Item: Que vos mandaremos dar nuestra provisión en forma para que en la dicha costa del mar del Sur podáis tomar cualesquier navíos que hubiéredes menester, de consentimiento de sus dueños, para los viajes que hobiéredes de hacer a la dicha tierra, pagando a los dueños de los tales navíos el flete que justo sea, no embargante que otras personas los tengan fletados para otras partes.

Ansimismo, que mandaremos, e por la presente mandamos e defendemos, que destos nuestros reinos no vayan ni pasen a las dichas tierras ningunas personas de las prohibidas que no puedan pasar a aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes e ordenanzas e cartas nuestras que cerca de esto por nos e por los reyes católicos están dadas; ni letrados ni procuradores para usar de sus oficios.

Lo cual que dicho es, e cada cosa e parte dello vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitán Pizarro seáis tenuto e obligado de salir destos nuestros reinos con los navíos e aparejos e mantenimientos e otras cosas que fueren menester para el dicho viaje y población, con ducientos e cincuenta hombres, los ciento y cincuenta destos nuestros reinos e otras partes no prohibidas, e los ciento restantes podáis llevar de la isla e tierra firme del mar Océano, con tanto que de la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro no saquéis más de veinte hombres, si no fuere de los que en el primero e segundo viaje que vos hicisteis a la dicha tierra del Perú se hallaron con vos, porque a estos damos licencia que puedan ir con vos libremente; lo cual hayáis de cumplir desde el día de la data de esta hasta seis meses primeros siguientes allegado a la dicha Castilla del Oro; e allegado a Panamá, seáis tenuto de proseguir el dicho viaje, e hacer el dicho descubrimiento e población dentro de otros seis meses luego siguientes.

Item: Con condición que cuando saliéredes destos

nuestros reinos e llegáredes a las dichas provincias del Perú, hayáis de llevar y tener con vos a los oficiales de nuestra hacienda que por nos están e fueren nombrados, e asimismo las personas religiosas o eclesiásticas que por nos serán señaladas para instrucción de los indios e naturales de aquella provincia a nuestra santa fe católica, con cuyo parecer, e no sin ellos, habéis de hacer la conquista, descubrimiento e población de la dicha tierra; a los cuales religiosos habéis de dar e pagar el flete e matalotaje e los otros mantenimientos necesarios conforme a sus personas, todo a vuestra costa, sin por ello les llevar cosa alguna durante la dicha navegación; lo cual mucho vos lo encargamos que así hagáis e cumpláis, como cosa de servicio de Dios e nuestro; porque de lo contrario nos terníamos de vos por deservidos.

Otrosí: Con condición que en la dicha pacificación, conquista y población, e tratamiento de dichos indios en sus personas y bienes, seáis tenudos e obligados de guardar en todo e por todo lo contenido en las ordenanzas e instrucciones que para esto tenemos fechas e se hicieren, e vos serán dadas en la nuestra carta e provisión que vos mandaremos dar para la encomienda de los dichos indios. E cumpliendo vos el dicho capitán Francisco Pizarro lo contenido en este asiento en todo lo que a vos toca e incumbe de guardar e cumplir, prometemos e vos aseguramos por nuestra palabra real que agora e de aquí adelante vos mandaremos guardar e vos será guardado todo lo que así vos concedemos e hacemos merced a vos e a los pobladores e tratantes en la dicha tierra; e para ejecución y cumplimiento dello vos mandaremos dar nuestras cartas e provisiones particulares que convengan e menester sean, obligándoos vos el dicho capitán Pizarro primeramente ante escribano público de guardar e cumplir lo contenido en este asiento que a vos toca como dicho es.—Fecha en Toledo a 26 de julio de 1529 años.—Yo LA REINA.—Por mandado de Su Majestad.—*Juan Vázquez.*

(Copiada literalmente del traslado que existe en el tomo XV de la colección de manuscritos pertenecientes a marina y viajes, formada por mi amigo el Sr. D. Martín Fernández Navarrete.)

V

Carta de Hernando Pizarro.

A los magníficos señores, los señores oidores de la Audiencia real de Su Majestad que reside en la Ciudad de Santo Domingo.

Magníficos señores: Yo llegué a este puerto de la Yaguana, de camino para pasar a España, por mandado del gobernador Francisco Pizarro, a informar a Su Majestad de lo sucedido en aquella gobernación del Perú, y la manera de la tierra, y estado en que queda; y porque creo que los que a esa ciudad van darán a vuesas mercedes variables nuevas, me ha parecido escribir en suma lo sucedido en la tierra para que sean informados de la verdad, después que de aquella tierra vino Isasaga, de quien vuesas mercedes se informarían de lo hasta allí acaecido.

El gobernador fundó en nombre de Su Majestad un pueblo cerca de la costa, que se llama San Miguel, veinte y cinco leguas de aquel cabo de Tumbes: dejados allí los vecinos e repartidos los indios que había en la comarca del pueblo, se partió con sesenta de caballo e noventa peones en demanda del pueblo de Caxamalca, que tuvo noticia que estaba allí Atabaliva, hijo del Cuzco viejo e hermano del que al presente era señor de la tierra: entre los dos hermanos había muy cruda guerra, e aquel Atabaliva le había venido ganando la tierra hasta allí, que hay desde donde partió ciento e cincuenta leguas: pasadas siete u ocho jornadas, vino al gobernador un capitán de Atabaliva, e díjole que su señor había sabido de su venida, e holgaba mucho de ello, e tenía deseo de

conocer a los cristianos; e así como hobo estado dos días con el gobernador, dijo que quería adelantarse y decir a su señor como iba; y que el otro vernia al camino con presente en señal de paz. El gobernador fué de camino adelante hasta llegar a un pueblo que se dice La-Ramada, que hasta allí era todo tierra llana, e desde allí era sierra muy áspera e de muy malos pasos; y visto que no volvía el mensajero de Atabaliva, quiso informarse de algunos indios que habían venido de Caxamalca, e atormentáronse e dijeron que habían oído que Atabaliva esperaba al gobernador en la sierra para darle guerra; e así mandó apercebir la gente, dejando la rezaga en el llano, e subió; e el camino era tan malo, que a la verdad, si así fuera que allí nos esperaban, o en otro paso que hallamos desde allí a Caxamalca, muy ligeramente nos llevaran, porque aun del diestro no podíamos llevar los caballos por los caminos, e fuera de camino ni caballos ni peones pasan esta sierra: hasta llegar a Caxamalca hay veinte leguas.

A la mitad del camino vinieron mensajeros de Atabaliva, e trujeron al gobernador comida, e le dijeron que Atabaliva le esperaba en Caxamalca, que quería ser su amigo, e que le hacía saber que sus capitanes, que había enviado a la guerra del Cuzco su hermano, le traían preso, e que serían en Caxamalca dende en dos días, e que toda la tierra de su padre estaba por él. El gobernador le envió a decir que holgaba mucho de ello, e que si algún señor había que no le quería dar la obediencia, que le ayudaría a sojuzgarle: desde a dos días llegó el gobernador a vista de Caxamalca e halló allí indios con comida; e puesta la gente en orden, caminó al pueblo, e halló que Atabaliva no estaba en él; que estaba una legua de allí en el campo con toda su gente en toldos. Visto que Atabaliva no venía a verle, envió un capitán con quince de caballo a hablar a Atabaliva, diciendo que no se aposentaba hasta saber dónde era su voluntad que se aposentasen los cristianos; e que le rogaba que viniese, porque

quería holgarse con él. En esto yo vine a hablar al gobernador, que había ido a mirar la manera para si de noche diesen en nosotros los indios, e díjome como había enviado a hablar a Atabaliva: yo le dije que me parecía que en sesenta de caballo que tenía había algunas personas que no eran diestras a caballo, e otros caballos mancos, e que sacar quince caballos de los mejores era yerro, porque si Atabaliva algo quisiere hacer no podían defenderse; e que acaeciéndoles algún revés, que le harían mucha falta, e así mandó que yo fuese con otros veinte de caballo que había para poder ir, e que allá hiciese como me pareciese que convenía.

Cuando yo llegué a este paso de Atabaliva hallé los de caballo junto con el real: el capitán había ido a hablar con Atabaliva; yo dejé allí la gente que llevaba, e con dos de caballo pasé al aposento de Atabaliva, e el capitán le dijo cómo iba e quién yo era; e yo dije al Atabaliva que el gobernador me enviaba a visitarle, e que le rogaba que le viniese a ver, porque le estaba esperando para holgarse con él, e que le tenía por amigo. Díjome que un cacique del pueblo de San Miguel le había enviado a decir que éramos mala gente e no buena para la guerra, e que aquel cacique nos había muerto caballos e gente; yo le dije que aquella gente de San Miguel eran como mujeres, e que un caballo bastaba para toda aquella tierra, e que cuando nos viese pelear vería quién éramos; que el gobernador le quería mucho, e que si tenía algún enemigo, que se lo dijese, que él lo enviaría a conquistar: díjome que cuatro jornadas de allí estaban unos indios muy recios que no podían con ellos, que allí irían cristianos a ayudar a su gente: díjele que el gobernador enviaría diez de caballo, que bastaban para toda la tierra; que sus indios no eran menester sino para buscar los que se escondiesen. Sonrióse como hombre que no nos tenía en tanto: díjome el capitán que hasta que yo llegué nunca pudo acabar con él que le hablase, sino un principal suyo hablaba

por él, y él siempre la cabeza baja: estaba sentado en un duho con toda la majestad del mundo, cercado de todas sus mujeres e muchos principales cerca dél; antes de llegar allí estaba otro golpe de principales, e así por orden cada uno del estado que eran. Ya puesto el sol, yo le dije que me quería ir; que viese lo que quería que dijese al gobernador: díjome que le dijese que otro día por la mañana le iría a ver, y que se aposentase en tres salones grandes que estaban en aquella plaza, e uno que estaba en medio le dejasen para él.

Aquella noche se hizo buena guarda: a la mañana envió sus mensajeros, dilatando la venida hasta que era ya tarde; y de aquellos mensajeros, que venían hablando con algunas indias que tenían los cristianos, parientas suyas, les dijeron que se huyesen, porque Atabaliva venía sobre tarde para dar aquella noche en los cristianos e matarlos: entre los mensajeros que envió vino aquel capitán que primero había venido al gobernador al camino, e dijo al gobernador que su señor Atabaliva decía que pues los cristianos habían ido con armas a su real, que él quería venir con sus armas. El gobernador le dijo que viniese como él quisiese; y Atabaliva partió de su real a medio día, y en llegar hasta un campo que estaba medio cuarto de legua de Caxamalca, tardó hasta que el sol iba muy bajo. Allí asentó sus toldos e hizo tres escuadrones de gente; e a todo esto venía el camino lleno, e no había acabado de salir del real. El gobernador había mandado repartir la gente en los tres galpones que estaban en la plaza en triángulo, e que estuviesen a caballo e armados hasta ver qué determinación traía Atabaliva: asentados sus toldos, envió a decir al gobernador que ya era tarde, que él quería dormir allí; que por la mañana vernía: el gobernador le envió a decir que le rogaba que viniese luego, porque le esperaba a cenar, e que no había de cenar hasta que fuese. Tornaron los mensajeros a decir al gobernador que le enviase allí un cristiano, que él quería venir

luego, e que venía sin armas. El gobernador envió un cristiano, e luego Atabaliva se movió para venir, e dejó allí la gente con las armas, e llevó consigo hasta cinco o seis mil indios sin armas, salvo que debajo de las camisetas traían unas porras pequeñas e hondas e bolsas con piedras.

Venía en unas andas, e delante dél hasta trescientos o cuatrocientos indios con camisetas de librea, limpiando las pajas del camino e cantando, e él en medio de la otra gente, que eran caciques e principales, e los más principales caciques le traían en los hombros, e entrando en la plaza, subieron doce o quince indios en una fortalecilla que allí está, e tomáronla a manera de posesión con bandera puesta en una lanza. Entrado hasta la mitad de la plaza, reparó allí, e salió un fraile dominico que estaba con el gobernador, a hablarle de su parte que el gobernador le esperaba en su aposento, que le fuese a hablar; e díjole cómo era sacerdote, e que era enviado por el emperador para que le enseñase las cosas de la fe si quisiesen ser cristianos, e mostróle un libro que llevaba en las manos, e díjole que aquel libro era de las cosas de Dios, e el Atabaliva pidió el libro e arrojóle en el suelo, y dijo: Yo no pasaré de aquí hasta que me deis todo lo que habéis tomado en mi tierra; que yo bien sé quién sois vosotros y en lo que andáis; e levantóse en las andas, e habló a su gente, e hobo murmullos entre ellos llamando a la gente que tenían las armas; e el fraile fué al gobernador e díjole que qué hacía, que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar más; el gobernador me lo envió a decir; yo tenía concertado con el capitán de la artillería que haciéndole una seña disparasen los tiros; e con la gente, que oyéndolos saliesen todos a un tiempo, e así se hizo; e como los indios estaban sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningún cristiano. Los que traían las armas e los caciques que venían al rededor dél nunca lo desampararon hasta que todos murieron alrededor dél: el gobernador salió e tomó Atabaliva, e por defenderle le dió un cristiano

una cuchillada en una mano. La gente siguió el alcance hasta donde estaban los indios con armas; no se halló en ellos resistencia alguna, porque ya era noche; recogieronse todos al pueblo donde el gobernador quedaba.

Otro día de mañana mandó el gobernador que fuésemos al real de Atabaliva: hallóse en él hasta cuarenta mil castellanos, e cuatro o cinco mil marcos de plata, e el real tan lleno de gente como si nunca hubiera faltado ninguna: recogióse toda la gente, e el gobernador les habló que se fuesen a sus casas, que él no venía a hacerles mal; que lo que se había fecho había seido por la soberbia de Atabaliva, y él asimismo se lo mandó. Preguntando a Atabaliva por qué había echado el libro y mostrado tanta soberbia, dijo que aquel capitán suyo que había venido a hablar al gobernador le había dicho que los cristianos no eran hombres de guerra, e que los caballos se desensillaban de noche, e que con ducientos indios que le diesen se los ataría a todos; e que este capitán e el cacique que arriba he dicho de San Miguel le engañaron. Preguntóle el gobernador por su hermano el Cuzco; dijo que otro día llegaría allí, que le traían preso, e que sus capitanes quedaban con la gente en el pueblo del Cuzco; e según después pareció, dijo verdad en todo, salvo que su hermano lo envió a matar, con temor que el gobernador le restituyese en su señorío. El gobernador le dijo que él no venía a hacer guerra a los indios, sino que el emperador nuestro señor, que era señor de todo el mundo, le mandó venir para que les viese e les hiciese saber las cosas de nuestra fe para si quisiese ser cristiano; e que aquellas tierras e todas las demás eran del emperador, e que le había de tener por señor. El dijo que era contento; e visto que los cristianos recogían algún oro, dijo Atabaliva al gobernador que no se curase de aquel oro, que era poco; que él les daría diez mil tejuelos, e les henchiría de piezas de oro aquel buhío en que estaba hasta una raya blanca, que sería estado e medio de alta, e el buhío te-

nía de ancho diez y siete o diez y ocho pies, e de largo treinta e cinco, e que cumpliría dentro de dos meses.

Pasados los dos meses que el oro no venía, antes el gobernador tenía nuevas cada día que venía gente de guerra sobre él, así por eso como por dar priesa al oro que viniese, el gobernador me mandó que saliese con veinte de caballo e diez o doce peones hasta un pueblo que se dice Guamachuco, que está veinte leguas de Caxamalca, que es adonde se decía que estaban los indios de guerra; e así fuí hasta aquel pueblo, adonde hallamos cantidad de oro e plata, e desde allí la envié a Caxamalca. Unos indios que se atormentaron nos dijeron que los capitanes e gente de guerra estaban seis leguas de aquel pueblo; e aunque yo no llevaba comisión del gobernador para pasar de allí, porque los indios no cobrasen ánimo de pensar que volvíamos huyendo acordé de llegar a aquel pueblo con catorce de caballo e nueve peones, porque los demás se enviaron en guarda del oro, porque tenían los caballos cojos. Otro día de mañana llegué sobre el pueblo, e no hallé gente ninguna en él, porque según pareció, había sido mentira lo que los indios habían dicho, salvo que pensaron meternos temor para que nos volviésemos.

A este pueblo me llegó licencia del gobernador para que fuese a una mezquita de que teníamos noticia, que estaba cien leguas en la costa de la mar, en un pueblo que se dice Pachacamá. Tardamos en llegar a ella veinte y dos días, los quince días fuimos por las sierras, e los otros por la costa de la mar; el camino de las sierras es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada; todos los arroyos tienen puentes de piedra o de madera; en un río grande, que era muy caudaloso e muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver; pasamos por ellas los caballos; tienen en cada pasaje dos puentes, la una por donde pasa la gente común, la

otra por donde pasa el señor de la tierra o sus capitanes: esta tienen siempre cerrada e indios que la guardan; estos indios cobran portazgo de los que pasan. Estos caciques de la sierra e gente tienen más arte que no los de los llanos; es la tierra bien poblada; tiene muchas minas en mucha parte de ella; es tierra fría, nieva en ella, e llueve mucho; no hay ciénagas, es pobre de leña; en todos los pueblos principales tiene Atabaliva puestos gobernadores, e asimismo los tenían los señores antecesores suyos; en todos estos pueblos hay casas de mujeres encerradas, tienen guardas a las puertas, guardan castidad; si algún indio tiene parte en alguna de ellas, muere por ello; estas casas son unas para el sacrificio del sol, otras del Cuzco viejo, padre de Atabaliva: el sacrificio que hacen es de ovejas, e hacen chicha para verter por el suelo; hay otra casa de mujeres en cada pueblo de estos principales, asimismo guardadas, que están recogidas de los caciques comarcanos, para cuando pasa el señor de la tierra sacan de allí las mejores para presentárselas, e sacadas aquéllas, meten otras tantas: también tienen cargo de hacer chicha para cuando pasa la gente de guerra; de estas casas sacaban indias, que nos presentaban; a estos pueblos del camino vienen a servir todos los caciques comarcanos cuando pasa la gente de guerra; tienen depósito de leña o maíz e de todo lo demás, e cuentan por unos ñudos en unas cuerdas de lo que cada cacique ha traído. Cuando nos habían de traer algunas cargas de leña, o ovejas, o maíz, o chicha, quitaban de los ñudos de los que lo tenían a cargo, o añadábanlo en otra parte: de manera que en todo tienen muy grande cuenta e razón; e todos estos pueblos nos hicieron muy grandes fiestas de danzas e bailes.

Llegados a los llanos, que es en la costa, es otra manera de gente más bruta, no tan bien tratados, mas de mucha gente; asimismo tienen casas de mujeres, e todo lo demás como en los pueblos de la sierra. Nunca nos quisieron decir de la mezquita, que tenían

en sí ordenado que todos los que nos lo dijeseñ habían de morir; pero como teníamos noticia que era en la costa, seguimos el camino real hasta ir a dar en ella; el camino va muy ancho, tapiado de una banda e de otra; a trechos casas de aposento fechas en él, que quedaron de cuando el Cuzco pasó por aquella tierra. Hay poblaciones muy grandes, las casas de los indios de cañizos, las de los caciques de tapias e ramadas por cobertura, porque en aquella tierra no llueve; desde el pueblo de San Miguel hasta aquella mezquita habrá ciento e sesenta o ciento e ochenta leguas; por la costa de la tierra muy poblada; toda esta tierra atraviesa el camino tapiado; en toda ella, ni en docientas leguas que se tiene noticia en costa adelante, no llueve; viven de riego, porque es tanto lo que llueve en la sierra, que salen de ella muchos ríos; que en toda la tierra no hay tres leguas que no haya río; desde la mar a las sierras hay en partes diez leguas, en partes doce, e toda la costa va así; no hace frío. En toda esta tierra de los llanos, e mucho más adelante, no tributa al Cuzco, sino a la mezquita; el obispo de ella estaba con el gobernador en Caxamalca; habíale mandado otro buhío de oro como el que Atabaliva mandó; a este propósito el gobernador me envió a ir a dar priesa para que se llevase; llegado a la mezquita e aposentados, pregunté por el oro, e negáronmelo, que no lo había: hízose alguna diligencia, e no se pudo hallar; los caciques comarcanos me vinieron a ver e trujeron presente; e allí en la mezquita se halló algún oro podrido que dejaron cuando escondieron lo demás; de todo se juntó ochenta e cinco mil castellanos e tres mil marcos de plata.

Este pueblo de la mezquita es muy grande e de grandes edificios; la mezquita es grande e de grandes cercados e corrales; fuera de ella está otro cercado grande que por una puerta se sirve la mezquita; en este cercado están las casas de las mujeres que dicen ser mujeres del diablo, e aquí están los silos donde están guardados los depósitos del oro; aquí no está

nadie donde estas mujeres están; hacen su sacrificio como las que están en las otras casas del sol que arriba he dicho. Para entrar al primero patio de la mezquita han de ayunar veinte días, para subir al patio de arriba han de haber ayunado un año; en este patio de arriba suele estar el obispo; cuando suben algunos mensajeros de caciques, que han ya ayunado su año, a pedir al Dios que les dé maíz e buenos temporales, hallan al obispo cubierta la cabeza e sentado; hay otros indios que llaman pajes del Dios; así como estos mensajeros de los caciques dicen al obispo su embajada, entran aquellos pajes del diablo dentro a una camarilla, donde dicen que hablan con él, e aquel diablo les dice de qué está enojado de los caciques, e los sacrificios que se han de hacer, e los presentes que quiere que le traigan. Yo creo que no hablan con el diablo, sino que aquellos servidores suyos engañan a los caciques por servirse de ellos, porque yo hice diligencia para saberlo, e un paje viejo de los más principales e privados de su dios, que me dijo un cacique que había dicho que le dijo el diablo que no hobiese miedo a los caballos, que espantaban e no hacían mal; hícele atormentar, e estuvo tan rebelde en su mala secta, que nunca dél se pudo saber nada más de que realmente le tienen por dios. Esta mezquita es tan temida de todos los indios, que piensan que si alguno de aquellos servidores del diablo le pidiese cuanto tuviese, e no lo diese, había de morir luego; e según parece, los indios no adoran a este diablo por devoción sino por temor; que a mí me decían los caciques que hasta entonces había servido aquella mezquita porque la habían miedo; que ya no habían miedo sino a nosotros, que a nosotros querían servir; la cueva donde estaba el diablo era muy obscura, que no se podía entrar en ella sin candela, e dentro muy sucia. Hice a todos los caciques que me vinieron a ver entrar dentro para que perdiesen el miedo, e a falta de predicador les hice mi sermón, diciendo el engaño en que vivían.

En este pueblo supe que un capitán, el principal de Atabaliva, estaba veinte leguas de nosotros en un pueblo que se decía Jauja: enviéle a llamar que me viniese a ver, e respondiome que yo me fuese camino de Caxamalca, que él saldría por otro camino a juntarse conmigo. Sabiendo el gobernador que el capitán estaba de paz e que quería ir conmigo, escribiome que me volviese, e envió tres cristianos al Cuzco, que es cincuenta leguas más adelante de Jauja, a tomar la posesión e ver la tierra. Yo me volví camino de Caxamalca por otro camino que él había ido, e adonde el capitán de Atabaliva quedó de salir a mí: no había salido; antes supe de aquellos caciques que se estaba quedo e me había burlado porque me viniese; desde allí volvimos hacia donde él estaba, e el camino fué tan fragoso e de tanta nieve, que se pasó harto trabajo en llegar allá; llegado al camino real, a un pueblo que se dice Bombón, topé un capitán de Atabaliva con cinco mil indios de guerra que Atabaliva llevaba en achaque de conquistar un cacique rebelde; e según después ha parecido, eran para hacer junta para matar a los cristianos. Allí hallamos hasta quinientos mil pesos de oro que llevaban a Caxamalca. Este capitán me dijo que el capitán general quedaba en Jauja e sabía de nuestra ida e tenía mucho miedo: yo le envié mensajeros para que estoviesse quedo, e no toviese temor; e hallé allí un negro que había ido con los cristianos que iban al Cuzco, e díjome que aquellos temores eran fingidos, porque el capitán tenía mucha gente e muy buena; e que en presencia de los cristianos la había contado por sus fiudos, e que había hallado treinta y cinco mil indios. Así fuimos a Jauja: llegado a media legua del pueblo, e visto que el capitán no salía a recibirnos, un principal de Atabaliva que llevaba conmigo, a quien yo había hecho buen tratamiento, me dijo que hiciese ir a los cristianos en orden, porque creía que el capitán estaba en guerra: subiendo a un cerrillo que estaba cerca de Jauja, vimos en la plaza un gran bulto negro que pensamos

ser cosa quemada; preguntado qué era aquello, dijéronnos que eran indios: la plaza es grande e tiene un cuarto de legua. Llegados al pueblo, como nadie salía a recibirnos, iba la gente toda con pensamiento de pelear con los indios; al entrar de la plaza salieron unos principales a recibirnos de paz, e dijéronnos que el capitán no estaba allí, que había ido a pacificar ciertos caciques; e según pareció, de temor se había ido con la gente de guerra, e había pasado un río que estaba cabe el pueblo por una puente de red; enviéle a decir que viniese de paz, si no que irían los cristianos a lo destruir. Otro día de mañana vino la gente que estaba en la plaza, que eran indios de servicio, y es verdad que habría sobre cien mil ánimas; allí estuvimos cinco días; en todo este tiempo no hicieron sino bailar e cantar e grandes fiestas de borracheras; púsose en no venir conmigo; al cabo desde que vido la determinación de traerle, vino de su voluntad; dejé allí por capitán al principal que llevé conmigo; este pueblo de Jauja es muy bueno e vistoso e de muy buenas salidas llanas, tiene muy buena ribera; en todo lo que anduve no me pareció mejor disposición para asentar pueblo los cristianos, e así creo que el gobernador asentará allí pueblo, aunque algunos que piensan ser allí aprovechados del trato de la mar, son de contraria opinión: toda la tierra desde Jauja a Caxamalca, donde volvimos, es de la calidad que tengo dicho.

Venidos a Caxamalca, e dicho al gobernador lo que se había fecho, me mandó ir a España a hacer relación a Su Majestad de esto y de otras cosas que convienen a su servicio. Sacóse del montón del oro cien mil castellanos para Su Majestad en cuenta de sus quintos. Otro día de como partí de Caxamalca llegaron los cristianos que habían ido al Cuzco, e trajeron millón e medio de oro. Después de yo venido a Panamá vino otro navío en que vinieron algunos hidalgos; dicen que se hizo repartimiento del oro. Cupo a Su Majestad, demás de los cien mil pesos que yo llevo e cinco

mil marcos de plata, otros ciento e sesenta y cinco mil castellanos, e siete o ocho mil marcos de plata; e a todos los que adelante venimos nos han enviado más socorro de oro. Después de yo venido, según el gobernador me escribe, supo que Atabaliva hacía junta de gente para dar guerra a los cristianos y diz que hicieron justicia dél. Hizo señor a otro hermano suyo, que era su enemigo. Molina va a esa ciudad; dél podrán vuesasmercedes ser informados de todo lo que más quisieren saber: a la gente cupo de parte, a los de caballo nueve mil castellanos, al gobernador sesenta mil, a mí treinta mil. Otro provecho en esta tierra el gobernador no le ha habido, ni en las cuentas hobo fraude ni engaño: dígolo a vuesasmercedes, porque si otra cosa se dijere, esta es la verdad. Nuestro Señor las magníficas personas de vuesasmercedes por largos tiempos guarde e prospere. Hecha en esta villa, noviembre de 1533 años.—A servicio de vuesasmercedes.—*Hernando Pizarro.*

(Sacada de Oviedo, que la inserta en el cap. XV de su parte 3.^a, o lib. 43 de su *Historia general*.)

VI

Testimonio del acta de repartición del rescate de Atahualpa, otorgada por el escribano Pedro Sancho.

En el pueblo de Caxamalca de estos reinos de la Nueva Castilla, 17 días del mes de junio, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1533, el muy magnífico señor el comendador Francisco Pizarro, adelantado, lugarteniente, capitán general y gobernador por Su Majestad en estos dichos reinos, por presencia de mí Pedro Sancho, teniente escribano general en ellos por el señor de Sámano, dijo: Que por cuanto en la prisión y desbarate que del cacique Atahualpa y de su gente se hizo en este dicho pueblo se hobo algún oro, y después que el dicho cacique prometió y mandó a los cristianos españoles que se

hallaron en su prisión cierta cantidad de oro, la cual cantidad se halló y dijo sería un buhío lleno y diez mil tejuelos, y mucha plata que él tenía y poseía, y sus capitanes en su nombre que habían tomado en la guerra y entrada del Cuzco y en la conquista de las tierras, por muchas causas que declaró, como más largo se contiene en el auto que de ello se hizo, que pasó ante escribano, y dello el dicho cacique ha dado y traído y mandado dar y traer parte dello; de lo cual conviene hacer repartición y repartimiento, así del oro y plata como de las perlas y piedras y esmeraldas que ha dado, y de su valor entre las personas que se hallaron en la prisión del dicho cacique, que ganaron y tomaron el dicho oro y plata; a quien el dicho cacique le mandó y prometió y ha dado y entregado, porque cada una persona haya y tenga y posea lo que dello le pertenezca, para que con brevedad su señoría con los españoles se despache y parta de este pueblo para ir a poblar y pacificar la tierra adelante, y por otras muchas causas que aquí no van expresadas, por ende el dicho señor gobernador dijo: Que Su Majestad, por sus provisiones e instrucciones reales que le dió para la gobernación de estos reinos y administración que le fué dada, le manda que todos los provechos y frutos y otras cosas que en las tierras se hallasen y ganasen lo dé y reparta entre las personas conquistadores que lo ganasen, según y como le pareciese y que cada uno mereciese por su persona y trabajo; y que mirando lo susodicho y otras cosas que es razón y se deben mirar para hacer el repartimiento, y cada uno haya lo que de la dicha plata que el dicho cacique ha dado y habido, y ha de ver y se les ha de dar como Su Majestad lo manda, él quería señalar y nombrar por ante mí el dicho escribano la plata que cada una persona ha de haber y llevar, según Dios Nuestro Señor le diere a entender, teniendo conciencia; y para lo mejor hacer pedía el ayuda de Dios Nuestro Señor, e invocó el auxilio divino.

E luego el dicho señor gobernador, atento a lo que es dicho y va declarado en el auto antes de éste, poniendo a Dios ante sus ojos, señaló a cada una persona los marcos de plata que le parece que merece y ha de haber de lo que el dicho cacique ha dado, y en esta manera lo señaló.

Y luego en 18 de junio del mismo año de 1533 proveyó otro auto el dicho gobernador para que el oro se fundiese y repartiese; el cual se fundió y repartió en esta manera, como parece por los autos originales de donde lo he sacado, y pongo con distinción el oro y plata que cada uno recibió en las dos columnas siguientes, por no haber más de una vez la lista de la gente, aunque allí está en dos.

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A la iglesia, noventa marcos de plata, 2,220 pesos de oro.	90	2,220
Al señor gobernador, por su perso- na, y a los lenguas y caballo...	2,350	57,220
A Hernando Pizarro.	1,267	31,080
A Hernando de Soto.	724	17,740
Al padre Juan de Sosa, vicario del ejército.	310	67,770
A Juan Pizarro.	407 2	11,100
A Pedro de Candía.	407	29,909
A Gonzalo Pizarro.	384 5	9,909
A Juan Cortés.	362	9,430
A Sebastián de Belalcázar.	407	29,909
A Cristóbal Mena o Medina.	366	8,380
A Luis Hernando Brueno.	384 5	9,435
A Juan de Salazar.	362	29,435
A Miguel Estete.	362	8,980
A Francisco de Jerez.	362	8,880
Más al dicho Jerez y Pedro Sancho por la escritura de compañía..	94	2,220
A Gonzalo de Pineda.	384	9,909
A Alonso Briceño.	362	8,380

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Alonso de Medina.	362	8,480
A Juan Pizarro de Orellana.	362	8,980
A Luis Marca.	362	8,880
A Jerónimo de Aliaga.	339	48,880
A Gonzalo Pérez.	362	8,880
A Pedro de Barrientos.	362	8,880
A Rodrigo Núñez.	362	8,880
A Pedro Anades.	362	8,880
A Francisco Maraver.	362	7,770
A Diego Maldonado.	362	7,770
A Ramiro o Francisco de Chastes	362	8,880
A Diego Ojuelos.	362	8,880
A Ginés de Carranca.	362	8,880
A Juan de Quincoces.	362	8,880
A Alonso de Morales.	362	8,880
A Lope Vélez.	362	8,880
A Juan de Barbaian.	362	8,880
A Pedro de Aguirre.	362	8,880
A Pedro de León.	362	8,880
A Diego Mejía.	362	8,880
A Martín Alonso.	362	8,880
A Juan de Rosas.	362	8,880
A Pedro Cataño.	362	8,880
A Pedro Ortiz.	362	8,880
A Juan Morquejo.	362	8,880
A Hernando de Toro.	316	8,880
A Diego de Agüero.	362	8,880
A Alonso Pérez.	362	8,880
A Hernando Beltrán.	362	8,880
A Pedro de Barrera.	362	8,880
A Francisco Baena.	362	8,880
A Francisco López.	371 4	6,660
A Sebastián de Torres.	362	8,880
A Juan Ruiz.	339 3	8,880
A Francisco de Fuentes.	362	8,880
A Gonzalo del Castillo.	362	8,880

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Nicolás de Azpitia.....	339 3	8,880
A Diego de Molina.....	316 6	7,770
A Alonso Peto.....	316 6	7,770
A Miguel Ruiz.....	362	8,880
A Juan de Salinas Herrador.....	362	8,880
A Juan Olz o Loz.....	248 7	6,110
A Cristóbal Gallego (no está en la repartición del oro).....	316 6	»
A Rodrigo de Cantillana (tampoco).	294 ¹ / ₀	»
A Gabriel Telor (tampoco).	371 4	»
A Hernán Sánchez.....	362	8,880
A Pedro Sa Páramo.	271 4	6,115

INFANTERIA

A Juan de Porras.	181	4,540
A Gregorio Sotelo.	181	4,540
A Pedro Sancho.....	181	4,440
A García de Paredes.....	181	4,440
A Juan de Valdivieso.....	181	4,440
A Gonzalo Maldonado.	181	4,440
A Pedro Navarro.....	181	4,440
A Juan Ronquillo.	181	4,440
A Antonio de Bergara.	181	4,440
A Alonso Romero.	181	4,440
A Melchor Berdugo.	135 6	3,330
A Martín Bueno.....	135 6	4,440
A Juan Pérez Tudela.....	181	4,440
A Iñigo Taburco.....	181	4,440
A Nuño Gonzalo (no está en la re- partición del oro).....	181	»
A Juan Herrera.	158	3,385
A Francisco Dávalos.....	181	4,440
A Hernando de Aldana	181	4,440
A Martín de Marquina.	135 6	3,330

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Antonio de Herrera.....	136 6	3,330
A Sandoval (no tiene nombre pro- pio).....	135 6	3,330
A Miguel Estete de Santiago.....	135 6	3,330
A Juan Bonallo.....	181	4,440
A Pedro Moguer.....	181	4,440
A Francisco Pérez.....	158 3	3,880
A Melchor Palomino.....	135 6	3,330
A Pedro de Alconchel.....	181	4,440
A Juan de Segovia.....	135 6	3,330
A Crisóstomo de Ontiveros.....	135 6	3,330
A Hernán Muñoz.....	135 6	3,330
A Alonso de Mesa.....	135 6	3,330
A Juan Pérez de Oma.....	135 6	3,885
A Diego de Trujillo.....	158 3	3,330
A Palomino, tonelero.....	181	4,440
A Alonso Jiménez.....	181	4,440
A Pedro de Torres.....	135 6	3,330
A Alonso de Toro.....	135 6	3,330
A Diego López.....	135 6	3,330
A Francisco Gallegos.....	135 6	3,330
A Bonilla.....	181	4,440
A Francisco de Almendras.....	181	4,440
A Escalante.....	181	3,330
A Andrés Jiménez.....	181	4,440
A Juan Jimenez.....	181	3,
A García Martín.....	181	4,4
A Alonso Ruiz.....	135 6	3,330
A Lucas Martínez.....	135 6	3,330
A Gómez González.....	135 6	3,330
A Alonso de Alburquerque.....	94	2,220
A Francisco de Vargas.....	181	4,440
A Diego Gavilán.....	181	3,884
A Contreras, difunto.....	133	2,770
A Rodrigo de Herrera, escopetero..	135 3	3,330
A Martín de Florencia.....	135 6	3,330

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Antón de Oviedo.....	135 6	3,330
A Jorge Griego.	181	4,440
A Pedro de San Millán.....	135 6	3,330
A Pedro Catalán.....	93	3,330
A Pedro Román.....	93	2,220
A Francisco de la Torre.....	131 1	2,775
A Francisco Gorducho.....	135 6	3,330
A Juan Pérez de Gamora.....	181	4,440
A Diego de Narváez.....	113 1	2,775
A Gabriel de Olivares.....	181	4,440
A Juan García de Santa Olalla. . .	135 6	3,330
A Pedro de Mendoza.....	135 6	3,330
A Juan García, escopetero.....	135 6	3,330
A Juan Pérez.....	135 6	3,330
A Francisco Martín.	135 6	3,330
A Bartolomé Sánchez, marinero . . .	135 6	3,330
A Martín Pizarro.	135 6	2,330
A Hernando de Montalvo.	181	3,330
A Pedro Pinelo.	135 6	3,330
A Lázaro Sánchez.	94	3,330
A Miguel Cornejo.	135 6	3,330
A Francisco González.	94	2,220
A Francisco Martínez (está en la lista del oro por Francisco Co- zalla).....	135 6	2,220
A Carete (no dice nombre propio en ninguna lista)	182	4,440
A Hernando de Loja.	135 6	3,330
A Juan de Niza.	195 6	3,330
A Francisco de Solar.	94	3,330
A Hernando de Jemendo.	67 7	2,220
A Juan Sánchez.	94	1,665
A Sancho de Villegas.	135 6	3,330
A Pedro de Velva (no está en la lista del oro).	94	»
A Juan Chico.	135 6	3,330

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Rodas, sastre.	94	2,220
A Pedro Salinas de la Hoz.	125 5	3,330
A Antón Esteban García.	186	2,000
A Juan Delgado Menzón.	139	3,330
A Pedro de Valencia.	94	2,220
A Alonso Sánchez Talavera.	94	2,220
A Miguel Sánchez.	135 6	3,330
A Juan García, pregonero.	103	2,775
A Lozano	94	2,220
A Garci López.	135 6	3,330
A Juan Muñoz.	135 6	3,330
A Juan de Berlanga.	180	4,440
A Esteban García	94	4,440
A Juan de Salvatierra.	135-6	3,330
A Pedro Calderón (no está en la repartición del oro)	135	»
A Gaspar de Marquina (no está en el repartimiento de la plata).. . . .	»	3,330
A Diego Escudero (no está en la lista de la plata).	»	4,440
A Cristóbal de Sosa.	135 6	3,330

Asimismo el señor gobernador dijo que señalaba y nombraba para que se diese a la gente que vino con el capitán Diego de Almagro, para ayuda de pagar sus deudas y fletes y suplir algunas necesidades que traían, veinte mil pesos.

Asimismo dijo que a treinta personas que quedaron en la ciudad de San Miguel de Piura dolientes, y otros que no vinieron ni se hallaron en la prisión de Atahualpa y toma del oro, porque algunos son pobres y otros tienen necesidad, señalaba quince mil pesos de oro para los repartir su señoría entre las dichas personas.

Asimismo dijo que los ocho mil pesos que la compañía dió a Hernando Pizarro para que fuese a ex-

plorar las ccsas de la tierra, y otras cosas así de barbero y oirujano, y cosas que se han dado a caciques, se saquen del dicho cuerpo ocho mil pesos.

Todo lo cual el dicho señor gobernador dijo que le parecía que era bien y estaba bien señalado, y lo que cada una persona lleva declarado que ha de haber en Dios y su conciencia, teniendo respeto a lo que Su Majestad le manda, y mandó que se les diese y repartiese por peso, y por ante mí el escribano a cada uno lo que lleva declarado. Fírmolo por mandado de su señoría.—*Pedro Sancho.*

(Extractado de la obra inédita, anteriormente citada, de Francisco López de Caravantes.)

VII

Sobre la cronología de Herrera.

El trabajo de este historiador es hasta ahora el más copioso y el más instructivo de cuantos se han hecho sobre las cosas del Nuevo Mundo, y en vano esperaría nadie superarle, ni aun igualarle, en estas prendas tan útiles. Es también por ventura, y generalmente hablando, el más puntual y exacto, así como el más imparcial y juicioso. Pero como su obra en gran parte es más bien una compilación que una historia, la inexperiencia de las manos que empleaban para extractar, copiar y resumir la muchedumbre de documentos sobre que tuvo que trabajar, y a veces su misma distracción, le hicieron cometer errores y contradicciones bastante graves, ya de tiempos, ya de lugares; disculpables a la verdad en una empresa tan vasta y ejecutada tan de prisa, pero que no por eso dejan de ser yerros, y deben advertirse cuando se encuentran, aunque no sea mas que para justificar la diferencia de opinión respecto de una autoridad de tanto peso como la suya. Sean ejemplo los siguientes, que se hallan entre algunos otros más, relativos a

cronología, en el curso de los sucesos del tercer viaje desde la fundación de San Miguel hasta la entrada en el Cuzco.

Dice primeramente que los españoles salieron de San Miguel a 4 de septiembre de 1532 (década 5.^a, libro 1, cap. II), y después en el cap. IX del libro 2, dice que a principios del año de 33 estaba Pizarro cerca de Caxamalca; allí mismo, pocos renglones más adelante, fija la entrada en Caxamalca el viernes 15 de noviembre a hora de vísperas; y cuando los acontecimientos se suceden con la rapidez precisa a su duración, que no fué más que de dos días hasta la venida y prisión del Inca, fija sin embargo la fecha de este suceso en el día de la Cruz de mayo del año de 33.

Otra equivocación bastante notable es la de la fecha de la entrada en Cuzco por los españoles, fijada por Herrera en octubre de 1534, que debió determinar en noviembre del año anterior. El, como ya se ha dicho, pone la entrada de los españoles en Caxamalca a principios del año de 33, o cuando más tarde, si se atiende a la fecha de la prisión del Inca, en principios de mayo del mismo año; él les da siete meses de estancia en aquel punto, pasados los cuales, los hace salir para el Cuzco; claro está que si llegaron a esta capital en octubre de 1534 duró la marcha alrededor de un año, y ni la distancia, ni los acontecimientos, ni las paradas, tal como el historiador las describe y las cuenta, suponen semejante tardanza.

VIII

Sobre las mujeres y los hijos de Pizarro.

No tuvo ninguna legítima, y la principal de sus amigas o concubinas fué doña Inés de Huayllas Nusta, hija de Huayna-Cápac y hermana de Atahualpa. De ésta tuvo dos hijos, D. Gonzalo y doña Francisca, que suenan legitimados en los testamentos de su

padre. Don Gonzalo falleció de corta edad, y por su muerte la sucesión y derechos del conquistador pasaron a doña Francisca, que fué traída a España algunos años después, de orden del rey, por Ampuero, vecino de Lima, con quien casó doña Inés de Huayllas después de la muerte del marqués. A su venida fué tratada por la Corte con algún honor en obsequio de sus padres, y casó después con su tío Hernando Pizarro, a quien fué a asistir y consolar en su prisión. De este matrimonio nacieron tres hijos y una hija, por los cuales ha pasado a la posteridad la descendencia y casa del descubridor y conquistador del Perú, y es la que hoy se conoce en Trujillo con el título de «marqueses de la Conquista».

Los autores no concuerdan ni en el número de los hijos ni en el de las madres. El testimonio de Garcilaso, que los conoció cuando muchacho, debería al parecer ser preferido; pero aquí se sigue la información judicial y en algunos papeles inéditos de la misma casa comunicados al autor de esta Vida, que todos, por ser de oficio, deben merecer más crédito que la autoridad de Garcilaso.

De doña Inés no se sabe cuándo murió; cuéntase de ella que al tiempo que los indios alzados tuvieron cercada a Lima, trató de escaparse a ellos, llevándose consigo una petaca llena de esmeraldas, patenas y collares de oro, que ella tenía del tiempo de su padre Huayna-Cápac. Avisaron de ello al marqués, que la llamó y preguntó sobre el caso. Ella respondió que jamás había tratado eso por sí; pero que una coya suya llamada Asapaesiu la importunaba para que se fuera con un hermano suyo, que estaba entre los sitiadores. Pizarro perdonó a su amiga, más hizo venir a la coya y la mandó dar garrote en su mismo cuarto. (Montesinos, año de 1536.)

NOTA. Todas las obras y documentos inéditos que se han tenido presentes para escribir las Vidas de Balboa, Pizarro y fray Bartolomé de las Casas, pertenecen, a excepción de uno o dos, a la copiosa y ex-

quisita colección de mi antiguo y excelente amigo el Sr. D. Antonio Uguina. El me la ha franqueado y confiado, con aquella generosidad sin límites que ya le ha atraído el agradecimiento y aplauso público de dos escritores bien acreditados, los señores Washington Irving y Navarrete. Yo debo añadir más, y es que esta comunicación, sin embargo de ser tan interesante para una empresa como la presente, es el menor de sus beneficios para conmigo; y que una conexión íntima de muchos años, jamás alterada ni aun con el menor desabrimiento, y cultivada por él con una serie de obsequios, de favores y de cuidados, tan dulces de agradecer como imposibles de referirse por su muchedumbre, exige de mi parte este reconocimiento, aunque sea a riesgo de discontentar a su modestia.

FIN DEL TOMO TERCERO

INDICE DEL TOMO TERCERO

	<u>Páginas.</u>
Francisco Pizarro.....	5
Apéndices a la vida de Francisco Pizarro.....	257

LOS HUMORISTAS

TITULOS PUBLICADOS POR "CALPE"

- Julio Camba.—**La rana viajera**.—Cuatro pesetas.
- Arnold Bennet.—**Enterrado en vida**.—Trad. del inglés por Vicente Vera. Cuatro pesetas.
- **El «matador» de Cinco-Villas**.—Trad. del inglés por C. Rivas Cherif. Cuatro pesetas.
- **La viuda del balcón, y Otros cuentos de Cinco-Villas**.—Traducido del inglés por C. Rivas Cherif. Cuatro pesetas.
- René Benjamín.—**Gaspar**.—Trad. del francés por Manuel Azaña. Cuatro pesetas.
- Jorge Courteline.—**Los señores chupatintas**.—Trad. del francés por Nicolás González Ruiz. Cuatro pesetas.
- **Boubouroche**.—Trad. del francés por Nicolás González Ruiz. Tres pesetas.
- H. S. Harrison.—**Queed, el doctorecillo**.—Trad. del inglés por Juan de Castro.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas cincuenta céntimos.
- Eugenio Heltai.—**«Family Hotel» y Mi segunda mujer**.—Traducido del húngaro por Andrés Révész. Cuatro pesetas.
- **Manuel VII y su época**.—Trad. del húngaro por Andrés Révész. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Gómez de la Serna.—**Disparates**.—Cuatro pesetas.
- Pedro Veber.—**Los cursos**.—Trad. del francés por José A. Luengo. Tres pesetas.
- Antón Chejov.—**Historia de una anguila, y otras historias**.—Trad. del ruso por Saturnino Ximénez. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Esteban Szomahazy.—**El dramaturgo misterioso**.—Trad. del húngaro por Andrés Révész. Tres pesetas.

PROXIMAMENTE

- Humoristas húngaros (Antología de)**.—Trad. del húngaro por Andrés Révész.
- Kálmán de Mikszáth.—**Gente de rumbo, y El caftán del sultán**.—Trad. del húngaro por Andrés Révész.
- Rugenio Heltai.—**Los siete años de hambre, y Cuentos**.—Traducido del húngaro por Andrés Révész.
- Gómez de la Serna.—**El Incongruente**.

BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XX

SELECCIONADA Y DIRIGIDA POR

DON JOSE ORTEGA Y GASSET

Catedrático de Metafísica en la Universidad
de Madrid.

Compondrán esta colección los libros maestros de Europa y América que, aparecidos en estos últimos veinte años, inician nuevas maneras de pensar en filosofía como en política, en crítica artística como en biología, en ciencias sociales como en física. Será, pues, una colección, única hoy en el mundo, que ofrece en apretada fila los temas más incitantes de la nueva cultura.

Volumenes que aparecerán en breve,
editados por CALPE:

Rickert. — **Ciencia cultural y ciencia natural.**

Born. — **La teoría de la relatividad de Einstein.**

Driesch. — **Filosofía del organismo.** — Dos volúmenes.

J. von Uexküll. — **Ideas para una concepción biológica del mundo.**

Bonola. — **Geometría noeclidiana.**

Worringer. — **El espíritu del arte gótico.**

Wölfflin. — **Conceptos fundamentales de la historia del arte.**

Spengler. — **La decadencia de Occidente.**

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de CIN-
CUENTA CENTIMOS cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 620 números publicados desde julio de 1919
— — a junio de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEI (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13

MA-3180

as de los españoles célebres
Núms. 004, 005 y 008

TOMO III